

COLECCION UNIVERSAL

————— N.º 717 a 720 —————

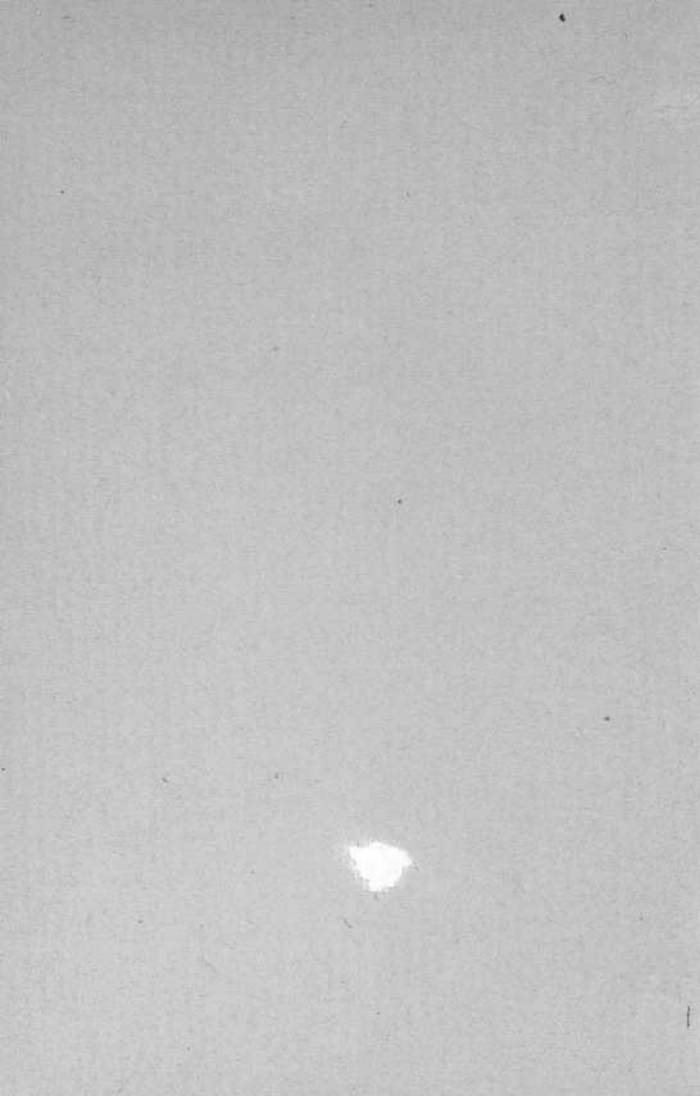
PRESIDENTE DE BROSSES

Viaje a Italia

TOMO I



MADRID, 1922



Presidente de Brosses

VIAJE A ITALIA

TOMO I

MCMXXII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe. Madrid, 1922.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

PRESIDENTE DE BROSSES

Viaje a Italia

TOMO I

La traducción del francés ha sido
hecha por N. Salmerón García



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

MADRID, 1922

1171

PRÉSENTÉ DE NOUVEAU

Viaje a Italia

TOMO I

Los monumentos del arte en Italia
desde el Renacimiento hasta el Barroco



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Zaragoza

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

Carlos de Brosses nació en Dijón, el 7 de febrero de 1709, de una antigua familia de magistrados y jurisconsultos, o como se decía en Francia entonces, de parlamentarios. Dotado de un enorme afán por el estudio, hizo brillantemente la carrera de Derecho en la Universidad de Dijón y fué nombrado, en 1730, consejero del Parlamento—Audiencia—de Dijón. En París, más tarde trabó de Brosses una amistad íntima con el naturalista Buffón, a quien debe no poco de su afición por animales y plantas. También estudió a fondo la historia de Roma y los clásicos latinos, estudio que determinó en él, desde muy joven, el deseo y el propósito de hacer un viaje por Italia. Realizó este viaje en el año 1739, visitándolo todo, inquiriéndolo todo con una curiosidad y un afán incomparables. Habló con los literatos, los artistas, los políticos, los guerreros. Conoció todos los aspectos de aquella sociedad tan variada e interesante. Su condición noble y sus altas recomendaciones le abrieron todas las puertas. En abril de 1740 regresó a Francia, después de haber pasado diez meses en Italia. Las cosas y hombres de este país no cesaron de interesarle nunca. Escribió en 1749 una Memoria sobre las antigüedades de Herculanium y sobre el monte Vesubio. En 1756 escribió su Historia de la navegación a las tierras australes, donde recopila los relatos de los antiguos viajeros españoles, portugueses, france-

ses e ingleses. En 1760 publicó su obra sobre El culto de los fetiches. En 1765 apareció su Tratado sobre la formación mecánica de las lenguas. En 1775 fué nombrado primer presidente del Parlamento de Borgoña. Los últimos años de su vida los dedicó a su Historia romana (1777).

Pero de todos sus escritos, el que vive y vivirá eternamente es, sin duda, la relación de su viaje por Italia, contenida en las cartas familiares escritas desde este país. El VIAJE A ITALIA fué publicado en 1799; pero en una edición muy defectuosa. Publicóse otra edición, completa ya y excelente, en 1861. Sobre ésta ha sido hecha la traducción que ofrecemos al público.

De Brosses murió el 7 de mayo de 1777.

CARTAS FAMILIARES DEL PRESIDENTE DE BROSSES EN ITALIA

I. — A M. DE BLANCEY

Camino de Dijón a Avignón.

Avignón, 7 junio 1739.

Heme aquí ya en la primera estación de un país extranjero, mi buen Blancey, y, según lo convenido entre nosotros, ha llegado la hora de actuar con vos de *Tavernier* (1). Ya sabéis que es a título de reciprocidad, y que lo que me habéis prometido en compensación es hacer conmigo de *Cœur de Roy*. A ese precio nada me debéis, porque un *Cœur de Roy* (2) para los cuentos interesantes bien vale un *Tavernier* para los viajes. Por lo demás, vale la

(1) Célebre viajero.

(2) M. De Cœur de Roy, consejero del Parlamento de Dijón, era conocido entonces en Borgoña por la viveza de su ingenio. Su hijo, primer presidente del Parlamento de Nancy, obligado en los días del Terror a cambiar de nombre, tomó el de *Cœur Droit* (corazón recto).

pena de advertir, a guisa de prefacio, que mi charla no tendria par si no estuvierais vos en el mundo. Caminos, situaciones, ciudades, iglesias, cuadros, aventuras corrientes, detalles inútiles, posadas, comidas, sucesos que no tienen ningun interés, de todo le hablaré. Y no le valdrá quejarse; sus reproches no serán capaces de detener el chorro de mi palabrería, porque siempre creeré que es cuestion de envidia por vuestra parte.

Pues escuchad toda la historia de vuestro amigo el Borgoñón, que, a lo largo del gran río, con Loppin, su compañero, para acercarse a la frontera ha llegado hasta a Avignón.

Ya sabéis cómo nuestra partida fué el sábado 30 de mayo, hacia las ocho de la noche, en una silla de postas, que nos llevó de un tirón a almorzar en Mâçon, donde nos esperaban los caballos. Allí dejé el coche, a mi primo Loppin, mis alforjas y a mi fiel ayuda de cámara, el señor Pernet, para ir a visitar a mi hermana. La encontré instalándose en su *menage* y en su nueva casa. Me dieron una cena exquisita, con frutas tempranas, fresas, guisantes y alcachofas. Hago mención de esto porque he aprendido de nuestro amigo el P. Labat que nunca se debe omitir lo que se come, y que las gentes inteligentes que leen un relato se interesan más por este artículo que por otros. Pasé allí la noche, y el 2 de junio partí a caballo para ir a Lyon, adonde M. Loppin debía haber llegado la víspera en la di-

ligencia. El calor por el camino era capaz, si el trayecto hubiera sido más largo, de hacerme encontrar Noruega en Roma; pero lo peor de todo fué al llegar. Mi primo el geómetra, amigo íntimo de las líneas rectas, se había opuesto tenazmente a la curva que yo había trazado del lado de Neuville. Como no prevaleció su demostración, le pareció oportuno vengarse. Nos habíamos dado cita en el hotel del Parque; llegué allí, y nada. Os confieso que, si no hubiera estado camino de Roma, me habría visto en la necesidad de ir para obtener indulgencias, hasta tal punto el demonio de la impaciencia se había apoderado de mi persona. Heme aquí, pues, recorriendo todos los albergues, después de haberme tomado un trabajo inútil y quedádome sin maletas, sin primo y, lo que es peor, sin dinero. Pero, en medio de mis furores, del mismo modo que en la Opera aparece un dios para calmar la inquietud de Orestes, así apareció ante mis ojos el fiel Pernet, que devolvió a mi alma toda su sangre fría. Para acabar de calmar mis sentidos con el dulce encanto de la armonía, fuimos a la Opera, que me dejó realmente contento. Los coros están formados a expensas de los nuestros; los trajes son muy bonitos, y las decoraciones, pasables. La Tulou, que ya conocéis, representa los primeros papeles con una señorita Plante, hermana de la Dubuisson, amanerada con exceso e imitando lo mejor que puede a la Antier (1). Hay una buena

(1) Nacida en Lyón en 1687; debutó en la Opera de París en 1711 y brilló en los papeles de princesa. Ella fué la que coronó

contralto, cuyo nombre he olvidado, y dos bajos: Fontenay, linda voz y mal actor, y Person, de la Opera de París, a quien ya conocéis. El cuerpo de baile es todavía mejor, por lo menos en cuanto a mujeres; hay tres primeras bailarinas, de las cuales la peor está muy por encima de vuestra Bonneval. Pero a mí me gustó, sobre todo, una muchachita, sobrina carnal de la Sallé, que baila con un vigor y una ligereza comparable a la de la Camargo (1). En cuanto a hombres, no tienen mas que un buen bailarín, inferior, a mi parecer, a Dubuisson. La sala es hermosa y resultaba demasiado grande para la concurrencia, que era muy escasa. Es un mal epidémico, del que perecerán todas las Operas de provincias.

Al día siguiente continuamos allí, bien a pesar mío; tenía el propósito de tomar el barco correo para llegar pronto aquí; pero, ¡ya, ya!, mi compañero de viaje había oído narraciones de peligros corridos en el Ródano capaces de asustar a Ulises. Su última palabra fué que no quería llegar a Italia por el cómodo camino del golfo de Lyon, y que

a Villars después de su victoria de Denain. La señorita Antier, entre otras grandes pasiones, tuvo entre sus adoradores al príncipe De Carignan, M. De la Popeliniere, arrendatario general, y a M. De Lamothe-Houdoucourt. Este último, tan preferido por las bellas damas de la corte, fué subyugado por la Antier en el papel de Ceres, hasta el punto de romper inmediatamente con la señora duquesa de Duras, de quien era entonces amante. Un día que la Antier ensayaba un papel de amante abandonada, le dijeron: «¿Qué haría usted si se encontrara en esa situación, si su amante la dejara?» «¿Qué haría? Tomaría otro.»

(1) Célebre bailarina, nacida en Bruselas en 1710, donde debutó. Obtuvo grandes éxitos en la Opera de París, hasta que se retiró en 1751. Murió en 1770.

un vehículo tan endeble no valía nada para tan malos nadadores como él y yo. Fué inútil predicarle la intrepidez; mi retórica no surtió efecto; tuve que ceder y nos decidimos por el coche de Avignón, que partía al día siguiente. Me entretuve durante mi estancia en ver la manera singular de operar de un médico inglés llamado Taylor (1), que quita el cristalino del ojo metiendo en la córnea un hierrecito puntiagudo de medio pie de largo. Esta operación, que se llama batir las cataratas, es excesivamente curiosa y fué hecha con gran destreza por aquel hombre, que me pareció, por lo demás, un grandísimo charlatán. Vivía también con nosotros otro inglés, sobrino del famoso caballero Newton, que me demostró de un modo que no dejaba lugar a duda que la ciencia no es hereditaria.

Fuí después a ver un barco que el preboste de los comerciantes ha hecho construir para el duque de Richelieu. Se compone de un pequeño recibimiento, al lado del cual hay una cocina provista de su fogón y de sus hornillas; luego una alcoba amueblada con elegancia, con una chimenea de mármol y un espejo, y después un despacho, un guardarropa y un cuarto para criados, que tiene salida a un corredor; es una habitación muy bonita. No os diré más de Lyon, que ya conocéis mejor que yo. Mi amigo Pallu (2) no había llegado aún a

(1) El caballero Taylor, famoso oculista inglés. Muerto, según parece, en París hacia 1767.

(2) M. Pallu, jefe de contribuciones, intendente de Lyon.

la Intendencia. ¡Cuántos chistes buenos y cuántos malos epigramas hubiéramos hecho juntos, porque es, como

El señor de Brignolet,
muy amable y muy bromista!

Al otro día, el 4, para dar a las damas romanas una buena idea de la limpieza francesa, fuí a bañarme. El mozo de baños comenzó por decirme que allí se bañaban de ordinario el duque de Villars y el cardenal de Auvergne (1); ya comprenderéis cuál fué la alarma de mi pudor; pero pronto se me pasó el miedo.

El mismo día, a la una y media, nos embarcamos en un bendito coche, en donde no dejamos un solo instante de representar a lo vivo la escena de los niños en el horno de Babilonia. Entonces se arrepintió M. Loppin de no haber seguido mis consejos; sin embargo, la víspera no fué mas que por complacencia hacia mis ideas por lo que no hizo que le calentaran la cama; en cuanto a ideas, las tiene singulares; pero es el hombre más bueno del mundo.

Al principio nada que sea digno de contar nos ocurrió en el camino, salvo el encuentro con un barco grande remolcado por once caballos y cargado hasta los topes de... orinales.

La costa del Lyonnais es hermosa, rica, bordeada

(1) Dos personajes reputados por sus costumbres más que equívocas.

da de viñas, de jardines y de casas de campo. La del Delfinado está toda llena de montañas cubiertas de bosque.

Llegamos a Vienne hacia las cinco. El edificio de los padres de San Antonio, que es lo primero que se ve, da una buena idea de la ciudad. Es bonito y está bien situado a lo largo del Ródano; pero esta idea queda desmentida en cuanto se pone el pie en la ciudad, que es excesivamente fea y mal construída. No hallamos nada soportable mas que la iglesia de San Mauricio, catedral edificada con un gusto gótico bastante malo. La bóveda, pintada toda de azul, es bella, atrevida y muy elevada.

Vimos en la iglesia tres espectáculos a la vez: en el coro, un misionero declamaba himnos a un tropel de hombres; bajo los arcos del pórtico, una cantinera tocaba una flauta de caña ante un montón de mujeres, y en los claustros distribuían a los papanatas el retrato del predicador.

Si la plaza que hay delante de la iglesia fuera más grande y regular, su situación la haría magnífica; por un lado acaba en las arcadas y por el otro en el Ródano.

La ciudad, construída a lo largo del río, es larga y muy estrecha; es muy antigua, y fué antaño muy grande, puesto que a más de medio cuarto de legua fuera de la ciudad vimos, en medio de las viñas, un obelisco que señalaba antes el punto central. Está completamente adosada a una montaña muy fea; encima está el recinto, muy extenso, de un viejo castillo en ruinas, así como el puente so-

bre el Ródano, que es el sitio más peligroso de este río, sin que lo sea mucho, sin embargo.

A las seis y media llegamos a Condrieu, pequeño lugar del Lyonnais, habiendo recorrido en aquel día nueve leguas. Se encuentra antes, en el mismo lado, la famosa Côte-Rôtie; no me extraña que esté asada (*rôtie*) al cabo del tiempo que lleva allí, puesto que a mí, que sólo estuve un momento, me faltó poco para quedarme calcinado. Por mi honor, el Condrieu es una cosa muy divertida; no he encontrado nada en mi vida tan angosto: dos hombres no pueden pasar de frente por sus calles. El arrabal sobre el río, en que habitamos, es bastante bonito.

El 5 partimos a las tres de la mañana y bogamos con el viento contrario, que todo el día sopló de través, entre dos montañas muy juntas y muy áridas, dejando a Serrières a la derecha y a Saint-Valier a la izquierda. Pasamos por Tournon, pequeña ciudad bastante curiosa, que tiene un fuerte y viejo castillo sobre una roca (en medio del Ródano). Los buenos padres jesuitas, que, según su sapiencia ordinaria, son los que están mejor alojados en la ciudad, poseen sobre una alta torre una terraza con su balaustrada, desde donde se disfruta de un paisaje magnífico.

Frente a Tournon se ve la pequeña ciudad de Tain, dominada por una montaña, encima de la cual hay una pequeña ermita; en los alrededores se cría el célebre vino de ese nombre. Como no soy hombre que pierda la cabeza cuando se trata de los

placeres de la mesa, envié a uno de los criados en barco, a fin de ir a hacer una pequeña provisión de vino para el viaje.

Pasamos en seguida la embocadura del Isère, río infame si los hubo; es una decocción de basura.

Del otro lado, encima de una roca en cucurucho, se ve el viejo castillo en ruinas de Crussol, el cual da su nombre a la casa de Uzés. Las buenas gentes del país nos contaron que un gigante llamado Buard, de quince codos de estatura, había tenido allí su morada; sin embargo de esto, el mismo Chintré tuvo que agacharse para entrar. Ese buen gigante, una vez que hubo destruído al género humano, tuvo la amabilidad de repoblarlo y de construir una ciudad, para lo cual empreñó a todas las muchachas del país y arrojó su lanza, exclamando: *Va lance*. Esta fué a caer al otro lado del Ródano, donde está ahora la ciudad de este nombre y donde unos botarates de jacobinos nos enseñaron sus huesos, que son, en verdad, como los de una bestia grande; pero como las bestias grandes de toda clase son menos raras que los gigantes, se puede uno excusar de creer que dichos huesos sean los del pretendido señor Buard. ¡Maldito sea el que hizo edificar esa fea ciudad, en donde nos dieron pésimamente de comer!

Al salir de allí, las montañas se separan y comienzan a formar una perspectiva más agradable. La Voulte en Vivarais presenta una tan bonita, que de lejos me pareció digna de ocuparme de ella en mi diario.

En fin, después de veinticinco leguas de camino, llegamos a Anconne, pequeña aldea del Delfinado, distante media legua de Montelimar y que tiene la más pésima posada que puede imaginarse para comer y dormir.

El 6, a las cuatro de la mañana, volvimos al barco. ¿Querréis creer que aquellas feas montañas vuelven a juntarse otra vez una con otra? En verdad, aquello es horrible; el Ródano se pasea por el medio al galope tendido. Además, el viento se había vuelto del Norte durante la noche y refrescó excesivamente de madrugada. Ibamos como sobre alas; de suerte que pronto hubimos pasado Viviers, villa bastante grande, situada entre rocas horribles; tiene un castillo roquero, que no lo tomarán, seguramente, por asalto. El obispo tiene un hermoso palacio nuevecito.

Desde allí se pasa a Saint-Andeol, donde estaba antaño el obispado y donde todavía está el seminario. Hay allí multitud de rocas bajo el agua; la rapidez aumenta y el viento del Norte continúa más fuerte. A pesar de esto, nuestros pilotos, gentes extremistas sin duda, izaron dos velas, y de esta guisa pasamos el puente Saint-Esprit. Es una verdadera patraña meter miedo con él a las gentes; se desliza uno por allí como sobre un pavimento y sin el más pequeño peligro. No deja de tener sus razones la reputación de este puente; es de una gran belleza por su altura, por su largo y por la anchura de sus arcos y la traza ligera de los pilares. Lo medí en todos sentidos; tiene mil ciento diez y ocho pies

de largo por quince sólo de ancho; los arcos, adonde bajé, tienen treinta y tres pies de luz. Hay diez y nueve grandes, sin contar los medianos ni los pequeños. Los pilares son huecos y tienen en medio una especie de puerta cochera. Acaban de arreglar un lado de arco que ha costado diez mil libras. El pavimento del puente responde a la belleza del resto; está hecho con cal y cemento. Las carretas aun vacías, no pasan mas que sobre trineos; pero las diligencias y las carrozas cargadas pasan sin dificultad. Al extremo del puente, del lado de la villa, hay una buena ciudadela con cuatro bastiones muy bien revestidos a los lados y rodeados por un foso también revestido. La villa es bastante bonita. Comencé a darme cuenta que estaba en Provenza cuando vi el mercado lleno de limones a seis sueldos la docena.

Más allá el país no es feo, y está cubierto de verde hasta Caderousse, pequeña ciudad del condado que pertenece al duque de ese nombre.

Al otro lado está Roquemaure, en Languedoc, castillo tan grotesco y tan antiguo, que estoy seguro que ha sido edificado con materiales del derribo de la Torre de Babel. Hay allí en el Ródano muchos sitios más peligrosos que los que se citan. El tunante de nuestro piloto se entretenía, en un rincón, en comer espárragos; nunca me han gustado los glotones. De pronto oí un gran ruido; yo estaba en un rincón traduciendo del italiano, y podéis creerme, me imaginaba hallarme yo mismo traducido en el otro mundo. Fuimos a chocar con-

tra unas rocas y ¡cric-crac! oí gritar: «¡Vamos a pe-
recer!» Me levanté y vi que no había tal cosa, y que
el peligro que habíamos corrido por causa de los es-
párragos había ya pasado. Ya veis cómo los gran-
des sucesos tienen con frecuencia pequeñas causas.
¡Y todavía si se hubiese tratado de guisantes! En
fin, llegamos aquí a las cuatro de la tarde, después
de haber recorrido diez y ocho leguas.

¡Gracias a Dios, ya estoy en salvo,
puesto que estoy en tierras del Papal (1).

(1) Imitación tomada del viaje de Chappelle y Bachaumont.

II.—A M. DE BLANCEY

Memoria sobre Avignón.

En cuanto llegué, fuí a corretear por la ciudad, y como se trata de una ciudad extranjera, bien puede ser que os haga una descripción completa. Ninguna ciudad de Europa tiene murallas tan hermosas como éstas; son enteramente de piedra de talla, iguales, con troneras, guarnecidas de almenas y barbicanas todo alrededor, y cada cincuenta pasos torres cuadradas semejantes y que hacen juego. El Papa Inocencio V fué quien las costeó; sin embargo, esto no hace que la ciudad sea más fuerte. Avignón tiene una legua bien contada de perímetro. Casi toda la explanada está plantada de dos hileras de árboles, que forman una avenida bastante mediana. Las calles son largas y bien trazadas; las casas, casi todas de piedra de talla muy blanca, lo que contribuye mucho a dar un aspecto agradable a los bellos edificios, que abundan. La sangre es hermosa; las mujeres de condición se ponen mucho colorete; todas las mujeres tienen gordas tetas blancas, y su manera de vestirse, con corpiños muy mal hechos, las hace parecer más gordas.

No tengo más remedio que renunciar a entender

a los moradores del país y a que ellos me entiendan a mí hasta que Desperiez sea admitido en la Academia por su hermosa habla.

Los frailes comienzan aquí a resentirse de la vecindad y del dominio italiano, y dan muchos más ejemplos de vigor que de virtud.

La justicia se cumple también al modo ultramontano. Un auditor la administra en primera instancia; está sometido a la apelación de otro, a su vez apelable en Roma, donde hay que pasar por tres juicios; de suerte que se puede tener un proceso en la familia, pero no esperar ver su fin, aunque se hiciera una substitución gradual y perpetua.

Las iglesias, que son muy numerosas y maravillosamente doradas, gozan todas de derecho de asilo, de tal modo que ni siquiera es permitido acechar a un criminal que quiera salir de ellas. La primera que encontré en mi camino es San Agrícola, en donde noté que el órgano está distribuido por igual en los dos lados, por encima de las sillas del coro. Recorre toda la nave una magnífica tribuna, semejante en detalle a la del palacio del Sol en Faztón. Hay una cúpula pintada al fresco y una capilla de la Casa de Brantes, con buenas esculturas. Los jesuitas tienen dos casas. La iglesia de la casa profesa es grande y limpia, toda ella adornada con pilastras de orden corintio y con tres tribunas una encima de otra; la última recorre toda la iglesia y es de buen efecto, así como el friso de encima. El coro es de mármol y de piedra blanca recargada de bajorrelieves.

El noviciado de los jesuitas es, sin embargo, mucho más bonito. Luisa de Ancezuna hizo la gran locura de hacerle edificar para estos reverendos padres, y su familia tiene allí su sepultura. La iglesia está toda revestida de estuco y de mármol en piezas, perfectamente escogido; es pequeña. Las dos capillas de los costados tienen dos buenos cuadros de Souvan; la cúpula es demasiado alta para su diámetro. Las cuatro pilas del agua bendita están sostenidas por los cuatro Evangelistas, diestramente pintados por un hermano jesuita.

La bóveda está sin pintar todavía. Como yo examinaba con bastante atención esta iglesia, que me gustaba mucho, un buen padre se acercó a pedirme unos dibujos para la cúpula. Le di muchos consejos, que le parecieron salir todos de la cabeza de un gran maestro; pero como me faltaba tiempo para dejárselos sobre el papel, le advertí que podía dirigirse a Bouchardon, que distribuía algunos de mis dibujos bastante apreciados.

La casa responde a la iglesia; es regular y bien distribuída en todo. Cuatro pórticos o columnatas forman un claustro, que tiene estampas por todas partes. El claustro sirve de cerca a un jardincito de naranjos, y los pórticos están a su vez cercados por un gran jardín.

Noté en la sacristía una bóveda atrevida, completamente plana, construída en piedra de talla, cada cual de un corte distinto. En una sala próxima hay un busto, tomado del natural, del beato Estanislao de Kostka, que por el aspecto me pa-

rece haber dado en vida mucho que hacer en la casa. Al salir de allí entré en San Marcial para ver la tumba del abate de Simiane, vicario general de Cluny, que está representado a lo vivo, saliendo de su tumba en una actitud de resurrección. Un ángel toca la trompeta, que sostiene con una mano, y con la otra levanta el pabellón de la tumba. Nada he visto mejor en este género; esta obra excelente es del escultor Perris.

A mi vuelta envié recado a todas las posadas para saber si los Lacurne habían llegado. Di señas acabadas acerca de la estatura de madame de Gannay. Al mismo tiempo oí que en el cuarto de al lado un bromista se entretenía en enviar el mismo recado con mis señas. Corrimos el uno hacia el otro; eran Lacurne y Sainte-Palaye, que acababan de llegar por la posta; los abrazos de unos a otros no fueron ahorrados. El primer fuego pasado, bebimos a vuestra salud; pero no fué, como ya podéis suponerlo, sin murmurar de vuestra persona.

Después de este primer oficio, que creímos deberos, hicimos la distribución de los empleos. ¿Conocéis a Jasmin, el secretario de los Cuatro Facardinos, que se entretenía a lo largo del camino en recoger papelotes de memorias y en hacer sobre todas las nonadas que encontraba fárragos de notas que una mañana se llevó el viento? Tal es el empleo con que la munificencia de mis compañeros me ha honrado. Os corresponde juzgar si he empezado a cumplir bien con mi cargo. Madame De Gannay no se reunirá con nosotros hasta Aix.

Al día siguiente subimos en sillas de manos para ir a ver la Cartuja de Villeneuve, en el Languedoc, distante de Avignón una legua corta. La elección de coche os extrañará, sin duda; pero es el más cómodo del país; las sillas de manos son limpias, buenas y abundan mucho, aunque he notado, por lo demás, que hay también muchas y buenas berlinas. En cuanto a los mozos, tienen tal afición al oficio, que se ofrecían a llevarnos hasta Marsella.

Para llegar a Villeneuve hay que atravesar dos veces el Ródano. Se entra en la Cartuja por un pórtico de orden compuesto, de buena arquitectura; una avenida, compuesta de cuatro hileras de columnas y de grandes moreras, intercaladas entre ellas, conduce a la casa, en donde nos proporcionaron un fraile, pintor, que nos enseñara todo. Este nos llevó primero a su estudio, donde al entrar vi un lienzo que me satisfizo tanto, que merece un largo sitio en mi narración.

En el fondo del cuarto hay un caballete, sobre el cual han puesto un cuadro, no del todo acabado, que representa el Imperio de Flora, cuyo original es del Pousino. La paleta del pintor y sus pinceles se habían quedado al lado del cuadro. Encima, sobre un pedazo de papel, el dibujo del cuadro hecho al difumino; al lado, un paisaje grabado de Le Clerc. Debajo del caballete habían puesto un cuadro con el lienzo vuelto del revés, y en las rendijas del marco estaba prendido un paisaje de Perelle, grabado. Vi todo esto de lejos y de cerca, sin encontrar nada que valiera la pena de fijarse; pero

mi sorpresa no tuvo igual cuando, al pretender coger el dibujo, encontré que todo aquello era ficticio, y que no era mas que un solo cuadro enteramente pintado al óleo. Mojé mi pañuelo y lo pasé sobre el dibujo, sin poder persuadirme que no estuviera hecho al lápiz. La señal de la impresión de la tabla sobre el papel de las dos estampas; la diferencia del tejido de los dos papeles; el carácter de los dos grabadores; los hilos de la tela del cuadro vuelto del revés, todo está tan admirablemente hecho, que prorrumpí constantemente en exclamaciones. Si yo tuviera posibles para adquirir ese cuadro, de buena gana daría por él diez mil francos. Es de un pintor veneciano. Sobre el paisaje de Le Clerc hay escrito: *Ant. Forbera pinxit, 1686*. La sola vista de este cuadro me paga con creces, con el placer que me ha causado, las molestias del viaje sufrido hasta ahora. Lo que es singular es que la parte del lienzo que representa un cuadro no está en modo alguno bien pintada; era preciso que este hombre no tuviera mas que el talento de copiar y de fascinar los ojos.

El cuadro no tiene marco y no es cuadrado, sino cortado según los contornos que darían realmente las cosas en él representadas, lo que contribuye también mucho a engañar la vista.

Llamó también mi atención en el estudio del hermano un excelente paisaje de Benedetto Castiglione, una *cabeza de mujer* de Guerchin, una *Decapitación de San Juan* que pasa por ser de Lebrún, pero cuyo colorido es muy superior al de este pintor.

Volvimos a los claustros, que son alegres y limpios. En un rincón, una perspectiva representando una capilla, en donde un cartujo lee su breviario; merece ser notada. Fui al capítulo a ver cuatro cuadros de la Pasión, de Lévieux; entre ellos, la *Coronación de espinas*, del cual había oído en otro tiempo hacer grandes elogios, pero que me pareció bastante insignificante, sobre todo visto al lado de un *San Jerónimo* de Carache.

La iglesia es hermosa, con mucho oro, llena de pinturas y de sepulcros de Papas, que por sí mismos no son gran cosa. Hablo de los sepulcros y no de los Papas. El altar, las gradas, el suelo y la balaustrada son de mármol. A la izquierda del altar hay una *Visitación* de Champagne; en el coro de los padres, dos grandes cuadros de la escuela de Lombardía, que representan dos *Adoraciones*, una la de los Reyes, y otra la de los Pastores. Los otros cuadros de este coro son de nuestro guía el hermano y no desmerecen de estar en aquel sitio.

En el coro de los hermanos, dos cuadros de Mignard; otro del mismo en la capilla de la izquierda, y en la de la derecha, una *Anunciación* de Guido, que es el más hermoso cuadro que hay en la casa; pero está muy estropeado. El hermano nos enseñó una excelente copia que acababa de hacer.

En los colaterales, varias historias de cartujos mártires, de diferentes autores; entre otros, una *Santa Rosalina*, cartuja, bonita a maravilla. ¡Oh Blancey, de qué buena gana la martirizaría! Estoy seguro que ha hecho condenar a más buenos pa-

dres de éstos que ha salvado la regla de San Bruno.

La sacristía está excelentemente trabajada en madera de mano de un cartujo, que es todo lo que hay que decir. Un pánfilo de sacristán nos aburrió enseñándonos una porción de tesoros, objetos de plata, reliquias, ornamentos, una astilla de la verdadera cruz, la vieja sobrepelliz y las sandalias del Papa Inocencio VI, fundador de la Orden, etcétera, etc.

El pórtico de la iglesia está exornado con tres bajorrelieves de bastante mal gusto. En suma, salí de aquel lugar dando por bien empleada la molestia que me había tomado en ir. A propósito: ¿no le aburren a usted todos estos largos detalles de pinturas? Hay que aguantar este relato, puesto que quiere usted tener mi diario. Con frecuencia es a mí mismo a quien escribo estas líneas, para ver otra vez, a mi vuelta, lo que me haya divertido en mi paseo.

Empleamos la tarde en recorrer el resto de Aviñón. Fuimos a ver la sinagoga, que huele mal, tal como lo que ella es. Hay allí, por lo menos, diez mil lámparas, unas de cobre y otras de vidrio; después de eso, ¿quién podrá negar que esas gentes están iluminadas? La judería es pequeña y con malos edificios, y los judíos, pobres, contra su costumbre; pero de seguro que no es culpa suya; todos llevan unos sombreros amarillos, y las mujeres, un pedazo de lana amarilla sobre la cabeza.

Los Celestinos tienen una tumba del beato Pe-

dro de Luxemburgo, cuyo mérito encarecen mucho. Me gusta más el jardín, lleno de empalizadas de laureles, tan altos como pinos. En una de las salas encontré el famoso cuadro pintado al temple por René de Aujou, rey de Provenza, fundador de la Orden; representa a su querida. Habiendo muerto esta mujer, de la cual el rey estaba ciegamente enamorado, éste, en su aflicción, al cabo de unos días hizo abrir su sepultura para verla de nuevo; pero se quedó tan impresionado por el estado horrible del cadáver, que, exaltándose su imaginación, la pintó. Es un gran esqueleto de pie, peinado a la antigua, cubierto a medias por el sudario y con los gusanos royendo el cuerpo, desfigurado de una manera horrible; el ataúd está abierto, apoyado en una cruz del cementerio y lleno de telas de araña muy bien imitadas. ¡Vaya al diablo ese animal que, entre todas las actitudes que pudo escoger para pintar a su querida, tuvo la ocurrencia de preferir este horrible espectáculo! Hay en este cuadro un rollo que contiene una treintena de versos franceses del mismo rey, que no me he molestado en copiar, creyendo que el anticuario Sainte-Palaye no dejaría de hacerlo. Este rey René es el mismo que estuvo tanto tiempo prisionero en Dijón en la torre de la casa real llamada la Torre de Bar, donde todavía hace poco se veían algunos cuadros al fresco pintados por él sobre las paredes (1).

(1) Fué capturado en 1431, en una batalla cerca de Neufchâtel, por el conde de Vaudemont, que lo envió prisionero al

El palacio del vicelegado es viejo, muy incómodo, y las habitaciones no merecen la pena que se las visite. El vicelegado de ahora se llama Buon-delmonti; es un hombre de cincuenta años, muy afable, que nos dió una carta de recomendación para su sobrino en Roma. Hace cinco años que ejerce aquí el mando supremo, y al acabar su misión será, según costumbre, elegido cardenal. Viste singularmente con una especie de bata larga, cubierta con un justillo de mangas acuchilladas, cuyas aberturas están adornadas con ojales y botoncitos, todo ello de damasco negro, lo que le hace parecerse mucho al difunto Scaramouche. Mantiene una compañía de caballería de cuarenta hombres y otra de infantería de ciento. Sus guardias visten uniformes escarlata galoneados de plata en todas las costuras. Los suizos son todavía más originales que su amo en lo tocante a la vestimenta. Todo eso funciona con cualquier motivo, hasta cuando despide a una visita. No es con las rentas de la vicelegación, que no exceden de veinte mil libras, con lo que sostiene ese tren; pero él es rico por su casa. De ordinario, los vicelegados no están en buena inteligencia con los arzobispos; esto no pasa hoy: el arzobispo, piamontés de nacionalidad, es un buen viejo de ochenta años, que no se mete en nada.

La catedral está en el recinto del castillo. Se sube por una escalera que recuerda mucho la que

duque de Borgoña. No recobró la libertad sino en condiciones muy duras y mediante el pago de un fuerte rescate. (*Historia del rey René*, por el vizconde Francisco de Villeneuve.)

usted acaba de construir para el Palacio de los Estados. La iglesia es obscura y sin más decoración que una tribuna bastante buena. Encima del altar hay una *Asunción* de Parrocel; detrás está el coro, donde están todos los Papas de Avignón en bajo-relieve de madera dorada, precisamente como esos monigotes de la fachada del Palacio de los Estados que, según usted dice, representan una serie de elegidos. Me paré a la derecha frente a una *Virgen*, ante la cual pasábamos sin fijarnos, y que reconocí era de Rafael. Las obras de este maestro de los maestros no llaman al principio la atención; pero a la larga no nos cansamos de contemplarlas: no es seductor, pero es hechicero. A la izquierda, en una capilla, hay una *Asunción* de Mignard, muy buera, y una *Resurrección* de Simón de Chalons, de un gusto realmente especial. A la derecha, la capilla de los Arzobispos merece visitarse por las esculturas, entre las cuales me llamó la atención una *Muerte escribiendo en un libro*, trabajada con audacia y verdad. Los canónigos de esta iglesia, cuando celebran los oficios, van todos vestidos como los cardenales.

Hay que ir después a los Cordeleros a ver la tumba de la bella Laura, la querida de Petrarca, que no es mas que una vieja piedra en un rincón sucio y obscuro. Se conserva un soneto italiano que Petrarca puso en su tumba y los versos que Francisco I improvisó acerca de ellos cuando visitó estos lugares. No serían demasiado buenos si fueran de Marot; pero no son tan malos para

improvisados por un rey. Si es usted curioso, ahí van:

*En petit lieu compris, vous pourrez voir
Ce qui comprend beaucoup par renommée:
Plume, labeur, la langue et le devoir
Furent vaincus par l'aimant de l'aimée.
O gentille âme! étant tant estimée,
Qui te pourra louer qu'en se taisant?
Car la parole est toujours reprimée
Quand le sujet surmonte le disant (1).*

Nos enseñaron un cuadro que representa la *Redención del pecado original*, bastante bien dibujado para ser, como pretenden, de Miguel Angel, pero demasiado bien de colorido para este pintor; muy defectuoso, como es sabido, en esta parte. Dicen que han rehusado dos mil escudos que les ofrecían por él. Además, una *Coronación de la Virgen*, que, para mí, debe de ser del Ticiano. También una capilla en que la *Vida de San Francisco* está pintada por Parrocel, muy buen pintor, que vive aquí. La bóveda de la iglesia es de una anchura notable.

Los Jacobinos tienen la Inquisición, poco admirada, y un baldaquino de ocho columnas corintias, muy atrevido y elevado con exceso, y además, entre esas columnas, una grande y hermosa capilla de

-
- (1) Encerrado en un pequeño espacio, podréis ver
Lo que abarca mucho por la fama:
Plumas, labor, la lengua y el deber
Fueron vencidos por el imán de la amada.
¡Oh gentil alma! Siendo tan estimada,
¿Quién podrá alabarte mas que en silencio?
Porque la palabra es siempre reprimida
Cuando el tema sobrepaja al oficiante.

los penitentes blancos, en la cual la *Vida de Jesucristo*, desde su resurrección, está pintada en ocho grandes cuadros por Mignard y Parrocel.

Acabo por la sala de espectáculos, pequeña pero bien adornada y bien construída, y por una soberbia carroza de gala del vicelegado: tiene ocho espejos; el fondo es igual a la delantera; abierta y con ventanillos; dorada toda ella hasta las ruedas con pinturas de Parrocel. Es la más hermosa que yo he visto; vale unas cuarenta mil libras.

¿Le parece a usted bastante sobre Avignón? Le hago gracia, sin embargo, de muchas otras cosas de que me acuerdo. No vaya usted a figurarse que voy a extenderme tanto al hablar de todas las pinturas y de las ciudades de Italia; sería el cuento de nunca acabar; ya han dicho bastante otros; pero he querido alargarme un poco sobre esta ciudad, de la cual no se ha escrito tanto. Además, en mi cargo de secretario de los Cuatro Facardinos, se ha apoderado de mí un fervor de novicio, que no será siempre el mismo. Añada usted que aquí nunca falta quien nos enseñe una piedra de imán tan gorda como el puño, que apenas si atrae una llavecita, aunque bien armada; pero el cuerpo que ha atraído atrae a su vez cuatro veces más que la piedra misma.

El duque de Ormond, en otros tiempos tan en favor en Inglaterra, está acabándose de comer en Avignón el resto de sus ochocientas mil libras de renta. Avignón es residencia de los viejos arruinados, porque M. De Langeac vive también aquí retirado.

III.—A M. DE BLANCEY

Camino de Avignón a Marsella.

Marsella, 15 junio.

El 8, a las cinco de la mañana, nos dividimos en dos grupos. Sainte-Palaye, en su calidad de protector de todos los viejos sonetos, quiso ir a la ribera de la fuente de Vaucluse a llorar con Petrarca la muerte de la bella Laura; en cuanto a mí, que no me las echo de caballero de las doncellas de Carpentras, me encaminé derecho a Aix, en un coche tirado por dos mulas. Entre este vehículo y el hueso sacro reina una enemistad irreconciliable.

Y no creo que de París a Roma
carroza, cualquiera que sea, dé más meneo a la gente.

Pero la vista del país, el más admirable que puede imaginarse, me impedía prestar atención a los lamentos de mi grupa por ser la víctima de mi curiosidad. El Durance pasa por esta hermosa comarca; le atravesamos en una barcaza; es muy ancho y veinte veces más rápido que el Ródano. Las aguas, blanquecinas, no embellecen unos lugares que, por lo demás, ofrecen espectáculo en-

cantador, que yo me figuraba que no acabaría hasta salir de Provenza; pero al cabo de cuatro leguas quedé desengañado. Una montaña completamente árida comienza allí, y no se encuentra casi ninguna otra cosa hasta Aix. En verdad, los valles están muy bien cultivados y forman todo a lo largo jardines llenos de olivos y otros árboles.

Allí fué donde yo, pecador indigno, experimenté uno de los misterios de la Pasión; porque al pasar por este huerto de los Olivos sudé sangre y agua. (Era un gran honor para mí, sin duda, pero demasiado para que yo pudiese sufrirlo.) No he tenido en todo el camino tanto calor como entre estas rocas. Para refrescarme un poco se me ocurrió un expediente medio epicúreo medio cínico, que fué poner mi trasero a la portezuela, *in puris et naturalibus*, para refrescarle un poco el aliento; este desahogo me hizo llegar más pacientemente a Ornon, pequeña ciudad que pertenece al príncipe de Lambesc y en donde comimos. Nos fuimos a dormir a Lambesc, y al día siguiente, en marcha desde la cuatro de la mañana, nos encontramos a las ocho en Aix, después de haber recorrido cuatro leguas. Los dos Lacurne llegaron después que nosotros, poco satisfechos de Vacluse, pero mucho del obispo de Cavaillon, que les había dado infinidad de cartas para Italia. Madame de Ganay había llegado a Aix la víspera. La encuentro, después de haber tomado las aguas, mejor color y la palabra menos entorpecida.

Aix y Dijón son dos ciudades que se ponen de

ordinario en parangón, lo que excitaba mi curiosidad para compararlas. Aix, casi una tercera parte más pequeña que Dijón, está situada en el fondo de un valle rodeado por todas partes de montañas. La ciudad, sin exceptuar ninguna casa, está construída en piedras de talla; el barrio de los comerciantes está muy poblado y me pareció bastante animado; el de la gente acomodada, que ocupa gran parte de la villa, está magníficamente edificado; la mayor parte de las casas son muy altas, de una arquitectura adornada y construídas a la italiana, con fachadas a la calle; éstas son anchas, tiradas a cordel y llenas de hermosas fuentes; a cada paso se encuentran plazoletas con árboles de sombra; en fin, esta ciudad es sobremanera bonita, la más bonita de Francia después de París. No vacilé en preferirla a Dijón en cuanto al exterior, aunque no tenga ni nuestras casas a modo de hoteles, construídas entre patio y jardín (porque en Aix no he visto patio en las casas y pocos jardines), ni nuestros hermosos coches recorriendo a todas horas la ciudad: no encontré mas que dos o tres; pero sí muchas sillas de mano doradas de arriba abajo, blasonadas y forradas de terciopelo. (Sin embargo, las mismas gentes del país, que conocen las dos ciudades, dan la preferencia a Dijón.) Aunque me aseguran que todas las casas están maravillosamente amuebladas, no creo que allí se viva con la comodidad, la amplitud y el lujo que en Dijón. Los lugares comunes son aquí más comunes que en cualquier otra parte, porque están en medio de las

calles, en donde se descarga también todas las demás inmundicias; y aunque los campesinos tengan mucho cuidado de recogerlas todas las mañanas, siempre queda en el ambiente un vaho desagradable.

El sitio más bonito de la ciudad, y uno de los más agradables acaso que haya en Francia, es la calle del Cours, muy ancha y bastante larga, con casas altas, hermosas y a la italiana; cuatro filas de árboles forman dos contraavenidas, que sirven de paseo, y en medio de ellas una ancha avenida adornada con cuatro grandes fuentes, la última de las cuales tiene un surtidor de agua en amplio estanque y dos caballos de bronce, que echan el uno agua caliente y el otro agua fría. Esta calle termina por un extremo en una balaustrada que da al campo, y por el otro en un hermoso hotel, que pertenece al tesorero de la provincia. Esta calle, de la que tanto se habla y que sería menos que nada en comparación de la nuestra, si estuviera fuera de la ciudad, me pareció aun preferible a la nuestra por la ventaja de su situación y el agrado de encontrar: sin salir a las afueras, un magnífico paseo a cualquier hora del día y de la noche. Vi allí muchos hombres, pero pocas mujeres; en este país les gusta mucho el juego y descuidan todo lo demás, hasta el teatro, que está desierto.

La piedra de talla no es hermosa en Aix, y para acabarla de pintar reducen los guijarros a arena fina, con lo que hacen una fea pasta terrosa; luego con grandes escobas embadurnan todas las casas

nuevas; necesitan ser naturalmente bellas para no quedar desfiguradas por este feo revoco.

La plaza de los Predicadores o de los Jacobinos es la más grande de la ciudad: está toda plantada de árboles. Acaban de decorar el interior de la iglesia, que es de buena arquitectura, con columnas corintias, con arquitrabes, embadurnados de pasta como lo demás.

El Palacio del Parlamento está en esta plaza; la fachada es media cúpula de bastante mal gusto; la sala de conferencias es infame; la de la audiencia pública es muy fea, y el edificio entero es, como el nuestro, un viejo caserón muy mal distribuído; pero las cámaras son lindas y bien adornadas. La cámara grande está tapizada de terciopelo azul con franjas de oro, decorada con bellos y grandes cuadros de N. Pinson y con un gran techo pintado y dorado; lo mismo ocurre en las otras cámaras. En cada una hay un trono dorado para el rey, lo que hace otros tantos sitios vacantes. Hay dos cámaras para los registros: una de verano y otra de invierno. La de verano es singular en cuanto sobre la pared, encima de cada asiento, están pintados al natural todos los presidentes y consejeros contemporáneos, con toga roja y con el nombre debajo. Conté cinco presidentes y cuarenta consejeros. Esto se hizo en tiempos del primer presidente Du Vair. Las Instancias tienen dos cámaras: una para la audiencia, otra para el consejo. A diferencia de nuestro Parlamento, los presidentes de las Instancias son presidentes togados, y no los de las

Instrucciones. Hay diez, como en el nuestro. Otras diferencias: los presidentes no tienen despacho, y todos los consejeros tienen sillones. El Tribunal de Justicia, la Cancillería y la capilla están también adornados convenientemente. El Tribunal de Cuentas está abajo. La sala de Archivos merece ser vista por su buen orden y disposición.

La Casa-Ayuntamiento está mal situada, en una calle estrecha, que impide ver la fachada, bastante buena; la componen cuatro cuerpos de habitaciones, que forman un patio reducido. Hay una biblioteca bastante mediana y una bella torre con reloj, con siete estatuas, que al girar marcan los siete días de la semana.

He aquí lo que he hallado de más notable en las iglesias: En la de los Carmelitas, un gran cuadro pintado por el rey René; en uno de los postigos de las ventanas se ha pintado él mismo, y en el otro a su mujer. En el coro, la tumba de la hija natural de este rey, tres estatuas muy antiguas y dos buenos cuadros de Carmelitas. En la de los Penitentes, una *Incredulidad de Santo Tomás*, pintada por Penissonius, que alaban mucho; esta pintura es grosera, dura y seca, pero expresiva. Monsieur Loppin le da el premio entre todo lo que ha visto; en cuanto a mí, no quedé muy satisfecho.

En la iglesia de Saint-Sauveur, catedral fea e irregular, un baptisterio obscuro, cuya cúpula está sostenida por ocho columnas, cada una de un solo pedazo, de una altura y un grueso extraordinarios; dos de estas columnas son de granito, y las otras

seis de ese mármol antiguo de Egipto, verde negruzco, tan apreciado y cuyas canteras se han perdido. Esta columnata es de un gran valor; lástima que esté tan mal colocada y que, además de las injurias del tiempo, tenga que sufrir las de un visigodo de sacristán que, para colocar el monumento de Jueves Santo, ha tenido la idea de hacer picar y agujerear las columnas. En una capilla desierta, un bajorrelieve de escultura antigua del buen tiempo de los romanos, pero muy borroso; representa, si no me equivoco, una boda; por lo menos, veo una mujer cubierta con un velo, medio recostada en una cama, haciéndose la interesante; otra mujer, a su lado, parece exhortarla al martirio, y el esposo, de pie, completamente desnudo, al lado de la cama, parece bastante enojado de todos esos aspavientos.

En la iglesia de los Padres del Oratorio, una arquitectura dórica por fuera y por dentro, de un gusto muy particular, lo mismo que el tabernáculo. Para pasar de un extremo a otro, la de los Jesuitas es una bella iglesia construída en arcadas de orden corintio muy regular y de muy buen gusto; lástima que el friso esté demasiado recargado de ornamentos. Además, una capilla de la Congregación del Parlamento, muy recargada de pinturas; el cuadro del altar mayor representa una *Virgen arrodillada*; no me pudieron decir de quién era y no supe discernirlo. También puede verse la iglesia de la Visitación, que es limpia y toda de mármol. El marqués de Argens, procurador general, tiene una ga-

lería de cuadros de los mejores maestros, que hay que visitar.

No sé cómo se las arreglan en invierno en esta ciudad, donde la leña se vende por libras; en cuanto al verano, me he dado cuenta de que es muy bueno; anduve correteando todo el día sin que me molestara el calor.

El 10, un camino mitad rocas peladas mitad jardines nos llevó a Marsella. En general, no me ha parecido hasta ahora que la belleza de la Provenza responda a la idea que me había formado, a excepción, sin embargo, de las cuatro leguas al salir de Avignón. Veremos si Tolón y Hyères nos muestran un paisaje más curioso. El juicio que consigo aquí no debe ser aplicado a una pequeña altura que se encuentra a media legua de Marsella, desde donde se divisa: a la derecha, el Mediterráneo, el castillo de If y las islas adyacentes en perspectiva; enfrente, la ciudad de Marsella, dominada por la ciudadela de Nuestra Señora de la Guardia y por las montañas que cierran el horizonte; y a la izquierda, un valle tan lleno de *bastidas*, casas de campo, árboles y jardines, que si se encerrara este recinto dentro de murallas, se tendría una ciudad del género de Constantinopla.

Entramos en Marsella por la calle de Roma, alineada como la calle de Richelieu y casi doble de larga. La tercera parte de esta calle, hacia la mitad, es una especie de rambla muy inferior a la de Aix; tiene hermosas construcciones a la italiana y es tan poblada como la rue Saint-Honoré. Esta pri-

mera ojeada da una gran idea del movimiento y de la riqueza de esta ciudad, idea que está bastante bien sostenida por todo el resto.

Después de haber desembarcado en la Rosa, hospedaje muy hermoso, mi primer cuidado fué ir a buscar al amigo Fontette y a nuestros dos queridos compatriotas, que me esperaban desde el día 6. Mi gozo al verlos fué tal como podéis imaginarlo. Me entregaron vuestra carta, en la cual reconocí sin trabajo vuestro estilo, tan lleno de fanfarronería como destituído de sentido común. La conversación giró sobre todas las gentes que conocían.

Me pareció que, salvo ocho o diez infidelidades, la mayor de las muchachas tenía por vos un gran afecto. Las dos están perfectamente bien de salud; las volveréis a ver una y otra a principios del mes que viene.

Tres galeras, a las órdenes de M. De Maulevrier, jefe de la escuadra, están dispuestas para acompañar a madame la duquesa de Módena a Libourne en los últimos días de junio. Monsieur De Fontette va a bordo de la galera principal en calidad de capitán de estandartes; de suerte que ahora no deja de estar ocupado.

La amistad que me une al conde de Fontette se ha extendido a toda nuestra sociedad, que recibe numerosas muestras de sus maneras afables. Le agradezco el habernos dado a conocer unos pequeños pescados que llaman *melets*, que tienen mucho mérito. Cosa que no podría creerse; entre Sainte-

Palaye y yo hicimos a esta comida los honores de un Blancey.

Marsella puede clasificarse en tres ciudades: la de más allá del puerto, llamado Ribera nueva, que me ha parecido poca cosa; la vieja, rica, mal oriente y poco bonita; y la nueva, en la cual viven todas las gentes de pro, compuesta de largas calles alineadas. Casi todas sus casas tienen agradables fachadas a la calle; no hay patios, sino pequeños jardines, con sus surtidores de agua casi todos. El puerto es una de las cosas que no se encuentran mas que aquí. Es muy largo y, en proporción, mucho menos ancho; está lleno por completo de barcos, faluchos, tartanas, bergantines, naves mercantes y galeras, que forman su principal adorno. Todo el lado de tierra está cubierto de tiendas, en donde se vende, sobre todo, mercancías de Levante. Estas tiendas son tan apreciadas, que un espacio de veinte pies en cuadro paga de alquiler quinientas libras. El otro lado está lleno también de pequeñas tiendas flotantes en barcos, en donde se venden naranjas y artículos de mercería, etc. Los presidiarios, sujetos con una cadena de hierro, tienen cada uno una pequeña cabaña, en la cual ejercen todos los oficios imaginables. Uno vi que me pareció un hombre de genio: la cabeza apoyada sobre un Descartes, trabajaba en un comentario filosófico contra Newton. Otro fabricaba sandalias, y un tercero imitaba con mucha habilidad, en una letra de cambio, la firma de un banquero de la ciudad. Llevan allí una vida bastante tranquila, que

daba envidia a Lacurne; y viendo una de las cabañas vacías, tuve el propósito de quedarme con ella con destino a cierto tunante que usted conoce.

El muelle del puerto, que está enladrillado con ladrillos ordinarios, resulta muy cómodo para el tráfico; está constantemente lleno de toda clase de figuras de todas las naciones y de todos los sexos: europeos, griegos, turcos, armenios, negros, levantinos, etc.

Visitamos las galeras, cuya descripción no os hago porque con la vida que lleva Blancey, no le faltarán ocasiones de verlas. Los pataches, grandes barcos hechos no para salir al mar, sino para montar la guardia, consisten en un salón con dos cuartos a los extremos, donde duermen los oficiales de guardia. En el cuarto donde los oficiales encargados de la Sanidad celebran sus reuniones se ve el bajorrelieve de mármol del famoso Puget representando a *San Carlos que implora el socorro del cielo contra la peste* (1). Es un lienzo admirable, aunque la muerte sorprendiera a Puget antes de terminarlo. Me encantó sobre todo la figura de una mujer moribunda, cuya garganta, que debió de haber sido bella, está hundida por la enfermedad; se diría que las carnes van a plegarse bajo el dedo.

La Casa-Ayuntamiento, situada sobre el puerto, tiene una bella fachada recargada de bajorrelieves, entre los cuales no hay que dejar de señalar un *escudo de las armas de Francia*, obra del mismo Puget.

(1) Conocido con el nombre de *La peste de Milán*.

Se me olvidaba decir, antes de abandonar el puerto, que nada me ha parecido tan curioso como ver a un presidiario, con los grillos en los pies, subir a lo largo de un mástil de galera sin otra ayuda que la de una cuerda lisa que cuelga a lo largo del palo, y esto con tanta agilidad y presteza como yo podría subir por una escalera; la bajada es todavía más rápida: no se trata mas que de dejarse deslizar a lo largo de la cuerda, que tiene cerca de cincuenta pies de largo. El titiritero que nos hizo ver esta manera poco común de caminar era un turco que, según nos dijo, se había hecho cristiano hacía mucho tiempo por la gracia de Dios. *¡Vaya, pues* —le dijo Lacurne—, *te felicito; por lo visto, eso te ha dado buena suerte!*

El parque o la casa del rey es una especie de pequeña ciudad aparte. Allí construyen las galeras, en grandes diques secos, que dan al mar; cuando una galera está terminada, abren las puertas del dique y, rompiendo una esclusa, el agua del mar entra dentro y se las lleva. La madera la trabajan en los patios los presidiarios, que están allí, como por toda la ciudad, en libertad, sólo que encadenados tres a tres, dos cristianos y un turco. Este último, siéndole imposible escaparse, por ser muy fácilmente reconocible y no saber el idioma, impide a los otros evadirse. Todo este parque está compuesto de salas inmensas; la que se emplea para tejer los cables tiene ciento seis arcadas en su longitud. La más bella es la de las armas, donde hay con qué armar a quince mil hombres; pero lo que

más llama la atención es la manera agradable como las armas están dispuestas: en trofeos, llamas, pirámides, soles y haces.

Cada galera tiene su sala, que contiene todos sus aparejos numerados, con el nombre de la galera. Las otras salas son graneros y, sobre todo, manufacturas de lana y algodón. Ochocientas ruecas, que giran a la vez en una galera, me parece que ofrecen un golpe de vista bastante curioso. Sólo los presidiarios trabajan en estas manufacturas. Estos son los más felices, porque, además del dinero que ganan de jornal, según su destreza, no van nunca a la galera ni al mar y cada año obtienen la libertad seis de los que mejor conducta observan. Me llamó la atención, en una de las salas, una rueda muy ingeniosa, con la cual se desarrollan varios cientos de bobinas a la vez.

El intendente de Marina tiene su casa en el parque, bonita, bien adornada con un hermoso jardín. Nos prestó el falucho del rey para llevarnos, a lo largo del puerto, al fuerte de San Nicolás, desde el cual se divisa en perspectiva el mar, las costas y el golpe de vista precioso del puerto lleno de naves a lo largo. Este fuerte y el de San Juan cierran la entrada al puerto, que es estrecha y poco profunda, pues la intención de los marseleses es que no entren buques de alto bordo. Hay otro tercer fuerte, situado sobre una altura: el de Nuestra Señora de la Guardia; pero el primero es el mejor de los tres.

Un curioso, en sus viajes, no se fija únicamente

en las solas producciones del arte, como son los edificios y las pinturas; también busca con cuidado las de la Naturaleza. Aquí, por ejemplo, me he dedicado a examinar los peces del mar y he dirigido mi examen hacia el sabor que pueden tener. Sardinias, *mlets*, salmonetes, sollos, lobos de mar, doradas, rodaballo, rallas, caballas, etc.; he aquí lo que un gentilhombre de este país (M. De Arcusia) exhibió ayer a mi persona en la más grande comida de pescado que nunca he visto, ni aun en casa de Bernard. Mi estudio fué profundo, y si he de deciros mi fallo, el pescado que se encuentra en el Mediterráneo es admirable; pero el que es común a este mar y al Océano es inferior al de este mar. No me refiero al atún fresco, cuya pesca ha sido tan admirable este año, que ha quedado para los lacayos. El intendente nos dió también ayer de cenar, pero mucho menos bien.

No hay absolutamente coches de lujo en Marsella; serían inútiles en toda la vieja ciudad, que está prohibida a Mme. De Ganay, aun a pie. La gente se sirve únicamente de sillas de manos, o bien va a pie. Este último medio da menos calor del que se cree, por el cuidado que tienen en toda la Provenza de tender toldos de una casa a otra a través de la calle.

En general, no he encontrado este país ni tan caluroso ni tan bello como yo creía. En cuanto a lo primero, no crece ni trigo ni boscaje. Se encuentra en esta provincia a cada paso lo agradable y nunca lo necesario. Así es que, hablando con franqueza,

la Provenza no es mas que una andrajosa perfumada.

No se me ocurre gran cosa que citar de Marsella, aparte de lo que os he referido. La abadía de San Víctor, viejo convento, más antiguo que la monarquía, tiene algunos claustros ruinosos, una iglesia subterránea, un piso de mármol muy estropeado, unos malos bajorrelieves y otras antigüedades poco importantes del Bajo Imperio, que no valían la pena que me tomé en visitarlas, excepto una preciosa escultura antigua llamada *La tumba de los Inocentes*.

En la iglesia Mayor, es decir, la catedral, hay admirables cuadros de Puget (1). El del Salvador me ha parecido el mejor. Cerca de San Lorenzo hay una inscripción en lengua oriental, que no pude leer ni comprender. Hay también antigüedades del tiempo de la república de Marsella, anteriores a César; pero no pudimos verlas porque se hallan ahora encerradas en casas de religiosas.

La sala del teatro es grande y bien decorada. Es trabajo perdido haberla hecho tal, porque no va ni un alma. Los cómicos se encontrarían muy halagados con una de nuestras malas representaciones. Fuí, sin embargo, el día de moda. La obra no era bastante buena para cautivarme; me fuí al lado de una cómica muy vivaracha, en cuyo camerino re-

(1) Antes de ser escultor célebre, Pedro Puget se había hecho un nombre distinguido en la pintura. Nacido en Marsella en 1622, murió allí en 1694.—Francisco Puget, su hijo, fué arquitecto y bastante buen pintor de retratos.

petimos la función. El concierto tiene más público y merece tenerlo. Aunque inferior a lo que se dice, la orquesta es muy numerosa en voces e instrumentos; no hay allí nada especialmente distinguido; pero el conjunto es bueno, sobre todo los coros, que no desafinan.

Aquí se toma un café admirable; pero es imposible transportarlo fuera de Marsella; los habitantes no tienen bastante para ellos, porque la Compañía de Indias hace, contra la regla, llegar aquí el café de las islas y lo da casi de balde, para impedir que se compre el moka. ¿Querrá usted creer que lleva su perfidia hasta el punto de enviar este horrible grano a las escalas de Levante, desde donde lo vuelven a traer como si fuera café de Arabia?

Hablemos ahora de mi marcha; es el artículo más difícil de arreglar, a causa de los contratiempos y de las continuas irresoluciones de mis compañeros. Hemos dejado marchar sin nosotros al cardenal de Tencin, que va derecho a Roma. En cuanto a nosotros, queremos ver Génova, Livourne y Pisa; además, un sobrino del cardenal, que le acompaña con todo su séquito, hace que su buque vaya tan lleno, que no habríamos ido cómodamente. Hemos tomado, pues, un falucho que nos lleve a Génova, y como los Lacurne tienen miedo al mar, aunque de modo distinto que Loppin temía al Ródano, enviamos al falucho a esperarnos en Antibes, adonde tendremos que ir en diligencia, dando un largo rodeo más fatigoso que la travesía por mar. Todo lo que os digo no se ha resuelto sino después de lar-

gas reflexiones, y ahora tal vez no sea ya verdad. El viento se ha vuelto contrario y hay tempestad; de modo que partiremos cuando Dios quiera, y acaso no quiera hasta el año que viene. Llevamos, sin embargo, seis días perdiendo el tiempo, y ya deberíamos estar casi en Florencia. Dejemos eso, porque me hiere la sangre cuando pienso en ello. ¿Usted se figura que voy a escribirle con frecuencia epístolas tan largas? A fe mía, creo que me he despachado a mi gusto de una vez para siempre. No haga usted remilgos, sin embargo. Escríbame buenamente a mi dirección, lista de Correos en Roma. Iré a recoger sus cartas a la oficina; es el camino más seguro para no perderlas. Lo mismo habrá que hacer en todas las ciudades a que le señalaré que me escriba. Las cartas para Italia no se franquean.

Mil cosas de mi parte a la querida Blanquita, a la buena Pousseline de Quintín, sin olvidar a la de Marsilly. Ya sabe usted cuántos recuerdos hay que dar a Mme. De Montot, y no olvide tampoco hacer mención de mi persona a los amigos. Comuníqueme usted mi relato al buen Quintín; dígame que le ruego que me envíe los dos cuadernos que cogió de mi gabinete en Neuilly en cuanto esté de vuelta. No olvide usted, sobre todo, que esta carta que le escribo es común para Neuilly y para usted; así que necesito dos respuestas. A esa buena pieza no le costará trabajo resolverse a enviarme con frecuencia noticias suyas, y ya sabe cuán sensible soy al placer de sus conversaciones y de su amistad.

Adiós a los dos. Recuerden juntos con frecuencia a vuestro amigo el Romano, que ya no espera llegar a su nueva patria; hasta tal punto le impacientan los contratiempos. Los Lacurne le envían abrazos.

IV.—A M. DE BLANCEY

Camino de Marsella a Génova.

Génova, 28 de junio.

Me ha dejado usted, mi querido Blancey, de bastante mal humor al fin de mi carta última, a causa de los contratiempos y entorpecimientos que surgían a cada paso en nuestro viaje. La continuación no ha contribuído a disminuirlo; espero, sin embargo, ahorraros el detalle en mi narración. Suceda lo que quiera, partimos, contra lo que yo esperaba, el mismo día que le escribí, en diligencia, hacia las siete de la tarde, para ir por tierra a Antibes, distante de Marsella treinta y cuatro leguas. Habíamos ajustado muy caro un falucho del fondo de la Calabria, tripulado por trece marineros napolitanos, tan honradas gentes, por lo menos, como los de Manceaux. Pero el grandísimo miedo que los Lacurne habían tomado al húmedo elemento nos determinó a no tomarlo a prueba sino lo más tarde que pudiéramos, aunque, al decir de nuestros marineros, el trayecto no fuese en total mas que de tres o cuatro días. Le mandamos, pues, que nos esperase en el puerto de Antibes con nuestro equi-

paje y dos criados y nos fuimos a dormir a Aubagne, un feo y mal oliente pueblo a tres leguas de Marsella. La posada era de naturaleza a determinarnos a salir muy temprano.

El 16, a las tres, estábamos en camino. Con excepción de algunos jardines, marchamos siempre entre rocas espantosas hasta Ollioules, en donde las colinas comienzan a estar cultivadas. Entonces sí que volvimos a encontrar la Provenza; las rocas están llenas de granados en flor, que crecen espontáneamente, y los jardines y los campos, cubiertos de naranjos y limoneros, nos recompensaron del aspecto horroroso que acabábamos de sufrir. Le agradezco mucho a La Cadière haber escogido este pueblo para operar sus milagros.

Llegamos a Tolón a las diez, no habiendo recorrido en posta mas que siete leguas; pero los caballos no son mejores que los caminos. La ciudad es bastante pequeña y no tiene nada digno de consideración por sí misma mas que una calle larga y bien edificada, por la cual entramos. La casa de los jesuítas es la más hermosa de todas. Entré en ella después de haber hecho mi visita al domicilio de La Cadière, pues no era natural que mi cortesía no se extendiese a la del P. Girard (1).

La villa tiene una pequeña rambla y muchas

(1) J. B. Girard nació en Dôle hacia 1680 y murió en 1733. Una de sus penitentes, Cataline Cadière, joven de una gran belleza, teniendo resentimientos con el P. Girard, le acusó de seducción, de magia, etc., ante el Parlamento de Aix, que le absolvió, por sólo un voto de mayoría, el 10 de octubre de 1731. Este proceso forma parte de las causas célebres.

fuentes. Estas dos cosas son comunes a todas las ciudades y pueblos de Provenza, que no dejan por eso de tener mal olor. Allí el paso es siempre extremo: de los jardines a las rocas y de la m... a las bergamotas.

En Tolón no hay que dejar de ver el hermoso balcón de Puget, que hizo decir al caballero Bernin esta frase tan honrosa para el artista francés: «No hay necesidad de ir a buscar artistas a Italia, cuando se tiene en casa gente capaz de hacer tan bellas cosas.» Este balcón está sostenido por tres figuras, representadas de una manera grotesca, cuyas cabezas son las de los tres cónsules de Tolón a quienes el escultor tenía mala voluntad.

Monsieur De Marnesia nos envió un hombre que nos acompañase para visitar el puerto y la rada; uno y otra son de lo más hermoso que existe en Europa. El puerto es menos grande que el de Marsella, pero construído todo él por la mano del hombre, de manera que los buques más grandes pueden abordar a los muros de los muelles. Está cerrado por una larga y magnífica calzada, a lo largo de la cual están construídos los almacenes del rey para la marina, que forman una fachada admirable. Este puerto está dividido en dos partes, una para los barcos mercantes y otra para los barcos del rey, que están alineados a lo largo. Entramos en uno de ellos, llamado *Esperanza*. Figuraos un gran cuerpo de casa de cuatro pisos, capaz de albergar ochocientos hombres, con provisiones y artillería en proporción. A fe mía que es una bella

máquina; pero como de esta máquina hay que pensar lo mismo que de otra que ya sabéis, y de la cual no se podría hacer nunca mas que un elogio muy relativo, no insistiré más sobre ello.

La rada es capaz de contener fácilmente cuatrocientos barcos de guerra. Allí encontramos la fragata que, mandada por el conde de Uzés, debía llevar al cardenal de Tencin. Como ya estaba armada y completamente dispuesta a marchar, fué para nosotros un objeto más curioso que todo lo demás.

El arsenal de Tolón no vale tanto como el de Marsella; pero la grada es mucho mejor y vale tanto como una obra de los romanos; a simple vista no contiene menos de trescientos pórticos.

Dejamos a Tolón hacia las cuatro y fuimos a Lavalette, tierra del dominio de nuestro amigo monseñor Thomas, obispo de Autun. El camino nada tiene que valga la pena de mencionarse mas que un valle ancho de una legua y largo de cinco, todo él lleno de un bosque de olivares y de hermosas viñas, entre los claros de las cuales se cultiva, por curiosidad, el trigo. Todo esto tiene el defecto de ser muy seco. No se encuentra en este país casi nunca arroyos y nunca prados, ni, por consiguiente, ganado. Este hermoso valle está entre Soulières y Cuers, pueblo donde los chiquillos nos rodean bailando a lo provenzal y cantando trozos teatrales. Hicimos noche en Pignans, donde pagamos diez francos por media docena de huevos, lo cual os puede parecer caro a vosotros, gentes

sencillas, pero a mí, que veo ahora las posadas del país genovés, me asombra todavía por lo barato.

El 17 pasamos al Luc, tierra de la casa de Vintimille. Allí teníamos que reducirnos a una sola diligencia, de suerte que tuvimos que encargar a nuestras piernas del resto del camino; las mías fueron de las primeras en tomar ese encargo, y me llevaron primero a... (1). Puede usted imaginarse si el señor de este lugar es un hombre de buenos cumplidos y querido del bello sexo: no necesito decirle que todo el mundo me tomó por él cuando llegué; ya puede usted figurárselo. Dejo, pues, esto para llegar a Frejus, pasando al Muy. En verdad, compadezco a ese *pobre Señor Cardenal* (2), que tenía que hacer a menudo esta caminata; pero nada se hace costoso cuando se ama. ¿Qué camino no haría yo de buena gana para tener el honor de ponerle unos hermosos cuernos?

Frejus es un pequeño pueblo muy antiguo, situado sobre una altura; me llamaron la atención a la entrada las ruinas de un anfiteatro romano, cuyo contorno está todavía entero y uno de los lados bastante conservado. A la salida vi las ruinas de un grande y bello acueducto y el campo que en otro tiempo fué puerto de la ciudad, antes que el Mediterráneo se hubiera retirado más de media legua. Desde allí no hacemos mas que subir muy alto y muy rápidamente. Es el comienzo de los

(1) Este pueblo se llama ahora Vidauban.

(2) Expresión que empleaba la reina Margarita hablando del cardenal Mazarino.

Alpes marítimos; los precipicios los tenemos siempre al lado, lo que pareció excesivamente mal inventado a mis compañeros. En cuanto a mí, que recordaba haber atravesado el último invierno las montañas del Jura, me pareció este camino la más hermosa avenida del mundo. En efecto, está hecho con mucho cuidado y bordeado de bosques y de árboles admirables. Al comenzar la bajada fué cuando mi primo Loppin hizo su aprendizaje de montar a caballo; no hay que omitir, en honor suyo, que salió del paso como un César. Nuestros plácemes interrumpieron un poco el sentimiento que mostró por haber emprendido con un sol tan espléndido una expedición como la del viaje a Roma.

Bajamos a Cannes por un país bello y fértil; es una pequeña ciudad llena de hermosos naranjos, que me consolaron de haber tenido que dejar a la fuerza sin visitarlos los preciosos jardines de Hyères. De Frejus a Cannes, corriendo a rienda suelta, salvo en las cuestas, con excelentes caballos, conseguimos hacer tres postas en seis horas. Muchas gentes ahogan sus penas en el vino; pero allí yo ahagué las mías en una limonada, ¡y qué limonada! Quisiera poder enviárosla fresquita.

En fin, al otro día por la mañana llegamos, cansados y cocidos, a Antibes por un camino de arena que sigue a lo largo del mar, habiendo recorrido en total, desde nuestra salida de Dijón, ciento cuarenta y tres leguas por tierra. Esperaba poder tumbarme en el falucho al bajar del caballo; pero el

miserable no había llegado todavía. Es preciso, pues, mientras esperamos, deciros algunas palabras de Antibes. Es una plaza de guerra pequeña, larga y estrecha, que me pareció bien fortificada del lado de tierra; su puerto es bonito. Había sido al principio construído para galeras; pero como no fué bastante ahondado, no pudo servir mas que para barcos pequeños. Está rodeado por una calzada, a lo largo de la cual lucen arcadas de un buen efecto.

Acabemos este artículo porque, al fin, veo a nuestro falucho que llega. Hay que darse prisa a embarcar las pequeñas provisiones. Sainte-Palaye y yo, para darnos aires de gentes estudiosas durante la travesía, nos proveímos, entre otras cosas, de mesas, libros y escritorios. Ya verá usted de cuánto nos sirvió todo esto. Por fin preparan la salida; entramos, levantan el ancla a las ocho de la noche, y ya estamos navegando. Al principio todo marchaba muy bien; nuestros patronos hacían una música rabiosa para atestiguarnos la alegría por nuestra compañía: *Galant' uomini, gran moussou, illustrissimi signori, issa, issa, allegrementè io issa*. Era un aturdimiento de cabeza abominable. Sin embargo, charlábamos con gran alegría. No sé por qué, poco a poco todo esto se fué debilitando, la conversación fué menos viva, nos volvimos taciturnos, el corazón se encogió; en una palabra, el resultado de todo esto fué arrojar al diablo las mesas, la biblioteca, los manuscritos, y acostarnos in valor sobre unos colchones de que prudente-

mente nos habíamos provisto; con este aprendizaje nos libramos a aquel día y fuimos a parar cerca de Niza, adonde bajamos un momento al día siguiente, 19, por la mañana. La ciudad es poca cosa, a lo que me pareció, pero, sin embargo, bien poblada y de casas altas; me sorprendió encontrar sobre una puerta una inscripción del género pagano: *Divo Amoedeo*.

Pasamos a la vista de Villafranca, pequeña plaza fuerte del duque de Saboya. Allí fué fonde el viento comenzó a contrariarnos, para no dejarlo tan pronto. Por fuerza tuvimos que atracar en la costa, donde comimos divinamente una sopa de aceite; pero apenas nos hubimos reembarcado cuando el mareo y los vómitos nos atacaron de lo lindo. Comencé yo la ceremonia, y tuve la ventaja de ser el último en concluirla; fuí el que más se mareó; Lacurne, y sólo Lacurne, no se ha mareado. En cuanto a Loppin, era una cosa rara oír sus quejidos. Tenía un sentimiento infinito por haber venido de tan lejos para tener a las naciones extranjeras por testigo de su debilidad.

Sin embargo, pasamos por Mónaco, feo poblacho, que no hay razón de elogiar si no es por lo que respecta a un gran fuerte asentado sobre una roca llana, donde está también el palacio del príncipe de Mónaco, de bastante bella apariencia. El rey tiene allí una guarnición francesa. Después, Roquebrune, Mentón, ciudad bastante buena de la soberanía de Mónaco, en cuyas cercanías tiene el príncipe su casa de campo. Luego Vintimille, de la

cual vuestro servidor no os dirá nada, porque estaba ocupado en obsequiar a las sardinas. Para mi gusto, el vómito es el menor fastidio del mar; lo que es más difícil de soportar es el abatimiento del espíritu, tal que no se molestaría uno en volver la cabeza para salvar su vida, y el olor nauseabundo que el mar os lleva a las narices. En fin, sucediendo la calma al viento contrario, nuestros marineros, en vez de remar, nos hicieron abordar a un mal agujero llamado Sperette, donde consideramos como una buena fortuna encontrar gallinas a 50 sueldos la pieza, para reanimarnos con un poco de caldo. No soy de los que se sienten aliviados al bajar a tierra; mi mal, por el contrario, redoblaba; había concebido tan gran horror al mar, que ni siquiera podía mirarlo. Me alejé de él y fui a dar en un valle lleno de naranjos, de cedros, de limoneros y palmeras, cuya vista no la pagué bastante cara por la molestia que había padecido todo el día. Este es el lugar que provee de fruta a todo este cantón de Italia... De vuelta a la cabaña, una docena de chiquillas vinieron en grupo a bailar una danza iroquesa, con coplas que no lo eran menos. Las campesinas todas van sin nada a la cabeza; trenzan sus cabellos y los enrollan detrás de la cabeza, recogidos en forma de tapón con una horquilla de plata.

El 20 volvimos a coger los remos desde las tres de la mañana. Temía volver a ponerme malo como la víspera, pero me engañé. La inconstancia del mar es tal que no sólo no me mareé entonces ni

he vuelto a marearme después, sino que hasta veía con placer aquella misma cosa que me causaba antes horror. A falta de mareo, tuvimos, lo cual era todavía peor, el fastidio de no adelantar nada en nuestra ruta. Cuando hubimos pasado San Remo, preciosa población construída sobre el pico de una montaña, los marineros nos desembarcaron bajo unos olivares, donde tuvimos que pasar quince horas aburridos completamente. Esa es la prisa que se emplea para ir a Génova por mar; así es que hay que estar loco para tomar para ir a Italia otro camino que el del Piamonte. De noche nos reembarcamos, y fué para hacer vigorosamente media legua e ir a dormir a San Stéfano, en donde, porque, por una pistola, comíamos un día de vigilia una vieja gallina que acababan de matar ex-profeso, vino el cura a echarnos un sermón, como si no hubiéramos hecho penitencia *ipso facto*. Me acosté debajo de una mesa y me dormí oyendo a un centenar de chiquillos que cantaban las letanías de la Virgen con acompañamiento de esas gaitas que *Cœur de Roy* imita tan bien.

El 21, a media noche, levamos anclas, pasamos por delante de Oneille y aterrizamos cerca de Albenga, adonde fuí a dar un paseo. El pueblo, que es bastante bonito, está empedrado todo a lo largo de guijarros de colores diferentes, en compartimientos, representando animales, blasones, enramadas, etc.

Puede decirse, en general, que no hay nada más hermoso que el aspecto de toda esta parte de la

costa que llamar la Ribera de Génova; todo a lo largo está lleno de pueblos y de aldeas muy bien edificadas y pobladas. Es cosa corriente ver en las aldeas iglesias de mármol llenas de cuadros pasables; así es que no nos habrían faltado buenos albergues si nuestros tunantes marineros, que habían cargado una porción de mercancías de contrabando, aunque nosotros habíamos pagado toda la carga del barco, no hubiesen atracado, siempre adrede, en las rocas menos hospitalarias. Pero esta vez, sin embargo, no me quejaré de albergue. Unos padres Mínimos nos dieron alojamiento y fuego para preparar nuestra comida. Nos hicieron el recibimiento más amable del mundo; así es que les manifesté nuestro agradecimiento en una arenga, y dirigiéndome al prior, con el tono del marqués de Saula, le dije: «En fin, pues, querido Minimín; es usted un hombre muy amable.» Tuve que pararme al ver que no comprendía el francés y le prometí enviarle lo más pronto posible a *Cœur de Roy*, intérprete ordinario de la Orden.

La vista a Finale fué el más hermoso espectáculo que tuvimos después de comer. El arrabal, más bonito que la ciudad, nos pareció situado a maravilla, cubierto de bellas y altas casas, edificios públicos, puertas y arcadas. La orilla estaba llena de gente y el mar cubierto de barcos que iban a una fiesta que se daba en un buque, que saludó a la asamblea disparando un cañón, lo cual nos divirtió sobremanera; pero los cuartos de hora se siguen y no se parecen; el viento contrario, que nos ha

hecho el favor de acompañarnos durante toda la travesía, y aun más la malicia de nuestros napolitanos, nos hicieron parar cerca de una fea cabaña. Entramos para acostarnos en una especie de cueva; en mi vida he sufrido tanto, no sólo del calor enorme, sino de un verdadero ahogo; era absolutamente preciso que hubieran suprimido el aire artificialmente. Salí de allí jurando que no me volverían a hacer la mala jugada de pernoctar en una máquina neumática. El resto de la noche lo pasé viendo pescar y juntando en torno mío a todas las muchachas del cantón, que venían de rodillas a besarme la mano como a una reliquia; todo ello por una perra chica.

El aburrimiento de semejante estancia nos hizo volver al mar al día siguiente por la mañana, a pesar de la violencia del viento. Pronto nos arrepentimos y tuvimos un bonito ensayo de tempestad, que nos hizo bailotear dos horas entre unas grandes rocas, cuya vecindad no me agradaba mucho; pero mis compañeros perdieron la paciencia y se hicieron desembarcar en cuanto fué posible, jurando por Mahoma que nunca en su vida volverían a embarcarse. Enviamos, pues, el falucho a todos los demonios, o, lo que es lo mismo, a Génova (1) a que nos esperasen, resueltos a ir nosotros a pie si era preciso, aunque la distancia era de más de cincuenta millas.

Llegamos a Noli, pueblo bastante malo, que pa-

(1) «Los genoveses se me dan—decía Luis XI—, y yo los doy al diablo.»

rece algo desde lejos a causa de sus altas torres. En cuanto puse el pie en una casa me eché al suelo, abrumado de fatiga. Dos horas de un profundo sueño me hicieron olvidar lo pasado. Alquilamos unas mulas para terminar el trayecto; pero no habíamos dado cien pasos cuando nos vimos obligados a dejar las botas de montar y las mulas para ponernos unas zapatillas y hacer el camino a pie, por una vereda de cuatro dedos de ancha, bordeada de precipicios, a cuatrocientos pies de altura sobre el mar, a través de canteras de mármol de todos los colores, que en aquellos momentos no nos producía placer contemplar. Encontré allí una copia de mi amigo el monte Jura, y todavía peor. Tuvimos así dos horas largas de camino, mil veces más peligroso y más fatigoso que el mar. Una llanura cubierta de lindos pueblos nos consoló en seguida y nos llevó a Savone, adonde llegamos con las trazas de Icaro cayendo de las nubes. No sé si, por nuestra suerte, nuestra pícara situación interesó a las gentes; pero en cuanto pusimos el pie en el pueblo, el cónsul de Francia vino espontáneamente para ocuparse de nuestros asuntos, a fin de que nosotros no tuviéramos que hacer mas que descansar. Monsieur Doria, gobernador de la ciudad, nos envió a un caballero para invitarnos a la reunión de su casa. Nuestro atavío no nos permitía aceptar la proposición; pero ¿cómo íbamos a dejar de dar una vuelta por el pueblo?

Savone es la segunda ciudad del Estado de Génova. Tenía un puerto bastante bueno, que han

dejado cegar para que todo el comercio afluya a Génova; está bastante bien construída; las calles son largas y las casas muy altas. No sólo en esta ciudad, sino en todos los pueblos de la costa, las puertas de las casas están revestidas uniformemente de una especie de mármol negro, que llaman *lavaño*, poco duro y semejando pizarra.

El comercio de la ciudad es no sólo en jabones, sino también en loza muy renombrada, que, sin embargo, no vale lo que la nuestra de Rouen, excepto algunas piezas dibujadas con arte. Como muestra de esto, tengo un platillo encuadrado, que irá a hacer compañía a los cachivaches del pequeño armario de Quintín.

Después de esto nos fuimos a nuestra posada a saborear un *fricassé* de pollos que habíamos encargado al salir. Ahora bien; a vosotros los comentadores del *Cocinero francés* no os disgustará saber lo que es un *fricassé* de pollos. Para hacerlo se empieza por preparar una gran fuente de sopas de ajo, en la cual se echa en seguida una salsa blanca; encima se disponen cuatro pollos cocidos a la Broche; se echa medio litro de agua de azahar, y luego se sirve caliente.

Gracias a nuestro cónsul, el 23 encontramos todo dispuesto para marchar en el coche correo e hicimos por la mañana veinticinco millas por un camino de mármol muy rudo, pero que me pareció de rosas en comparación con el de la víspera. Llegados a Voltri, divisé, en fin, a lo lejos el gran faro del puerto de Génova, del cual ya no nos separaba

mas que una bella llanura. Tal fué el fin de una ruta emprendida sin conocimientos, continuada bajo la influencia de toda clase de malas medidas, de una duración, de un fastidio, de una fatiga y de un gasto inconcebibles. Fué para nosotros una gran alegría volver a encontrar diligencias en Voltri. A la comodidad de ir en coche se juntaba lo agradable de la ruta. El camino de Voltri a Génova no es, por decirlo así, mas que una calle de tres leguas de largo, que tiene al lado derecho al mar, y al izquierdo casas de campo magníficas, todas pintadas al fresco. Que no se le ocurra a nadie hablar a los que han visto esto de los alrededores de París, ni de Lyón, ni aun de las *bastidas* de Marsella.

V.—A M. DE BLANCEY

Estancia en Génova.

Génova, 1 julio.

Después de haber recorrido cincuenta leguas desde Antibes, llegamos a Génova por el arrabal San Pietro d'Arena. Eso es entrar por la mejor puerta; pero la multitud de bellas casas que iba viendo desde tres leguas antes me hizo menos sensible la vista de este arrabal tan ponderado. Pasamos al lado del faro, muy elevado y construído por orden del rey Luis XII para guiar de noche a la entrada del puerto, que es difícil. Entonces se presentaron a nuestra vista el puerto y la ciudad, construída alrededor en anfiteatro y en semicírculo. Es la más preciosa vista de ciudad que puede hallarse. El puerto es extraordinariamente grande, aunque le han achicado con las calzadas; pero dicen que es poco seguro.

Sólo los embusteros son capaces de decir y los brutos de creer que Génova está toda edificada en mármol; no sería, en todo caso, una gran prerrogativa, puesto que no hay aquí otra clase de piedra, y, a menos de estar labrada, no es más bella

que otra. También es un gran embuste decir, como Misson, que no hay mas que cuatro o cinco edificios de mármol, puesto que todas las iglesias y otros monumentos públicos son todo de mármol, así como una gran parte de las fachadas y el interior de los palacios. Si se quisiera hacer una proposición general, podría decirse con bastante exactitud que Génova está toda pintada al fresco. Sus calles no son otra cosa que inmensas decoraciones de ópera. Sus casas son mucho menos elevadas que en París; pero las calles son tan estrechas, que My-pont puede asegurarnos que no hay exageración por mi parte si os digo que la mitad de las calles no tienen apenas una vara de ancho, aunque están flanqueadas por casas de siete pisos; de suerte que si por un lado esta ciudad es mucho más bella en edificios que París, tiene la desventaja de no poder mostrar lo que vale, a causa del pésimo emplazamiento. Por otra parte, me parece algo ridículo el haber empleado el género de arquitectura más grande en los espacios más pequeños. Los palacios no tienen, con frecuencia, ni jardines ni patios, por lo menos que puedan llamarse tales. Cuando se entra en las casas se encuentran cuatro peristilos de columnatas, unas sobre otras, encerrando un terreno de veinte pies de lado. Esto ocurre aquí en todas partes, excepto en algunas casas de la Strada Nueva y de la Strada Balbi, las dos más hermosas de la ciudad y superiores a las más hermosas de París. Las principales calles están bien pavimentadas con baldosas, con una avenida de ladrillos

en el medio para la comodidad de las mulas, pues las literas se han usado mucho aquí. Ahora no se sirven mas que de sillas de manos; todos los portes se hacen en trineos.

El azar nos hizo llegar a Génova en los más hermosos días del año. En honor de San Juan, todas las calles estaban universalmente iluminadas con farolillos de arriba abajo. No puede uno figurarse lo bonito de este golpe de vista. Todo el mundo, hombres y mujeres, en trajes de casa o en bata y zapatillas, recorren las calles y los cafés, en donde sirven un sorbete de los dioses: no veo otra cosa desde que estoy aquí. Encontré en una esquina una reunión de nobles, sentados en unas malas butacas, que celebraban allí una grave asamblea; éstos son los nobles de primera clase; los de segunda no se atreven a acercarse a ellos, pues los otros se creen muy por encima de éstos: es la única prerrogativa de que aquéllos gozan. Por lo demás, los cargos se confieren indistintamente, y el de Dogo se confiere alternativamente a los dos cuerpos.

Es un empleo bastante malo el de Dogo. Durante los dos años que conserva su dignidad no puede poner los pies fuera de su casa sin permiso. Este cargo produce 1.500 libras de rentas. Juzgue usted si cualquier dependiente de comercio se contentaría con eso.

Todos los nobles van uniformemente vestidos de negro, con una pequeña peluca atada a las orejas y una capa que tiene la tercera parte de amplia que la de nuestros jefes de Instancia. La mayor

parte de las gentes de la ciudad van vestidas lo mismo. Las mujeres de los nobles no pueden ir vestidas mas que de negro, excepto el primer año de su matrimonio; no tienen otro distintivo que el tener mozos de sillas de manos con su librea, mientras que las demás mujeres están obligadas a servirse de mozos de alquiler. Ya veis que el gasto de estas gentes, que no tienen ni trajes, ni trenes, ni mesa, ni juego, ni caballos, no es considerable; sin embargo, son excesivamente ricos. Es muy corriente encontrar aquí gentes con una fortuna de cuatrocientas mil libras de rentas que no gastan ni treinta mil. Con el resto de sus rentas compran principados en España y en el reino de Nápoles, o se hacen construir un palacio de un millón y para el público una iglesia de más de tres. Cada una de las bellas iglesias de esta villa es obra de un solo individuo o de una sola familia. Por lo demás, el Estado es muy pobre y explota el feo monopolio de vender a los extranjeros una parte de los víveres que la serenísima República se cuida de suministrar muy caros y muy malos.

El día de San Juan es uno de los cinco del año en que el Dogo tiene permiso de salir para ir a misa con ceremonia. No dejé de ir a verlo. Las tropas abrían la marcha; los granaderos, con grandes gorras, marchaban los primeros, seguidos por los suizos de la guardia, con calzones a la suiza, con franjas, etc., vestidos de rojo galoneados de blanco; después los pajes del Dogo, magníficamente vestidos con una casaca de terciopelo rojo, calzones y

medias verdes, capa roja forrada de satén verde y la gorra roja, todo ello salpicado de oro por dentro y por fuera. Luego una representación de los nobles, con pelucas y pequeñas capas. Después venía, acompañado por dos maceros, un senador llevando al hombro la espada de la República, desmesuradamente larga, en una vaina de plata sobredorada. El general del ejército genovés, con espada y en traje de corte, marchaba inmediatamente delante del Dogo, que vestía una larga túnica de damasco rojo, encima de una casaca del mismo color y cubría su cabeza con una grandísima peluca cuadrada. En la mano llevaba un birrete rojo, terminado por un botón en vez de plumero. Es alto y delgado, de unos setenta años; tiene la fisonomía y la postura de un hombre de calidad y se llama Constantino Balbi. Me dicen que no es de la buena casa de Balbi, sino noble de la segunda clase. Los senadores, de dos en dos, iban después del Dogo, ocultos bajo prodigiosas pelucas y grandes túnicas de damasco negro colocadas sobre los hombros, de manera que todos parecían jorobados (1). Fueron a colocarse a los lados del coro, en unos sillones. El Arzobispo tenía su solio

(1) ... He aquí por qué el presidente De Broses, al cual respeto en traje ordinario, me hace morir de risa en traje de etiqueta; pues ¿cómo ver, sin que se le levante a uno la comisura de los labios, una cabecita alegre, irónica y satírica, perdida en la inmensidad de un bosque de cabellos que la ofuscan, y este bosque, bajando a derecha e izquierda, que va a apoderarse de las tres cuartas partes del resto de la pequeña fisonomía? (Diderot, *Salón Exposición de 1765*, a propósito de un paisaje de Leutherbourg representando una cita de caza del príncipe de Condé, en la plazuela de la Tabla, en el bosque de Chantilly.)

y su palio al lado de la epístola, cerca del altar, y el Dogo los tenía al otro lado, cerca de la nave. El Dogo no marcha sin un escudero que le lleve de la mano. Los canónigos vestían sotanas violetas y sobrepelliz. La misa fué cantada por feas voces de castrados, con muy mala música, excepto los coros y el ritornelo. Lo que más me agradó fué un abate con tacones rojos y un abanico en la mano que durante la comunión tocó superiormente la flauta.

Antes de acabar con el artículo de los senadores quiero deciros que los magistrados se eligen siempre por sorteo; se ponen todos los nombres de los nobles en una urna, y de allí se saca uno al azar. Lo más particular es que no se eliminan los nombres de los nobles que mueren, de suerte que pueden salir cien nombres de personas muertas antes que salga el de una persona viva; pero lo más original es que en toda Italia se hacen, con motivo de este sorteo, toda clase de apuestas. Cada uno apuesta por un nombre o por varios; no puedo daros detalles precisos de lo demás. Estas apuestas son de consideración. La Compañía que explota esta especie de banca cuenta con varios millones. A pesar de la desventaja extraordinaria que tienen los puntos, la banca perdió en el último sorteo diez mil luises (1).

Le incluyo una carta para nuestro amigo Quintín; contiene una relación de los principales objetos curiosos que me han llamado la atención en

(1) Véase la carta XXXVIII.

Génova; añadido un catálogo (1) de cuadros en favor de la afición que tenemos por la pintura el señor fiscal general y yo. Me diréis que los catálogos no nos enseñan gran cosa; pero ¿qué más enseñan los catálogos de Marolles? (2). Lo que es seguro es que me ha costado una barbaridad de tiempo poner en detalle todo esto.

Con toda la inacabable charla
del señor Fellien,
que sabe envolver una nadería
en un farrago de bello lenguaje.

En cuanto a usted, mi querido Blancey, me guardaré muy bien de retenerle tanto tiempo en las iglesias; eso sería una empresa difícil, demasiado violenta para vuestra devoción, que no tiene nada de exagerada. ¡Vamos!, venga usted a dar una vuelta conmigo al teatro; no es caro: las mejores localidades cuestan veintidós sueldos, y así y todo no hay llenos, salvo los domingos. Los cómicos son buenos; pero no es posible imaginarse hasta qué punto las obras que representan son malas, sobre todo las tragedias. He comenzado a saborear aquí los placeres de la música italiana. Las decoraciones son mucho más bonitas que en Francia; pero

(1) Este catálogo, que sólo contiene una nomenclatura de cuadros, sin apreciación ninguna, se ha suprimido.

(2) Miguel de Marolles, abate de Villeloin, mediocre literato, nacido en un pueblo de Turena en 1600, muerto en París en 1681. Ha dejado un gran número de obras, y sobre todo traducciones. Publicó los catálogos de numerosas estampas que había reunido en dos gabinetes. Una de estas dos colecciones está hoy en la Biblioteca Imperial y consta de 224 tomos.

¿qué pensar de los abates y de los petimetres, cien veces más agradables y más galantes con las mujeres que en Francia? Vemos aquí una cosa que nos parece singular: una mujer sola con un hombre en el teatro, en el paseo, en silla de mano. La primera vez que fui al teatro vi, con gran sorpresa, un joven y una joven muy bonita entrar juntos en un palco; oyeron uno o dos actos charlando con mucha vivacidad, y después se ocultaron a la vista de los espectadores corriendo unas cortinillas de tafetán verde que cerraban la parte anterior del palco; no es que pretendieran tomar el teatro por campo de batalla para nada secreto, que acaso tampoco hicieran en su casa; así es que a nadie más que a mí chocó esta aventura. En París la decencia es tan grande en los usos como la indecencia lo es en las costumbres. Aquí es quizá lo contrario; pero, después de todo, ¿qué es la indecencia en el uso si no es la falta de hábito de esos usos mismos?

El público masculino no se coloca aquí sobre el escenario; únicamente en Francia es donde hay esta mala costumbre, que ahoga el espectáculo y molesta a los actores (1); se coloca en unos estrados al nivel del teatro, que se extienden debajo de los palcos, encima y alrededor del patio de butacas; al levantarse de su asiento durante los entreactos se encuentran al alcance de los palcos y pueden conversar con las mujeres que los ocupan.

(1) A Voltaire se debe la reforma de esta costumbre.

Para echárnosla de sabios, tratamos de buscar a los escritores: *niente*. Este no es el país que los produce: los *mercadans* no se entretienen en bagatelas y no conocen más letras que las letras de cambio, de las cuales hacen un gran comercio en el mundo entero, y para esto tienen los fondos en un Banco público, que contiene, dicen, trescientos millones en dinero contante y sonante. Me parece eso difícil de creer. Sin embargo, hemos encontrado a un P. Ferrari, de la Doctrina Cristiana, hombre sabio, que forma una excelente biblioteca, que a consejo a todos los que tienen afición a estas cosas vayan a visitar. No sabe una palabra de francés, de suerte que me pasé toda la tarde hablando en latín, y menos mal que era para mí un gran alivio porque es una cosa completamente ridícula oírme hablar aquí, como Merlin Coccaye (1), una jergonza macarrónica, mezcla de italiano, de latín y de francés. Con tan felices disposiciones fuí a caer en medio de seis religiosas, a las cuales tuve que hacer una descripción circunstanciada de Francia. Por mi parte, tampoco entendía una palabra de lo que ellas me decían. La escena fué cómica, pero acabó en catástrofe. Había ido a su casa para comprar una de esas famosas flores del Chiavari,

(1) Folengo (Jerónimo, llamado Teófilo), más conocido con el nombre de Merlin Coccaie, o Coccajo, poeta burlesco, nacido en Mantua en 1491, muerto en 1544 en el convento de Santa Cruz de Campese (cerca de Basano), donde está su tumba. Ha dejado varios poemas, la mayor parte de asuntos de devoción, y algunos también de un género que llamó *macarrónico*, sin que sepamos a punto fijo por qué.

tan apreciadas en este país; me las vendieron nada más que a luis el manajo. Llevo a Francia dos, que serán quizá evaluadas en cuarenta sueldos.

El recinto de las murallas de Génova es muy extenso; encierra varios montes, sobre los cuales hay casas de campo, de suerte que se puede ir al campo sin salir de la ciudad. Antes de salir yo mismo, no he de olvidar el famoso proverbio de Génova: *Mare senza pesci, monti senza legno, uomini senza fede, donne senza vergogna*. No he frecuentado el país lo suficiente para saber si es verdad el último artículo; sin embargo, un genovés me ha dicho hace un momento que no había un solo cornudo en Génova, lo cual me parece todavía más inverosímil que lo del dinero del Banco. En ese caso, puede usted responder que será una ciudad muy aburrida, y en verdad no se equivocaría usted mucho. No hablo de los *sigisbeos*, cuyo método es harto conocido. Este nombre se aplica a la mujer lo mismo que al hombre. La moda va pasando y la gente joven habrá notado, sin duda, que tanta asiduidad no es el medio de conquistar a las mujeres.

Las conversaciones o asambleas no tienen gran cosa de divertidas: se distribuye infinidad de helados y chocolates; se juega, no determinando número de vueltas fijas, sino sólo mientras place a la dama, y no se pagan las cartas. Hemos tenido la gloria de traer a Génova el «Mediador» (1), y,

(1) Juego de barajas de moda en Francia en aquella época.

francamente, es un regalo bastante malo el que hemos hecho a la ciudad. Estas *conversaciones* comienzan a las ocho o las nueve y acaban a las doce o la una de la noche; no saben lo que es dar de cenar o de comer.

Los hombres son, según dicen, tan fastuosos como la ciudad, y sus cortesías, cuando las hacen, no pasan de la epidermis. Nos hemos visto muy desatendidos por aquellos con quienes contábamos, y perfectamente bien recibidos por los que no lo esperábamos.

Los nobles no son tan antiguos como pretenden. En la época de las revueltas de la República se obligó a todos los que no tenían seis jefes de familia en su casa a juntarse con ellos y a tomar su nombre y sus armas. Desde el restablecimiento del Gobierno volvieron las cosas a su anterior estado. Unos tomaron de nuevo el antiguo nombre; pero otros, que creyeron salir ganando, conservaron el nuevo y son actualmente de la misma familia.

Neuilly, a quien escribí el otro día, os habrá dicho que ya no voy a Roma, sino a Venecia, a causa de los calores; así es que allí hay que escribirme por ahora. También os habrá dicho que me he equivocado al advertiros que las cartas no necesitaban franqueo; lo necesitan hasta el puente de Beauvoisin, si no se escribe a Roma o por el camino; es decir, a Turín, Génova, Livorna, Pisa, Florencia, Siena y Viterbo. El correo de Francia tiene una oficina y un director en Roma; así es que, si me habéis escrito, haceos cargo que vuestra carta corre

el riesgo de perderse, y escribidme de nuevo largo y tendido. No olvidéis dar noticias mías a mi hermano. Mil cumplidos a vuestra mujer, a la Pouseline, a las damiselas, a nuestros queridos y fieles *tutti quanti*. Partimos pasado mañana para Milán en diligencia, que hemos ajustado aquí.

VI.—A M. DE QUINTIN

Memoria sobre Génova.

Génova, 1 julio.

Si comienzo el detalle de la villa de Génova por San Lorenzo, la catedral, es a causa de su título y no a causa de su importancia, que no es gran cosa, aunque edificada enteramente de mármol blanco y negro, lo mismo por fuera que por dentro. No he visto nada que me haya complacido más que los sillones de los canónigos, de madera labrada, sin estar coloreados, y representando lindos cuadros, y una balaustrada de mármol en filigrana en la capilla de San Juan. La pintura al fresco de la cúpula y las demás no valen apenas nada, salvo una *Natividad* de Barraccio, en la capilla de la izquierda del coro. Fuí a la sacristía para ver ese famoso plato hueco, ancho de diez y seis a diez y siete pulgadas, hecho de una sola esmeralda, que es, según dicen, un regalo de la reina de Saba a Salomón. Los genoveses lo adquirieron por la parte que les tocó en la toma de Cesárea; pero no pude ver más que la copia; el original está en un armario de hierro, cuya llave tiene el Dogo en su bolsillo. No me

pareció a propósito ir a pedírsela. Creo que el P. Labat no haya sido más atrevido que yo; así que es un redomado embustero cuando dice que lo ha visto con frecuencia. La verdad del hecho es que sólo cuando pasan príncipes de importancia el Dogo, acompañado de toda la guardia, viene a enseñarles esta curiosidad.

San Felipe de Neri, de los Padres del Oratorio, es una preciosa capilla. Los capiteles de las columnas corintias son de bronce dorado, así como los adornos del friso. El altar mayor es de jaspe; la cúpula y los cuadros de las arcadas han sido pintados al fresco por Franceschini, de Bolonia.

San Siro, de los Teatinos, me ha gustado mucho por su arquitectura de columnas emparejadas, muy altas y de una sola pieza, y por su altar mayor, de piedra pedernal. Todo está pintado al fresco en todas las iglesias, y de ordinario bastante mal pintado, salvo lo que representa la arquitectura. Exceptúo de la ley común la *Exaltación de la Cruz*, pintada en la bóveda de la iglesia citada por Carlone; el púlpito, de mármol ordinario, se ha librado también del mal gusto de que ahora os hablaré. Los jardines de los Teatinos están en forma de anfiteatro muy elevado; se puede, a costa de muchas fatigas, disfrutar arriba de muy bellas vistas.

Hablando de lo que hay en Génova, no es preciso hacer mención de los mármoles: es una cosa demasiado común; pero no estaría ni medio bien dejar de citar los de San Ambrosio, de los jesuítas,

donde se ve en este género una colección completa de todo lo que la tierra puede producir. Desgraciadamente, están empleados en labores lamentables. Siempre me asombra ver cómo los italianos, después de haber imaginado y ejecutado un ordenamiento noble y magnífico, lo estropean recargándole con feos adornos. Su buen gusto para las grandes cosas sólo es comparable a su mal gusto para las pequeñas. (Lo que digo aquí de los mármoles, de los adornos y del gusto italiano no debe entenderse mas que con referencia a lo que entonces conocía, y no es aplicable a las cosas verdaderamente bellas que se ven en Roma y en otras partes. Los mármoles y los adornos de la capilla de los Médicis, en Florencia, y sobre todo de la capilla de San Ignacio, en Roma, son diferentes a estos otros. En cuanto al buen gusto, es verdad que, en general, los italianos no lo tienen mas que para las grandes cosas: sus casas, muy magníficas, no tienen en el interior sino muy poco buen gusto y nada de comodidades.) Las cúpulas son numerosas en San Ambrosio. La pintura al fresco, entremezclada con relieves, hace un buen efecto. En cuanto a los cuadros, me llamó la atención un *San Ignacio*, de Rubéns, excelente, y una *Circuncisión*, del mismo, todavía mejor. Además, una *Asunción*, del Guido, admirable según dicen. Que Dios me perdone; pero a pesar de mi amor por el Guido, no me satisfizo mucho al principio; mas viéndole después con mejor luz, me ha parecido la parte alta del cuadro de una belleza singular. Los padres jesuitas han

construido, para la comodidad del Senado, un balcón dorado, que comunica con su residencia.

La Anunciata, en los Zoccolanti, especie de Recoletos, es la más hermosa iglesia de Génova. No hablo ni de los frescos ni del pórtico, que son malos; pero el ordenamiento y el primer golpe de vista están por encima de todo lo que he visto en este género. Esta iglesia está sostenida por dos columnas jaspeadas de blanco y de rojo, que hacen un efecto del todo agradable. El mármol de Carrara está allí prodigado, y no es nada en comparación de las columnas retorcidas, de una especie de ágata, que están en las capillas de los Cruzados. Las otras capillas no son menos hermosas. La de la Virgen tiene un hermoso cuadro de Rubéns que está eclipsado por la comparación con una *Cena*, de Julio Romano, colocado sobre la puerta grande. La capilla de San Luis merece ser señalada por sus mármoles, y la de San Clemente y la de los Lomellini merecen no ser olvidadas. ¿Quién podría creer que este soberbio edificio es obra de un simple particular? No está todavía acabado y no lo estará en mucho tiempo; porque los buenos padres disfrutaban en el entretanto de un importante fondo para los gastos.

Llegué a Santa María de Carignán, que está situada sobre una altura, por un gran puente de varios arcos, tendido, para comodidad del paso, sobre varias calles con casas de ocho pisos. Digan lo que quieran los *Coglioni*, es poca cosa el pórtico; pero me satisfizo mucho no encontrar al entrar ni már-

moles ni frescos. Es una arquitectura simple y noble, toda blanca. Cuatro grandes estatuas forman el adorno del crucero: el *San Sebastián*, de Pugent, es la mejor de las cuatro. En cuanto a cuadros quiero recordar una *Magdalena*, del Guido; un *Mártir*, de Carlos Maratte; un *San Francisco*, de Guerchin; un *Descendimiento de la Cruz*, de Cambiaso; un *San Carlos*, de Piola, y un *Santo Domingo*, de Garzana. Subimos a la cúpula por una escalera de mármol, un gran hueco cilíndrico de arriba abajo. Desde lo alto de la cúpula se disfruta de un panorama muy extenso, tanto del mar como de la ciudad.

Uno de los cuadros de la ciudad más renombrado es el *Martirio de San Esteban*, en esta iglesia, de Rafael y Julio Romano. Disgusta a primera vista por su sequedad y su severidad; pero, examinándolo bien, no puede uno dejar de admirar la variedad de la expresión, la energía de las situaciones y, sobre todo, la impresión del dolor, la resignación, la esperanza y la dulzura pintadas en el rostro de San Esteban, que es el único lienzo en que yo creo que Rafael haya retocado la obra de su discípulo.

De la misma manera que el asno de la República es siempre el de peor albarda, el Dogo es el que está peor alojado, aunque lo sea en el palacio público de la *Señoría*, que es por completo sencillo y sin adornar. Se encuentra en el patio dos estatuas, levantadas a Andrés y a Juan Doria, con la inscripción de que uno fué el autor y el otro el sostenedor de la libertad. El alojamiento del Dogo no

tiene nada de distinguido. Una de las salas del Consejo contiene grandes estatuas de los beneméritos de la patria, con inscripciones debajo. Los gloriosos hechos de armas de los genoveses están pintados en esta sala en malos cuadros al fresco; en la otra sala están los viajes de Cristóbal Colón. La *Procesión del Corpus* está mejor ejecutada, aunque con mucha dureza, por el Napolitano (D'Angelli). La sala del arsenal no es, en verdad, mas que un tenderete de hierro viejo. Me enseñaron, sobre la puerta, un *rostrum* o espolón de galera de los antiguos romanos, hallado en 1597 al limpiar el puerto, según reza en el mármol que hay debajo. Vi las corazas (1) que dicen haber usado las damas genovesas cuando la cruzada femenina, historia que ha escrito Missoni; los cuerpos son anchos y cortos y ridículamente abombados por delante. Dicen que es a causa de los pechos; si es verdad, aquellas valientes amazonas los tenían bien gruesos y colgantes.

El más bello de todos los palacios de Génova es, para mi gusto, el de Marcel Durazzo, calle de Balbi. ¿Recordaré bien todo lo que allí he visto? Sería largo. En la gran sala, al entrar, dos cuadros de ceremonias turcas por Bertolotti; en el siguiente, tres cuadros de Giordano: *Séneca*, *Olinde* y *Perseo*, trazados con un pincel tan diferente, que hay que darse al diablo para creer que sean del mismo au-

(1) De estas corazas, entonces en número de treinta y dos, no queda mas que una; las treinta y una que faltan fueron vendidas por los ingleses, en 1815, a precio de hierro viejo.

tor. Además, una hermosa *Virgen*, del capuchino Bernardo Strozza. Las habitaciones están magníficamente amuebladas y tienen el suelo de estuco; todos los techos están dorados con buen gusto; las mesas y revestimientos de las ventanas y puertas son de mármoles curiosos. Sus tapicerías de *moirés*, pintadas con jugos de hierbas por Romanelli, son copias de los originales de Rafael. Grandes gabinetes llenos de mil cachivaches, entre otros un buen relieve en marfil de dos pulgadas de largo, representando una batalla donde parece haber cuatro o cinco mil figuras, todas distintas y caracterizadas. Las terrazas dan vista al mar y están adornadas con balaustradas cargadas de árboles en grandes vasos de mármoles. La galería está llena de bellas estatuas antiguas y modernas, entre las cuales noté un *Fauno* y un *Narciso*. En la capilla, un niño en el techo, que hace el mejor efecto que ninguna otra figura que yo haya visto todavía. En las habitaciones, un *Durazzo*, de Van Dyck; dos lienzos de Basano; dos de Carlos Dolci; un hermoso paisaje de Benedetto Castiglione; el famoso cuadro de Pablo Veronés representando el *Festín en casa del Fariseo*. Es uno de los más célebres lienzos de este pintor. Este estaba en Venecia en casa de unos monjes benedictinos, a quienes Spínola lo compró furtivamente en 40.000 libras, sin contar lo que tuvo que dar de propina a cada fraile para ganar su voto. La República, que había formalmente prohibido dejar salir este cuadro de Venecia, puso a precio la cabeza de Spínola si lo pren-

dían en tierras de Venecia, y expulsó del Estado a todos los frailes del convento. Por lo meros, eso es lo que me han contado, y no garantizo su veracidad. (No recuerdo del todo ahora lo que es ese *Festín* de Veronés; sólo en Venecia se conocen cuatro *Festines* del Veronés, de los cuales tres están todavía allí, y el cuarto ha sido cedido por la República al rey de Francia; puede vérsese en Versalles en el hermoso salón de Hércules.) Vi, en fin, un *Vitellius* antiguo de granito, tan acabado, tan vivo, que no me costó trabajo creer a quien me dijo que esta pieza sola valía más que todo el resto del palacio junto. Julio Romano lo ha copiado en su *Bacanal*, para representar la figura del glotón que está sentado en el carro del triunfo. (Es uno de los más hermosos bustos de emperadores que subsisten; puede hacer pareja con el *Julio César* del palacio Casali, y casi también con el *Caracalla* del palacio Farnesio.)

El palacio de Felipe Durazzo no es tan rico como el precedente; pero, con excepción del cuadro citado del Veronés, los de esta casa son más bellos. No tuve tiempo de examinarlos mas que en conjunto; pero todo está lleno de lienzos de los Carracho, del Guido, de Rubéns, de Van Dyck, del Tintoreto, del Españolito, del Dominico, del Caravage, etc. Entre todos éstos, los del Guido me parecen ocupar el primer lugar. Me encontraba muy a gusto en aquel sitio; tuve, sin embargo, que salir para ir a ver el palacio Doria, en la calle Nueva, cuyas bellezas son de género diferente.

Subiendo la escalera del palacio Doria noté una linterna construída con un recipiente de plata hueco, pulida y puesta de pie, cerrada con un gran cristal de aumento; cuando encienden la luz del interior es tan difícil sostener su vista como la del sol. Creo que ha servido de modelo para nuestras linternas de la diligencia. La arquitectura del palacio Doria es muy apreciada; pero me gusta más la del palacio Balbi, que su dueño ha cedido a los jesuítas para que les sirva de residencia. Lo mejor que hay en el palacio Doria son las tapicerías, que representan los retratos de esta célebre familia, y otro tapiz con arreglo a los dibujos de Julio Romano, valuado en 110.000 libras. Hay también hermosos gabinetes llenos de pedrería; una *Santa Teresa* de bronce, que me encantó, es una obra de Florentino, el mismo que ha esculpido en plata, sobre un espejo muy notable, una *Degollación de los Inocentes*, del cual me he olvidado hablar en su lugar cuando estaba en el palacio Durazzo. El resto de las habitaciones del palacio Doria, gradas, baños, capillas, cuadros, me pareció mediocre, aunque haya buenas cosas en todos los géneros; pero acabo de ver otras mejores. Unos jardines aéreos, correspondientes a los diversos pisos, son realmente curiosos. Hay en Génova numerosos jardines de este género; lo desigual del terreno y lo escaso de éste ha dado lugar a emplear esta clase de construcciones, hechas sobre terrazas que, edificadas o arregladas ex profeso al lado de las habitaciones, remedian con mucho gusto la falta de

aire que reina en la ciudad. Una parte de estos jardines sobre los techos tienen hermosos surtidores de agua; las grandes salas, que están siempre aquí en el segundo piso, tienen también quioscos a la turca para pasearse al aire libre. Misson niega desvergonzadamente la existencia de estos jardines en el aire, y dice que no son mas que tiestos de flores sobre las ventanas; eso prueba bien que no ha estado nunca en Génova o, por lo menos, que no ha hecho mas que pasar por aquí.

El viejo palacio Doria, fuera de la villa, era antes lo que había más hermoso, y lo es todavía en ciertos respectos, a pesar de lo abandonado que está. Su jardín es el sitio público que sirve de paseo. Hay una hermosa fuente de mármol con surtidores de agua por todos lados, y en medio, un gran diablo de Neptuno que representa al famoso Andrés Doria. Todo esto no es nada en comparación de las magníficas terrazas de mármol de Carrara que adornan varios pisos a lo largo del mar, vaciadas y sostenidas en sus cimientos por columnas del mismo mármol. Desde allí se disfruta, infinitamente mejor que desde ninguna otra parte, de la vista del puerto con sus barcos, de la villa en anfiteatro, de las montañas, de los jardines y de las casas de recreo. Estando yo en esta terraza tuve el gusto de ver disparar, en honor de la procesión de San Pedro, todos los cañones que hay a lo largo del puerto, a lo cual los barcos respondieron con una descarga de todos los suyos e iluminaron en seguida sus bordas y sus mástiles.

El palacio Doria ocupa no sólo todo un lado de una larga calle, sino también todo el otro lado. Se han tendido puentes aéreos para atravesarla de una parte a otra. Sobre las construcciones de este segundo lado, cortadas a media altura, han levantado una fila de columnas corintias que sirven de sostén a unas parras. Más allá se encuentran los jardines, que se elevan hasta encima de una montaña. En este jardín, cerca de un coloso de Júpiter, está la tumba de un perro de Andrés Doria (1). El epitafio es de lo más curioso:

Qui giace il gran Rolando,
cane del principe Giov. Andrea Doria,
il quale que la sua fede e benevolenzia,
fu meritevole di questa memoria
e perché servó in vita si grandemente ambidue le leggi,
fu ancora giudicato in morte
doversi collocare il suo cenere presso del summo Giove,
como veramente degno della real custodia.
Visse XI anni e X mesi.
Mori in senttembre del 1615,
giorno 8, ora 8 della notte.

En el palacio Spínola todas las grandes acciones de la familia están pintadas al fresco en la fachada del edificio por Julio Romano y calcadas en sus dibujos.

Para hablar de la ciudad y de sus arrabales, ya sabéis que el de San Pedro de Arena está lleno de magníficas casas, que tienen sobre las de la ciudad la ventaja de su vista, de estar completamente

(1) Carlos V se lo había dado a Andrés Doria, asignando para el perro 500 escudos de pensión.

aisladas y de tener grandes jardines llenos de grutas, de fuentes, de pequeños parques, que se extienden sobre las montañas vecinas. Es el verdadero lugar para pasearse.

Es de notar que mientras en los palacios los criados que os sirven los helados no admiten propinas o lo hacen después de rogárselo mucho, en las iglesias los sacristanes son todos unos pedigüenos.

VII.—A M. DE NEUILLY

Camino de Génova a Milán-Pavía.

Milán, 8 julio.

Entre los placeres que Génova puede procurar, mi querido Neuilly, hay que contar como uno de los más grandes el marcharse de allí. ¡Ah! ¡Qué razón tiene el proverbio: *Uomini senza fede!* Comerciantes, hosteleros, encargados de las casas de postas, obreros, religiosas, todos son de una pillería y de una mala fe inauditas. Partí el 2 de julio, furiosamente irritado contra esta polilla de republicanos y, sobre todo, contra un insigne pillo que, engañándonos con el nombre de *posta* y el de *cambiatura*, con perjuicio de los ajustes hechos y de las palabras dadas, nos ha hecho gastar, por veinticinco leguas solamente, no sé cuántos cequíes más de lo que hubiéramos gastado si, en lugar de tomar la posta, nos hubiera explicado bien lo que era la *cambiatura*, o bien si hubiéramos tomado, de ciudad en ciudad, mayores particulares, que es lo que conviene a gentes que se detienen en los lugares importantes para su recreo, ya que las dos maneras de hacer el viaje, de las cuales la una se

llama la *cambiatura* y la otra la *posta*, son la misma cosa, sin otra diferencia en el fondo que el nombre y el precio, siendo la *posta* mucho más cara, a veces el cuádruplo, de lo que en Francia, ya que hasta ahora no he visto precio fijo. El precio varía de una ciudad a otra, y quizá también según la pillería de los encargados, que abusan cuanto pueden de la ignorancia de los extranjeros. Ya comprenderéis que esto es de verdadera importancia en un camino tan largo, teniendo en cuenta los muchos caballos que necesitamos y el número de relevos. Es decir, que, para nosotros cuatro, cada relevo nos vino a resultar a cincuenta o sesenta libras, por término medio. No se puede contar más que por relevos, estando las *postas* tan mal organizadas que tan pronto cuentan rada más que una por cinco leguas y tan pronto dos por una legua. Por lo demás, están perfectamente servidas.

La mayor parte de estos juicios no son exactos; en otra parte me he retractado. El precio de las *postas* varía, según las diferentes soberanías: son módicas en los Estados del Papa y excesivas en Lombardía y el Piamonte. En general hay que servirse de estos coches; pero es preciso proveerse de un libro de *postas* para prevenir la pillería de los encargados, que engañan a los extranjeros cuanto pueden. Hay lugares en que las *postas* se dividen en cuartos o tres cuartos, manera de contar desconocida en Francia, y siempre nos hacían pagar la *posta* entera. La *cambiatura* no se consigue sino difícilmente y por orden del gobernador; por lo

cual los encargados de postas, rabiosos por una orden que les obliga a suministrar caballos por las dos terceras partes del precio de la posta, hacen mil jugarretas a los viajeros, causándoles infinidad de molestias en el camino. En general está uno tan cansado y tiene tantos motivos de impaciencia en tan largo viaje, que no merece la pena preocuparse además por las pequeñas economías. Es duro que le engañen a uno, en verdad; pero, para alivio de amor propio, hay que decirse con calma que se deja uno engañar voluntariamente y por pereza de incomodarse. Nuevos informes sobre los *vet-turini* me inclinan a aconsejaros no os sirváis nunca de ellos; es una raza abominable; además, según sus reglamentos, no les está permitido llevar mas que a los extranjeros que llevan ya tres días en la ciudad.

Desde Génova fuimos a Campo Maroni, posta y media muy corta; pero que por la extremada rudeza del camino me pareció más bien larga, aunque esté todo el trayecto poblado de hermosas casas. Es una llanura donde no se ve el menor rastro de camino; no son mas que guijarros y pedazos de roca tan gordos como la cabeza. Parece que Hércules haya hecho llover pedruscos en este lugar, como en la Crau en Provenza, bastantes para cubrir el suelo con un pie de espesor. Las rocas que se encuentran sin interrupción hasta Voltaggio (otras dos postas), por mucho que le traqueteen a uno, no es tanto como en esta horrible llanura. Y eso que las diligencias de Italia, desprovistas de

muelles, son, más que diligencias, una honrada invención para moler los huesos a los viajeros; así es que llegamos a las fronteras del Milanesado más molidos que si nos hubieran dado cien palos. Este trayecto pasa por el más duro de toda Italia.

Antes de llegar a Novi se encuentra Gavi, pequeña ciudad que me pareció tener una ciudadela muy fuerte por su fábrica y por su asiento encima de una roca.

Novi es la última ciudad del Estado de Génova, que se precia, como su soberana, de sus refrescos y sorbetes.

Al salir de allí comienza la llanura del Milanesado, que no tiene necesidad, para hacerse valer, de los horrores que acabamos de atravesar. Nada hay más rico, más fértil, mejor sombreado de árboles ni de un más hermoso verde; es, rasgo a rasgo, la misma cosa y tiene el mismo aspecto que nuestros más bellos cantores del país bajo de Borgoña, del lado del Saona.

De Novi a Tortone hay dos postas. Tortone es una fea y pequeña ciudad, y su castillo no me pareció digno de consideración. No merecía la pena cacarear tanto, en la última guerra, por la toma de semejante plaza. La brecha por donde se apoderaron de ella no ha sido todavía reparada; pero en la parte de delante se ha practicado recientemente en la roca una escarpadura de tres toesas de profundidad.

Voghera, donde pernoctamos, dista de Tortone una posta prodigiosamente larga; no es mas que

un villorrio, pero que vale más que veinte Tortonones; para llegar allí hay que pasar por Pontecorone.

El 3 nos calzamos, por decirlo así, para acostarnos en la ciudad, puesto que partimos a las tres de la mañana, para no recorrer en todo el día mas que dos postas, muy largas en verdad, pero siempre por la bella llanura y por buen camino. Pasamos el Po en una barcaza que parecía más un puente de lanchas ambulante (de Turín hasta el golfo de Venecia no hay puente sobre el Po); luego, un brazo del Tesino, y en tercer lugar, el Tesino mismo, al entrar en Pavía, sobre un gran puente cubierto, que se parece a un mercado. El Tesino es un río bastante considerable y el más caudaloso de todos los que afluyen al Po, que en este cantón no es menos grande que el Saona.

Nos detuvimos en Pavía. No sé por qué me había formado de esta villa, que ha sido durante largo tiempo la morada de los reyes lombardos, una idea por encima de la realidad. Es medianamente grande, más larga que ancha, mal y tristemente edificada en ladrillos, con calles anchas y desiertas. Tan sólo la calle Mayor, que es la principal de la ciudad, está poblada y cuenta con un comercio pasable. Estos buenos lombardos parece ser que se han figurado que su ciudad es curiosa, amor propio poco justificado, puesto que se obstinaron en llevarnos a ver mil cosas muy pobres.

La catedral es una vieja iglesia construída al revés, en donde no me llamó la atención nada mas

que un púlpito que da la vuelta a uno de los pilares; está adornado con buenos bajorrelieves de madera y sostenido por los doce Apóstoles a manera de cariátides. En un rincón de la nave me enseñaron la lanza del paladín Rolando; es, aunque os parezca mentira, justo y cabal un mástil de barco, con el cual tenía el propósito, en su furor, de hacer un supositorio a Medor.

En la plaza vecina, sobre una columna, hay una estatua en bronce, montada sobre un abuelo de Rocinante del mismo metal. Es, según me dijeron, una excelente obra de los romanos, que representa al emperador Antonino; pero, por lo contrario, no es, a mi juicio, mas que una detestable obra de algún ostrogodo.

La tumba de San Agustín, en la residencia de los religiosos de este nombre, es la única cosa digna de verse en Pavía. Acaban de terminarla. Como la parte superior está construída hace ya tres siglos y más, el obrero ha tenido que sujetarse a terminarla en un gusto aproximado al gótico, lo cual ha ejecutado bastante bien, todo en mármol de Oriente de las clases más preciosas. El cuerpo del santo está debajo del altar, en una capilla subterránea. Un religioso fué a buscar la llave del armario donde está el cuerpo; nos aseguró formalmente que estaba allí, pero... no pudo abrir el armario. En compensación nos dió a beber a cada uno, por devoción, un gran vaso de agua fresca, que sacó de un pozo vecino. El cuerpo del santo fué transportado hace tiempo de Cerdeña a Pavía, y enterrado aquí,

sin que se haya podido saber después de tantos siglos en qué sitio. Pretenden haberlo vuelto a encontrar hace poco. Les pregunté qué pruebas tenían de que fuera realmente él, y tuvieron la buena fe de confesar que no tenían ninguna. No hay que olvidar un pequeño cuadro, *ex voto*, que hay al lado. Representa a un pobre fraile agustino en una angustiosa situación, puesto que está montado sobre una yegua, montada, a su vez, por un pícaro macho, que tiene sus dos patas delanteras puestas sobre los hombros del fraile. Fácil es de ver la cara que pone el buen padre, a quien la aventura no le place tanto como al macho. Pero San Agustín, descendiendo benignamente del cielo sobre una nube, viene a sacar de apuros al fraile precipitando la operación. Hay todavía otras varias sepulturas en esta iglesia, entre otras la del cónsul Boetius, colocada sobre cuatro pequeñas columnas.

Fué preciso ir a ver en seguida, fuera de la villa, San Salvador, iglesia de los Benedictinos. Perdí el tiempo, porque no es gran cosa. No es que la iglesia no esté arreglada de nuevo y bastante adornada con bronce y pinturas que representan la vida de la fundadora, Adelaida, mujer del emperador Othon; pero cuando se han visto ya tantas cosas y han de verse tantas otras tan bellas, no vale la pena ir allí. Me hicieron notar dos milagros de San Mauro, pintados por Fumiani, que elogian mucho y que me merecen el mismo juicio que la iglesia.

Querían también llevarme a ver el cementerio

de los franceses muertos en la batalla de Pavía; pero mi complacencia con los tontos no llegó a ese extremo.

Antes de partir, Mme. Bellinzoni, que es una señorita Persy de Curgis, oriunda de Borgoña, nos dió unas cartas de recomendación para la condesa Simonetta de Milán. Partimos al día siguiente para servirnos de ellas. Hay que desviarse un poco para ver la Cartuja, que es uno de los más renombrados lugares de Italia. Cerca de allí se libró la batalla de Pavía, cuyo emplazamiento exacto busqué y pregunté inútilmente. Todo el país está cubierto de árboles, y cuesta trabajo distinguir un terreno propicio a semejante batalla.

El pórtico de la Cartuja, de mármol blanco, es una completa mezcolanza de todos los adornos imaginables: estatuas, bajorrelieves, enramadas, bronce, medallas, columnas, capiteles, etc.; todo ello distribuído sin selección ni gusto; no se podría, de arriba abajo, poner el dedo en un sitio vacío de ornamento. No deja esto de parecer divertido a la vista, puesto que hay aquí y allí buenas piezas, pero siempre en estilo gótico. No sé si me equivoco; pero quien dice gótico dice casi infaliblemente una obra mala.

Todo alrededor de la iglesia, por su parte exterior, consta de varios pisos de corredores, sostenidos por columnas, por los que puede uno pasearse. El interior llama desde luego la atención al entrar por su magnificencia, su buena proporción, su bóveda, mitad en mosaico, mitad en azul sembrado

de estrellas de oro; por la belleza de las verjas de las capillas; pero, sobre todo, por la gran verja que atraviesa la nave, toda de cobre tan reluciente como el oro y de una excelente factura. Es una de las cosas que más me han satisfecho de cuantas he visto en mi vida.

De allí se entra en el coro de los frailes, y en seguida en el gran coro, pintado al fresco y bastante bien por Daniel Crespi. El altar mayor es tan bello, que me apresuré a ir a verlo. Lo primero que se encuentra es una balaustrada con calados, entremezclada de mármoles y de bronces de un gran gusto; candelabros de bronces cincelados a la perfección y algunas estatuas bastante buenas; pero todo ello se eclipsa ante el altar mayor o tabernáculo. No creáis que exagero cuando digo que, aunque es muy grande, es todo él de preciosos mármoles orientales: el alabastro, el verde antiguo, el jaspe sanguíneo y el lapislázuli llaman apenas la atención, entre otras piedras más bellas. Un aficionado a los mármoles puede entretenerse allí durante un mes, y no hay uno solo de nosotros que, si poseyera uno de los pedazos prodigados allí, no se hiciera fabricar una preciosa caja para el rapé.

Por mucha satisfacción que haya procurado este altar mayor, no es uno insensible a los ornamentos de los altares de las capillas. Hubiera jurado que todos ellos estaban bordados de granos menudos; pero cuando los vimos de cerca y los tocamos, resultó que eran de mármol de construcción, imitando excelente tapicería. Por lo demás, esto es todo

lo que hay de notable en esta iglesia tan ponderada: los mármoles y los bronce; no busquéis esculturas ni pinturas, aunque las hay en gran número. Había tomado unos apuntes, pero no quiero tomarme el trabajo de escribirlos ni causaros la molestia de leerlos. Quiero tan sólo poner aquí algunos trozos que me parecen dignos de mención. En la tercera capilla, al entrár, a la derecha, un fresco de Ghisolfi. En la cuarta, un muy hermoso bajorrelieve de Vospino y un cuadro de Ambrogio Forano, notable por ser de los primeros tiempos de la pintura. En la quinta, un *San Ciro*, de Alberto Durero. En el crucero del mismo lado, un hermoso panteón de Galeas Visconti, fundador del monasterio; abajo está yacente la estatua de Ludovico Sforza, llamado el Moro, que murió en Francia en el castillo de Loches, después de doce años de prisión. Este nombre es tan famoso en nuestra historia por sus maldades, que me apresuré a considerar su fisonomía, que es completamente simpática y la del mejor hombre del mundo; que los fisonomistas argumentan sobre eso. Del lado izquierdo, en la primera capilla, dos columnas de granito pulimentado, las primeras que he visto así. (El fraile que me las enseñó me ha engañado asegurándome que eran de granito. He visto después muchas columnas de esta piedra, muy común aquí; en verdad se parece mucho al granito.) Tienen capiteles de bronce antiguo... En la segunda, tres trozos de pintura de Pedro Perugino; es lo mejor que hay allí en ese género. En la cuarta, una *Degollación de*

los Inocentes, buen bajorrelieve, y en un cuadro de Neri (Pietro Martire), una cabeza excelente; lo restante del cuadro no vale nada.

En la sexta, un *San Ambrosio derrotando al ejército argelino*, buen bajorrelieve. En la séptima, un pequeño cuadro alargado del Procaccini, de un precioso colorido. En el crucero, las sillas de los frailes haciendo cuadros de madera ordinaria.

En la sacristía, un grandioso frontal, en el que está microscópicamente esculpida la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento. Nos dicen que este frontal es todo de dientes de peces y que es un regalo del rey de Francia. Los ornamentos y la plata tienen mucha fama, pero no pudimos verlos: los enviaron muy lejos al principio de la guerra, y no se atreven todavía a traerlos hasta que la paz sea publicada aquí (1).

Los buenos padres disfrutaban de cien mil escudos de renta. Nos habían dicho que regalaban magníficamente a los visitantes. Contando con ello, Lacurne ayunaba regularmente desde hacía tres días, pensando desquitarse aquí de las malas comidas de las posadas de Italia; pero después de haber fatigado nuestras piernas y nuestros ojos durante seis horas, en espera del obsequio, Lacurne tomó el partido de pedir ver el refectorio. Inútil: los buenos padres nos aseguraron varias veces que allí no había nada digno de ver mas que la iglesia, y tuvimos que volvernos, en lo más fuerte del calor,

(1) Se trata del Tratado de paz firmado en Viena en el mes de noviembre anterior.

a comer huevos duros a mil pasos de allí. Al salir vislumbramos a través de una verja unos cuantos viejos pergaminos que componen la biblioteca. Saint-Palaye quiso entrar a verlos; pero no los enseñan a los franceses, y sin duda tienen razón. Para quedar bien nos mostraron unos magníficos emparrados sostenidos por dos filas de columnas. Con esto dejamos a aquella miserable canalla, para ir a Binasco (posta y media) y a Milán (posta muy larga).

El camino de Pavía a Milán es menos en camino que una gran avenida enarenada, bordeada por dos hileras de árboles y de canales a ambos lados. El paisaje es hermoso y verde, pero demasiado cubierto de árboles. Los caminos deben de ser muy malos en invierno. Desde Génova a Milán hay noventa millas o treinta leguas.

VIII.—A M. DE NEUILLY

Memoria sobre Milán.

Milán, 16 julio.

¡Pardiez! Los italianos son pródigos en los superlativos. Eso no les cuesta apenas nada; pero cuesta mucho a los extranjeros, que tienen que hacer derroche de molestias y de dinero para ver a veces cosas muy cacareadas, pero poco dignas de serlo. Hacía tiempo que oía contar tales maravillas de ese famoso Duomo o Catedral de Milán, cuya fachada es la *cosa la più stupenda, la più maravigliosa*, que no me preocupé de otra cosa al llegar que de ir a verla. Sin duda habréis visto, y acaso poseáis, la bella estampa que representa esta fachada; guardadla cuidadosamente, porque eso es todo lo que existe; pero hay también que hacer justicia a la obra. Si fuera verdad que existiese, sería una bella cosa; no la conozco otro defecto que el de no existir. Bromas aparte, apenas si una tercera parte de este inmenso edificio está concluída; hace más de trescientos años que se trabaja allí, y aunque no faltan continuamente obreros, no la acabarán probablemente en diez siglos, es decir,

que no la acabarán nunca. Si la acabaran, sería la más vasta pieza de estilo gótico que hubiera en el mundo; hasta sostienen aquí una escuela de gusto gótico para los obreros que trabajan en el Duomo. Desde que esta obra empezó ha habido millones de sucesiones, y para no cesar en el método, no se dan prisa a acabar la obra.

El interior de la iglesia es muy obscuro, desprovisto de todo ornamento y de todo adorno. He aquí lo malo que tengo que decir de él; comienzo por esto, porque esto comenzó a ponerme de mal humor. Hay, sin embargo, en el detalle muchas cosas notables: el edificio es de una magnitud sorprendente, sobre todo no pareciéndolo así al primer golpe de vista. Hay en el interior una doble colateral, sin contar las capillas; todo ello sostenido por seis hileras de pilares de mármol blanco, de un grueso y de una altura extraordinarios; el pavimento es de mármol ordinario, empleado no en revestimiento, como en otras partes, sino en gruesas piedras labradas; no está hecho mas que a medias. Todo el interior del edificio es del mismo mármol blanco. Este es artículo cuyo derroche no puede concebirse, porque no sólo la obra y los adornos, que se prodigan en el estilo gótico, son de ese mármol blanco, sino que el mismo tejado del edificio está hecho con grandes losas de cinco o seis pies en cuadro.

Hay que subir sobre la cúpula para encontrar labores enormes, que no se esperaban y que están allí muy inútilmente. Todo el contorno de la igle-

sia, sea a los lados, sea detrás, es del mismo dibujo y de tanto trabajo como la fachada. Se ha adelantado más por estos lados que en el frente, cuyo pobre estado, hiriendo siempre la vista, excita más a las almas piadosas a la liberalidad. Este contorno está habitado por una multitud de estatuas suficientes para constituir un pequeño ejército. ¿Qué será cuando sean seis veces más numerosas? Casi todas son muy buenas, y es lo mejor que hay en la obra; han bajado una demasiado hermosa para permanecer allí: es un San Bartolomé que puede pasar por un curso completo de anatomía. Han escrito debajo que no era Praxiteles quien lo había hecho. Aunque la pieza sea muy buena, este aviso estaba de más; todos los autores que la han visto la atribuyen a Cristóforo Cibo. Es preciso que no hayan visto la inscripción que lleva abajo, y que dice que es obra de Marco Agrato.

El coro está adornado por dentro de esculturas de madera, y por fuera de esculturas de mármol. Las esculturas del interior, sobre todo, son de una belleza y de un trabajo muy notables.

Debajo del coro hay una capilla subterránea bastante bien concebida, que contiene un número tan grande de cuerpos de santos, que el paraíso no estará mejor provisto. Cerca de allí están la capilla y el cuerpo de San Carlos; el friso de esta capilla es todo de plata. Tuve la suerte de ver de cerca y de arrodillarme ante la faz de mi bendito patrón, y no fué sin indignarme contra una pícara rata que, sin respeto a su santidad, ha tenido la auda-

cia de roerle la punta de la nariz. Gracias a que el santo varón estaba tan bien provisto de su apéndice nasal que no ha notado semejante pérdida.

En el baptisterio de la iglesia hay una grande pila de pórfido tan bella como la de San Dionisio. Los cuatro Doctores, cariátides de bronce que sostienen el púlpito y el interior de la puerta grande, valen también la pena de verse.

Los curas nos enseñaron, pagando, el tesoro, que es muy rico, sobre todo en ornamentos y plata. Noté algunas piezas curiosas, como un estuche de cobre, trabajo en mosaico de una gran antigüedad; un cofrecillo de oro esculpido a la perfección. Las figuras están vestidas en esmalte como ya no se hace más; una gran custodia de cristal de roca, y si se quiere, una mitra de plumas para uso de San Carlos. Este santo tenía un gusto excesivo por las construcciones; aquí hizo construir o restaurar gran número de ellas. El seminario, obra del arquitecto José Mela, es, a mi juicio, el más bello y el más noble de estos edificios; es un gran patio cuadrado, con dos pisos de pórticos de columnas acopladas. Le sigue el Colegio helvético, menos bello que el precedente, aunque tiene dos patios de pórticos; pero no está construido con tanta suntuosidad; posee una hermosa sala de retratos de hombres ilustres. Luego el hospital, cuyo patio es del mismo gusto y la fachada de una longitud prodigiosa, semigótica y semirromana. En fin, el lazareto, edificio muy renombrado, que no

es otra cosa que un claustro inmenso de figura cuadrada que tiene cien feas celdas á cada lado.

Aunque haya dicho que la arquitectura de las iglesias de Milán no vale gran cosa, hay que respetar, sobre todo por su interior, la de San Fedele, en los Jesuítas, por Pelegrín Tibaldi, llamado el Pellegrini. En esta iglesia no hay más cuadro que una *Transfiguración*, de Julio César Procaccini; pero en la casa, encima de la gran escalera, hay una copia, de Caravagio, de la *Decapitación de San Juan*, de Miguel Angel, que es una de las más bellas cosas que pueden verse; el original, que está en Malta, es la obra maestra de su autor.

La arquitectura de la Madonna presso San Celso es, según dicen, del famoso Bramante, si es que un hombre tan célebre haya podido poner el orden dórico por encima del corintio, lo que hace todo el feo efecto que puede esperarse. Sin embargo, el pórtico, precedido de una bella columnata, tiene varias buenas estatuas, sobre todo una *Eva*, digna de lo antiguo, por Adolfo Florentín. El interior de la iglesia es muy rico; todo el pavimento y las paredes están revestidos de mármol; el altar mayor es de mármoles preciosos, como en Pavía, pero menos bellos. El altar de la Madonna está sostenido por cuatro columnas acanaladas de plata, cuyos capiteles son de plata sobredorada. En una capilla hay un hermoso cuadro de *San Jerónimo*, de Paris Bordone, y en la sacristía, una *Sagrada Familia*, de Leonardo de Vinci; pero todos los hermosos cuadros que veo aquí a cada paso no

son nada al lado de una *Sagrada Familia* que está en la misma sacristía; la delicadeza, la finura de la expresión, la belleza del ordenamiento, todo lleva el carácter de su autor; no necesitáis después de esto que añada que es de Rafael. Tomad buena nota y perdonadme mi entusiasmo cuando tengo que hablar de este gran maestro.

Dios me libre de hablaros ni de acordarme siquiera de todas las iglesias a que Sainte-Palaye me ha arrastrado; no ha quedado ni el más feo agujero sin que haya querido entrar en él; nuestro coche de alquiler no podía más; así es que le he prometido que en cuanto volviera a Dijón le llevaría a ver el pequeño San Benigno. Sin embargo, estaréis contento, cuando veáis a Milán, de saber a punto fijo lo que hay que ver. En la Pasión, un bello pórtico dórico estropeado por bajorrelieves mal colocados; la tumba de Birague; un famoso cuadro de *La Cena*, de Cristóforo Cibo, que se distingue por su colorido y las expresiones de las cabezas; en cuanto a lo demás, poca nobleza y ninguna perspectiva. Hay, entrando a la derecha, una *Sagrada Familia*; no sé de quién es... En San Alejandro, un púlpito de mármoles orientales, muy mal empleados: es un viejo relicario; en la sacristía, buenos paisajes de Fiamingo. En San Lorenzo, una rotonda construída singularmente y bastante tristoná; pero delante hay diez y seis viejas columnas corintias, resto de un pórtico del emperador Vero, que, por muy echadas a perder, por muy borrosas que estén, ofrecen un espectáculo

más noble y más hermoso que todo el resto de Milán y de Génova, hasta tal punto lo antiguo da un carácter distinguido muy por encima de la mayor parte de las obras modernas... En Santa Marta, una tumba del joven Gastón de Foix, muerto en la batalla de Rávena; es el más lindo capitán que se puede ver; así es que las buenas religiosas, al reedificar su convento, han tenido buen cuidado de conservar su figura para mantenerse en buenos pensamientos. En San Ambrosio, grandes y magníficos dormitorios y escaleras; un hermoso refectorio, al cabo del cual hay un gran fresco, de Calixto de Lodi, representando *La Cena*, de un colorido muy vivo, lo que no es muy común en el fresco. Hay excelentes figuras, pero sin claroscuro y con malos colores locales... Además, una hermosa biblioteca bien provista de manuscritos. Me hicieron sentar, en el jardín, en el mismo sitio donde San Agustín tuvo la inspiración que le convirtió, y vi que iba a llegar el momento de hacer yo otro tanto: sentía la *gracia eficaz* subírseme a la garganta; en suma, hubiera dado buena cuenta de mí si no hubiese huído del peligro.

Hay en la iglesia un altar mayor antiquísimo, sostenido por cuatro columnas de pórfido; al lado hay una singular inscripción de un emperador Ludovicus César (es Luis II, hijo de Lotario y nieto de Luis el Bondadoso), que ha puesto a Sainte-Palaye en una terrible agitación de espíritu. Le dejé arreglárselas como pudo para deshacer el lío de una serpiente de bronce colocada sobre una co-

lumna, que pasa aquí por ser la verdadera serpiente de bronce del desierto; pero que no es, podéis creerlo, ni más ni menos que un Esculapio, ante el cual rezan todos los días los pequeños oficios... En San Eustorgio, muchas tumbas y antigüedades del Bajo Imperio. (Notad, sin embargo, que la tumba de los tres reyes que fueron a Belén no es ni del Bajo Imperio ni de esas cosas que se ven en todas partes, y cómo esos tres reyes no están enterrados mas que en muy pocos sitios: aquí, en Colonia y en algunas otras ciudades.) En San Nazario, las tumbas de los Trivulzi; carecen de importancia. En la Paz, una *Madonna* célebre; no vale nada absolutamente; no aconsejo al señor procurador general que vaya, tanto más cuanto que hay que hacer profesión de fe para verla. En San Víctor, una buena obra del Perugino, en el crucero de la derecha; en el coro, un *San Jorge*, que los religiosos, según todos los autores, me sostuvieron ser de Rafael, y yo les sostuve que era de Julio César Procaccini, para echármelas de entendido, porque a ver qué medio hay de echárselas de entendido cuando se es de la opinión de los otros. Vamos a escribir largas disertaciones sobre eso. Tengo como argumentos contra los autores que ninguno de ellos lo ha visto, puesto que hablan de él de un modo muy diferente a como es, y contra los frailes, que son unos simplones, que pretenden que un cuadro mal pintarrajeado que hay al lado es también de Rafael.

En La Roue no hay mas que una cosa digna de

consideración: es una pequeña verja de hierro sobre un agujero del suelo. Pero no vayáis a figuraros que no está puesta allí por algo. Después de una sangrienta batalla librada entre los cristianos y los argelinos, San Ambrosio, dolido de ver a los cristianos sin sepultura y su sangre profanada por una mezcolanza impura con la sangre de los heréticos (¡los argelinos heréticos!), hizo al cielo tal oración jaculatoria, que la sangre de los cristianos se aglomeró en forma de rueda, separándose de la otra, y rodó al fondo del agujero de que se trata. Eso es lo que reza una hermosa inscripción grabada al lado, a la cual no le falta, para ser auténtica, mas que estar firmada por un secretario del rey. Mucho me extraña que Misson, tan exacto sobre estas materias, haya olvidado este hermoso punto de historia... En las Gracias, a la derecha entrando, un *San Pablo*, pintado por Gaudenzio Ferrari de un modo grosero, pero muy enérgico; en el crucero de la izquierda, un *Cristo escarnecido*, del Ticiano, y *La vida de Santo Domingo*, pintada al fresco, más curiosa por las historias interesantes pintadas que por la pintura. Notad solamente el Purgatorio, en el fondo de un pozo, y la Santa Virgen sacando de allí almas con un rosario que hace de cadena. En el refectorio, la *Institución de la Eucaristía*, pintada al fresco (1) por Leonardo de Vinci. No he visto aquí nada más bello, después de la *Sagrada Familia*, de Rafael. Puedo decir que es el primer

(1) Se sabe hoy que el *Cenacolo* está pintado al óleo.

cuadro al fresco que me ha gustado de verdad, tanto por la expresión de cada parte en particular como por el conjunto... En San Bartolomé y San Pablo, la arquitectura exterior... En San Francisco, el interior, con varias pinturas bastante buenas. En San Marcos, la *Caldá de Simón el Mago*, cuadro al fresco, de Lomazzo, pero que no llama la atención por estar éstropeado y borroso. En el claustro de los religiosos, una tumba antigua muy bonita, adosada a la pared; en la parte superior de esta tumba han esculpido, en bajorrelieve, una *Danza de las Tres Gracias*, completamente desnudas, dos de las cuales llevan muy aparente y en grandes dimensiones el carácter de su sexo, y la otra, en honor del país y del gusto de los extravagantes, se presenta en actitud ultramontana.

En general, nada más bello ni mejor entendido que el interior de los conventos de Milán. Los de San Víctor y de los Jesuítas no le van en zaga al de San Ambrosio, cuya arquitectura es del Bramante.

He aquí mucho, sin duda, sobre el asunto de las iglesias, bastante quizá para aburrirlos; pero, una vez para siempre, tengo que hacer una reflexión general sobre lo que escribo, a saber: que nunca abrevio tanto como cuando soy más extenso. En efecto; las más de las veces podréis notar que paso como sobre ascuas y, a la verdad, siempre suprimo muchísimo.

No hay casi plazoleta alguna ni sitio vacío algo ancho en Milán donde no haya un obelisco o co-

lumna o una estatua, lo que ofrece un efecto muy agradable a la vista. La columna que llaman *Infame* se eleva en el sitio donde estuvo, según cuentan, la casa de un desgraciado a quien sorprendieron intentando, por medio de ciertas drogas, llevar la peste a la ciudad. El más hermoso de los edificios públicos, para mi gusto, es el camposanto o cementerio del hospital. Es una especie de círculo cortado en octógono por cuatro pórticos abiertos por dos de sus lados; por el uno, por ventanas entre los pilares, y por el otro, por una columnata continua. Han desfigurado este bello recinto con una fea construcción edificada en medio, la cual corta por completo el aspecto.

Hay también en Milán colegios y escuelas públicas bastante buenos, sobre todo los de Derecho y Medicina; sobre la puerta de este último se ve una estatua antigua de Ausonio con muchas inscripciones.

La Biblioteca Ambrosiana es tan célebre en Europa, que me perdonaréis no hable de ella. La nave no es ni bella ni adornada, y todos los libros ordinarios están encuadernados en pergamino. Hay, dicen, treinta y cinco mil volúmenes; es mucho para tan pequeño espacio. Está abierta todos los días, mañana y noche, y siempre la he encontrado llena de gentes que estudiaban, a diferencia de las nuestras; pero me pareció singular ver a una mujer trabajar rodeada de un montón de libros latinos: es la *signora* Manzoni, que tiene el título de poetisa de la emperatriz. Pronto veréis que hay

aquí mujeres más eruditas todavía. El artículo más considerable de esta biblioteca es el de los manuscritos; se cuentan quince mil. Nos hicieron ver los más curiosos, entre los cuales los hay bellos y muy antiguos. El más antiguo de todos es la versión latina de Josefo, por Ruffin, escrita sobre una especie de corteza de árbol, cada una de cuyas hojas está compuesta de dos, pegadas una a otra para ser más resistentes. Los doctores pagados para el entretenimiento de la biblioteca son serviciales y facilitan todos los manuscritos. Dejan copiar todo lo que se necesita, y hay copistas a sueldo para escribir en todas las lenguas, hasta en hebreo, asirio, etc.

Además de las salas de libros han establecido academias de pintura y de escultura. Las galerías de las esculturas están llenas, como en París, de modelos, moldeados en yeso, de las mejores estatuas antiguas, y además de enormes dibujos a mano, el principal de los cuales es, sin duda, el que hizo Rafael para pintar el gran lienzo *La escuela de Atenas*. No hay que olvidar un esqueleto efectivo puesto sobre un pedestal y coronado de laurel; es el de una doctora que, después de haber dado infinidad de buenas instrucciones a sus compatriotas durante su vida, quiso dárselas también después de muerta, y, presumiendo mucho de sus atractivos físicos secretos, ordenó en su testamento que hicieran la anatomía de su cuerpo y que el esqueleto fuera colocado en esta galería para servir de estudio de osteología. Eso es aproximadamente lo que dice la inscripción del pedestal; pero

he olvidado el nombre de la mujer. En cambio, me acuerdo que allí cerca hay un bajorrelieve de mármol curioso y recargado de múltiples pequeñas figuras muy delicadas. De allí se pasa a la galería de pintura; pero, ¡chitón!, esto nos llevaría algo lejos, dada la cantidad de bellas cosas de que está llena; así es que tengo muchas ganas de no hablar nada de ella. No hay que confundir la Biblioteca Ambrosiana con la de San Ambrosio; ésta pertenece a los frailes del convento de ese nombre y se parece mucho a la otra, no sólo por los libros, sino también por un gran número de manuscritos y de cuadros. Los principales de éstos son una *Incredulidad de Santo Tomás*, del Ticiano; un *Descendimiento de la Cruz*, de Luca; un *Entierro*, de Bramantino; una *Sagrada Familia*, de Leonardo de Vinci; un hermoso dibujo de Marazzono, y *La mujer adúltera*, de Bernardino Lanini. Pero lo que más me ha gustado de este sitio son los archivos, en donde una prodigiosa cantidad de mapas, reunidos con cuidado y que se remontan hasta el siglo VIII, están conservados extendidos a lo largo sobre unos paños, para que no se corten, y esto de manera que sirvan de modelo a todos los archivos del mundo, como el P. Giorgi, que los ha colocado en este orden, debe servir a todos los archiveros. El mismo ha descifrado todos estos mapas y los ha copiado con exactitud; ha escrito sobre ellos todas las noticias que pueden ser útiles: cronologías, genealogía, historia, lengua, tierras, familia. En una palabra, es una obra admirable, y considero a tal hombre

como el Mabillón de nuestro siglo. Con todo esto, sus costumbres no han contraído nada ni del hábito del fraile ni del polvo de los papelotes. No le encuentro más defecto que el de ser demasiado sabio para fraile cisterciense. Si su general lo supiera, le castigaría seguramente por haber estudiado demasiado las poesías de Tito Livio (1).

La biblioteca de los Jesuítas merece ser visitada. Está bien ordenada y me ha parecido preferible a la Ambrosiana en cuanto a cantidad y calidad de libros impresos.

Nos han tomado por doctores de primer orden, y, por mi parte, he sostenido perfectamente esta reputación mediante media docena de citas fuera de lugar. El que nos ha dado esta bonita reputación es el secretario Argeloti (2), que acaba de publicar ediciones de las obras de Mezzabarba, de Muratoni, de Sigonio y otras; por lo demás, excelente persona y muy servicial. Gracias a esta reputación hemos tenido que figurar en la asamblea de literatos. La condesa Clelia Borromeo, que no sólo sabe todas las ciencias y lenguas de Europa, sino que también habla árabe como el Alcorán, nos rogó fuésemos a verla, y nos invitó después a ir a su casa de campo, donde estaba actualmente. Se lo prometimos muy fácilmente, y con la misma facilidad hemos faltado a nuestra palabra. Peor será

(1) Frase del abate del Císter.

(2) Felipe Argellato, noble boloñés, secretario del emperador Carlos VI, uno de los más laboriosos escritores y de los más sabios literatos de aquel tiempo.

esta noche; hemos de celebrar una conferencia con la *signora* Agnesi, joven de veinte años, que es una políglota ambulante y que, no contenta con saber todas las lenguas orientales, está dispuesta a sostener discusión con quienquiera que sea sobre cualquier ciencia, a imitación de Pico de la Mirandola. Por mi fe, me dan ganas de no ir; ¡sabe demasiado para mí! El único recurso que nos queda es endosársela a Loppin para tratar de geometría, en la cual descuella principalmente esa joven *virtuosa*.

Ya os figuraréis que no hemos omitido el ver la ciudadela, a causa del último sitio. Aunque franceses, un oficial alemán nos ha llevado a verlo todo y nos ha explicado las operaciones del sitio. Esta plaza es muy grande, y además de las fortificaciones modernas, hay en el interior otras antiguas que no parecen servir de mucho. La plaza de armas es capaz para tres mil quinientos hombres formados en batalla. Vimos, dando la vuelta a la plaza, el lugar que ocupaban las principales baterías y una gran torre de piedras labradas en punta de diamante, cuyas facetas han sido duramente maltratadas por el cañón.

El palacio del gobernador no tiene, como tampoco el del arzobispo, gran cosa que ver; el segundo patio de este último palacio no deja de ser bastante bueno, aunque más parece un claustro que otra cosa. Se puede también ver, entre un gran número de cuadros mal alineados, en una fea galería, algunas buenas obras del Ticiano y varios buenos dibujos.

En cuanto a los palacios particulares, no son ni de una buena arquitectura por fuera ni bien entendidos por dentro; pero las habitaciones son inmensamente grandes y forman hileras que no se acaban nunca. Varios de entre ellos tienen bibliotecas, sobre todo los de Pertusati y de Archinto (1). La magnificencia de esta última es única, no sólo por la condición y la encuadernación de los libros, sino porque todos los armarios están cerrados con grandes cristalerías. El gabinete del conde Simonetta está bastante bien arreglado, en cuanto a libros y a cuadros, la mayor parte de la escuela de Lombardía. Me satisficieron mucho, entre otros, una *Sagrada Familia*, de Julio César Procaccini, que se aproxima mucho al estilo de Rafael; una *Cabeza*, de Luca Giordano, de un trabajo prodigioso; un *Retrato del Ticiano* pintado por él mismo a la edad de ochenta y cinco años; un cuadro del Albano, muy raro, porque es de su primera época y se parece mucho al del Flamenco, o mejor al del Calvart (Dionisio Fiamingo), que fué el maestro de Albano. No ha hecho casi trabajo de este género, que en nada se parece a lo que hizo después; pero me gustó, sobre todo, una *Cabeza de mujer*, de Leonardo de Vinci, en la cual hay una mezcla de colores que no se puede imaginar quien no la haya visto. El conde Simonetta es un joven

(1) El conde Carlos Archinto, gentilhombre de cámara del emperador, grande de España y fundador de la *Sociedad Palatina*, que dió al mundo sabio ediciones tan preciosas, comenzando por la gran colección de Muratori, *Scriptores rerum italicarum*.

muy amable con los extranjeros y que no carece de conocimientos y de saber. La condesa, su mujer, famosa en Francia por la buena recepción que ha hecho a los franceses durante la guerra y por el señor marqués de Fimarcon, posee la mejor casa de Milán. En sus salones se juega en grande; he tenido la prudencia de abstenerme, cosa muy difícil de creer.

¡Ah! ¡Se me olvidaba lo mejor! Por Dios, acordaos, en cuanto lleguéis aquí, de visitar el jardincito del palacio Porta. El terreno está cortado a través por un feo murallón, lo cual ha dado lugar a hacer una de las cosas más sorprendentes que puede verse; es una perspectiva de edificios pintados sobre ese muro, de tales trazas que todo el terreno parece de una regularidad perfecta. Se da uno de bruces contra este muro cuando cree pasarse más allá, y se busca inútilmente adónde ha ido a parar todo el espacio que constituía el prado cuadrado. Pero esas cosas hay que verlas, y no se comprenden bien por una descripción.

Es preciso, queridos amigos, que me perdonéis las pobrezaas de todo género que enfilo a quí sin orden ni concierto. Ya veis que no tengo otro papel que el presente diario, sobre el cual garrapateo a toda prisa el fárrago de todo lo que me viene a las mientes, sin cuidarme de cómo lo hago. Luego, cuando veo que hay bastante número de hojas, doblo todo ello, lo meto en un sobre y os lo envío. Esto es todo. En resumidas cuentas, os aconsejo de veras que saltéis a pie juntillas sobre todo lo que os aburra.

IX.—A M. DE BLANCEY

Estancia en Milán. Excursión a las islas Borromeas.

Milán, 16 julio.

Por todo lo que he podido juzgar de Milán, lo mismo contemplándole desde lo alto del Duomo que desde las torres de la ciudadela, esta ciudad no es menos grande que la mayor de las dos partes de París. Sus calles son anchas y las casas mal construídas en su mayoría. No he visto ni iglesias ni palacios que me hayan satisfecho francamente.

Esta ciudad tiene un gran comercio, aunque le falte río. En ella se fabrican, entre otras cosas, muchas labores de piedras orientales y de cristal de roca. He visto trozos más gruesos que vuestra cabeza; pero apenas hay uno que sea bien límpido y que no esté resquebrajado. Entre la gente del pueblo abundan mucho los contrahechos; no se encuentran por las calles mas que tuertos, jorobados, cojos y muchos que padecen de bocio. Las damas del pueblo se peinan como yo quisiera que se peinasen nuestras mujeres; es decir, van sin nada a la cabeza y llevan el pelo como los abates. Hay muchas carrozas muy doradas y muy mal fabricadas; me pareció original un coche de luto, col-

gado de negro y con la imperial blanca. La manera que tienen de pasearse es ir al Corso, detenerse allí y, sin bajar de las carrozas, charlar de ventanilla a ventanilla. Las mujeres no van nunca con otras mujeres; pero con frecuencia se ve a una mujer con uno o con varios hombres, entre los cuales nunca está el marido.

Los palomos y los helados son aquí un artículo corriente. Dos cosas que me han divertido mucho la primera vez que las he visto han sido: en la Provenza, ver a unos chiquillos comer naranjas montados en un burro y acarreando estiércol, y aquí, ver a carreteros con blusas de tela tomando helados en un café.

Milán me parece una ciudad con perfecta policía respecto a determinado artículo. No se puede dar un paso por las plazas sin encontrarse con comisionistas de galantería, lo más serviciales del mundo, que os ofrecen en toda ocasión, a escoger, de cualquier color o de cualquiera nación que se quiera; pero hay que creer que el efecto no es siempre tan magnífico como la promesa, y como no dan caución en una casa de banca, como hacen en Venecia, de que no habrá nada que temer por las consecuencias de la entrevista, no hemos creído a propósito aprovecharnos de su civilidad sino muy raras veces.

¿Creéis que tenga necesidad de transición en mi discurso para pasar de este artículo al de los músicos? Me parece que eso se enlaza bastante naturalmente. De veras estoy desesperado de ver que

ni aquí ni en ninguna otra ciudad podré oír ópera hasta la época aproximada señalada para nuestro regreso. Pero estoy al acecho de todas las ocasiones de desquitarme; de suerte que no pasa día sin oír música, poca o mucha. La señora Simonetta nos hizo el favor de hacernos oír a dos religiosas célebres que, aunque tengan hermosa voy y canten muy bien, me han parecido muy inferiores a la Vanloo (1), que sin duda habréis oído en París. En cuanto a los castrados que por aquí se estilan, esa clase de voz no me gusta en modo alguno; con excepción de uno o de dos, todos los que he oído me parecen miserables. No merece la pena perder uno sus *orejas* por el derecho a cacarear de esa manera. Además, sus romanzas y sus arias han llegado a tal punto de barroquismo, que me harían más bien rectificar mi extrema prevención por la música italiana de preferencia a la francesa si no hubiera tenido cuidado de volver a mi manera de pensar ordinaria por algunos aires de buena marca, por unas sinfonías admirables y por los coros, a los cuales hay que elogiar sin tasa. En la música de iglesia, el gran órgano y los coros acompañan las voces, y hace esto un efecto mucho mejor de lo que yo había presumido. Me he hecho tomar en gran aprecio y hasta quererme con delirio por los principales músicos del país gritando *bravissimo* a

(1) Nacida en Turín, hermana del célebre violinista Somis y mujer del pintor Carlos Vanloo. No menos notable por los atractivos de su figura y de su espíritu que por su talento como cantante, fué de las primeras en dar a conocer y apreciar la música italiana en este lado de los Alpes.

cada paso y teniendo buen cuidado de no herir su modestia. Porque no hay que figurarse que las expresiones simples o positivas están en uso en este país; el mismo comparativo es desdeñado, y en las grandes ocasiones hay que saber recargar el superlativo y llamar optimísima a una cosa pasable.

Por ejemplo, tanto nos han celebrado las islas Borromeas como un lugar encantado, que nos ha sido preciso, por el bien parecer, hacer ese viaje. Partimos el 13 muy temprano, dirigiéndonos del lado del camino de la Valteline, y fuimos a comer hacia las siete de la mañana a Castellanza, bonita estancia por su sombra y por sus aguas; de allí a Sesto, pequeña ciudad distante treinta y cuatro millas de Milán. Todo este intervalo de camino está llano y muy cubierto de árboles hasta una legua de Sesto, donde comienzan a sentirse las estribaciones de los Alpes. En Sesto nos embarcamos en el lago Mayor. ¡Oh! Por favor, que no me vengan a hablar de un raquíico simula cro de lago que, no teniendo veinte leguas de largo y siendo además muy estrecho, se las echa de imitar al Océano con sus olas y sus tempestades. Creo en verdad que algún lapón ha hecho pacto con el diablo para procurarnos un abono a vientos contrarios. No hubimos recorrido cinco millas cuando la tramontana se puso a soplar como una desesperada; a pesar de esto nos sostuvimos algún tiempo y dejamos atrás Angera, a la derecha, y a la izquierda Arona, cuna de San Carlos. No podéis figuraros qué veneración tienen aquí por ese personaje. En verdad, no le es-

timan menos que al mismo Dios, y de veras a cada momento se encuentra aquí trazas de sus beneficios y de la utilidad de que ha servido al país. Es singular que un hombre que vivió tan poco haya podido hacer tantas cosas en géneros tan diferentes, ejecutadas todas en grandes y señalando miras elevadas en pro del bien público. En la plaza donde nació, en Arona, han levantado una estatua colosal de bronce, de una altura, comprendido el pedestal, de sesenta brazas, es decir, de noventa pies de rey. Es una cosa que llama la atención ver esta prodigiosa figura, cuya nariz no acaba nunca. Las orillas del lago están pobladas de montañas cubiertas de bosque, de viñas dispuestas en anfiteatro, con algunas aldeas y casas de campo que forman un aspecto bastante divertido. Veíamos cerca de nosotros montañas cubiertas de nieve, que nos daban fresco a los ojos; pero, por otra parte, no teníamos por eso menos calor. Y el caso fué que, habiendo jurado el viento que no iríamos más lejos, hubo que aguantarse y hacer parada en Belgirata, donde pasamos la noche impacientándonos y maldiciendo nuestra estupidez de recorrer cincuenta millas a la ida y otras tantas de vuelta para ver dos miserables caricaturas de isla; sobre todo al día siguiente por la mañana, cuando vimos que, contra nuestra esperanza, el viento, en vez de acabar, aumentaba, no hubo sangre fría que valga que no se saliera por completo de sus casillas. El viento nos dejó tranquilamente decir cuanto queríamos y se calmó cuando le dió la gana;

fué más pronto de lo que hubiéramos creído; de suerte que al cabo de tres horas pudimos divisar aquellas benditas islas. Nos alegramos entonces de haber venido: hasta tal punto lo que llaman isla Bella ofrece un espectáculo singular. Una serie de arcos construídos en medio del lago sostienen una montaña piramidal, cortada en cuatro facetas, revestida de treinta y dos terrazas en graderías una sobre otra, a saber: nueve en cada fachada, por lo menos en cuanto se podía apreciar antes de abordar; pero el número de estas terrazas no es, en efecto, tan grande, a causa de las construcciones que ocupan una parte de las fachadas de la pirámide. Cada una de estas terrazas está tapizada, en el fondo, por una empalizada, ya de jazmín, ya de granados o de naranjos, y revestida en las orillas de una balaustrada cargada de macetones de flores. La punta de la pirámide está terminada por una estatua ecuestre formando un surtidor de agua, por lo menos según nos dicen, porque no lo he visto funcionar, y las cuatro aristas están cargadas en los ángulos de estatuas, obeliscos y surtidores de agua. Hay seguramente en Francia muchas bellezas del arte y de la naturaleza que valen más que ésta; pero no he visto nada tan singular ni tan singularmente dispuesto; esto no se parece a nada, como no sea a los palacios de los cuentos de hadas. El aspecto de este país de novela es de lo mejor que hay. El castillo es un compuesto de construcciones sin orden ni bellezas exteriores; pero en el interior no faltan. Nada hay más bonito que la

planta baja, un poco más baja que el nivel del suelo, y enteramente compuesta de grutas distribuídas en habitaciones, teniendo todas sus paredes pavimentos y techos hechos con pedazos de rocas y guijarros en compartimientos. La vista se extiende por todos lados sobre el lago y las fuentes en medio de las cámaras que vierten en recipientes de mármol. En suma: allí es donde se encuentra el verdadero modelo de esos famosos salones que Malatesta, usted y Neuilly han imaginado construídos hace tanto tiempo para pasar voluptuosamente el verano. Los pisos están compuestos de numerosas habitaciones, distribuídas sin comodidades, aunque con una apariencia magnífica; están llenos de alabastros, de estatuas, de dorados y de una enorme cantidad de cuadros que Lacurne no me quiso dejar ver mas que corriendo, y eso que el ayuda de cámara me aseguraba *ch'erano fatti da un pittorisimo* (el vocablo me pareció nuevo). En las pequeñas cámaras, verdaderamente lindas, no han puesto mas que cuadros de flores delicadamente pintadas sobre mármoles admirables por Tempesta. Este jardín no es, con mucho, tan agradable por dentro como a la vista. Sin embargo, hay sitios exquisitos, como bosquecillos de granados y naranjos, corredores de grutas y, sobre todo, grandes macizos de limoneros y de citroneros cargados de fruto. Este sitio es digno de las hadas. Creeríase que han traído aquí este rincón del antiguo jardín de las Hespérides; pero como no hay nada perfecto en el mundo, estos jardines están mal entendidos en

muchos sitios (los italianos son en este respecto muy inferiores a los franceses) y todavía peor cuidados. Han dejado echarse a perder los surtidores de agua, y dos feas torres estropean mucho el aspecto.

La isla Madre, aunque está mejor situada y tenga un jardín más grande que la isla Bella, no vale tanto como ésta. Fuera de estos pequeños defectos, las islas Borromeas son, a mi juicio, una verdadera residencia de Epicuro y de Sardanápalo. Sin embargo, cuando tuvimos que tomarnos el trabajo de regresar, comenzamos a quejarnos y a encontrar que era demasiado haber recorrido cien millas y gastado veinticinco cequíes para ver una bagatela buena para pintada en un biombo. La violencia del viento tenía gran parte en estas murmuraciones; nuestros compañeros se hicieron llevar a tier a firme por el camino más corto. Yo me quedé en la barca, y cuando salí de ella hube de sacudirme de firme, pues estaba mojado de pies a cabeza por un polvillo fino y húmedo que el viento norte elevaba de las olas; pero, en cambio, no tuve que andar a pie entre las rocas, en pleno mes de julio, bajo el sol de Italia. Nos reunimos al poco tiempo y, volviendo sobre nuestras huellas, llegamos aquí, sin que ninguno de nosotros quisiera ahora por nada del mundo haber dejado de ver las islas de que se trata. Os doy cuenta de esta variedad de sentimientos en esta ocasión para que hagáis la aplicación general a todos los demás. Cuando se sienten molestias, da rabia haber venido; cuando se tiene un momento de placer, no se acuerda uno ya de

las molestias, y así alternativamente. Pero me diréis: ¿qué siente uno más, molestia o placer? A fe mía, eso daría lo mismo, si no fuera que la molestia, una vez pasada, se borra por completo de la memoria, mientras que el placer que se ha disfrutado se recuerda siempre con agrado. En suma: que estoy de vuelta en Milán para emprender la marcha dentro de dos días, con gran sentimiento mío, porque los milaneses son las mejores gentes de Italia, si no me equivoco, llenos de amabilidad y que nos han tratado con todo género de cortesía; sus costumbres no difieren en nada de la de los franceses.

¿Sabéis que tengo que enviaros un saludo de un habitante de Milán? El otro día, en una reunión, un hombre alto y de buena presencia vino a mí y me dijo: «¡Ah caballero! ¿Es usted dijónés? Hágame el favor de darme noticias de las señoras de Blancey y de Quintín; y al buenazo de Blancey, ¿cómo le va? Hágame usted el favor, si le escribe, de testimoniarle mi afecto, y a esas señoras mis humildes respetos. Me colmaron de atenciones infinitas durante un invierno que pasé en Dijón, y tuve el honor de verles en casa de messieurs De Tessé y De Montrevel, en Tournus, donde resido.» Este señor se llama M. De Laforeet. Está retenido aquí hace algún tiempo por una aventura galante, y en recuerdo de la buena memoria de Blancey me obsequió con vino de Borgoña, cosa más agradable aquí que todas las pinturas del universo, porque se exprimiría uno en vano el cerebro en imaginar hasta qué punto son detestables los vinos de Lombardía.

X.—AL SEÑOR PRESIDENTE BOUHIÉ

Milán.

Milán, 17 julio.

Quiero comunicaros, mi querido presidente, una especie de fenómeno literario de que acabo de ser testigo, y que me ha parecido *una cosa più stupenda* que el Duomo de Milán, y al mismo tiempo ha faltado poco para que me pillasen descuidado. Vuelvo de casa de la *signora* Agnesi, donde ya le había dicho a usted ayer que debíamos ir. Me han hecho entrar en una grande y hermosa habitación, donde he encontrado treinta personas de todas las naciones de Europa, colocadas en círculo, y a la señorita Agnesi sentada sola con su hermanita en un canapé. Es una joven de diez y ocho a veinte años, ni fea ni bonita, que tiene un aire muy sencillo y muy dulce. Nos han traído primero agua helada a profusión, lo cual me ha parecido buen augurio. Esperaba al ir allí que sólo era para conversar sin pretensiones con esta señorita; en vez de esto, el conde Belloni, que me había llevado, ha querido hacer una especie de *acción pública*; ha co-

menzado por dirigir a esta joven una arenga en latín para que todo el mundo la comprendiera. Ella le ha contestado muy bien; después de lo cual se han puesto a discutir en la misma lengua acerca del origen de las fuentes y sobre las causas del flujo y reflujo que tienen algunas, como el mar. Ella ha hablado como un ángel sobre este asunto; nada he oído sobre esto que me haya satisfecho más. Después, el conde Belloni me ha rogado que disertase con ella sobre cualquier tema que me pareciera, con tal que fuera una materia filosófica o matemática. Me he quedado completamente estupefacto al ver que tenía que arengar *in promptu* y hablar durante una hora en una lengua en que estoy tan poco ejercitado. Sin embargo, valga por lo que valiere, le he hecho un hermoso cumplimiento; luego hemos discutido primero sobre la manera como el alma puede ser afectada por los objetos corporales y comunicarlos a los órganos del cerebro, y después sobre la emanación de la luz y sobre los colores primitivos. Loppin ha disertado con ella sobre las transparencias de los cuerpos y sobre las propiedades de determinadas curvas geométricas, de todo lo cual no he entendido nada. La habló en francés, y ella pidió el permiso de responder en latín, temiendo que los términos de arte no la viniesen fácilmente a los labios en lengua francesa. Ha hablado a maravilla sobre todas estas materias, sobre las cuales seguramente no estaba más preparada que nosotros. Es muy partidaria de la filosofía de Newton, y es una cosa prodigiosa ver una

persona de su edad comprender tan bien puntos tan abstractos. Pero por mucho asombro que haya causado su saber, más me ha producido quizá oírle hablar latín (lengua de que seguramente no hace uso mas que raras veces) con tanta pureza, facilidad y corrección, que puedo decir que no he leído jamás libro latino moderno escrito con tan buen estilo como sus discursos. Después que hubo respondido a Loppin nos levantamos, y la conversación se hizo general. Cada persona le hablaba en la lengua de su país, y ella contestaba a cada uno en su lengua propia. Me dijo que estaba muy disgustada de que esta visita hubiera tomado el carácter de una tesis; que no le gustaba nada hablar de semejantes cosas en una reunión, donde, por una persona a quien pudiera interesar, había veinte a quienes aburría, y que esto no estaba bien mas que entre dos o tres personas que tienen las mismas aficiones. Este discurso me pareció, por lo menos, de tan buen sentido como los precedentes. Me disgustó mucho oír decir que quería entrar en un convento (1); no es necesario, puesto que es muy rica. Después que hubimos hablado, su hermanita tocó en la clave, como Rameau, piezas de Rameau y otras de su propia composición, y cantó acompañándose ella misma.

Por no haber sabido que el gabinete del conde Mezzabarba, tan rico en medallas antiguas, había sido transportado de Milán a Pavía, hemos per-

(1) La señorita Agnesi, después de la muerte de su padre, se retiró, en efecto, a un convento, donde murió en 1799.

noctado inútilmente en esta última ciudad sin ver lo que había más curioso. En cuanto al gabinete de Settala, tan celebrado en todas las reuniones de Milán, corre la suerte de todas las colecciones, que es irse deshaciendo poco a poco. Los herederos del canónigo Settala han vendido o regalado una parte de las curiosidades que le componían. Todavía puede uno entretenerse viendo algunas buenas cosas que quedan en las ocho o diez salas que componen el gabinete y que están llenas de muchos cachivaches. Allí están todavía varias bellas ágatas ónices antiguas; piedra y tela de amianto que se echa al fuego para blanquearla; diversas máquinas para el movimiento continuo, una de las cuales está compuesta de una bola de plomo que, después de bajar mucho tiempo a lo largo de una larga línea espiral, cae en el cañón de una pistola, que por medio de un resorte, comprimido por la caída de la bola, la dispara contra una cúpula inclinada, que la hace rebotar en un embudo, de donde se desliza por la línea espiral, y así siempre; una pila de ámbar amarillo, de dos pies de ancho y muy delgada; pedazos de momia de Egipto; ídolos; dípticos, sin contar basiliscos de cinco o seis pies de largo y otras menudencias de esta clase, como tampoco un armario, del cual sale de pronto una horrible figura de demonio, que se echa a reír, saca la lengua y escupe a la nariz de los espectadores, acompañando todo esto con un enorme ruido de cadenas de hierro y de argollas, muy propio para causar gran espanto a las mujeres, a quienes lo enseñan con frecuencia.

Algunos de los autores que, al escribir sobre la historia de la papisa Juana, han sostenido la afirmativa, se fundan, en parte, en un manuscrito de Anastasio el Bibliotecario, casi contemporáneo de la papisa, y que contiene su historia. Uno de ellos asegura que se mantiene secreto este manuscrito, y que, habiendo pedido verle, se le ha negado. Es una manera cómoda de dispensarse de reproducir el texto; pero, en el caso de que sea verdad, yo puedo decir que he tenido más suerte. El doctor Sessi me ha comunicado sin dificultad todos los manuscritos de Anastasio que están en la Ambrosiana, en número de tres, y ha verificado con toda exactitud lo que contienen, por donde podrá juzgarse si son o no favorables a la fábula de la papisa Juana.

El viejo manuscrito es de la más remota antigüedad; hay motivos de creer que ha sido escrito en vida misma de su autor; pero no habla de la papisa, ni puede hablar, porque en lugar de llegar hasta mediados del siglo IX, en cuya época se coloca a la papisa, acaba antes del fin del VIII, en el Papa Esteban, predecesor de Pablo; y aun este manuscrito, el más antiguo que haya de la vida de los Papas, ha dado justo motivo para dudar que Anastasio fuese el autor de las vidas de los Papas posteriores a Esteban, que se le atribuyen. Puede verse lo que Muratori ha escrito sobre la autenticidad de este manuscrito en su *Eptome de la Historia de Italia*.

El segundo manuscrito no es original. Se lee en

el encabezamiento que un particular, cuyo nombre no recuerdo, habiendo encontrado en el siglo último un manuscrito de Anastasio en casa de unos religiosos benedictinos que nombra, lo ha hecho copiar, imitando el viejo carácter, para donarlo a la biblioteca de Milán. En cuanto se puede juzgar, si el carácter está bien imitado, el original es del siglo XII; la papisa no figura en la historia de los Papas ni en su rango, sino entre León III y Benedicto III. Está escrito al margen que entre estos dos Papas se ha pretendido falsamente colocar la pretendida papisa Juana, etc. Falta saber si esta nota está en el original o no; lo que puedo decir es que está escrito en el mismo carácter imitado del antiguo que el texto del libro.

En cuanto al tercer manuscrito, es sólo del siglo XIV o XV; éste es, y no el primero, el que contiene la historia de la papisa. He aquí el trozo, del que he conservado la ortografía y la puntuación defectuosas. Está colocado entre León IV y Benedicto III, 106.º Papa. La papisa está, pues, colocada también en el 106.º lugar.

Mss. C. N.º 204.

CVI

«Post hunc leonem Johannes Anglicus natione magunting sedit annis duobus, mense uno, diebus quatuor, et mortuus est Rome, et cessavit episcopatus mense uno. Hic, ut asseritur, femina fuit. Et in puellari ætate a quedam suo amasio in ha-

bitu viri athenis ducta. Sic in diversis scientiis profecit ut nullus sibi par inveniretur adeo, ut post Rome *tincum* (esta palabra está copiada del original como va escrita. No he podido descifrarla ni entenderla) legens magnos discipulos et auditores haberet. Et tum in urbe vitâ et scientiâ magnæ opinionis esset, in papam concorditer elegitur; sed in papatu per suum familiarem ibidem impregnatur verum tempus partus ignorans. Cûm de sancte Petre in lateranum tenderet Augustiata inter coliseum, et sancti Clementis eccliâm peperit. Et post mortus ibidem ut d^t sepulta fuit. Et quia D. ùs ppâ cû vadit ad lateranû eaudem viam semper obliquat. Creditur a pluribus p. ob detestationem facti hoc'faciat, nec ponitur in cathalogo pontificum propter mulibris sexus de formitatem quantum ad hoc.»

CVI

«Benedictus, etc.»

Puede juzgarse por esto si se puede con razón apoyarse en este manuscrito para asegurar que Schott y Martín Polonus, primeros autores de esta historia (por lo menos así se cree), la han tomado de autores más antiguos que ellos.

Se ha dicho que la costumbre que había en otros tiempos de hacer sentar al Papa recién elegido sobre el sillón de pórfido que está en el claustro de San Juan de Letrán había sido introducida de

intento para asegurarse que no se había vuelto a recaer en el inconveniente de escoger para Papa a una mujer (1). Pero no puede ésta haber sido la causa, porque, según hace notar Mabillon, esta ceremonia se practicaba más de un siglo antes de que Martín Polonus empezase a hacer mención de la papisa. Hacían sentar al nuevo Papa para hacer alusión a estas palabras del salmo: *de stercore erigens pauperum*. Se la consideraba entonces como una verdadera silla estercoraria, aunque no sea mas que una silla de baño abierta por delante para comodidad de los que se lavan.

Hay también que ver en la galería de pintura en la Ambrosiana un enorme libro infolio que han rehusado vender por un precio tal que no me atrevo a decirlo. Son los dibujos, con las explicaciones, de todas las máquinas imaginables, sea de guerra, sea de estática, todo dibujado y escrito de la propia mano de Leonardo de Vinci. Hay también un gran número de volúmenes de dibujos originales de diferentes maestros.

(1) Este sillón está ahora en el museo del Louvre. Conquistado por los ejércitos de la República francesa, Pío VII se lo regaló a Luis XVIII en 1815.

XI.—A M. DE BLANCEY

Camino de Milán a Verona.—Mantua.

Villafranca, 21 julio.

Partimos el 18, conducidos por unos arrieros que debían llevarnos hasta Venecia. Esta manera de viajar, aunque buena, no vale lo que la posta, ni con mucho; pero el cálculo que he hecho de que, en vista de la dificultad que hay de conseguir la *cambiatura*, la posta nos vendría a salir, para el camino que tenemos que recorrer, a más de veinte o veintidós mil *jules*, es decir, a 12.000 libras de Francia, nos ha quitado las ganas de tomarla. Sin embargo, no tendremos más remedio que hacer uso de los bastones si no nos acomodan los arrieros, lo cual es muy probable, dado que esta ralea es la gente más mala que haya nunca existido sobre la superficie de la tierra.

Todo cuanto se diga es poco para exaltar la belleza de los caminos y de todo el país milanés, rico y fecundo, por todas partes plantado de hermosos árboles y cortado por numerosos canales, entre los cuales se camina casi siempre; tal es la ruta de Mantua. No me sorprende que tan hermoso país

haya excitado tan frecuentes disputas para saber quién lo poseería.

El primer lugar notable que encontramos en el camino es Marignano (1), que creí encontrar sembrado de barbas de los suizos que Francisco I derrotó allí; pero, en verdad, no veo ni una sola.

La comida fué en Lodi, ciudad mediocre, rodeada, por toda defensa, por una muralla sobre una elevada rampa; las otras obras de defensa son poca cosa y se caen de ruinosas. Las casas son bajas; las calles, anchas y desiertas, excepto en el centro de la ciudad. Saqué inútilmente mis cuartillas, porque no encontré nada que anotar. Sin embargo, los que no tengan absolutamente nada mejor que hacer podrán ir a ver la catedral, ridículamente construída; la Incoronata y la casa de los Barni, que es bastante bella.

Castiglione es una bonita población, que se encuentra antes de llegar a Pizzighettone, donde terminaba nuestra jornada, después de haber recorrido cuarenta millas desde Milán.

Pizzighettone y Gherra d'Adda son dos plazas que, por decirlo así, no forman mas que una, dividida por el río Adda y conocidas bajo el nombre de la primera, aunque ésta no sea, en realidad,

(1) La batalla que lleva este nombre duró tres días. El mariscal De Tribulce, uno de los generales más distinguido de su siglo, la llamaba el combate de los gigantes, a causa de la alta estatura de los suizos que formaban la fuerza principal del enemigo. Francisco I, que quedó victorioso, durmió en la segunda jornada sobre la cureña de un cañón, una hora antes de comenzar el combate.

mas que el fuerte y Gherra d'Adda sea la ciudad. Comunican por un gran puente de barcas tendido sobre el Adda, hermoso río que en este sitio forma un largo y ancho canal, revestido a uno y a otro lado. Las obras de estas plazas, en cuanto pude juzgar, sin que entienda gran cosa, me han parecido mejores que las de ninguna otra ciudad de Lombardía, sobre todo las de Pizzighettone, que han sido todavía aumentadas por el rey de Cerdeña después de la toma de estas plazas. Fuimos, naturalmente, a ver el *ataque*: está del lado de Gherra d'Adda, cuyo campanario, algo estropeado por el cañón, no está completamente recompuesto. Hay que convenir que desde allí el país no es de una belleza tan grande como en el resto, aunque otra comarca pudiera perfectamente enorgullecerse de él.

El camino de la mañana fué pronto recorrido. Habíamos salido tan temprano, que desde las siete y media de la mañana,

Sabe usted bien, señor, que ya estaba en Cremona (1).

Esta ciudad, que desde el campo tiene buena apariencia, no deja satisfecho una vez dentro de ella. Los edificios son poca cosa; las calles, anchas y rectas, están desiertas, y los sitios más apreciados me parecieron mediocres. La ciudad está dividida por un feo y sucio riachuelo, que algunas referencias liberales honran con el nombre de soberbio

(1) Verso de Regnard.

canal. No le referiré a usted una disputa que tuve con un coronel húngaro, comandante de la ciudad (1), que, después de habernos tomado por capitanes españoles que venían a desbandar sus tropas, viendo que se había completamente equivocado, se empeñó en buscarnos camorra, sin motivo ni razón, porque éramos franceses. Ello es que nos separamos recíprocamente muy descontento uno de otro, y que al salir de su casa fuí a ver la catedral, de la cual tampoco quedé satisfecho. Allí cerca hay una alta torre, adonde subí, porque pasa por ser la más alta de Europa. Creo que podían contentarse con decir que es la más alta de la ciudad, porque hay en otras partes otras muchas que no lo son menos. Todo lo que puedo hacer en su obsequio es concederle la altura de las torres de Nuestra Señora de París; hay cuatrocientos noventa y ocho escalones hasta lo más alto, encima de la campana. Desde allí, la vista es muy extensa, y no por eso es más bella; el país que se descubre parece no más que un bosque, puesto que está demasiado cubierto de árboles. Lo mejor que hay es el curso del Po, que se ve serpentear hasta muy lejos.

Las iglesias de San Pedro y de Santo Domingo son bastante hermosas y bastante bien adornadas, para Cremona se entiende, pues todas estas cosas

(1) Hacia fines del siglo xvii a la entrada de los pueblos de Italia exigían a los viajeros que entregasen las pistolas; se las devolvían al marcharse, después de haber dado una propina a los agentes de la autoridad encargados de las puertas de la ciudad.

son relativas. Esta es una observación de carácter general que hay que tener presente en todos mis relatos. Cito tal cosa en tal lugar que no citaría si fuese de otro, y tal edificio, digno de notar en Cremona, no lo es en Génova. Volviendo a las dos iglesias de que os hablaba, la primera tiene una galería de órganos que en todas partes puede pasar por bella; la otra tiene en el fondo del coro una *Adoración*, por Nuvolone Panfilo, de un colorido distinguido, y frente por frente, sobre la puerta principal, un *Milagro de Santo Domingo*, por el mismo. En el crucero de la izquierda hay dos buenos lienzos de Antonio Campo.

Los Agustinos tienen un pórtico de arquitectura a la lombarda, propio para dar una idea del gusto de esta vieja nación. Tienen también uno de los mejores cuadros del Perugino que yo conozco, enfrente del cual está una capilla llena de estatuas grotescas, pero bien hechas, representando *La Pasión*, por Barberini. Hay allí, según nos dicen, una biblioteca; pero los frailes estaban en el refectorio y habría sido absurdo pretender sacarlos de allí para ir a ver libros. Me enseñaron también la casa en donde fué hecho prisionero el mariscal de Villerói.

Al salir de Cremona volvimos a encontrar los canales y la planicie, más bellos que nunca. Los aldeanos estaban actualmente ocupados en regar los prados por la tercera vez. Los riegan todavía una cuarta vez, y luego meten dentro el ganado para engordarlo.

Después de recorrer treinta y seis millas en la jornada, encontramos Bozzolo, pequeña ciudad que tiene fortificaciones bastante bien guarnecidas, pero sin fosos; pertenece al príncipe de Guastalla.

Al día siguiente, después de haber atravesado San Martín de Bozzolo, pequeña ciudad tan agradable como nunca he visto otra, atravesamos el río Ogglío sobre un gran puente de madera que los franceses han construído últimamente. Creo que existe el derecho de peaje; pero los guardias no fueron tan mal aconsejados ni tan poco agradecidos que quisieran exigirnoslo. Al cabo de un rato pudimos ver el lago Superior. Caminamos sobre la calzada que viene entre los pantanos, y lo que el audaz *Villars* (1) con nuestro ejército no había podido hacer en tres años de guerra lo hice yo sin resistencia; es decir, que entré triunfante en Mantua, distante catorce millas de Bozzolo.

No sé qué idea han tenido de construir una ciudad en semejante sitio, porque aunque no esté, como dicen con frecuencia, en medio del lago, sino en la orilla, está de tal modo metida entre los pantanos, que no se puede aborlarla, ni aun del lado practicable, sino por una estrecha calzada. Además de lo fuerte de su situación natural, está también algo fortificada artificialmente. Sus obras y la ciudadela tienen muy buena apariencia; de suerte que, a menos de saber, como d'Allerey, todas las estratagemas de Frontin, parece casi imposible

(1) ... el audaz *Villars*, disputando el trueno al águila de los césares (*Henriada*).

apoderarse por la fuerza de semejante plaza. Es un poco más grande que Cremona, sucia y maloliente en los barrios bajos, es decir, casi en todas partes; parece bastante comercial y poblada, y no está ni bien ni mal edificada.

Apenas hube llegado me embarqué de prisa y corriendo en el lago para ir a ver la aldea y la casa donde nació Virgilio. Han edificado sobre la plaza un castillo (1), que me habían alabado y donde pensaba encontrar cosas dignas de un hombre que tanto honró a su patria; pero no vi allí mas que una casa de campo bastante limpia, donde no se trata lo más mínimo de Virgilio. La aldea se llama Piétola. Pregunté a las gentes del lugar por qué aquella casa llevaba el nombre de *Virgiliana*; me respondieron que este nombre procedía de un antiguo duque de Mantua, que era rey de una nación que llaman los Poetas, y que había escrito muchos libros que habían enviado a Francia. En suma: esos ignaros mantuanos no han elevado el menor monumento público a ese príncipe de la poesía, y todo el honor que le rinden hoy es poner su retrato en el papel sellado. Nada han hecho tampoco por Julio Romano, que murió allí después de haber consagrado su talento al embellecimiento y a la seguridad de su ciudad.

El palacio del T. es una de las principales obras de este famoso pintor. Lo mismo el exterior que el

(1) Es el antiguo palacio de los duques de Mantua, todavía llamado el *Virgilian*. El edificio está muy deteriorado y el jardín no es mas que una especie de huerto bastante descuidado.

interior son obra suya; pero el exterior, aunque bastante bello, no me ha parecido una gran obra maestra. Es un gran patio cuadrado, rodeado por cuatro cuerpos de habitación macizos, de orden dórico, desde donde se entra en un peristilo macizo también, pero noble. Las columnas están reunidas de cuatro en cuatro; está decorado con estatuas, bajorrelieves y frescos y da a un jardín mediocre, pero bien terminado por una buena pieza de arquitectura rústica. La casa no contiene el más pequeño mueble y nadie la habita; está abandonada, abierta de par en par como una granja; había que ir, sin embargo, bien lejos para encontrar tan bellas cosas, como ha hecho allí Julio Romano. En la primera pieza de la casa, a la izquierda, un doble friso cargado de bajorrelieves del gusto antiguo, y en la segunda, un techo, parte al fresco parte en mosaico; en la tercera no ha habido nunca sitio para poner una silla: es un salón donde Julio Romano ha representado al fresco el *Combate entre los Dioses y los Titanes*; los unos abrumados de montañas, los otros lanzando rocas, están pintados todo alrededor sobre las cuatro paredes hasta abajo. En verdad, no se puede entrar en esta habitación sin quedarse espantado por la impetuosa imaginación, por la ejecución fogosa y por las expresiones terribles que reinan en esta obra, la cual eleva el alma, pero sin emocionarla, porque hay bien pocas sensaciones agradables. Esta pieza, que es el triunfo de su autor, merece una amplia descripción, y, en el exceso de mi parlachinería, no me

resistiría a hacerla si ya no la hubiese hecho Felibien, en el cual la podéis ver. Pero ¿qué diría este gran narrador de la pintura si supiera que este incomparable salón ha servido últimamente de cuerpo de guardia a miserables soldados alemanes, que, por la más tudesca de todas las barbaries, han escrito sus nombres y hecho otras mil atrocidades sobre esta pintura?

En la primera pieza de la casa, a la derecha, un *Factón* en claroscuro en el techo; en la segunda, otro techo compuesto de mil pequeños cuadros, más bonitos los unos que los otros; en la tercera, la *Boda del Amor y de Psiquis*, obra que no se cansa uno de ver y de admirar por la belleza del dibujo, la elegancia de las actitudes, etc. No hablo de la cuarta pieza; aunque bella, la precedente la anula demasiado; pero hay que ver, en el patio, una sala, reducida a la miserable condición de cuadra, decorada con un techo representando el *Sol que se pone y la Luna que sale*, y todo alrededor labores de medallas antiguas o ágatas-ónice figuradas en estado de tal perfección que darían ganas de hacerse de ellas una sortija.

Salí de este palacio indignado de verle tan bárbaramente descuidado y me fuí a rendir homenaje a la casita de Julio Romano, que encontreé ornada con una arquitectura rústica de muy bien gusto. Hay sobre la puerta una estatua de *Mercurio*, lo más bonita del mundo. Pero si Julio Romano no se ha cuidado de hacerse una suntuosa habitación, se ha ingeniado para construirse una vecindad mag-

nífica, edificando delante de su casa el vasto palacio de Gonzaga, cuya fachada señala bien el genio emprendedor de quien lo ha hecho. Encima de un primer piso, rústico, hay, en vez de columnas, una larga serie de colosos grotescos que llevan sobre su cabeza un orden dórico coronado por una especie de entablamento o alto arquitrave. ¡Que toda la arquitectura y todos los palacios de Génova vengan a prosternarse ante éste! Está lleno de infinitud de cuadros, que vi muy de prisa porque era tarde. Sólo hay un *Rapto de Ganimedes*, por Tintoreto, en un techo, y un *Amor*, de Aníbal Carrache, en una alcoba, que son dos piezas dignas de distinguirse.

La catedral es de arquitectura muy noble por dentro, con cuatro filas de columnas corintias y dos filas de pilastras del mismo estilo, hechas según dibujo de Julio Romano. Los frescos del techo del coro, detrás del altar, son los que he visto de mejor colorido hasta ahora en este género. Me parece que hay una bastante buena capilla en el crucero de la izquierda, y en la sala del Capítulo, una *Tentación de San Antonio*, por Pablo Veronés; dos *Batallas*, de Campi. En San Cristóbal, este buen santo, por Julio Romano. En San Sebastián, el retrato, bastante bueno, del amo de la casa, y una *Multiplicación de los panes y de los peces*, de la escuela del Veronés.

El palacio del duque de Mantua es tan poca cosa en cuanto al edificio, que ni siquiera se tomaría por la casa de un comerciante; pero las habitaciones

son vastas. Las de la duquesa están desamuebladas; pero no las del duque, que utiliza el gobernador del emperador, cuando lo hay. Por lo demás, no han dejado en verdad allí mas que lo que no han podido llevarse. Todas las curiosidades de que estaban llenos los gabinetes se las han llevado; pero quedan en las habitaciones excelentes pinturas, a saber: en la primera pieza, seis grandes cuadros de Palma el Viejo, y sobre la chimenea, el *Festín del Fariseo*, por el Ticiano, uno de sus más hermosos cuadros en cuanto a colorido; en la segunda, las *Bodas de Perseo y de Andrómeda*, por Palma el Viejo; cuatro cortinas de terciopelo, por Tintoretto, muy curiosas; dos filósofos, del Ticiano, excelentes; una *Susana*, de Lorio, buena; cuatro grandes y admirables cuadros de Julio Romano formando un friso. En la tercera, cinco grandes lienzos del Tintoretto; dos de Guerchin; el friso, en cuatro pedazos, pintados sobre cobre, de Julio Romano. En la cuarta, la *Caída de los gigantes*, por Palma, y una *Batalla*, por Campi. En la galería, el techo y el friso, de Julio Romano; dos bajorrelieves sobre las puertas. Esto es lo que hay de más bello en la casa. En la capilla, cuya fachada es bastante buena, la *Magdalena lavando los pies a Jesucristo*, por el Ticiano.

El picadero y el teatro son las dos mejores piezas de este palacio. El primero es de un excelente orden dórico rústico, por Bibiana; el segundo, muy bien adornado y dorado, tiene cinco filas de palcos; cada palco de la misma fila está en grada para

que los de delante no quiten la vista a los de detrás, y en el frente del teatro, cinco hermosos palcos salientes. Ya os explicaré con más detalles esta construcción cuando se trate de arreglar el nuestro.

Hasta aquí llegaba sobre el artículo de Mantua, y contaba, con gran detrimento para vuestras orejas, atestar mi diario con muchos otros apuntes sobre esta ciudad, de la cual me parece que no se ha hablado bastante, cuando han venido apresuradamente a advertirnos que acababa de llegar la noticia de que los venecianos iban a poner barreras en sus confines, a causa de los barcos de Hungría y de Dalmacia, que venían a la feria de Sinigaglia, en los Estados del Papa, y que eran sospechosos de tener la peste. De suerte que de un momento a otro la comunicación con Venecia será prohibida, y no nos dejarían entrar en ella sin sujetarnos a cuarentena. No perdimos tiempo en saltar a nuestros coches para prevenir el tiempo fatal. Pasamos la gran calzada de Mantua, y hemos enfilado una estrecha avenida recta que se pierde de vista. Por fin, sin mal ni dolor, heme aquí en Villafranca, primera población del Estado veneciano, donde podremos dejar pasar el calor excesivo. Como no me duermo en mis comodidades, he descubierto una buena iglesia muy fresca, donde me hice llevar una silla y una mesa, y en donde estoy actualmente, en chaqueta y con gorro, ocupado en escribir. Las buenas gentes que pasan entran para verme y me rodean. Uno me pregunta qué es lo

que hago, y le persuado que estoy tan encantado de la limpieza de su iglesia, que hago su descripción para edificar una capilla parecida en el Serrallo; pero voy a dejarlos, y a usted también, para dormir un poco antes de volver a comenzar.

*Poi che de quattro lati ho pieno il foglio
Finir lo scritta, e addomentarmi voglio.*

XII.—A M. DE BLANCEY

Verona.—Vicenza.

25 julio.

¡Que la peste se lleve a la política veneciana, que nos hizo correr sin motivo en lo más fuerte del calor! No es que esos señores teman que los barcos que vienen a la feria de Sinigaglia les traigan la peste, sino que esos barcos traen de Levante mercancías cuyo comercio se hace en la misma Venecia, y con este edicto tratan de perjudicar todo lo que pueden a la feria, impidiendo la entrada en su país de estas mercancías y que sus súbditos vayan a proveerse barato en otra parte.

Proseguimos nuestra ruta sobre el camino de Verona (a 24 millas de Mantua), que se divisa desde muy lejos, de manera que se le creería situado al pie de los Alpes, aunque esté a bastante distancia. Cuando ya se está cerca y se la ve plenamente con el recinto de sus murallas, parece grande como un gigante; pero recorriéndola por dentro se encuentran calles tan anchas como largas en otras partes, y varias plazas vacías, en cada una de las cuales se podría edificar una regular barriada.

Esto hace que no esté poblada en proporción de su extensión. Tan sólo el centro de la ciudad tiene vida; es comercial, lleno de artesanos de todas clases y produce la sensación de su estado republicano. Las casas se amontonan unas sobre otras en este sitio, teniendo en todos sus huecos grandes balcones de hierro salientes, cubiertos de enredaderas y cargados de tablones con grandes tiestos de flores o de pequeños naranjos, lo que da la ilusión de que se pasea uno incesantemente por los jardines de Semíramis, no sin peligro de ver, al menor viento, encasquetados en la cabeza media docena de esos tiestos, lo cual es una pésima policía municipal. Se nota también la vecindad de Venecia al ver tan gran cantidad de hermosos rostros de mujer; éstas son altas, gruesas, blancas, tal como se las ve en los cuadros de Pablo Veronés, al que no le faltaron originales que imitar, pues las venecianas tienen la fama de ser las mujeres más guapas de Europa.

Lo mejor que para distraerse se puede hacer, una vez en Verona, es ir al teatro; esto es lo que hicimos nosotros. No me acostumbro a lo módico del precio de los espectáculos. Las mejores localidades no cuestan más de diez sueldos; pero la nación italiana tiene tal afición a los espectáculos y acude tanto público, que produce lo suficiente para resolver el problema a los cómicos. Gracias a Dios, no se debe uno preocupar de encontrar localidades para el teatro en Verona; la comedia se representa en medio del antiguo anfiteatro de los romanos,

y los espectadores no tienen otro sitio en que sentarse que las antiguas gradas del circo, donde pueden caber treinta mil personas. Hace algunos años que, con motivo de una fiesta que dieron en honor de la señora duquesa de Módena, se llenó por completo: debió de ser un hermoso golpe de vista. No sé cómo estas gentes harían sus construcciones; pero he experimentado que desde lo alto de las gradas, aunque esté uno muy alejado de los actores, se les oye casi como desde cerca. No he visto nunca en ninguna procesión tantos frailes como había en el teatro. No vi ringún jesuíta, y pregunté si es que no iban. Un cura que estaba sentado a mi lado me respondió que, aunque fuesen más fariseos que los otros, no dejaban de ir de vez en cuando. Las damas tampoco van con frecuencia; sin embargo, he visto allí varias todos los días; están sentadas, como los demás, en la pista, en medio de los hombres. Las comedias de los italianos, aunque esencialmente malas de todo punto, no dejan de hacerme gracia por la cantidad de sucesos que en ellas pasan, por los malos chistes, a que me he aficionado con el trato de vuestra excelencia, y por la manera de representar de los actores. Las compañías del país mismo no parecen mejores que las trasplantadas a nuestras provincias y aun las de París. Pero lo que más me sorprendió, aunque lo haya visto todos los días, fué una joven bailarina que brinca tan alto por lo menos y tan vigorosamente como Javilliers, que hace veinte piruetas, una tras de otra, sin pararse; trazados di-

ficultosos, y de la misma manera todos los pasos de baile que se admiran en nuestros maestros; de suerte que, respecto a ligereza, la Camargo es a su lado una bailarina de piedra de talla. En general, las bailarinas de este país son mucho más vigorosas y más altas que las nuestras; pero eso es todo: no pidáis a las bailarinas ni gracia, ni brazos, ni buen gusto, ni gran precisión; únicamente expresan de ordinario muy bien el carácter de la música que bailan.

Se me olvidaba decirlos la sorpresa singular que tuve en el teatro la primera vez que fuí a él. Habiendo sonado una campana de la ciudad, sentí detrás de mí un movimiento tan súbito, que creí que el anfiteatro se venía abajo, tanto más cuanto que al mismo tiempo vi desaparecer a las actrices, hasta una que, según el papel, tenía que estar desmayada. Lo que había dado lugar al movimiento que causó mi asombro era que acababan de tocar a lo que nosotros llamamos el *Angelus* o el perdón, y toda la reunión se había rápidamente arrodillado, vueltos hacia el Oriente; los actores también se habían arrodillado entre bastidores y cantaron muy bien el *Ave María*; después de lo cual la actriz desmayada volvió a escena, hizo muy cumplidamente la reverencia ordinaria, volvió a su estado de desmayo y la comedia continuó. Hay que haber visto este golpe tan teatral para figurarse hasta qué punto es original.

Puesto que estoy actualmente en el anfiteatro, me dan ganas de hablaros de él en seguida. Me con-

firmando más cada día en la idea de que nadie más que los romanos han sabido hacer obras públicas. No me canso, en las que he visto, de admirar sus planos y su ejecución. Sin embargo, tengo todavía que ver otras más hermosas. El anfiteatro en cuestión está muy bien conservado por dentro, es decir, en cuanto a la pista y a la gradería, que han tenido mucho cuidado de restaurar o rehacer de nuevo en varios sitios. Tiene razón Misson, en su discusión con otros viajeros, en sostener que el número de las gradas es cuarenta y cuatro. Las he contado y recontado, bien a pesar de mis piernas, porque tienen un pie de alto; pero da demasiada extensión a la última grada. La he hecho contar más de una vez, y nunca se han contado más de quinientos pasos de circunferencia. En cuanto a las galerías y a la vasta envoltura exterior, está de tal modo destruída, que de las setenta y dos puertas que la componían, no quedan más que cuatro, numeradas 64, 65, 66 y 67. Se cree que la estatua antigua que está en el teatro de la Academia estaba sobre una de estas puertas, y que sobre cada puerta había una estatua análoga. El ordenamiento exterior del edificio presenta tres altos pisos de arcadas de estilo dórico rústico, demasiado macizo, como conviene a una construcción tan grande. La estructura, en cuanto a la distribución de las entradas y a la comodidad de colocarse, está imaginada a maravilla; pero esto sería muy largo de describir.

Esta ciudad tiene una afición decidida por los

monumentos antiguos y contiene un buen número de ellos, como algunos arcos de triunfo, uno de los cuales se llama el arco de Vitrubio, aunque éste haya intervenido en él tanto como yo, y varias ruinas de acueductos y de teatros que no me he cuidado de ver. Hay que visitar, cerca del Adigio, las ruinas de una antigua naumaquia; pero lo que hay mejor en este género es la recopilación que acaba de mandar hacer el marqués Scipión Maffei (1) delante del teatro Moderno. Ha hecho construir un claustro de siete pies de alto sólo bajo el techo, el cual rodea todo el patio. Está abierto por dentro por una fila de columnas corintias, y por el otro lado la pared no está compuesta, por decirlo así, mas que de bajorrelieves e inscripciones antiguas, griegas y latinas, ordenadas con una industria muy agradable. A ojo de buen cubero, puede que haya reunidos aquí cerca de dos mil piezas antiguas, grandes o pequeñas, buenas o malas, comprendidos los cipos, capiteles y otros fragmentos que, no estando hechos para ser fijados en la pared, han sido colocados entre las columnas. El teatro que está enfrente de este patio es un gran edificio, al que da acceso un hermoso peristilo de orden jónico; es lo único bueno que tiene. Encima han elevado el busto del marqués Maffei, aunque todavía vive. No le he encontrado en Verona, lo

(1) El marqués Scipión Maffei, autor de la tragedia *Merope*, que ha precedido a la de Voltaire. Sus obras filológicas han aclarado diversos puntos de la historia de Italia, y principalmente de Verona, su patria. Murió en 1755.

cual siento mucho; pero espero verle en Roma y hacer uso de las cartas que tengo para él. El interior del teatro está compuesto por numerosas salas poco bonitas, donde se reúnen todos los días la tertulia, la academia de gente de buen humor, etc. Esta academia se reúne muy raras veces; la llaman la de los Filarmónicos. Esta institución tiene por objeto renovar la música antigua. Los académicos deben saber tocar el *barbitus*, la *cítara* y el *sistro*; pero, como muchos otros académicos, no hacen nada de lo que debían hacer; de suerte que me vi frustrado en la esperanza que había concebido de oír ejecutar una cantata con letra de Píndaro y música de Timoteo. Las salas están llenas de los estatutos de la Academia, escritos de una manera muy fastuosa, en el estilo de las leyes de las Doce Tablas, y de los retratos de todos los académicos. Pero no se ven allí ni el de Plinio el naturalista, ni el de Cátulo, sus compatriotas; lo que, sin embargo, no haría de menos a la Academia.

He visto después las estatuas de Plinio, de Cátulo, de Vitrubio, de Cornelio Nepote y de Emilio Macer, en la fachada del palacio del Consejo; la de Jerónimo Fracastor está encima del arco bárbaro. Se encuentra también en el mismo palacio de la Academia el teatro efectivo de la Opera, que no vale tanto como el de Mantua, pero que es más bello, sin embargo, que ninguno de los que hay en Francia. Frente al teatro está el palacio de la Gran Guardia, construído, con mucho gusto arquitectónico, por el Palladio; pero que ha quedado im-

perfecto. Da a la plaza Principal, en medio de la cual la estatua de la ciudad de Venecia, en traje de Dogo, está sentada sobre un pedestal, en señal de soberanía.

Verona está atravesada en su mayor longitud por el Adigio, río ancho, rápido y blanquecino, como todos los que bajan de los Alpes, es decir, como los más considerables de Europa. Se ve enfrente, sobre la colina, del otro lado del río, el castillo de San Pedro, unos jardines y construcciones que, unidos a la forma de los edificios sobre el río, le dan, a mi parecer, cierto parecido con la ciudad de Lyon del lado de Fourrières. Se atraviesa el río por cuatro puentes de piedra que no tienen nada de notable. La mayor parte de las casas están pintadas al fresco por el Veronés o sus discípulos; pero todo ello está tan borroso, que ya no se ve casi nada. Los trechos que aparecen hacen lamentar mucho la pérdida de los otros.

He aquí, según mi costumbre, la memoria de lo que he notado de más curioso en las casas públicas y particulares:

La catedral es bastante grande y aislada. Hay a la entrada, a la izquierda, una tumba decorada con elegancia, pero que no me ha inspirado tanta consideración como la de mi amigo el cardenal Noris (1), aunque es mucho más sencilla. Cerca de la primera tumba hay una *Asunción*, del Ticiano, que ha sido bella, pero que ahora está muy

(1) El cardenal Noris, independientemente de sus obras teológicas, escribió mucho sobre las antigüedades griegas y romanas.

borrosa, y cerca de la segunda, en una capilla, una *Crucifixión* al fresco, que contiene una prodigiosa cantidad de figuras. Este cuadro fué pintado en 1436 por Jacobo Bellini, discípulo de Gentil Bellini. Este trozo de pintura no es tan digno de consideración por sí mismo cuanto por la historia del progreso de la pintura y del gusto del siglo que pone de manifiesto, mostrando cuál eran las cosas que se apreciaban más entonces y con cuánta rapidez este arte se ha librado de la grosería en que estaba sumido para producir las más bellas y más emocionantes cosas del mundo. Se puede ver también en esta misma iglesia un cuadro de Liberale.

En San Anastasio, algunas tumbas, sobre todo una de los Fregoses y otra hecha con un mármol negro y blanco, tallado muy singularmente; además, dos estatuas que sostienen las pilas del agua bendita, a las cuales el peso de la carga les da un aspecto muy original. No he apuntado esto en mis notas mas que por complacer a Lacurne, que así lo ha querido.

En los Cármenes, *Jesucristo en un lagar*; la cruz figura el árbol de la prensa que gira sobre los tornillos; Jesucristo hace girar la prensa, y su sangre, que destila, es recogida en cálices por los comulgantes que le rodean. Esta pieza debería servir de acólito a otra, de la cual he oído hablar, en que Jesucristo está en un molino, la mitad de su cuerpo entre las piedras de amolar, y salen de él hostias.

En Santa María de Organo, un fresco de estilo antiguo, con muy buena perspectiva a derecha e

izquierda del coro, por Brusasorci. El coro está pintado por Paolo Farinato. Las sillas de coro son bonitos retablos de madera ordinaria, hechos por el célebre hermano Juan, monje olivetano de Verona. Anotad también un *Milagro de San Olivetano*. No he podido ver el asno que llevó a Nuestro Señor a Jerusalén y del cual Misson cuenta la historia largamente. Los frailes me dijeron que hacía varios años que, para no asustar a los espíritus timoratos, no se le mostraba ni se le sacaba ya en procesión, como antes; pero que lo tenían guardado bajo llave en un armario.

En San Fermo, en una pequeña habitación, una tumba de Tuzziani, recargada de seis bajorrelieves de bronce, imitaciones de lo antiguo, por Campana, en el siglo xv. No se puede hacer mejor, en verdad. Me extrañó que la escultura hubiese hecho ya tantos progresos en una época en que la pintura había hecho tan pocos.

La arquitectura de San Cayetano nos ha parecido bastante buena. San Zenón merece la pena de verse. No es que no sea todo lo que hay que ver francamente detestable, sino que, por el contrario, eso es lo que es curioso, para ver cuál era el genio del tiempo de nuestros reyes de la segunda raza y el mal gusto de los trabajos de esta época. Pepino, hijo de Carlomagno, hizo construir esta iglesia. La fachada está cubierta de bajorrelieves de mármol, y las puertas, de bajorrelieves de bronce representando la vida de Jesucristo, la de San Zenón y otras cosas; pero ¡de qué gusto! Hace encogerse de

hombros. Misson se ha roto la cabeza buscando un sentido alegórico a los dos gallos que han cogido un zorro. Todo el sitio en que esto está representado está cubierto de una serie de fábulas de animales que no significan nada. En cuanto al rey que se marcha a caballo a todos los diablos, y que dice no haber podido adivinar, no dudo que hayan querido pintar con ello alguna lastimosa tradición de aquel tiempo acerca de un rey que, no logrando cazar una pieza, había hecho pacto con el diablo para encontrarla. Misson, al reproducir los versos, se ha saltado una parte y cometido algunas faltas en el resto. Helos aquí con exactitud:

*O regem stultum, petit infernale tributum
 Nè sus, equus, cervus, canis huic datur. Hos dat Avernus.
 Moxque paratur equus, quem misit daemon iniquus;
 Exit aquà nudus, petit infera non rediturus...*

Esta última palabra está muy bien escrita con todas sus letras, a pesar de lo que dice nuestro autor. Pueden verse todavía en la iglesia subterránea algunos fragmentos muy borrosos de estas feas pinturas de los griegos, hechas antes de la restauración de la pintura en Occidente, por Cimabua. Hay un baptisterio o pila de cristianar de un grosor prodigioso, con otra pila dentro; todo ello servía para la inmersión de los catecúmenos adultos. El obispo pasaba y daba la vuelta entre las dos pilas. Me quisieron hacer creer que el baptisterio era de una sola piedra ahuecada, y estas pobres gentes contaban, fiadas de mi credulidad, que una

pila de agua bendita, de pórfido, próxima allí, había sido, según ellos, traída por el diablo a vista de todo el mundo. En ese caso, el diablo es un necio al no haberse guardado para él uno de los más grandes y de los más curiosos pedazos de pórfido que haya en el mundo. Fué San Zenón quien le dió la orden de ir a buscar esta pila a Istria. Estaba allí junto con un muy hermoso pedestal, también de pórfido; pero el diablo, que no es como su criada, y que no hace mas que lo que le mandan, no trajo el pedestal, pues el santo no le había dado la orden expresa. Por lo demás, esta iglesia de San Zenón es de una buena arquitectura y tiene una muy bella torre de campanario. La tumba del rey Pepino está en una grada al lado; es muy sencilla y lleva una inscripci3n breve, escrita en caracteres de la 3poca, pero que, sin embargo, nos pareció mucho más moderna y que puede haber sido añadida después.

Los otros monumentos públicos, además de éstos, son los grandes edificios de la feria, construídos con arreglo a los dibujos de Bibiena; la feria es, poco más o menos, como la de San Lorenzo. Lo mejor que hay, para mi gusto, en Verona en este género son «las cinco puertas», como las llaman. Es un cuerpo de casa abierto en cinco arcadas, en arco de triunfo, de orden dórico, *bellísimo*. Las proporciones son tan justas, entran por los ojos con tanto agrado, que no se cansa uno de mirarlas. Sirve hoy de arsenal para guardar la artillería gruesa; antes era una de las puertas de las villas. El

autor de esta excelente obra es Sanmichelin, amigo de Pablo Veronés, de cuyos cuadros ha tomado esas bellas arquitecturas, que son uno de sus principales adornos. Otros los atribuyen a Benedetto Calliari; los dos pueden haber trabajado en ellos.

En cuanto a las casas de particulares, las de Pompei y de Maffei (no Scipión) me han parecido las más bellas del exterior; pero aprecio más que esto los jardines del palacio Giusti, que la Naturaleza ha dotado de todo lo necesario para darle, en su propio jardín, rocas en medio de las cuales se tienen grutas y terrazas sin fin, y encima, pequeñas rotondas abiertas por todos lados sobre la ciudad y sobre todo el país, atravesado por el curso del Adigio. A la izquierda, la vista no se acaba, y a la derecha las montañas del Tirol la detienen. Además de esto, la cantidad de cipreses, prodigiosamente altos y puntiagudos, de que está plantado todo el jardín forman un golpe de vista original y le dan aires de uno de esos lugares en donde las brujas celebran el sábado. Hay un laberinto en donde yo, que voy siempre con la boca abierta detrás de los demás, me fuí a meter indiscretamente. Me pasé una hora en pleno sol echando pestes sin poder encontrar la salida, hasta que las gentes de la casa vinieron a sacarme.

No tenemos suerte en cuanto a colecciones; la de Moscardo, la más célebre de toda Italia, está casi deshecha, y no pudimos ver lo que quedó; el dueño, que no pudo prever nuestra llegada, estaba en el campo. Fuí a la de Saibanti, donde hay mu-

chos manuscritos, numerosos bronceos antiguos y, sobre todo, monumentos egipcios y lámparas antiguas de toda especie y de todas formas; sellos de familia muy numerosos. Una cabeza griega (de Teseo nada menos), tan gruesa como la bola de los Inválidos, quizá un poco menor.

Partimos de Verona el 25 para ir a Vicenza; el camino no es tan agradable como antes, y a veces es pedregoso. Llegamos a Vicenza aquella misma mañana, habiendo recorrido treinta millas.

Vicenza no es tan grande como Verona, y, para mi gusto, no vale tanto como ésta en ningún respecto; sin embargo, todas las casas dignas de consideración son de una arquitectura regular y admirable, muy por encima de la que tanto alaban en Génova. El famoso Palladio, el Vitrubio de su siglo, nació en Vicenza. Pretenden que, habiendo recibido algún agravio de la nobleza de su ciudad, se vengó indirectamente poniendo de moda el gusto de las fachadas, de las cuales les daba dibujos magníficos, que arruinaron a todos por lo costoso de su ejecución. En efecto, no se ve en todos los edificios mas que fachadas de toda clase de estilos, sobre todo jónico (era su orden predilecto), con todas las cornisas cargadas de estatuas, trofeos y otros embellecimientos. Sería una ridiculez enumerar todas estas casas, dado su número; haré una excepción, sin embargo, del palacio Montanari y del de los Chiericati, que forman el frente de una pequeña plaza de Vicenza. Con todo eso, no sólo esta ciudad no es hermosa, sino que me ha

parecido fea y desagradable. Estas hermosas casas, aparte de que tienen un aspecto de tristeza, tienen por acólitos unas feas cabañas, que las desfigurán por completo. En una palabra: Vicenza tiene un aire de pobreza, de suciedad y de descuido casi por todas partes. El sitio más bonito es donde está el palacio de la *Ragione*, es decir, de la Justicia. El tejado es todo de plomo, de un dibujo ovalado bastante singular. Esta vasta y singular obra de Palladio sirve de mucho ornato a esta plaza, así como el palacio del Capitán y el Monte de Piedad, donde hacen préstamos usurarios para socorro de los pobres. Bien entendido, no obstante, que estos dos últimos palacios están muy por bajo del primero, que además de su decoración de mármol tiene una torre que creo es más alta que la de Cremona y más esbelta. El interior del palacio me pareció muy mediocre en lo que vi, pues no pude pasar de la primera habitación, porque el Podestá recibía a la sazón una visita de ceremonia del Obispo. En cambio presencié la salida del cortejo, que tenía todo el aspecto del Senado de *mercadantes* de Génova. La guardia de dálmatas o albaneses los precedía, vestidos preciosamente a la griega, como los genízaros. Monseñor iba en una soberbia carroza de ébano dorada, seguida de otras dos parecidas; todo ello tirado por caballos de una gran belleza. El tren del Podestá era novísimo y galano, como convenía a su edad. Es un lindo joven de veinticuatro años, enterrado dentro de una descomunal peluca y vestido con un justillo rojo

y un largo ropón negro, como el del señoritingo Pantalón.

No recuerdo haber visto en Vicenza mas cuadros notables que, en Santa Corona, una *Adoración de los Reyes*, por Pablo Veronés, en que todas las figuras son en general buenas, pero no hacen un todo bien ordenado; en segundo lugar, el *Bautismo de Jesucristo*, por Juan Bellini, maestro del Ticiano, cuadro no tan curioso por sí mismo como por hacer patente la superioridad del discípulo y hasta qué época dominó el mal gusto. Sin embargo, este Bellini es todavía hoy famoso, porque era grande en su siglo; la costumbre de alabarle a él y a los que se le parecían llegó a ser una especie de verdad convencional. En el refectorio de los Servitas, *Jesucristo en la mesa del Papa Gregorio*, bajo la figura de un peregrino, gran composición de Pablo Veronés. Se sube a la iglesia de estos frailes por un centenar de escalones, al principio de los cuales hay un arco que forma la entrada; fué construído por Palladio y decorado con estatuas.

Hablando de Vicenza, hay siempre que volver a la arquitectura y a Palladio. Al extremo del *Campo Marzo*, paseo agradable, ha levantado un arco de triunfo al estilo antiguo, de ese gusto sencillo que constituye la verdadera belleza; es, si no me equivoco, su más hermosa obra. Cerca de allí está el jardín del conde Valmarano. Creo que la inscripción ridículamente fastuosa que ha puesto sobre la puerta, y que hallaréis en todos los viajes, ha motivado que los relatos, aun los más insípidos, se

hayan puesto de acuerdo para denigrar este jardín, que, sin embargo, aunque decaído de su antigua belleza, me ha parecido todavía actualmente muy agradable. Volvamos a Palladio. Para demostrar que conocía a fondo la estructura de los teatros de los antiguos romanos, construyó en pequeño uno completamente parecido a aquéllos. Esta obra, que no es de las menos curiosas de Vicenza, está hecha en forma de semicírculo, con gradería, terminada por una columnata, en cuyos intercolumnios hay pequeños palcos y escaleras que conducen a una galería que corona la obra. Aquél es el sitio de los espectadores. En cuanto al de los actores, están en una plataforma debajo de las gradas, y frente por frente están los bastidores de donde salen los actores, colocados sobre un terreno en declive y en escultura. Estos bastidores están hechos no como los nuestros, sino como calles de la ciudad que vayan todas a parar desde diferentes sitios a una plaza pública, figurada por la plataforma. En este teatro de Palladio, los bastidores forman una ciudad efectiva de madera y de cartón. Esto sirve muy bien para explicar tantos apartes y tan largos recitados como se encuentran en las comedias antiguas, donde a veces dos o tres compañías de actores hablan al mismo tiempo, en el teatro, de cosas diferentes, sin oírse ni verse mutuamente, lo cual se comprende muy bien cuando se ve que los diferentes actores podían estar situados en varias calles, donde los espectadores los veían, sin que ellos pudiesen verse unos a otros.

Esta especie de teatro tiene sobre los nuestros la ventaja de que todo el mundo, gracias a esta disposición circular, está cerca de los actores, y que la voz, subiendo siempre, se oye igualmente bien desde todos los sitios. Pero, aparte de que esta clase de teatro no sirve mas que muy en grande, como lo hacían los romanos, y no en pequeño, serían muy incómodos para las señoras; y es un defecto capital que el espectáculo, en lugar de ser visto de abajo arriba, como debe ser, está siempre dispuesto de arriba abajo, lo cual bastaría para preferir la forma de los nuestros. Así es que no se sirven de ellos para las piezas dramáticas, sino sólo para dar bailes y para las sesiones públicas de los académicos. Después de haber visto las obras públicas de Palladio, fuimos a ver su propia casa, donde notamos que en un espacio muy pequeño había reunido toda la arquitectura exterior y todas las incomodidades interiores que podían encontrarse en el terreno.

Creo haber hecho en todas ocasiones un capítulo particular acerca del tocado de las mujeres: las de aquí cubren su cabeza con tres o cuatro millares de alfileres con grandes cabezas de estaño; se parecen a un limón claveteado de clavos de especia. En Padua se encasquetan un gran manto de satén negro, que les cae sobre los hombros y luego por delante en forma de banda. Así parecen figuras de sacrificio de Ifigenia. (Se entiende que se trata del pueblo, porque las gentes de condición, hombres y mujeres, van en todas partes vestidas como en Francia.)

No soy todavía tan sensible al placer de ver las bellas cosas de las ciudades como al de disfrutar del espectáculo de la campiña, en este país encantador. Acaso la tierra que hay entre Vicenza y Padua valga ella sola el viaje a Italia, sobre todo por la belleza de las viñas, que están montadas sobre árboles, recubriendo todas sus ramas; luego, colgando, se juntan con otros retoños de viña que cuelgan del árbol vecino y con los cuales se les ata, lo cual forma de unos a otros árboles unas guirnaldas cargadas de hojas y frutos. Todo el camino está así cubierto de árboles plantados en tablero de damas o en cinco de oros. No hay decoración de ópera más hermosa ni mejor decorada que semejante campiña. Cada árbol cubierto de hojas de parra forma una bóveda de pabellón, del cual cuelgan cuatro guirnaldas, que se entrelazan con los árboles vecinos. Estas guirnaldas bordean el camino a cada lado y se extienden, hasta perderse de vista, en todos sentidos, en las planicies. Esta decoración no tiene menos de veinte millas de largo, que es la distancia de Vicenza a Padua. El 20, antes de llegar a esta ciudad, atravesamos el Brenta, sobre un puente distante de Padua cerca de media legua, y entramos por la puerta Savonarola, cuya arquitectura es muy apreciada, lo mismo que la de la puerta de San Juan. Sin embargo, una y otra me han parecido por debajo de la que llaman del Portillo, que haréis muy bien en ver al pasar por aquí.

XIII.—A. M. DE NEUILLY

Memoria sobre Padua.

28 julio 1739.

Padua me ha parecido de una forma en cierto modo triangular y es muy extensa. Pasa por ser una de las más grandes ciudades de Italia y aun más que Venecia, teniendo por lo menos dos leguas y media de contorno; pero no se puede ver nada más pobre y más triste ni más despoblado. El primer piso de las casas se asienta sobre infames arcadas bajas e irregulares, hechas de feas piedras o de yeso, que bordean la calle de cada lado. Esto es en parte cómodo, porque los transeuntes pueden andar a la sombra. De todos modos, no es posible ir en coche sobre este pavimento, detestable si los hay y hecho con grandes pedazos de piedras que en algunos sitios es una especie de pórfido. Así es que puede decirse que la desgracia de caerse rodando está compensada por el honor. Mis riñones podrían dar noticia de ello. Vamos a los detalles.

El primero y el principal artículo es la Universidad; pero, a decir verdad, eso era bueno en otros tiempos; hoy las Universidades han decaído y esta

más que las otras. Los escolares, tan temibles por su número y por su poder, no son ya sino poco numerosos, y la mayor parte de las veces los profesores predicán a los bancos. Sin embargo, existen algunos bastante hábiles, y entre ellos varias gentes de calidad, que no se sonrojan, como en Francia, de hacer útiles sus talentos a la sociedad ni de pasar por saber algo. De todos los colegios que hay en Padua no queda mas que uno, llamado el Buey (1), donde se encuentra un bello patio de orden dórico por Palladio; un anfiteatro de anatomía, construído en forma de pozo, en el fondo del cual se coloca el cadáver sobre una mesa; todo alrededor del pozo está dispuesto en gradería, donde los escolares pueden colocarse en número de quinientos y ver la demostración sin molestarse en aquel pequeño espacio, pues cada una de las partes que se muestra está bien iluminada por una disposición de luz hecha ex profeso... El famoso fray Paolo, servita, es el que ha inventado la forma y hecho el dibujo. Una sala de Historia Natural, llena de todas las cosas que tienen relación con esta materia y de esqueletos de todas clases de males... Una biblioteca, que edificaron con arreglo a un dibujo, lo mejor y más conveniente para contener un gran montón de libros.

Me voy en seguida desde el colegio al Jardín de Plantas, aunque está bastante lejos. Puede dejar a uno satisfecho, aunque haya visto el de París.

(1) Así llamado porque había allí entonces una posada que tenía como muestra un buey.

Han escrito sobre los montantes de las puertas esta bonita inscripción: *Hic oculi, hinc manus*. Es circular, rodeado por un muro adornado con una balaustrada y abierto por seis arcadas que dan a otros tantos jardinillos. Las plantas son muy numerosas y crecen lozanas paralelamente dispuestas. Hay en el jardín grandes estanques para las plantas acuáticas, lo cual falta en el de París. En cuanto a los invernaderos, son poca cosa, sobre todo para los que han visto los de París.

La plaza y el sitio más hermoso de la ciudad es donde está el palacio Capitán; la plaza es bastante grande y regular y está bien empedrada. Lo que llaman Prato della Valle es realmente un gran prado, que produce el mejor heno del mundo. La iglesia de Santa Justina da a esta plaza. Por fuera tiene todo el aspecto de una mezquita, con sus siete cúpulas recubiertas de plomo; esto no tiene nada de extraño, porque los grandes edificios de este país, tales como San Marcos y Santa Justina, están hechos imitando la iglesia griega de Santa Sofía, que ha servido también de modelo a los turcos para las demás bellas mezquitas que han hecho construir en Constantinopla. El interior es claro, noble y bello por la sencillez; unos pretenden que el arquitecto es Palladio; otros aseguran que es un fraile; esto es lo que ya no puedo resolver (1). Sea lo que quiera, reinan en esta arquitectura furiosas licencias. El pavimento, de mármol negro, rojo y

(1) El arquitecto de Santa Justina fué un benedictino, el padre Jerónimo de Brescia.

blanco, es quizá el más hermoso o, por lo menos, el mejor cuidado de Italia. El altar, de mármol común, y las sillas del coro, en que la vida de Jesucristo ha sido esculpida por un francés (1), no son tampoco objetos medianos. Pablo Veronés ha pintado en el fondo del coro el *Martirio de Santa Justina*, una de sus obras más apreciadas; pero, excepto el ordenamiento, no me ha gustado mucho. Notad una *Faz de Santa Gertrudis*, por un judío llamado Liberi Jamás el placer de la Humanidad se ha visto pintado con tanta fascinación en el semblante de vuestras amadas como el placer celeste en este rostro. El convento es también digno de verse por la extensión y la claridad de los claustros y por la elegante construcción y los lindos trabajos en madera de la biblioteca, bien provista de buenos libros. Me enseñaron un Lactarcio, impreso en 1465, en el monasterio de Subiaco, que se cree ser el primer libro impreso en Italia, cuando se hizo venir de Maguncia a Fust y Schoeffer, inventores del arte. Nada hay igual a la biblioteca del Seminario, por la asombrosa riqueza en viejos libros impresos en 1500. Creo que el primer tomo de los *Anales tipográficos*, de Maittaire, podría servirles de catálogo. Estaba encantado de ver semejante colección, porque soy como los niños: los cachivaches me deleitan. Dejemos éstos para ver otros de otra clase.

Ya estoy en lo que llaman el *santo a secas*, por

(1) Ricardo Taurigny, de Rouen, escultor y grabador en madera.

excelencia, es decir, San Antonio de Padua, por el cual no tienen menos veneración que por San Carlos en Milán. La diferencia es, sin embargo, notable entre un fraile de esta especie y un excelente ciudadano; sobre todo me ha hecho reír de buena gana la donosa invención de los paduanos, que lo han hecho pintar abajo en los rincones de las paredes de sus casas, para impedir que las gentes hicieran allí aguas: ya sabía yo que el santo servía para algo. Los marineros portugueses de la India oriental llevan consigo una imagen de San Antonio de Padua, a la cual piden buen viento, y la cuelgan del mástil del navío hasta que se lo ha dado. «Volevano—dice un viajero—legare l'imaginetta del detto Santo Antonio perche ei desse buen vento, ch'é come imprigionata, minacciando di non sciorla, fin tanto che non abbia loro concesso ciocche dimandavano; ma pure restarono di farlo ad istanza del piloto che diede parola per lo santo, dicendo ch'era tanto onorato che senza esser legato ne preso, avrebbe fatto quanto essi ricercavano. Pure al venti nove di decembre, il capitano con gli altri del vascello si risolverono al fin di legar il santo Antonio.» (Pietro della Valle, *Lettera di mascat.*, t. IV.)

Por lo demás, el santo tiene una bella casa y ocupa en ella una soberbia estancia. Es una capilla completamente enriquecida con oro y plata, con candelabros del mismo metal sobre pedestales de mármol; todo ello exquisitamente cincelado; además numerosos bajorrelieves de mármol, unos

buenos y otros malos, de Samsibino, del Lombardo y de otro cuyo nombre he olvidado. Los ex votos, en tan gran número, que el santo no consiente en su alcoba mas que los de oro y plata macizos; los otros están relegados en una sala aparte, que les han destinado allí cerca. Toda esta iglesia de San Antonio está completamente llena de tumbas, de las cuales varias son muy buenas, sobre todo las de Cornaro, de Contarini, de Ferrari; pero, sobre todo, las dos capillas pintadas al fresco por el Giotto, tan famoso en los tiempos de la restauración de la pintura, son una cosa curiosa. Este gran maestro, tan alabado en todas las historias, no sería hoy admitido a pintar un juego de pelota. Sin embargo, a través de su pintura tan defectuosa se discurre genio y talento. En el oratorio de San Antonio, varias piezas al fresco, del Ticiano, muy curiosas y bastante feas; se ve allí, no lo que él es, sino lo que será. No quiero hablar de un cuadro de esta capilla en que hay un asno que desprecia la avena por arrodillarse ante el Santo Sacramento. Dejemos estas pobrezaas porque no acabaríamos nunca. ¡Es indigno ver cuánto la miserable superstición mancha a la religión con sus mojigaterías!

He ido a los Eremitas a ver un admirable *San Juan*, del Guido. Tienen también una capilla pintada al fresco por Mantegna, el maestro del Corregio, que es excelente en cuanto a todos los puntos de la pintura, pero que no puede, sin embargo, llamarse una buena obra, a causa del mal gusto del

siglo que reina en todo. Hay que distinguir cuadros que no son de mano de Mantegna.

Vengo de la Casa-Ayuntamiento, por otro nombre la *Ragione*. Al extremo de una gran sala hay una piedra, adonde los que hacen quiebra van a quitarse los calzones y fragelarse el trasero, desnudo, mediante lo cual sus deudas quedan pagadas. Han escrito sobre la piedra: *Lapis vituperii*. Al otro lado, frente por frente, está la tumba de Tito Livio, con una inscripción que prueba que no ha sido hecha para él, sino para un liberto de su hija. La tumba es todavía más apócrifa. A pesar de esto, hay que agradecer a los paduanos haber hecho cuanto han podido para celebrar a su compatriota. Una inscripción puesta al lado dice que han concedido un brazo de Tito Livio a insistentes súplicas del rey Alfonso de Aragón; he aquí un nuevo género de reliquias. Este brazo fué después, en cierta ocasión, la recompensa del poeta Sannazaro; pero habiéndolo descuidado su familia, el pobre Tito Livio se quedó manco en pura pérdida. Su busto está sobre una puerta de esta sala, y el de Pablo (1) sobre la puerta de enfrente: es *Paulus ad edictum*. Ya comprenderéis de sobra que me encontraba lleno de veneración ante el aspecto de este soberano señor del *Digesto*. La cúpula de la sala está pintada por el Giotto en el mismo gusto de pintura infantil de que os hablaba antes.

(1) Célebre jurisconsulto del siglo II.

La tumba de Antenor el Troyano es otro ensueño de los paduanos. Hemos de indicarlo, por la semejanza que tiene con la del rey Pepino en Verona y por la estructura singular de las cuatro esquinas de la una y la otra, que el pretendido caballero Antenor es algún buen hombre del siglo IX (he visto después tumbas antiguas del tiempo de los romanos y de la misma forma que ésta, pero no quiere esto decir que sea la tumba de Antenor).

Dicen que, a pesar del mal estado a que Padua está reducido, los extranjeros que la visitan no la abandonan sin sentimiento. Esto tiene que suceder si sus habitantes se parecen todos al marqués Poleni, profesor de matemáticas. Bastó una simple indicación de que íbamos a ir a verle para que nos colmase de toda clase de atenciones. Es un hombre muy sabio y al mismo tiempo de una gran afabilidad. Tiene una biblioteca completa de todo lo que se ha escrito sobre matemáticas. No cuenta menos de cinco mil volúmenes, cosa muy creíble en una clase de gentes que no hablan apenas. El marqués Poleni hace una edición de Vitrubio de mucho trabajo. Ha restituido en mil pasajes el texto, que ha sido, según dice, muy corrompido por el cordelero Jocondo (Fra Giovanni Giocondo), arquitecto, autor de varios puentes de París. El fué quien hizo imprimir este autor y quien cambió el texto cuando no lo encontraba conforme con sus ideas. El marqués Poleni ha restablecido el texto verdadero con arreglo a los manuscritos antiguos. Todavía no se ha impreso mas que el pri-

mer volumen; y este tomo, que me ha regalado, no contiene mas que disertaciones preliminares; pero lo que prueba mejor que es un hombre amable es su afición por la música. Me ha hecho oír a M. Negri, un virtuosísimo del órgano, del cual he quedado bastante satisfecho, y a mi vuelta a Padua me ha prometido hacerme oír a Tartini, célebre violinista, y a otro que no le va en zaga.

Voy actualmente a embarcarme al canal de Brenta para ir a Venecia; hay veinticinco millas desde aquí a esa famosa villa, que es uno de los grandes objetivos de nuestro viaje; tengo gran impaciencia por verla. Habremos recorrido entonces trescientas ochenta millas a partir de Génova, incluso la excursión a las islas Borromeas, que son cien millas. Espero encontrar allí muchas cartas de Francia de todos mis parientes y amigos; es uno de los más grandes placeres que podré tener en esa ciudad. Es preciso encontrarse tan lejos de su patria para imaginarse hasta qué punto se desea tener nuevas de lo que allí pasa, sobre todo no teniendo ninguna noticia de Francia desde mi partida, mas que las cartas que he recibido de Blancey en Marsella; así que, mis queridos amigos, os encargo mucho a uno y a otro procuréis que las gentes conocidas mías me escriban con frecuencia y con detalles.

XIV.—A M. DE BLANCEY

Estancia en Venecia.

14 agosto 1739.

Un rumor muy extraño ha llegado hasta mí,
señor...

Se pretendía corrientemente en Venecia que mi diario, aquí presente, obra tan respetable, no había servido al llegar a vuestras manos mas que de regocijar vuestra vena y la de vuestros compatriotas con muy maliciosas referencias; que os habíais arriesgado a lanzar ciertos dardos de sátira contra un trabajo tan distinguido por la utilidad de las cosas que contienen como por la precisión y la brevedad que reinan en él, y que no contentos con haber unos y otros agotado vuestra menuda ironía contra los escritos que, salvo la materia y el estilo, son seguramente irreprochables, habíais mezclado a M. Loppin en vuestras burlas; cosa que yo no podía, ni quería, ni debía tolerar. Es verdad que no es un guasón ni un pelafustrán como esos caballeres; pero en cambio es un espíritu sensato, un carácter recto, un buen corazón, un entendimiento preciso; es el hombre que da la cara por

nosotros cuando se trata de doctrina. En una palabra, es una cabeza cuadrada, de la cual haríamos bien en seguir los juicios. Así es que, como corrían los rumores de que hablo, iba sin duda a incomodarme según todas las reglas; pero, a la vista de vuestra carta,

señor, le he juzgado muy poco digno de fe.

De suerte que he vuelto a la vaina toda la hostilidad que tenía contra el diario y que no llegaba hasta menos que suprimir, si hubiera podido, este voluminoso en 4.^o que habéis recibido últimamente y todos los que habían debido seguirle. Para hablar francamente, el motivo de mi ira era no recibir noticias vuestras; así es que me he encontrado desarmado cuando me he convencido de vuestra exactitud. Es preciso, sin embargo, que os crea por vuestra palabra, porque no he recibido sino vuestra última carta. La que me escribisteis a Roma no ha llegado todavía. Espero, sin embargo, que ésta no se habrá perdido, como tampoco otras que he recibido por la misma vía; la aguardo con impaciencia, en la esperanza de encontrar historias divinas.

Me parece que os debería, por lo menos, tantos cumplidos por vuestras reflexiones morales como me hacíais por mis charlas. Habláis como hombre penetrado de una y otra situación, y esto está en el orden; pero vuestra comparación, bien que ingeniosa, no es del todo justa. Las narraciones son

más exactas cuando describen el bien y el mal que no lo son los relatos de los viajes. Los señores viajeros rara vez abandonan el tono enfático cuando describen lo que han visto, aunque las cosas sean mediocres; creo que piensan que no les sienta bien haber visto más que cosas bellas. Así, no contentos con exaltar pillerías, pasan en silencio todo el trabajo que les ha costado poder disfrutar de las cosas realmente curiosas; de suerte que un joven lector, no imaginando más que rosas y flores en el viaje que va a emprender, con frecuencia tiene que llamarse a engaño, y se ve precisamente en el caso de un hombre que se hubiera enamorado de una mujer tuerta por no haber visto su retrato más que de perfil. No creáis, sin embargo, por esto que yo quiera exagerar las penas del viaje, que seguramente están lejos de ser intolerables. La mayor de todas es la de estar separado de las gentes que uno conoce; pero estoy a gusto, porque encuentro ocasiones de descargar no poco mi bilis contra los detalles contenidos en los libros de viajes que tengo actualmente bajo mis ojos, en una parte de los cuales no hay una palabra que sea verdad. Lo mismo ocurre con la mayor parte de las ideas generales que nos formamos con arreglo al rumor público. Por ejemplo, todo el mundo dice: «Las posadas de Italia son detestables»; eso no es verdad; se está muy bien en las grandes ciudades; y si bien es verdad que se está muy mal en los pequeños pueblos, no es de maravillar, pues lo mismo sucede en Francia. Pero lo que no se dice es que el pan, no ama-

sado a brazo, sino golpeado con grandes palos, aunque hecho con harina blanca y muy fina, es la más detestable cosa que un hombre puede comer; esto me desconsuela. En cuanto al vino, me voy acostumbrando, bien o mal, escogiendo siempre el que es basto y muy agrio, con preferencia al dulce, que no puede compararse mas que con el pan; tan malo es. Sin embargo, las gentes del país lo encuentran exquisitísimo, y es una cosa que hace reventar de risa ver los aspavientos que hacen las damas cuando beben nuestro vino de champaña y lo maravilladas que están de verme echar tan grandes tragos del vino espumoso.

Dicen también que se puede uno procurar tanto como quiera la *cambiatura*; es falso. Los superintendentes de las postas la dan muy difícilmente, y es preciso tener en cada relevo discusiones que no se acaban nunca. El resultado de todo esto es que hay que pagar la posta excesivamente cara, y contar siempre, cuando se ha destinado cierta suma a este viaje, que se habrá de gastar el triple, aunque nuestro dinero gane en Italia; porque, además del artículo de la posta y de los cocheros, que son unos canallas abominables, hay el de las posadas, más caras que en Francia, aunque nunca se cena, y lo que se llama la *buona mancia*, como diríamos nosotros, la buena mano. Esto es el cuento de nunca acabar; por la cosa más insignificante se ve uno rodeado de gentes que piden propina; hasta a un hombre con el cual no se haya hecho mas que una transacción de un luis, le parecería muy singular,

después de cerrar el trato, que no se le diera mas que un escudo de buena mano. Me quejo de esto todos los días a las gentes del país, que se contentan con encogerse de hombros, diciendo: *Poveri forastieri*, es decir, en lenguaje vulgar: *Los extranjeros están hechos para que les roben*. Cuando tenga un poco más práctica de la lengua del país pondré buen cuidado en que esto no me suceda más. En fin, no acabaría nunca si quisiera censurar todos los errores que se tienen sobre este viaje, y que no tienen más fundamento que los celos de los italianos o el cautiverio de sus mujeres; pero este prefacio se ha hecho ya demasiado largo. Volvamos a nuestros carneros, es decir, a nuestro diario, a condición, sin embargo, que no lo comunicaréis mas que a pocas personas, cuando sean gentes discretas, como Bourbenne o Courtois; pero prohibo que lo hagáis a los charlatanes, empezando por vuestro hermano.

No sé si os he contado cómo partimos de Padua el 28 del mes pasado. Fué embarcándonos en el canal del Brenta con viento contrario; es la regla. Pero esta vez el diablo se llevó chasco, porque teníamos buenos caballos, que nos remolcaban a lo largo de la orilla, mediante lo cual engañamos al sortilegio que nos persigue. La barca que tripulamos se llama el *Bucentauro*. Ya puede usted imaginarse que no es mas que una pequeña cría del verdadero *Bucentauro*; pero es también la más bonita cría del mundo, pareciéndose mucho en lo bonita a nuestras diligencias de río, pero infinita-

mente más limpia, compuesta de una pequeña antecámara para los criados, seguida de una cámara tapizada de brocatel de Venecia, con una mesa y dos estrados guarnecidos de cordobán, y abierta por ocho ventanas efectivas y dos puertas de cristales. Hallábamos nuestro domicilio tan agradable y tan cómodo, que, contra nuestra costumbre, no sentíamos ninguna impaciencia por llegar, tanto más cuanto que estábamos bien provistos de víveres, vino de Canarias, etc., y que las orillas están bordeadas por numerosas casas, muy lindas, de nobles venecianos. La de Pisani, ahora Dogo, merece en verdad una descripción particular, sobre todo por su pórtico de jardín a la orilla del agua, acompañado de dos columnas que tienen por fuera escaleras giratorias de hierro que dan acceso a una preciosa terraza que forma la techumbre del peristilo. Está imaginado a maravilla, y me han dicho después que el cardenal de Roma había hecho sacar el dibujo para ejecutarlo en Saverne. Al principio queríamos bajar a tierra para ver esas cosas: su número nos quitó las ganas; habríamos necesitado algunos años. Sin embargo, no resistimos a la tentación de ver la última, que está en el camino y que pertenece a los Foscari. Tiene muchos buenos frescos y, sobre todo, una *Caída de los titanes*, de una excelente expresión, de la mano de Zelotti. (Notad, sin embargo, que esto es aun inferior a los alrededores de Génova.) Al cabo de algunas millas tuvimos el honor de entrar en el mar Adriático, y poco después el de dar vista a Venecia.

A decir verdad, la entrada de esta ciudad no me sorprendió tanto como yo creía. No me hizo más efecto que la vista de una plaza situada a la orilla del mar, y la entrada por el Gran Canal fué, para mi gusto, la de Lyon o de París por el río. En cambio, cuando ya se ha entrado y se ven surtir del agua por todos lados los palacios, las iglesias, las calles, villas enteras, porque no hay sólo para una; en fin, no poder dar un paseo en una ciudad sin tener los pies en el mar es, para mi gusto, una cosa tan sorprendente, que hoy mismo estoy menos acostumbrado que el primer día a ver esta ciudad abierta por todos lados, sin puertas, sin fortificaciones y sin un solo soldado de guarnición, imposible de tomar ni por mar ni por tierra, porque los barcos de guerra no pueden en modo alguno acercarse, a causa del poco fondo de las lagunas. En una palabra: esta villa es tan singular por su disposición, sus hechuras, su modo de vivir, que hace reventar de risa la libertad que reina y la tranquilidad que se disfruta, que no vacilo en considerarla como la segunda ciudad de Europa; dudo que Roma me haga rectificar este juicio.

Nos hemos alojado, por decirlo así, en el fuerte de la calle Saint-Honoré; de este modo se puede dormir bien entrada la mañana sin que moleste el menor ruido. Todo pasa suavemente en el agua, y creo que roncaría uno tan tranquilamente en medio del mercado de plantas. Juntad a esto que no hay en el mundo un coche comparable a las góndolas para el agrado y la comodidad. No me pa-

rece que hayan dado de ellas una descripción exacta a mi gusto. Es una barca larga y estrecha como un pez, casi como un tiburón; en medio está colocada una especie de caja de carroza, baja, en forma de berlina y dos veces más larga que un tílburí; no hay mas que una sola portezuela delante, por donde se entra; hay sitio para dos en el fondo y para otros dos a cada lado, sobre una banqueta todo alrededor, pero que no sirve casi nunca mas que para apoyar los pies de los que van en el fondo. Todo ello está abierto por tres lados, como nuestras carrozas, y se cierra a voluntad, sea con cristales, sea con persianas de madera recubiertas de paño negro, que se corren en hendeduras o entran en los lados en el cuerpo de la góndola. No sé si logro hacerme comprender. La proa de la góndola, en forma de pico, va armada de un hierro grande en cuello de cisne, que lleva seis anchos dientes de hierro. Esto sirve para mantenerla en equilibrio, y comparo este pico a las fauces abiertas del tiburón, aunque se le parezca como a un molino de viento. Todo el barco está pintado de negro y charolado; la caja, forrada de terciopelo negro por dentro y de paño negro por fuera, con almohadillas de baqueta del mismo color, sin que sea permitido a los más encopetados señores tener una diferente en lo más mínimo a la del más modesto particular; de suerte que no hay que pensar en adivinar quién pueda ir en una góndola cerrada. Allí está uno como en su cuarto, y puede leer, escribir, conversar, acariciar a su querida, comer, beber, etc.,

mientras va haciendo visitas por la ciudad. Dos hombres de una fidelidad a toda prueba, uno a proa, otro a popa, le llevan a uno sin verle, si así lo quiere.

No creo que pueda volver a sentirme con tanta sangre fría en una carroza después de haber conocido esto. Había oído decir que no había nunca atasco de góndolas como los hay de carruajes en París; pero, al contrario, nada hay más frecuente, sobre todo en las calles estrechas y debajo de los puentes; en verdad duran poco; la flexibilidad del agua da una gran facilidad para salir del atasco. Además de esto, estos cocheros de por aquí son tan diestros, que se deslizan sin saber cómo y hacen girar con sólo mover la mano esta larguísima máquina sobre la punta de un alfiler. Estos coches van de prisa, pero no tanto como la carroza de un petimetre. Sin embargo, no se os ocurra sacar la cabeza fuera de vuestra góndola; la bocaza abierta del tiburón de otra góndola que pasara podría cortárosla como si fuese un nabo. El número de las góndolas es infinito, y no bajarán de setenta mil personas las que viven del remo, ya sean gondoleros o auxiliares. Dicen también, para encomiar el agrado de la estancia, que la ciudad tiene siempre un fondo de treinta mil extranjeros. Puede esto tener algún fundamento durante los seis meses de Carnaval; pero fuera de éste me parece muy exagerada esa cifra.

Creéis acaso que la plaza de San Marcos, de que tanto se habla, es tan grande como de aquí a ma-

ñana. Nada de eso; está muy por bajo, tanto por las dimensiones como por el golpe de vista, de los edificios de la plaza Vendôme, aunque está magníficamente edificada; pero es regular, cuadrada, larga, terminada en los dos extremos por las iglesias de San Marcos y de San Geminiano, y a los lados por las Procuradurías Viejas y Nuevas. Estas últimas forman un magnífico edificio, todo él de un cuerpo de casa muy largo, de arquitectura adornada, y el piso de arriba cubierto de estatuas. Tanto las Nuevas como las Viejas están edificadas sobre arcadas, bajo las cuales se pasean a cubierto los habitantes, y cada arcada sirve de entrada a un café, que está siempre lleno. La plaza está empedrada con piedras de talla. No se puede, según dicen, dar la vuelta, durante el Carnaval, a causa de la gran cantidad de máscaras y de tribunas. En cuanto a mí, que no he visto esto, veo ahora la plaza siempre llena de gente. Las togas de los magistrados, las capas, las batas, los turcos, los griegos, los dálmatas, los levantinos de toda especie, hombres y mujeres; los retablos de los vendedores de pastillas del serrallo, de los bateleros, de los frailes que predicán y de los polichinelas; todo esto, digo, que se confunde a toda hora, la hacen la más bella y la más pintoresca plaza del mundo, sobre todo por la vuelta en ángulo recto que hace cerca de San Marcos, en lo que llaman *Broglia*. Es otra plaza más pequeña que la primera, formada por el palacio de San Marcos y el recodo del edificio de las Procuradurías Nuevas. El mar, ancho en

este sitio, la termina. Desde allí se ve la mezcla de mar y tierra, de góndolas, de tiendas, de barcos, de iglesias, de gentes que llegan y parten a cada instante. Voy por lo menos cuatro veces al día para recrearme la vista. Los nobles tienen su lado para pasearse, que les dejan siempre libre; allí es donde traman todas sus intrigas, de donde ha tomado esta plaza el nombre de *Broglia*. La gran plaza tiene en un ángulo la alta torre de San Marcos, que, aunque grande y bien construída, me parece bastante mal colocada allí, puesto que interrumpe la figura regular de la plaza (1).

Me guardaré mucho de entrar en detalles, con respecto a Venecia, como lo he hecho hablando de otras ciudades; sería cosa de nunca acabar, y para abreviar más no os diré ni una palabra, tanto más cuanto que con frecuencia no tendría mas que repetir lo que ha dicho Misson. Habla de Venecia con mucho conocimiento y mejor que acerca de ningún otro lugar que yo haya visto todavía; sobre todo os ahorraré el artículo de los cuadros, con gran satisfacción vuestra, si no me equivoco; pero no lo haré así con Quintín, que no me lo perdonaría. Dicen que en Venecia hay más cuadros que en todo el resto de Italia. En cuanto a mí, lo que os aseguro es que hay más que en toda Francia. La sola lista de las pinturas públicas forman un grueso in 8.º, sin contar que los particulares tienen los suficientes para llenar el Océano. Pre-

(1) Por el contrario, ha sido levantada para disimular su irregularidad.

tenden también que para iluminar los tres pisos de las Procuradurías con antorchas de cera blanca la noche de Navidad queman aquí más cera en esa noche que en todo el resto de Italia en un año entero. Sainte-Palaye y yo no pensamos nunca en ir a almorzar sin haber cargado previamente nuestra conciencia con cuatro cuadros del Ticiano y dos techos de Pablo Veronés. En cuanto a los del Tintoreto, no hay que pensar en agotarlos; es preciso que aquel hombre tuviera una *furia da diavolo*. Me he limitado a examinar mil o mil doscientos de los principales (1).

No me extenderé tampoco mucho con relación al gobierno y a las costumbres; es un artículo que Amelot ha tratado a fondo y bastante bien. Sin embargo, no hay que creer todo el mal que dice de ellos, sino sólo la mayor parte. En cuanto a las costumbres, seguramente preferiréis que os hable de esto mejor que de edificios y de pinturas; pero reflexionad que un extranjero que pasa un mes en una ciudad no tiene motivos para conocerlas y hablaría de ellas casi infaliblemente a tontas y a locas. Sin embargo, si queréis algo sobre esto, os diré que no hay lugar en el mundo donde la libertad y la licencia reinen más soberanamente que aquí. No os metáis en cosas del gobierno y haced por lo demás todo lo que os venga en gana. No ha-

(1) Venecia entonces era quizá la ciudad del mundo en que los pintores tenían más facilidad para ver y estudiar la figura humana. Encontraban habitualmente en las academias hermosos modelos de uno y otro sexo, que tenían la facultad de hacer *posar* según las exigencias de sus cuadros.

blo de la cosa de la cual nuestros placeres y nosotros sacamos nuestro origen, de la cosa propiamente dicha, por excelencia. Esto no llama aquí la atención ni más ni menos que cualquiera otra operación natural. Esto es de una buena policía, que debiera practicarse en todas partes. Pero para todo lo que en sana moral debe llamarse una mala acción, la impunidad es aquí completa. Sin embargo, la sangre es tan tranquila aquí que, a pesar de la facilidad que dan las máscaras, las andanzas de noche, las calles estrechas y, sobre todo, los puentes sin barandillas, desde donde se puede empujar a un hombre al mar sin que él se dé cuenta de ello, no ocurren cuatro accidentes por año, y eso casi exclusivamente entre los extranjeros. Ya podéis juzgar según esto cuán poco fundadas son hoy las ideas que se tienen sobre los estiletos venecianos.

Lo mismo sucede casi con respecto a sus celos de sus mujeres; sin embargo, esto requiere explicación. En cuarto una muchacha, entre nobles, está prometida, se pone una máscara, y nadie la ve ya mas que su futuro o aquellos a quien él lo permita, lo cual es muy raro. Una vez casada, se convierte en un mueble de comunidad para toda la familia, cosa bien pensada, puesto que esto suprime las molestias de la precaución y se está seguro de tener herederos de su sangre. Con frecuencia le corresponde al hermano menor llevar el título de marido; pero además es regla que ella tenga un querido; hasta sería una especie de des-

honor para una mujer si no tuviese un hombre públicamente reconocido como su amante. Pero alto aquí, la política tiene gran parte en esto. La familia hace como el rey de Francia en la elección del abate de Citeaux: se deja que la mujer escoja, excluyendo a tales o cuales. Tiene que guardarse de escoger alguno que no sea noble, y entre éstos un hombre que tenga acceso en el *Pregadi* o Senado y en los Consejos, y cuya familia sea bastante poderosa para poder favorecer las intrigas y a quien pueda decirsele: «Caballero: necesito mañana por la mañana tantos votos para mi cuñado o para mi marido.» Mediante esto, una mujer tiene completa libertad y puede hacer todo lo que quiera. Sin embargo, hay que reconocer en justicia la verdad; nuestro embajador me decía el otro día que no sabía de más de unas cincuenta mujeres de calidad que se acostasen con sus amantes. Las demás están contenidas por la devoción. Los confesores han logrado de ellas que se abstengan del artículo esencial, mediante lo cual les pasar todo lo demás, por muy bajo que pueda llegar.

Tal es la marcha corriente de la galantería, en la cual los extranjeros no tienen un papel muy airoso. Los nobles no los admiten apenas en sus casas ni en sus reuniones. Quieren vivir entre ellos y tener libres los codos para hablar delante de sus mujeres de intrigas y de ilusiones, artículos sobre los cuales el *tacet* se observa exactamente ante los extranjeros. Sin embargo, cuando dos personas se entienden, no es imposible conseguir una ence-

riona valiéndose de las góndolas, donde las damas entran siempre solas sin vigilantes; es un asilo sagrado. Nunca se ha oído que un gondolero de la señora se haya dejado sobornar por el señor; lo ahogarían al día siguiente sus compañeros. Esta práctica actual de las damas ha disminuído mucho las ganancias de las religiosas, que monopolizaban antes la galantería. Sin embargo, hay todavía muchas que se muestran diestras en este ejercicio, y hasta podría decirse que lo realizan con emulación, puesto que en el momento que os escribo hay una furiosa intriga entre tres conventos de la ciudad para saber cuál tendrá el privilegio de proporcionar una querida al nuevo Nuncio que acaba de llegar. En verdad sería por el partido de las religiosas por el que yo me inclinaría si tuviera que permanecer aquí mucho tiempo. Todas las que he visto en misa a través de la reja charlar y reírse entre ellas me han parecido bonitas en grado superlativo y ataviadas de manera a hacer resaltar su belleza. Llevan un peinado muy mono, un hábito sencillo, pero bien entendido, casi siempre blanco, que les deja al descubierto los hombros y la garganta, ni más ni menos que las túnicas a la romana de nuestras cómicas.

Para agotar el artículo del sexo femenino conviene aquí, más que en otra parte, decirnos unas palabras de las cortesanas. Constituyen una corporación verdaderamente respetable por los buenos procederes. No hay que creer tampoco, como dicen, que su número sea tan considerable que se

encuentren a cada paso; esto no sucede mas que en la temporada del Carnaval, en que se encuentran bajo las arcadas de las Procuradurías tantas mujeres tumbadas como de pie; fuera de esto, su número no excede a más del doble de las que hay en París; pero en cambio están muy ocupadas. Todos los días, regularmente, hacia las veinticuatro o veinticuatro y media horas lo más tarde, no hay ninguna libre. Tanto peor para los que lleguen demasiado tarde. A diferencia de las de París, todas son de un genio y de una amabilidad encantadores. Sea lo que sea lo que les pidáis, su respuesta es siempre: *Sarà servito; sono a suoi comandi* (porque es de buena educación no hablar nunca a las gentes mas que en tercera persona). En verdad, dada la reputación de que disfrutaban, las cosas que se les piden son de ordinario muy limitadas; sin embargo, yo encontré el otro día una tan bonita... Como yo demostrase desconfianza, me respondía de las consecuencias *per la beatissima Madonna di Loreto*.

Nos ha costado algún trabajo meternos un poco en la sociedad de buen tono; lo hemos conseguido en circunstancias desfavorables. La serenísima República acaba de poner a buen recaudo cerca de quinientos comisionistas de amor que, abusando de su ministerio público, iban a ofrecer al primero que pasaba, en la plaza de San Marcos, la señora procuradora de Tal y la señora aristócrata de Cual; de suerte que ocurría a veces oír un marido que se le proponía su propia mujer. Se ha reformado

esta licencia engañosa e insolente. Sin embargo, no hay que preocuparse mucho hoy en día, por poco que se escoja bien el gondolero, y esta elección es tan fácil, que hay que tener de veras mala suerte para hacerla mal. Acaba de sucederme a este respecto una donosa aventura, que me ha puesto por un momento en un trance muy risible. Había yo enviado ayer a un gondolero a llevar *l'ambasciata* a la célebre Bagatina. La cita era en su casa, a una hora convenida. No la encontré; su doncella me dijo que había tenido que salir con una señora amiga suya para ir a la *conversación* en casa de no sé qué señor, y que me pedía la dispensase, rogándome volviese al día siguiente. Durante este discurso examinaba yo una morada vasta, magnífica, ricamente amueblada y que parecía muy por encima del estado de semejante princesa. Pregunté a la doncella si el gondolero tal no había ido de mi parte a hablar a la Bagatina. Me respondió que el gondolero había ido, en efecto; pero que su ama no se llamaba Bagatina, sino Abbati Marcheze, y que era la mujer de un noble veneciano. «Pero—le dije—¿qué es lo que vuestra señora ha creído que yo quería de ella?» «Que tendría usted alguna carta de recomendación que entregarle—me ha replicado—. Puede usted, si quiere, entregármela o volver mañana, si lo prefiere.» Para aclarar esto he mandado subir al gondolero; la criada y él han persistido en sus dichos, cada cual por su parte. El gondolero ha sido tratado de *birbanto* y de *ladro*, y a mí me han despedido con muchas reve-

rencias, dejándome indeciso sobre si volver al otro día y sobre lo que podía significar semejante *quid pro quo*. En fin, me he determinado a arriesgar el juego y he vuelto hoy. He encontrado a una mujer alta, de buenas formas, de unos treinta y cinco años aproximadamente, de aspecto distinguido y aires señoriales, magníficamente vestida y recargada de alhajas, que, adelantándose a mi encuentro con ademán muy grave, me ha preguntado qué quería de ella. Yo bien lo sabía, y mi dificultad no estribaba mas que en la manera de decírselo. La he balbuceado un cumplido ininteligible en el peor italiano que he podido, y eso no me ha sido difícil. En fin, advirtiéndome ella lo que causaba mi incertidumbre, ha tenido la amabilidad de resolverla ella misma al cabo de un instante, abandonando su nombre supuesto y su fingida decencia (1). Hasta ha parecido extrañarse de mi liberalidad, porque, en consideración al mobiliario y al traje, he doblado los cequies, no queriendo poner nada mediocre en una mano cubierta de diamantes. Los nobles, quiero decir los que no tienen un gusto muy refinado, hacen con frecuencia uso de estas princesas. Cuando alguno de ellos quiere ir de paseo con la suya va sencillamente a buscarla en su góndola al salir del Consejo, y nadie se extraña de verle entrar con ella en plena plaza de San Mar-

(1) *E poi che la sua mano alla mia pose
Con lieto volto, onde mi confortai,
Mi mise dentro alle segrette cose.*

DANTE.

cos, ni más ni menos que de haberle visto en días de Carnaval quitarse la careta y el dominó en la antecámara del Consejo para penetrar en la sala. Por mi fe, tienen razón; es una linda morada de goces una góndola. Por lo demás, no creáis que, a pesar de la fidelidad de que se vanaglorían hacia sus legítimos poseedores, estas mujeres sean inaccesibles. Este escrúpulo no dura nunca más que cinco días de la semana; sus mismos amantes las dejan casi siempre libertad completa los viernes, porque los consagran ellos a sus devociones, y los sábados, porque están ocupados en el *Pregadi*. Ellas tienen una costumbre política bastante bien imaginada, y es no conceder nada más que a la segunda entrevista, porque, dicen, hay que conocerse antes de amarse. Por este medio hay que hacerlas por lo menos dos visitas y darles doble salario por un solo servicio. Me parece que he aquí un capítulo tratado a fondo. Lo he hecho así en vuestro obsequio, porque sé que sois muy vicioso, y a fin que nada tengáis que desear, añadiré que las mujeres son aquí más guapas que en ninguna otra parte, sobre todo las del pueblo. No es que se encuentren más que en otra parte bellezas cautivantes, pero encuentro que la mayor parte son bonitas y, en general, todas tienen un lindo talle y un hermoso cutis, la boca grande y agradable, los dientes blancos y bien puestos.

XV.—A M. DE NEUILLY

Continuación de la estancia en Venecia.

20 agosto.

La nobleza de Venecia es, si no me equivoco, la más antigua de Europa (me refiero a las casas principales), puesto que subsisten varias de las que eligieron el primer Dogo hace más de mil trescientos años. Hay, tanto en la antigua como en la moderna nobleza, entre la cual, entre paréntesis, no hay diferencia, como en Génova, muchas familias poderosamente ricas; bien entendido que la República tiene buen cuidado que no lleguen a serlo demasiado. Por ejemplo: ahora últimamente, la Pisani, heredera de 150.000 ducados de renta, quería casarse con un hombre de su nombre, casi tan rico como ella; no sólo el Estado se lo ha prohibido, sino que le ha obligado a casarse con otro que no tenía nada. Esta nobleza se perpetúa seguramente, y prueba su descendencia por el registro llamado el *Libro de oro*, donde se inscriben todos los nobles que nacen; los que hubieran omitido hacerse inscribir no serían nobles; así es que hay ciudadanos que, aunque pequeños burgueses, perte-

necen a la más antigua nobleza, lo cual proviene de que en ... cerraron de pronto el *Libro de oro* (1); mediante lo cual no hubo más que los que estaban inscritos entonces y sus descendientes que fueran nobles. Todos los que habían descuidado hacerse inscribir fueron excluidos y no tienen hoy más prerrogativas que los demás ciudadanos. No es mucho decir seguramente; porque este orden es bastante mal tratado por el Gobierno y todavía más por los gentileshombres del terruño. En cambio, el pueblo bajo es tratado con extrema suavidad; la razón de estos dos puntos de política no es difícil de adivinar.

Los nobles llevan como vestido una especie de jubón de tafetán negro, que descende hasta las rodillas, bajo el cual se ve con frecuencia unos calzones de indiana, un justillo o una chaqueta del mismo paño y una gran túnica negra menos plegada que las nuestras. Algunos dignatarios la llevan roja y otros violeta. Todos llevan sobre el hombro un lazo de paño del color correspondiente, colocado en la verdadera posición de la servilleta de un mozo de comedor, y llevan una peluca tan desmesurada, que, en verdad, la de M. Bernardón parece a su lado un peluquín. Llevan en la mano un birrete de paño o de tafetán negro, hecho como nuestros gorros de dormir. La manga de la túnica

(1) Haciéndose la nobleza cada día más pobre, el Senado se vió obligado en 1775 a reabrir el *Libro de oro*. Es un medio de que ya se había valido varias veces, a fin de dar a esta corporación miembros opulentos y aumentar el tesoro de la República.

constituye también una distinción; cuanto más grande es la dignidad, más ancha es la manga (y esta manga no es inútil para colocar la provisión de carne con una ensalada en el gorro grande). La manga del Dogo, como es natural, es más grande que una cesta de la compra: es de paño de oro, así como la túnica. La manera más humilde de saludar a los nobles es ir a solicitar al *Broglia* y besar la manga de aquel de quien se solicita. El arte de las reverencias es también un punto importante; hay que hacer las bajas bajas; así y todo, no se cuidan de ellos si la peluca no arrastra por el suelo un buen pedazo. El manto es una vestidura más común todavía. Todo hombre que por su estado está por encima del artesano está menos dispensado de llevarlo cuando sale a la calle, por mucho calor que haga, que lo estamos nosotros de llevar calzones; pero del mismo modo que nuestras mujeres que ya no frecuentan sociedad, es decir, que la sociedad ya no tiene en cuenta, el manto de la devoción lo cubre todo, aquí el simple manto de tela hace el mismo efecto. Debajo se lleva lo que se quiera, y no encontraréis en misa o en la plaza otra cosa que gentes con zapatillas y con bata con su manto encima. Los nobles lo llevan cuando no tienen la túnica, y entonces se les considera ir de incógnito por la calle; pero, como dice Trajano Boccalini, *Il manto della religione non e in questo tanto lungo, che spesse volte non si vedano per di sotto due palme di gambe di ladro*. También van con frecuencia en estas trazas por la noche a las asam-

bleas; sobre todo, no hay que quitárselo: hay que hacer de tripas corazón y andar de un lado a otro con su manto y asfixiarse bajo él con decencia. He visto al buen viejo Dogo Pisani tomar el fresco en la escalinata de un casino vestido de esta guisa, con una pequeña peluca en tirabuzones. Parecía enteramente un jovenzuelo; en realidad, estaba malo entonces y tomaba el fresco por prescripción facultativa.

Es una cosa original y que ocupa mucho a los nobles la intriga de su *Broglie*. Hay manejos ocultos admirables. Acaban de contarme el detalle de una aventura, ocurrida últimamente, que da mucho que hablar aquí; me parece un cuento que tiene gracia. Señor mío, es preciso que os lo refiera, sin garantizar las circunstancias, aunque lo sepa por uno de los embajadores que hay aquí; pero no ignoráis hasta qué punto llevo el escrúpulo de la fidelidad histórica y que soy incapaz de asegurar nada, aun en mi historia de las antiguas dinastías asirias, de que yo mismo no haya sido testigo ocular. Es preciso, pues, que sepáis que el procurador Tiépolo, al cual estamos recomendados aquí, y el procurador Aimo son dos personajes de gran autoridad en el Estado y muy antagonistas uno de otro. El primero, que es de la más alta nobleza, goza de gran crédito en el Senado, y el otro, que no es tan distinguido por su cuna, tiene más poder en el Gran Consejo, porque es la asamblea general de los nobles. El Senado es quien provee los empleos; pero es necesario que el Gran Consejo con-

firme la elección, sin lo cual es nula. Hace algún tiempo que Tiépolo pretendía una plaza en el Consejo de los Diez, y Aimo, no sabiendo cómo hacerle fracasar, acudió a la estratagema, con pretexto de buen proceder, de hacer nombrar para el cargo a otro buen hombre, llamado también Tiépolo, que no pensaba para nada en ello y del cual seguramente nadie se habría acordado. El procurador Tiépolo se mostró muy sensible a esta cortesía y se retiró por el foro, porque la ley no permite que haya dos personas del mismo nombre en el Consejo de los Diez; pero juró devolverle al otro su galantería. A este efecto hizo nombrar al hermano de Aimo, personaje que había ocupado los más altos cargos, Podestá de Vicenza, empleo que se suele dar a los principiantes de veinte años y que viene a ser, poco más o menos, como si al primer Presidente le nombraran Abogado del rey en el Châtelet. Aimo el menor puso el grito en el cielo, diciendo que eso era una burla y que no quería aceptar; pero en vano juró y perjuró; tuvo que pagar la multa de 1.000 ducados, establecida para los que se niegan a aceptar cargos públicos, y fué desterrado por un año. Al cabo de ese tiempo regresó con la mayor sangre fría; pero el ladino Tiépolo estaba al acecho y le hizo nombrar Podestá de Padua. La reincidencia es algo más cara: cuesta 2.000 ducados y dos años de extrañamiento. Aimo, transido de dolor, iba a su casa en busca del dinero, cuando su hermano el procurador le salió al paso, le dió a entender que esas malas bromas no

acabarían nunca y que era preciso que fuera a Padua, dándole su palabra de que a los seis meses le haría nombrar Proveedor general de la mar, que es uno de los más grandes empleos del Estado. En efecto; este cargo acababa de quedar vacante cuando llegamos nosotros. Aimo lo ha pretendido públicamente para su hermano, y Tiépolo le ha suscitado un competidor en Loredano, hombre muy distinguido. Vosotros, infelices, os habéis figurado que él iba sencillamente a hacer nombrar a Loredano por el Senado, donde su bando tenía preponderancia; nada de eso: ese camino es demasiado sencillo para estas gentes, y además el Gran Consejo podría muy bien echar abajo el nombramiento. La estratagema que adoptó fué hacer fracasar a Loredano y nombrar a su contrincante; pero cuando se trató de ir al Gran Consejo, Loredano dijo: «Señores: Acabo de tropezar con manejos ocultos en el sitio donde tenía mayores valimientos; con mayor motivo los tendré aquí. Pido, pues, que, en el caso de no ser nombrado, se me dé el segundo empleo, que es el de Proveedor de Dalmacia.» Entonces todos los que pretendían esta plaza prestaron oído atento, resueltos a hacer obrar sus respectivos bandos para deshacerse de un concurrente tan temible, haciendo que le nombrasen para la primera. De esta manera, Loredano logró hacerse tan poderoso como su concurrente, y para hacer caer de su lado la balanza se adelantó otra vez pidiendo, en caso de que le negaran una u otra plaza, la Embajada de Constantinopla, lo que pro-

dujo el mismo efecto con respecto a los que la pretendían. De este modo fué nombrado, en el Gran Consejo, Proveedor general, y el pobre Aimó, que no podía ya pretender las plazas inferiores, que ya había poseído, se tuvo que quedar en Padua mor-diéndose las uñas. Por lo demás, hay que advertir que el empleo no podía caer en mejores manos, y que estas gentes son demasiado prudentes para hacer intervenir en estos manejos a quienes no sean excelentes personas. He tenido el gusto de quedarme con el corazón tranquilo respecto a su manera de discutir y proveer los empleos.

Nos dispensaron el favor de dejarnos entrar en el Gran Consejo para asistir a la elección del General de las galeras, cargo de bastante importancia. El Gran Consejo se celebra en un salón inmenso y muy bien decorado. En el fondo hay unos estrados, donde están los sitios de los Consejeros y de los Inquisidores de Estado, con el trono del Dogo en medio. Los estrados, elípticos, dan la vuelta al salón, y largas filas de bancos adosados unos a los otros y alineados lo llenan por completo. Todos los nobles entraron sin orden alguno y se sentaron. Las togas rojas tenían sus sitios señalados, y algunas se dispersaron por diferentes sitios del salón para impedir que se hiciera ruido en una asamblea tan numerosa; cosa, a mi parecer, que no consiguieron en modo alguno, puesto que hacían un estrépito de dos mil demonios; bien es verdad que allí sólo se trataba de ligeros peloteos, mientras se entablaba el partido. Al lado del gran Canciller,

en estrados, había una urna que contenía tantas bolitas como personas había, y entre estas bolitas un cierto número de doradas; cada cual sacó la suya. Los que sacaron las doradas fueron los electores de la plaza de que se trataba, en unión de otros muchos que, por el cargo que ocupaban, eran electores por derecho propio. Hecho esto, pasamos a la sala del escrutinio, decorada de la misma manera que la primera, menos grande, llena de bancos, siendo aquí la asamblea menos numerosa. Los otros electores entraron uno a uno, saludando profundamente a los precedentes con una gravedad sin igual. En cuanto hubieron desfilado todos, hizo su entrada el Canciller, precedido de la Corporación de los Secretarios, gentes subalternas y precediendo él mismo al Vicedogo, porque el Dogo estaba enfermo, y el de más edad de los Consejeros es el que lo representa; pero no se sienta sobre el trono y no lleva el sombrero de picos de ritual, que imitaba como podía, habiéndose cubierto la cabeza con el birrete o gorro de tafetán negro, cuyo vértice echaba hacia adelante como el pico de un gorro frigio, al modo de un verdadero Antenor. Le seguían todos los Consejeros con togas rojas. Al entrar, toda la asamblea se levantó; la saludó profundamente sin quitarse el birrete mas que al pasar delante de la *Quarantia* criminal. El solo en la asamblea permanecía cubierto. Subió al estrado y se sentó. Los sabios, grandes y otros se colocaron a sus lados, y en las alas del estrado el Canciller, a la cabeza de los Secretarios, de los cuales es jefe.

Esta asamblea tenía un aspecto majestuoso. Entonces el Canciller se levantó y dijo que los señores Priuli, Badoar, Donato y Vendramini solicitaban la plaza en cuestión. Inmediatamente sus próximos parientes se levantaron y salieron. En seguida, los tres *Avvogadori* cogieron cada uno un pequeño Evangelio y recorrieron las filas, haciendo que cada cual tocase con el dedo el libro, señal del juramento de proceder a la elección de buena fe y sin cábala. Terminados todos estos preliminares, un mocetón de ujier, poniéndose un par de gafas monstruosas sobre una nariz que lo era más todavía, proclamó con voz gangosa al *accellentísimo signore Luca Priuli*. En el momento, una veintena de chiquillos rojos, como los del hospital, se dispersaron por la sala gritando como energúmenos: «¡Priuli! ¡Priuli!» Tenían cada uno en la mano una caja con dos compartimientos, uno blanco, para elegir; otro verde, para rehusar; la abertura común está hecha en forma de embudo, a fin que los asistentes no puedan ver en cuál de las dos divisiones se mete la mano, y en la cintura, una especie de mochila llena de bolitas como botones de camiseta; dieron una de estas bolitas a cada noble, y éstos la introdujeron en el compartimiento que querían. Los chiquillos llevaron las cajas al Canciller, que echó las bolitas del compartimiento blanco en un recipiente y tiró las otras. Hicieron lo mismo con los otros tres concurrentes y luego contaron los sufragios. Fué elegido Donato, y nos salimos. Todo esto se hizo con una rapidez sorpren-

dente y en menos tiempo que yo empleo para decirlo; pero era una verdadera comedia ver, al salir, las prosternaciones de Donato y los besos de nodriza que le daban. Palabra de honor, se oía el chasquido hasta en medio de la plaza.

He visto también lo que se llama una *función*, es decir, una ceremonia en que todos los grandes magistrados van en corporación a una iglesia. No os hablaré de ello porque no vale ni más ni menos que la procesión de la Hostia santa; el cortejo de los embajadores es el principal ornamento. Asisten al lado del Dogo con sus misiones; pero lo mejor de todo es la marcha.

Una procesión en góndolas es, a mi parecer, un espectáculo divino, tanto más cuanto que no son entonces góndolas ordinarias, sino las de la República, soberbiamente esculpidas y doradas, acompañada de las de los Embajadores, más ricas y más galanas todavía, sobre todo la del nuestro. Son las únicas en el Estado a quienes es permitido que no sean negras. Los gondoleros de la República llevan todos capas de terciopelo rojo galoneadas de oro, con grandes gorros a la albanesa. Están demasiado ufanos de semejante atavío para tomarse el trabajo de remar. Así es que, sin más ni más, se hacen remolcar por pequeñas lanchas llenas de instrumentos de música.

Basta ya de hablar de las cosas públicas; me costaría mucho trabajo decir otro tanto de las casas particulares. Aquí los extranjeros no encuentran muchas facilidades en este artículo. Los no-

bles señores concurren por la noche al café, en donde conversan muy amablemente con nosotros; pero introducirnos en sus casas es harina de otro costal. Además, hay aquí muy pocas casas donde se celebran reuniones, y éstas no son ni numerosas ni divertidas para los extranjeros. No hay ni siquiera el recurso del juego, porque había que ser punto menos que brujo para conocer las cartas, que no tienen el nombre ni las figuras de las nuestras. Los venecianos, con todo su fasto y sus palacios, no saben lo que es obsequiar a nadie; he ido algunas veces a la *conversación* en casa de la procuradora Foscarini, casa de una riqueza inmensa y mujer muy amable por lo demás; por todo obsequio, hacia las tres de la tarde, es decir, a las once de la noche en Francia, veinte lacayos traen, en una fuente de plata desmesuradamente grande, una gruesa calabaza, que llaman melón de agua, cortada en rajadas, manjar detestable si los hay. Una pila de platillos de plata lo acompañan; cada cual coge una ración, se toma después una tacita de café, y a las doce se marcha a cenar a su casa, con la cabeza bien despabilada y con el estómago vacío. Os diré francamente que una de las cosas que me sirven de disgusto en estos viajes es no tener, a la caída de la tarde, a las buenas Pousselines, al famoso Blancey, al buenazo Quintín, a los amigos Malatesta y a Béry; la señora Courtois, esas excelentes señoras de Montot y Bourboune; en fin, todo nuestro pequeño círculo, para conversar con los codos sobre la mesa de cosas cien pies más altas

que la plaza de San Marcos y que el *Broglia*. Hay que contentarse en país extranjero con tener los ojos satisfechos y el corazón aburrido; entretenimiento de la curiosidad, todo lo que queráis; pero recursos de sociedad, ni uno. No vivís mas que con gentes para las cuales no tenéis interés ninguno, como ellas no le tienen para nosotros. Y por muy amables que fuesen, por lo demás, ¿a qué tomarse el trabajo de interesarse recíprocamente pensando que hay que separarse al cabo de unos días para no volverse a ver más?

Aquí nuestro principal recurso ha sido nuestro Embajador, que nos colma de toda clase de atenciones. Es el conde de Froulay, que restablece muy bien aquí el honor de la nación, que había sido un poco estropeado por su predecesor. Nos ha llevado varias veces a su casa de campo en tierra firme, que es realmente muy hermosa, y nos ha puesto en relación con todos los demás Embajadores, mediante lo cual nuestro puerto se ve muy honrado con las visitas de sus excelencias y nuestro apetito muy satisfecho con los festines a que nos convidan, sobre todo el embajador de Nápoles, un impúdico de los más francos que pueda verse, pero muy honesto sacerdote por lo demás, hombre de muy buen trato y nada ceremonioso. El oficio de Embajador es bastante triste aquí; no tienen otro recurso que vivir juntos, y no pueden absolutamente ver a ningún noble, a los cuales les está prohibido, bajo pena de muerte, entrar en sus casas. Esto no es conminatorio, y se ha visto a un noble ejecutado a

muerte tan sólo por haber atravesado la casa de un Embajador, sin hablar a nadie, para ir a ver en secreto a su querida. Fuera de esto, los Embajadores tienen muy grandes derechos, entre otros uno muy especial de tener en torno de sus casas una área muy extensa de asilo, en la cual no se puede prender a nadie sin su permiso y donde ejercen soberanamente la policía y la justicia. Hemos visto también al buen mariscal Schulembourg, general de las tropas de la República; ya sabéis que ésta casi siempre tiene a extranjeros para este empleo, que no rinde menos de cien mil escudos de renta. El Mariscal es un excelente anciano, que entiende la guerra a maravilla y bastante mal la moral. Nos endilga sobre el capítulo de las muchachas frecuentes sermones, poco escuchados y nada seguidos; pero obtiene más resultado en la mesa, tratándonos exquisitamente a la alemana. Bebe-mos vino de Canarias detrás de la sopa y vino de Borgoña a los postres. Todavía vale la pena oírle hablar del rey de Suecia y de todos los males que le causó cuando la famosa retirada, que ha hecho tanto honor al Mariscal. Ese Carlos XII era de la piel del diablo, una criatura que no estaba hecha para ser hombre y mucho menos para ser rey.

Adiós y hasta la vista, querido y dulce objeto; no os dejo por mucho tiempo, y voy pronto a reanudar mi narración.

*Già son giunto a quel segno, il qual s'io passo
Vi potria la mia istoria esser molesta,
Ed io la vò più tosto differire
Che v'habbia per lunghezza a fastidire.*

XVI.—A M. DE QUINTIN

Continuación de la estancia en Venecia.

26 de agosto.

Aunque ya os haya anunciado por Blancey, mi querido Quintín, que no os hablaría de la ciudad, sería demasiado no decir absolutamente nada de ella. Podéis tener sobre este asunto ideas falsas, que es mi deber de narrador no dejaros. Por ejemplo, conocéis de oídas el palacio de San Marcos; es un feo caserón, si los hubo, macizo, sombrío y gótico del más feo gusto. El patio grande, en el interior, no deja, sin embargo, sobre todo en un lado, de tener algo magnífico en su construcción; lo adornan bastante originalmente dos pozos cuyos brocales prodigiosos, de un solo caño, de bronce, son de un trabajo tan acabado como digno de consideración, y una soberbia escalera, toda de mármol blanco y violeta, que han llamado por anticipado, sabiendo que yo iba a subir por ella, la escalera de los Gigantes (1). Conduce a otro patio, muy decorado con estatuas y dorados, que lleva a su vez

(1) Carlos de Broses era muy pequeño de estatura.

a las salas donde se celebran los diferentes Consejos. Estas habitaciones, según es corriente en los viejos palacios, están mal distribuídas, mal cuidadas y son muy oscuras; pero tan adornadas con pinturas de los más grandes maestros, que no ha sido necesario menos de ocho días enteros a nuestra curiosidad de paseantes para verlo todo. El Dogo habita en este palacio; es, de todos los prisioneros de Estado, el peor alojado, para mi gusto, ya que las prisiones ordinarias, que están cerca del palacio son un edificio completamente elegante y agradable. No quiero, sin embargo, permanecer aquí mucho tiempo y me voy a toda prisa a la iglesia de San Marcos.

Os habréis figurado que será un lugar admirable; pero os engaños por completo: es una iglesia a la griega, baja, impenetrable a la luz, de un gusto miserable, lo mismo al exterior que al interior, rematada por siete cúpulas revestidas por dentro de mosaicos con fondo de oro, que parecen más bien calderas que cúpulas. Tiene doble colateral, cuyos dos exteriores apenas si sirven mas que de tránsito o de paseo, y un largo vestíbulo destinado al mismo uso. Con las inmensas riquezas que allí se han prodigado por fuerza ha tenido que resultar curiosa al fin y al cabo, a pesar de los obreros diabólicos que las han puesto en obra. De arriba abajo, por dentro y por fuera, la iglesia está cubierta de pinturas en mosaico en fondo de oro. Ya sabéis que el mosaico es una pintura que se hace con pequeñas piezas de unas tres líneas cuadradas de

pedras naturales o de vidrio coloreado, que sirven a anudar y a dibujar el asunto. Estas labores no pueden nunca ser muy delicadas; pero, en cambio, el color no está expuesto a desaparecer, lo cual animó a los primeros pintores a servirse de ellos con frecuencia. Ahora, la paciencia inaudita que es preciso para esto y la poca belleza de que son susceptibles estas labores han hecho que, andando el tiempo, se haya ido dejando de hacerlas. Estas labores deben ser consideradas como el primer monumento de la pintura, puesto que han sido hechas desde el año 1071 por obreros griegos que mandaron venir ex profeso. Así, digan lo que quieran los florentinos, no es en Florencia, sino aquí, donde este arte se ha renovado. El Cimabué de los florentinos, más de ciento cincuenta años después, vino a tomar la idea en los trabajos de San Marcos. Es en verdad lo único que hay que agradecerles, tanto a él como a las gentes de aquí: haber tenido el gusto bastante pervertido de hacer las feas cosas que después han dado lugar a hacer otras tan bellas. Salvo el color, que se ha conservado bastante a causa del género del trabajo, no puede verse nada tan lamentable como estos mosaicos. Felizmente, los obreros han tenido la sabia precaución de escribir sobre cada obra lo que han querido representar (1). Los otros cuadros del mismo género que se han hecho después están mejor trabajados;

(1) En un mosaico colocado debajo del pórtico se ve a Adán y Eva acostados juntos y la exhortación latina *Crescite et multiplicate vos*.

hay muchos que se distinguen por la brillante viveza del colorido y de los fondos de oro; pero, en general, no hay allí nada muy satisfactorio, a no ser el techo de la sacristía, donde se ha tenido la buena idea de representar, no figuras, sino bordados y arabescos extraordinariamente bellos; es el único género para el cual es adecuado el mosaico. El pavimento es también todo entero de mosaico, compuesto de varios miles de millones de esas pequeñas piezas de mármol, jaspe, lapislázuli, ágatas, serpentinas, cobre, etc., sobre el cual no se puede dar un paso sin resbalar. Todo ello se ha juntado tan perfectamente, que aunque el suelo se haya hundido en algunos sitios y se haya levantado en otros, ninguna pieza se ha despegado ni ha saltado; en suma: es, sin disputa, el mejor sitio del mundo para jugar al peón. ¡Bella y noble comparación! Persona de tanto gusto como usted no puede menos de quedar satisfecha de ella.

No le hablaré ni de las reliquias, de que Misson ha tratado a fondo, ni del tesoro. No es que yo no pudiera, si quisiera, haceros de ella una docta y amplia descripción; pero, a la verdad, no lo he visto. Hay en esto demasiado misterio y demasiada poca curiosidad. Me he contentado tan sólo con tener comunicación del famoso Evangelio de San Marcos, que se conserva con el mayor cuidado como el más antiguo manuscrito del universo. Es un in 4.º en papel de Egipto, bastante grueso, y ya no se distingue nada absolutamente, salvo algunas letras mayúsculas griegas aquí y allí, que no

pueden permitir juzgar si se trata de un libro de Medicina o de un Evangelio (1).

Encima del pórtico han puesto cuatro caballos de bronce de rara belleza, acabada obra de Lop-pin, fundidor griego, que los hizo, según cuentan, para Nerón. Es la única cosa en todo el edificio que sea realmente digna de adoración.

Subí después a la torre que está cerca de allí, desde donde se divisa fácilmente toda la extensión de Venecia, las islas y pequeñas villas marítimas que la acompañan, los edificios que cubren las lagunas, toda la costa de Italia desde Comacchio hasta Trevisa, el Frioul, los Alpes, la Carintia, Trieste, la Istria y el comienzo de la Dalmacia. Llegué hasta ver, con los ojos de la fe, el Epiro, Macedonia, Grecia, el Archipiélago, Constantinopla, la sultana favorita y el gran señor que se tomaba libertades con ella.

(1) En tiempo de Constantino el Grande y de sus sucesores, el papel de Egipto estuvo siempre en boga en el Imperio. En este siglo, o en sus proximidades, fué escrito el famoso libro del *Evangelio de San Marcos*, que todavía se conserva hoy en el tesoro de Venecia. Lo he visto y examinado en cuanto se puede examinar manuscrito que está ya casi todo borrado y tan podrido, que las hojas, pegadas una a otra, no permiten intentar volverlas sin que todo se haga pedazos. Estas hojas de papel de Egipto me parecieron mucho más delicadas que todas las demás que he visto en diferentes sitios. Acerca de la forma de las letras, me pareció que es el manuscrito más antiguo que se haya visto, y que no es aventurado decir que es del siglo IV lo más tarde. Hace ciento cuarenta y seis años que lo han puesto en un sótano, cuya bóveda misma está más baja en la marea que el mar vecino. De aquí proviene que el agua gotea perpétuamente sobre los que van allí movidos por la curiosidad. Esta gran humedad ha puesto al manuscrito en tal estado que es imposible leer dos palabras seguidas. Aun podía leerse cuando se le depositó allí en 1564. (*Nota tomada del P. Montfaucon por el autor.*)

Antes de salir de la plaza de San Marcos quiero llevaros a la biblioteca. La nave es muy hermosa y bien decorada con pinturas; pero la cantidad de libros está por bajo de los que tienen en Francia algunos particulares. El gabinete o salón de los manuscritos es más digno de notarse: la cantidad es muy considerable, puesto que toda procede del cardenal Bessarion. Están muy bien cuidados, en buen estado de conservación y en las manos de un bibliotecario muy distinguido, que es el procurador Tiépolo. Tiene a sus órdenes a Zanetti (1), joven que no parece carecer de erudición y muy comunicativo. Así es que no tiene razón el P. Montfaucon en exhalar quejas contra el difícil acceso que se encuentra a las bibliotecas de Italia; debería más bien decir que las gentes de este país desconfían de tal modo de los frailes, que no quieren enseñar nada, por poco valor que tenga, a las gentes de hábito. Zanetti hace ahora imprimir el catálogo y la noticia de todos los manuscritos de San Marcos. Me enseñó un libro que pasa por ser el primero impreso en Francia. Se intitula *Guillelmi Fichetti alnetani, artium et theologiae Parisiensis doctoris, Rhetorici libri*, in 8.º, dedicado al cardenal Bessarion. La composición es muy hermosa, en pergamino, con las letras principales y los blancos de los párrafos en miniatura, hechas a mano. Al principio del libro, contra la costumbre ordina-

(1) Zanetti (Antonio María), bibliotecario de San Marcos, autor de un libro muy bueno sobre las pinturas de la escuela de Venecia.

ria de aquella época, y no al fin, está escrito: *Aedibus Sorbonae Parisii scriptum impressumque anno uno et septuagesimo supra millesimum.*

El vestíbulo de esta biblioteca es digno de la más grande curiosidad por las estatuas antiguas que han reunido allí: un *Ganimedes* de mármol colgado no sé por dónde (puesto que el águila que está encima no lo sujeta apenas) está suspendido del techo. Pero todo cede ante la belleza inimitable de *Leda y su cisne*. Es una muchacha amante del orden y del arreglo; a este efecto, tiene la mano ocupada, no sé cómo, en poner cada cosa en su sitio. Es una expresión que no puede figurarse y por encima de todo lo que nunca he visto en los originales vivos, y eso que he visto muchos.

Es preciso que tengáis paciencia en lo del *Stacio*; no lo podréis tener: no ha sido impreso aquí, como tampoco ninguno de los raros *ad usum Delphini*. Es preciso también que renunciéis a tener, por lo menos en mucho tiempo, la continuación del *Museum Florentinum*; pero si queréis, en cambio, el *Museum Venetiarum*, que están ahora grabando, podéis hacerlo. Os envió prospecto en el cual encontraréis todo el detalle de lo que contiene esta obra. La he visto; está muy bien ejecutada; los grabados son bellos y sin retícula, al estilo de Mellan (1). En caso de que tengáis curiosidad, os llevaré el primer tomo, que está casi acabado; no

(1) Mellan (Claudio), dibujante y grabador, nacido en 1598, muerto en 1688. Inventó una nueva manera para grabar todos los objetos con una sola talla.

tendrá más de dos. Son muchachas las que trabajan en esta obra, que enriquecen varias piedras grabadas tomadas del famoso gabinete de Tiépolo, que debierais ir a ver cuando vengáis aquí, y del de Antonio Zanetti, célebre chamarilero. No olvidéis tampoco ver de paso el gabinete de libros tan reputado del inglés Smith, en el cual ha reunido una rara colección de ediciones de 1400.

No vayáis a figuraros que los canales, que forman aquí las únicas calles practicables, tengan muelles; casi ninguno lo tiene; el mar llega hasta el umbral de las puertas de las casas. En cuanto se sale de ellas, tiene uno el pie dentro del agua. Esto no es quizá mejor, pero es más singular, y no es mayor obstáculo para salir. Los que no tienen góndolas suyas encuentran a cada instante vehículos acuáticos en las plazuelas, y como esta ciudad es toda ella una serie de islotes y pilastras, cada casa tiene también su salida a tierra firme. Las calles, numerosísimas, son tan estrechas que no pueden pasar dos personas de frente sin tocarse; todas pavimentadas con piedras llanas, lo que las hace resbaladizas en extremo en cuanto llueve; se comunican unas con otras por medio de quinientos puentes o más. El laberinto de Dédalo no tiene comparación con ellos; así es que no sirven mas que para el pueblo bajo. Los canales, a pesar de su aspecto agradable, tienen una cosa intolerable: el flujo y reflujo tienen efecto aquí como en el Océano, y cuando la marea está baja, en verano, los canales estrechos son de una horrible infección. Es bien

sabido que es preciso que las cosas huelan a lo que tienen que oler; así es que a los canales, sean los que sean, les está permitido apestar en verano; pero, por lo que aquí se ve, abusan del permiso.

La ciudad, en general, no está bien edificada; sin embargo, tiene un aire de distinción. Varias bellas arquitecturas de iglesias, como San Pedro, San Jorge, San Francisco, la Salud, el Redentor, San Salvador, etc., casi todas de Palladio o de Sansovino; sin hablar de muchos palacios magníficos sobre el gran canal, los mejores de los cuales son los de Grimani, Pessaro, Cornaro y Labia; pero como os he prometido no hablar de cuadros, la arquitectura correrá la misma suerte, y no diré una palabra más. Sin embargo, aquí es donde están las numerosísimas obras maestras que ha producido en pintura la escuela veneciana. Han impreso una relación de los cuadros públicos, en la cual una gran cantidad de bellas cosas se encuentra ahogada por una cantidad infinitamente mayor de cosas mediocres o malas. Necesitaría ocho días de narración para hacer la relación en detalle; eso les vale a mis auditores. En cuanto a usted, como se lo he anunciado, no perderá nada; pero ¿no sería una lástima no oír decir nada de la Rosalba, esa famosa pintora de retratos al pastel que ha sobrepujado a todos en este género? Estuve tentado de encargarla el mío; pero pensé que mi figura no vale los treinta cequíes que lleva. En cambio, se me ocurrió la locura de ofrecerle veinticinco luises de oro por una *Magdalena*, grande como la mano,

que ha copiado de un original de Correggio. Ese era el precio en que ella le estimaba, y, felizmente para mis veinticinco luises, no quiso deshacerse de ella. Añadid aún la nota siguiente al artículo de los edificios. En una iglesia muy hermosa (1), que construyen actualmente, entre los jaspes de Sicilia que la revisten han mezclado papeles marmoleados y charoles cubiertos de talco, que hacen tan buen efecto como el jaspe; falta saber si durará mucho tiempo.

Los palacios son aquí de una magnificencia prodigada sin mucho gusto. En el palacio Foscarini no hay menos de doscientas habitaciones llenas de riquezas, pero todo muy recargado: no hay un solo gabinete ni un sillón donde pueda uno sentarse, a causa de la delicadeza de las esculturas. El palacio Labia, construído a la moderna, es el único que me ha parecido bien ordenado por dentro. La dueña de la casa, mujer de alguna edad, que ha sido muy hermosa y muy galante, loca por los franceses y, por consiguiente, por nosotros, exhibió ante nuestros ojos la pedrería más hermosa quizá que posee ningún particular de Europa. Tiene cuatro guarniciones completas en esmeraldas, zafiros, perlas y diamantes; todo ello preciosamente encerrado en estuches, porque no le está permitido adornarse con ellas, pues las mujeres de los nobles no pueden llevar alhajas ni trajes de color mas que el primer año de su matrimonio. La

(1) La de los jesuitas.

ofrecí llevarla a Francia conjuntamente con sus joyas.

Vengamos al arsenal. Es tan célebre, que me disgustó bastante al principio encontrar las salas de armas mal dispuestas, llenas de trastos viejos y de roña, y bastante inferiores a otras que he visto. Sin embargo, hay que reconocer que es muy notable por su vasta extensión y por la cantidad de cosas que contiene. He aquí las principales que me han quedado en la memoria: parques de cañones de fundición y de hierro, algunos de los cuales son monstruosos, en número tan asombroso que excede al de los fusiles y pistolas; los tornos donde se les coloca para hacerlos lisos por dentro; la pieza que fundieron en presencia de Enrique III, recargada de ornamentos y de esculturas excelentes; una colección de anclas de prodigiosas dimensiones; otra de mástiles por el estilo... Salas y fábricas de todas clases... Tres hermosos grifos de fuentes que dan vino... Los obreros van allí a beber cuanto quieren; son en número de tres mil y se pasan casi todo el día sin trabajar; pero, en cambio, cuando es necesario hacen maravillas día y noche; se enteran bien cuándo el trabajo es urgente, porque entonces tienen doble paga. Una sala de cables, de una arquitectura, en madera, muy hermosa; las fábricas cubiertas, donde se construyen los barcos, y los grandes canales, donde los lanzan. Hay actualmente en los astilleros diez y ocho grandes buques, las lanchas y góndolas doradas de la República y el *Bucentauro*. Este es, para mi gusto,

una de las más bellas y curiosas cosas del universo. Es un inmenso galeón o galera grande, toda esculpida y dorada por fuera, del mejor gusto y de la factura más acabada. El interior forma una vastísima sala con suelo de madera con sofás todo alrededor y un trono en el fondo para el Dogo. La dividen a lo largo una hilera de estatuas doradas que sostienen el techo o puente, esculpido y dorado todo él. Los huecos de las ventanas, el saliente de los balcones de popa, los bancos de los remeros y el timón son del mismo gusto, y toda la máquina tiene por techo una tienda de campaña de terciopelo color fuego bordado de oro.

El pequeño arsenal del palacio de San Marcos es más agradable y está mejor dispuesto que el grande; comunica con la sala del Gran Consejo, y las armas están siempre cargadas para estar prontas a la defensa en caso de motín popular; porque hay que reconocer que cuando la corporación de los nobles está reunida, una conjura o una sedición podría fácilmente deshacerse de ellos en una redada; así es que hay siempre en la torre de San Marcos procuradores que, con otros pretextos, están alerta mientras se celebra la asamblea. Está completamente lleno de cosas curiosas, de las cuales me parece que las relaciones impresas hablan con bastante exactitud. Se conservan allí multitud de armaduras de grandes capitanes: la que Enrique IV regaló a la República está, como es natural, en el sitio de honor. He notado un balazo de fusil en esta armadura. También está allí un

candado célebre, del cual, en otros tiempos, cierto fraile de Padua, inventor de esta máquina odiosa, se servía para poner a buen seguro el honor de su mujer. Era preciso que esta mujer tuviera una buena dosis de honor, porque la cerradura es fabulosamente ancha.

La Inquisición existe en Venecia; pero tiene las garras tan limadas, que es casi como si no existiera. Los ministros de este Tribunal no pueden tomar ningún acuerdo mas que en presencia de tres miembros del Gobierno designados a este efecto. En cuanto se inicia una proposición algo importante, uno de los tres miembros se levanta y sale del local; desde ese momento la asamblea ya no puede hacer nada. La gente de iglesia no tiene aquí terreno a propósito para intrigar; en cuanto alguno recibe algún beneficio, algún nombramiento de Roma, o sencillamente una pequeña distinción, queda excluido *ipso facto* de toda ingerencia en el gobierno, y se le considera dimitido de su cargo si tiene alguno. Toda persona que tiene o ha tenido cargo de ministro de la República en Roma no puede nunca ser nombrado Cardenal ni obtener ninguna prelatura. Prudente política, que hasta tiene sus ventajas para los eclesiásticos, porque las gentes que aman la tranquilidad o que no quieren ser juguete de nadie no tienen mas que hacerse abates.

XVII.— A. M. DE QUINTIN

Observaciones sobre algunos cuadros de Venecia.

En el Fondaco dei Tedeschi, el exterior del monumento y una parte del interior, pintados al fresco por el Giorgione, pinturas casi enteramente borradas; pérdida muy deplorable; esto debería ser el más bello y más grande trabajo del Giorgione, pintor tanto más apreciable por su paleta cuanto que no ha tenido modelo en esta bella parte de la pintura, de la cual es, en verdad, el inventor. El colorido en el Giorgione es de un sentido y de una nobleza asombrosos; pero tiene algo de brusco y de salvaje. De buena gana lo compararía, por el colorido, a lo que es Miguel Angel para el dibujo. Antes de él se dibujaban figuras góticas, que se coloreaban con cuidado y con brillo de una manera seca y sin fin. Estos dos maestros son los zares Pedro de la pintura, que han desterrado de ella la barbarie; pero no ha sido sin ferocidad. En el interior, gran cantidad de pinturas bastante buenas, sobre todo el *Baño de Diana* y el *Juicio de Paris*.

En San Roque, la *Piscina probática*, maravillosa obra del Tintoreto. Aquí es donde ha demos-

trado que sabía perfectamente, cuando quería tomarse el trabajo, ordenar sin furia, dibujar sin rudeza y colorear sin negruras. Me inclinaría mucho a juzgar que el Tintoreto es el primero de todos los pintores venecianos cuando quiere esmerarse, lo que le sucede muy rara vez. *San Martín dando limosna*, buen fresco del Pordenone.

El Tintoreto ha pintado en la escuela de San Roque una parte de la *Vida de Jesucristo* en numerosos cuadros. La vida de otro pintor no hubiera bastado para hacer todo lo que él ha ejecutado aquí, y casi siempre muy bien. Allí es donde todo pintor encontrará una escuela inagotable de dibujos y de claroscuros: *La Anunciación*, *la Huida a Egipto*, *La Cena*, y, sobre todo, la figura de *Jesucristo vestido de blanco ante Pilatos* y el gran cuadro de la *Crucifixión*, obra maestra del Tintoreto, de la cual Agustín Carracho ha grabado una estampa tan hermosa, me han parecido admirables. ¡Qué lástima que este pintor con tanto talento no haya en absoluto conocido el buen gusto, que puede sólo hacerle agradable!

Una capilla hay llena de buenas cosas, mal colocadas en este lugar obscuro, donde apenas si se pueden ver. Hay que considerar lo mejor que se pueda el cuadro del *Bautismo de Jesucristo* y el hermoso techo representando *La adoración de los Magos*, el *Reconocimiento de San Nicolás*, las *Llagas de San Francisco* y los *Cuatro Evangelistas*, por el Veronés; *La Virgen con San Andrés* y la *Predicación de San Juan Bautista*, por el Fiam-

mingo (1), y sobre todo *La Virgen con San Sebastián, San Nicolás*, etc., por el Ticiano. Este excelente cuadro está muy ennegrecido por el poco cuidado que se ha tenido y por la mala disposición del local. La figura de San Sebastián es muy delicada, muy agradable, pero quizá también demasiado redonda y demasiado afeminada.

Podría llamarse a San Sebastián la escuela del Veronés. Se ve en él la gradación de su genio, de sus diversas obras y de todas sus maneras. El techo de la sacristía, representando *La Coronación de la Virgen*, por la cual ha comenzado, es muy inferior a la que ha hecho después. Las más bellas pinturas que haya hecho aquí son el techo de la iglesia, representando la *Historia de Esther*; las puertas del órgano, representando por fuera la *Purificación* y la *Curación del paralítico*; el cuadro representando a *San Sebastián ante el tirano*; el de *San Sebastián atado a un tronco de árbol*; el *Gran festín de Jesucristo en casa de Simón el leproso*, colocado en el refectorio, y, sobre todo, el *Martirio de San Marcos y de San Marcelino*, obra muy bien compuesta, en que todo guarda relación con el asunto; cosa rara en los ordenamientos de Pablo, que no conoció mejor la unidad de acción que la indumentaria. En cuanto a los cuatro *Grandes festines* de este autor, el primero de todos, sin disputa, es el de las *Bodas de Caná*, pintado en el refectorio de San Jorge; luego *el del Fariseo*,

(1) Dionisio Calvart.

que estaba antes en los Servitas y ahora está en Versalles, en el gran salón de Hércules; luego *el de la casa del Levita*, pintado en la iglesia de San Juan y San Pablo; pero estos dos pueden ponerse en parangón; y en fin, el que se ve aquí en San Sebastián, que es el menor de los cuatro. Pablo se ha copiado mucho a sí mismo en todas sus obras; pero sobre todo en sus cuatro *Festines*.

En la escuela de la Caridad, *La Virgen María subiendo las gradas del templo*, cuadro de primer orden, que con el de *San Pedro mártir* pasan por ser los dos mejores del Ticiano; es muy notable por el porte de la cabeza y su admirable colorido. Me ha gustado más que el *San Pedro mártir*, y el *San Lorenzo* de los jesuitas, más que los dos. Sin embargo, éste, que es de la segunda época del Ticiano, es superior, con mucho, por el color, al *San Lorenzo*, que sólo es de su tercera época, cuando su colorido era ya demasiado vago y descuidado.

En fin, en San Giorgio, en el fondo del refectorio, las *Bodas de Caná*, de Pablo Veronés, cuadro no sólo de primer orden, sino de los primeros de esta clase. Puede comparársele con la *Batalla de Constantino contra el tirano Magencio*, pintada en el Vaticano por Rafael y por Julio Romano, sea por las dimensiones de la composición, sea por el número infinito de figuras, sea por la extrema belleza de la ejecución. Hay mucho más fuego, más dibujo, más ciencia, más fidelidad de vestiduras en la *Batalla de Constantino*; pero en este de aquí, ¡qué riqueza, qué color, qué armonía en los colo-

res, qué verdad en los trajes, qué orden y qué máquina asombrosa en la composición! Uno de estos cuadros es una acción viva, y el otro es un espectáculo. En éste parece que va uno a pasar a través de los pórticos y que la muchedumbre que está reunida le hace a uno compañía. La arquitectura, que es una de las más bellas partes del cuadro, ha sido hecha por Benedetto Caliari, hermano de Pablo, excelente en este género. Pablo ha representado al natural los más famosos pintores venecianos ejecutando un concierto. Al frente del cuadro, en el hueco del interior del triclinio, el Ticiano toca el contrabajo, Pablo toca la viola, el Tintoreto el violín y el Basano la flauta, con lo que ha querido hacer alusión a la profunda ciencia y a la ejecución lenta y sabia del Ticiano, a la brillantez y adorno de Pablo, a la rapidez del Tintoreto y a la suavidad del Basano. Advertid la atención que presta Pablo a un hombre que se acerca a hablarle y la suspensión de su arco. Una gran figura, de pie, con una copa en la mano, vestida con un traje a lo oriental, blanco y verde, es la de Benedetto, su hermano.

He encontrado, no sin placer, en casa Pisani, la admirable *Familia de Darius*, de este mismo Pablo Veronés, cuadro del cual poseo el boceto, hecho de su mano, que le sirvió para la ejecución de su gran obra. Hay dos o tres cabezas acabadas por el maestro; el resto, en parte está acabado por sus discípulos, en parte dejado en boceto. Se ve también *Lot embriagado por sus hijas*, del caba-

llero Liberi. Este pintor trabajaba muy aceptablemente y había estudiado mucho a Miguel Angel. Hacía bastante bien la composición de los cuadros de historia y gustaba, entre otras cosas, de pintar desnudos y asuntos libres. Sus figuras son gruesas; sus carnes, rojas y muy sanguíneas.

XVIII. — A M. DE BLANCEY

Continuación de la estancia en Venecia.

29 agosto.

Como yo había previsto, mi buen Blancey, vuestra primera carta acaban de enviármela desde Roma; no es de fecha reciente, aunque muy moderna en comparación de otra que recibo de Londres, la cual han remitido desde Roma a la gran posta de París, de donde ha vuelto a Roma y luego aquí. Ha llegado falta de respiración después de tan larga caminata. Me parece, querido amigo, que os dais bastante jabón; la modestia os sentaría, sin embargo, mejor que a nadie. Yo sí que podría ponerla a un lado, mientras pongo en Venecia a la nación francesa en tan alto lugar, que, valga la franqueza, temo que otro no la pueda sostener. En cuanto a usted, ya sabemos de sobra que no sois el mayor, sino *secundum quid*. Sin embargo, sería duro querer quitaros la satisfacción de elogiarnos vos mismo sobre el artículo, puesto que nadie os elogia en ese punto. Atestiguad, os suplico, a esas señoras cuán sensible soy a la ansiedad con que esperan mis noticias. Me acuerdo de ellas todos

los días y con placer. En esta conmemoración mi buena amiga de Montot ocupa el primer lugar. Seguramente recorrería uno en vano el mundo para encontrar en otra parte un corazón tan sensible y tan sincero, un alma más pura y mejor, un carácter tan igual, tan sociable, tan dulce; en verdad, pienso de ella lo que se ha dicho de un hombre célebre: *que hacía honor a la Humanidad*. ¿Qué necesidad tiene de poseer una cara tan bonita? Debería dejarla a cualquiera otra; no la necesita para ser universalmente querida por todo el mundo. Le concedo, sin embargo, que se quede con esos ojos tan dulces y tan finos, porque son el más bello espejo de la más bella alma que haya quizá existido. Me aflige mucho, en verdad, que haya perdido su último hijo; pero me consuelo pensando que es una pérdida que puede repararse en dos minutos. Por lo demás, aseguradlas a todas muy de veras que persisto obstinadamente en la buena religión y que todavía no he abandonado, en medio de los infieles, los sentimientos ortodoxos; pero no respondo de lo que el miedo al martirio pueda llevarme a hacer en Florencia. No dejéis de continuar vuestra crónica. Si no hay en ella historia, pardiez, valiente dificultad: hacedla vos mismo. A mí, que si hablo, ¿me preocupa poco ni mucho mentir para divertirlos?

Dejo a Dijón, no sin sentimiento, para volver a Venecia.

Bien quisiera poder hablaros con conocimiento de causa del Carnaval. Aquí se empeñan muchos en hacerme volver a pasar esa temporada, y nos

prometen enseñarnos otra Venecia muy diferente; pero no imagino que demos a esto la preferencia sobre nuestros asuntos y nuestros amigos. Este Carnaval comienza el 5 de octubre, y hay otro más corto, de quince días, en la Ascensión; de suerte que puede contarse aquí, próximamente, seis meses en los cuales cada quisque no va mas que disfrazado, curas y demás, hasta el Nuncio y el Guardián de los capuchinos. No creáis que me burlo: es el traje de ordenanza; y los curas serían, dicen, desconocidos por sus feligreses, el Arzobispo por su clero, si no llevasen la careta en la mano o sobre las narices. Echo de menos esta singularidad, y aun más las óperas y los espectáculos de la temporada. No es que me falte música; no se pasa ni una tarde en que no haya *academia* en algún sitio; el pueblo corre al Canal para oírla con tanto ardor como si fuera la primera vez. La pasión de esta nación por este arte es inconcebible. Vivaldi se ha hecho gran amigo mío para venderme conciertos muy caros. Lo ha conseguido en parte, y yo lo que deseaba, que era oírle y tener con frecuencia buenos recreos musicales. Es un viejo que tiene una furia de composición prodigiosa. Le he oído jactarse de componer un concierto, con todas sus partes, en menos tiempo que emplearía un amanuense en copiarlo. He notado, con gran asombro mío, que no se le aprecia lo que merece en este país, donde todo es cuestión de moda, donde hace mucho tiempo que se oyen sus obras y donde la música del año anterior ya no es de recibo.

El famoso sajón (1) es hoy el niño mimado. Le he oído en su casa, así como a la célebre Faustina Bordoni, su mujer, que canta con un excelente gusto y una ligereza preciosa; pero no es ya una voz nueva. Es, sin disputa, la más complaciente y la mejor mujer del mundo, pero no es la mejor cantante.

La música trascendental aquí es la de los hospitales. Hay cuatro, todos compuestos de muchachas bastardas o huérfanas y de las que sus padres no pueden educar. Se las educa a expensas del Estado y se las ejercita únicamente en sobresalir en la música. Así es que cantan como ángeles y tocan el violín, la flauta, el órgano, el oboe, el violoncelo, el violón; en suma, no hay instrumento por grande que sea que pueda asustarles. Viven enclaustradas, como las religiosas. Ellas solas son las que ejecutan, y en cada concierto toman parte unas cuarenta muchachas. Os juro que no hay nada tan divertido como ver a una joven y linda religiosa, con hábito blanco, con un ramillete de granado sobre la oreja, dirigir la orquesta y llevar el compás con toda la gracia y precisión imaginables. Sus voces son adorables en cuanto a la modulación y a la ligereza, porque aquí no se sabe lo que es modulación y sonidos corridos a la francesa. La Zabetta, de los Incurables, es, sobre todo, asombrosa por la extensión de su voz y los golpes

(1) Hasse (Juan Adolfo), uno de los más célebres músicos del siglo XVIII, muerto en Venecia en 1783.

de arco que tiene en la garganta. En cuanto a mí, no tengo duda alguna de que se ha tragado el violín de Somis. Ella es la que se lleva todos los sufragios, y sería cosa de hacerse romper la crisma por el populacho pretender que otra cualquiera la iguale. Pero escuchad, amigos míos: creo que nae die nos oye, y os digo al oído que la Margarita, d-los Mendicantes, vale tanto como ella; por lo menos, a mí me gusta más.

De los cuatro hospitales, al que voy con más frecuencia y donde más me divierte es el hospital de la Piedad; es también el primero en cuanto a la perfección de las sinfonías. ¡Qué fuerza de ejecución! Sólo allí se oye ese primer golpe de arco tan falsamente ponderado en la Opera de París. La Chiarretta sería seguramente el primer violín de Italia si la Ana María de los Hospitalistas no la sobrepujara todavía. He tenido la buena suerte de oír a esta última, que es tan caprichosa que apenas si toca una vez al año. Tienen aquí una especie de música que no conocemos en Francia, y que me parece más propia que ninguna otra para el jardín de Bourbonne. Son grandes *concertos* donde no hay *violino principale*. Quintín puede preguntar a Bourbonne si quiere que le lleve una provisión. Mientras me ocupo de ello, que Quintín me dé también razón de parte de usted de los libros que puede adquirir para mí Machefoire. Acabo de enviar a Francia un gran saco, todos ellos editados en 1400, acompañados de gran cantidad de marrasquino de Zara, de las Barbadas, de las Indias

y de Corfú, y de triaca de Venecia. ¿Querréis creer que la especie de *función* que se celebró últimamente el día de San Bartolomé, y que llaman el teatro de la triaca, es una cosa completamente divertida? Todas las drogas que entran en esta composición están allí, no sólo puestas a la vista a guisa de postre dispuesto, sino también arregladas con tanta habilidad como paciencia; son camafeos, bordados, paisajes y, sobre todo, serie de medallas de emperadores romanos admirables. Las víboras forman guirnaldas y festones, y se ha encontrado el secreto de darlas un aire galano. El talento de la nación italiana para los adornos es exquisito; con una docena de manteles blancos y otros tantos muñecos fabrican en un instante otras tantas estatuas dignas de Fidias. Las colocan sobre una arquitectura de los tres órdenes de la misma fábrica; en veinticuatro horas tenéis una iglesia adornada preciosamente para el día de la fiesta. No he visto los combates de los gondoleros sobre los puentes; los han abolido con gran sentimiento mío. En cambio han inventado otra diversión, llamada *las fuerzas de Hércules*. Determinada cantidad de hombres, desnudos del todo, se ponen en fila en número igual en el canal, unos frente a otros, en dos hileras; unas tablas estrechas descansan por los dos extremos sobre los hombros; otros hombres están de pie sobre esas tablas; otra fila de hombres, sobre éstos, siguen el mismo método, y así gradualmente, hasta que no haya mas que un hombre, sobre cuya cabeza está subido un niño.

Todo esto con frecuencia no puede conseguirse sin que las tablas se rompan y sin que las pirámides o castillos de naipes se deshagan por las frecuentes caídas sobre el agua. Este juego, propio para romperse la crisma, se practica algunas veces al lado del puente de Rialto. No sé por qué la gente se extasía de ese modo al hablar de ese puente; podrían contentarse con decir que es bastante hermoso. Es verdad que no tiene mas que un arco; pero el lugar no exige más, y no es más ancho que cualquiera de los del puente del Espíritu Santo. Es verdad también que todo el puente es de mármol blanco y muy ancho, puesto que hay debajo tres calles y cuatro hileras de tiendas tan angostas como hojas de cuchillo y las calles por el estilo. Todo esto, por encima, no llega a tener una tercera parte de la anchura del Pont-Neuf.

Había anunciado, me parece, que no diría ya nada más de Venecia. He aquí, sin embargo, un largo capítulo; pero en verdad esto debería llamarse no decir nada, dado que omito tantas cosas dignas de mención sobre este punto singular. Nos hemos detenido aquí más tiempo del que creíamos, tanto a causa del cordón sanitario que contra las justificadas sospechas de peste han puesto en la feria de Sinigaglia como de nuestra holgazanería y de las instancias de nuestro Embajador, que nos ha suplicado que asistiéramos a la visita de ceremonia que le ha hecho M. Leze, que va de embajador a Francia, y a la fiesta que ha dado el día de San Luis. Estaba muy bien entendida y acompa-

ñada con un concierto sobre el mar en lanchas galanamente adornadas.

Mañana es, sin embargo, el día que tendré que dejar mis queridas góndolas. Estoy en una de ellas ahora, en bata y con zapatillas, mecido entretanto por una música celeste. Y lo que es peor, tendré que separarme de mis queridas Ancilla, Camilla, Faustolla, Julietta, Angeletta, Catina, Spina, Agatina y de cien mil cosas en *a*, a cual más bonitas. ¿No alarga usted un poco la cara, mi querido Neuilly, viéndome el espíritu adornado con tan bellos conocimientos? Ya veis que todo es broma cuando me dirijo a usted; en cambio es realidad cuando hablo a ese libertino de Blancey. ¿Cuándo, de las dos veces, digo verdad? Valiente pregunta. ¿Pueden hacerla gentes que conocen la extremada regularidad de mis costumbres? No creo que las hadas y los ángeles juntos puedan, con sus diez dedos, formar dos criaturas tan bellas como la Julietta y la Ancilla. Lacurne está entusiasmado con la primera, y yo con la segunda, desde que la he visto un día disfrazada de Venus de Médicis y tan perfecta de todo punto. Pasa con justicia por ser la mujer más hermosa de Italia. Me parece que nuestro Embajador tiene grandes ganas de ser el amigo de la primera, y el de Nápoles, de serlo muy íntimo de la segunda.

Únicamente aquí, en el mundo, puede verse lo que yo he visto: un hombre, ministro y sacerdote, en un espectáculo público, en presencia de cuatro mil personas, bromear de balcón a balcón con la

más famosa cortesana de una ciudad y recibir, sonriente, golpecitos en la nariz, dados con el abanico. ¿Sabéis que un día encontré un puñal en el bolsillo de esta princesa? Pretendía que en su profesión tenía derecho de llevarlo para el sostenimiento del orden en su casa. Me sorprende esto menos desde que sé que las religiosas gastan también puñal, y desde que me dijeron que una abadesa, que todavía vive, se había en otros tiempos batido a puñaladas con otra dama por el amor del abate de Pomponne. La aventura no dejó de producir algún escándalo, porque no sucedió en el convento.

La Agatina es la más espléndida de todas las cortesanas de Venecia. Habita en un pequeño palacio, soberbiamente amueblado, y se engalana con alhajas como una ninfa. En verdad, es la menos bonita de todas las de primer orden; pero, por otra parte, ¿quién puede negar que los favores de una mano cubierta de diamantes no sean verdaderamente preciosos?

Vuelvo en este momento de Murano, donde he ido a ver trabajar en la manufactura de espejos. No son tan grandes ni tan diáfanos como los nuestros; pero son más transparentes y menos abonados a tener defectos. No se les moldea sobre mesas de cobre como los nuestros: los soplan como a las botellas. Se necesitan obreros muy grandes y robustos para trabajar en esta obra, sobre todo para columpiar en el aire esos grandes globos de cristal pegados a la larga varilla de hierro que sirve para soplarlos.

El obrero toma del crisol del horno una gran cantidad de materia fundida en el extremo de su varilla hueca; esta materia está entonces pegajosa y con consistencia de goma. El obrero, soplando, hace de ella un globo hueco, y luego, a fuerza de columpiarlo en el aire y de presentarlo a cada instante a la boca del horno, con objeto de mantener cierto grado de fusión, siempre volviéndolo muy de prisa para impedir que la materia presentada al fuego no se liquide más de un lado que del otro, consigue hacer un gran óvalo. Entonces otro obrero, con la punta de unas tijeras, hechas como las que se emplean para esquilar a los borregos, es decir, que se ensanchan aflojando la mano, agujerea el óvalo por su extremidad. El primer obrero, que tiene la varilla a la cual está pegado el globo, le da vueltas muy de prisa, mientras el segundo va soltando poco a poco la mano que maneja las tijeras. De esta manera el óvalo se abre todo entero por uno de los extremos, como una gasa de vidrio. Entonces se le despega de la primera varilla de hierro, y le pegan de nuevo, por la extremidad abierta, a otra varilla fabricada ex profeso; luego lo abren por el otro extremo, con el mismo mecanismo descrito más arriba. Resulta de esta operación un largo cilindro de cristal de ancho diámetro, que vuelven a presentar, dándole vueltas, a la boca del horno para reblandecerlo un poco de nuevo, y al salir de allí, en un abrir y cerrar de ojos, con un solo golpe de tijera cortan el cristal a lo largo y rápidamente lo extienden sobre una mesa de cobre. Ya no hay ne-

cesidad después mas que de recocerlo un poco más en otro horno, y luego pulirlo y azogarlo como de ordinario.

A propósito: no vaya a ocurrírseos, a mi regreso, tratarme menos que de *excelencia*. Me he acostumbrado aquí a ello, y en cuanto al *ilustrísimo*, no me sirve ya para nada: aquí se lo dan a cualquiera.

Estaremos mañana de vuelta en Padua, desde donde partiremos en posta para Bolonia y Florencia. Desde allí, rodeando Luca, Pisa y Livorna, iremos a Roma; allí es donde espero encontrar noticias vuestras, remitidas al director de la posta de Francia.

P. S.—He recibido vuestra carta, mi querido Neuilly, y ya podréis figuraros el placer que me ha producido viniendo de un amigo como usted. Trataré de teneros al corriente por el camino, así como de todas las extravagancias que ocurran en ésta. Pero es usted un amigo cómodo; vuestra virtud no es severa mas que para usted mismo. Adiós, mis príncipes; mil y mil cosas a vuestros amigos y amigas. Aquí os abrazamos todos.

XIX.—A M. DE MALATESTA

Camino de Venecia a Bolonia.

Bolonia, septiembre 1739.

Ha sido menester, mi querido Malatesta, cambiar las góndolas por las diligencias y el gran canal de Venecia por el Apenino; el cambio no es ventajoso. He aquí cómo se ha hecho.

Partimos de Venecia el 30 de agosto como habíamos llegado, es decir, en nuestro buen amigo *Bucentauro* el menor. El viento, que soplabá muy furiosamente, nos llevó pronto a la embocadura del Brenta, a lo largo de la cual volvimos a encontrar todos esos palacios de que os he hablado. Volvimos a ver con placer las bellas pinturas de Zelotti en el palacio Fosearini. Este hombre, que ha trabajado al estilo de Pablo Veronés, le ha sobrepujado en las obras al fresco. Recorrimos gustosos los jardines del Dogo Pisani. Son inmenso y magníficos, pero mal entendidos, mal distribuidos y recargados por todas partes de edificios inútiles. Se me hace insufrible que se encargue a los albañiles de la construcción de un jardín. Esto lo sabemos hacer mejor que los italianos, y no he en-

contrado nada que me haya gustado mas que una larga columnata de orden dórico formando un emparrado.

Al cabo de veinticinco millas volvimos a ver Padua y a nuestro amigo el marqués Poleni, que nos renovó sus amabilidades. Tuvimos que pernoctar allí el día 31 para oír a Tartini, que pasa generalmente por ser el primer violín de Italia. Fué un tiempo bien empleado. Es lo mejor que he oído, por la extrema pureza de los sonidos, que no se pierde ni uno, y por la perfecta precisión. La ejecución es del estilo de la de Le Clerc, y no tiene gran brillantez; la precisión en las notas es su fuerte. En todos los demás respectos, la Ana María, de los Hospitalistas de Venecia, la supera; pero, en cambio, no tiene rival en cuanto al sentimiento. Este mozo, que no pensaba explotar este arte, pero que se ha visto obligado a ello por haber sido abandonado por sus padres a causa de su matrimonio estúpido, cuando estudiaba en la Universidad de Padua, es amable, complaciente, sin orgullo y sin fantasía; razona como un ángel y sin parcialidad acerca de los diferentes méritos de la música francesa e italiana. Quedé por lo menos tan satisfecho de su conversación como de su arte, y no quedé menos contento del arte excelentísimo en el violoncelo de un abate Vandini que tocaba con él.

El 1 de septiembre partimos en diligencia, muy satisfechos al principio de volver a ver árboles y campos, cuya vista es, en verdad, preferible a la eterna uniformidad del mar. El país es hermoso y

bastante fértil. Costeábamos las orillas del Bataglia, a lo largo del cual hay casas más bellas aún que las del Trento, pero en menor número. El marqués de Obizzi nos había recomendado mucho que viéramos la suya. Este marqués pertenece a una de las más antiguas y más ilustres casas de Italia, oriunda de Borgoña, según nos dijo. En cuanto a su castillo, han hecho un gasto prodigioso para construirlo en forma de anfiteatro de mal gusto, con altas murallas coronadas por almenas. El que lo hizo construir, tan aficionado a las pueriles alusiones de la antigüedad como al género de Tilliot, juzgó a propósito, porque se llamaba *Eneas*, usar siempre el nombre de *Pius*, y porque el lugar se llama *Orcini*, poner un gran cerbero en la puerta. Las habitaciones están todas pintadas al fresco, aun los patios, por Pablo Veronés, según él afirma, porque, a excepción de algunos cuadros, que parecen realmente de su mano, el resto es bastante mediano. Hay un arsenal de viejas corazas y un pequeño teatro de juguete muy bien manipulado para representar comedias entre buenas gentes. Aconsejad de mi parte a Bourbonne que construya uno parecido en su casita de la Puerta de San Pedro. Desde allí atravesamos el Bataglia y luego el Golzon, en Monte Celeze, que tiene una especie de castillo con punta de diamante encima de una roca; luego el gran río Adigio es una barca. Estos pasos, frecuentes en este país bajo, entrecortado de ríos, son muy costosos y más fastidiosos aún por el retraso que ocasionan.

Rovigo, adonde llegamos después, es una pequeña ciudad nada desagradable; es la capital del Polesino veneciano. Alcanzamos los confines en Canzaro, que linda con los Estados del Papa. Allí fué donde nos ocurrió el bonito episodio que cuento a continuación. Este es el sitio donde está establecido el cordón contra la peste de Sinegaglia, que no es mas que unas grandes empalizadas que cierran el paso de un río y de un puente por donde se entra en el Estado de Venecia. Cerca de allí hay grandes parques vallados, donde un centenar de bribones pasaban la cuarentena. Nos dieron muchas muestras de amistad, y como los pequeños regalos sirven para mantenerla, nos regalaron la peste; de suerte que yo que os hablo la tengo probablemente en estos momentos; pero dichoso yo si no es mas que eso. El *hic* de la aventura fué que nuestros caballos no quisieron en modo alguno llevarnos más lejos, con el pretexto, bastante fundado, que no les dejarían regresar sin someterlos a la cuarentena. Hubo que armarse de paciencia y enviar a siete millas de allí a buscar caballos en Ferrara. Lacurne, aturdidamente, como de costumbre, pasó las barreras, por lo cual habría tenido que hacer cuarentena para volverlas a pasar; de modo que todos los demás hicimos lo mismo. Fuí de caza a lo largo de un estanque; Loppin fué a tocar el órgano a la iglesia del pueblo; los dos hermanos se fueron a pasear al diablo, no sé adónde, y luego me enviaron recado de irlos a buscar a cierto sitio. Fuí allí buenamente, creyendo que es-

taba a un paso, y resultó que había cerca de una legua y que mis graciosos príncipes no estaban. Heme aquí por segunda vez en su busca a lo largo del Po. Supe, en fin, por tradición, que lo habían atravesado para irse por otro lado. Lo atravesé, pues, yo también, jurando a voz en grito, y no es tan fácil atravesarlo, puesto que no es menos ancho en este sitio que el Ródano. Sin embargo, llegó la noche, más negra que la tinta en el tintero, y los cuatro, incluso Loppin, que había también atravesado el río por más arriba, íbamos buscándonos como quien busca un alfiler en medio del campo gritando hasta desgañitarnos, haciendo ladrar a todos los perros del Ferrarato y haciendo salir a todos los cuerpos de guardia, ladrando también, por su parte, de puesto en puesto.

Entre tanto, los caballos habían llegado, y nuestros criados, que estaban en cuarentena con nuestros equipajes, cansados de esperar, nos creyeron en los antípodas y se pusieron a buscarnos. Tanto y tanto hicimos unos y otros, que acabamos por juntarnos, con un apetito que ya podéis figuraros. Formamos proceso a un viejo gallo y le condenamos a ser convertido en una *fritada de pollo*; solamente cuando se trató de comerlo se defendió el miserable de tal manera que tuvimos que dejarlo, y menos mal que no se nos comió él a nosotros; y no me sorprende demasiado, pues he sabido después, por memorias secretas, que había sido durante varios siglos gallo del campanario de la parroquia. Volvimos, pues, a subir a la diligencia a las dos de

la madrugada, no sin haber dado antes propina a toda la provincia. Por suerte, habíamos enviado delante un criado al Cardenal legado rogándole que no cerraran las puertas de la ciudad. Así hicimos sin obstáculo nuestra entrada en Ferrara, que dista cuarenta y cinco millas de Padua.

La ciudad de Ferrara es vasta y espaciosa. Creo que son los epítetos que la convienen: vasta, porque es grande y desierta; espaciosa, porque se puede pasear a gusto por magníficas calles tiradas a cordel, de una longitud asombrosa, anchas en proporción y donde crece el más bonito heno que pueda verse. Es lástima que esta ciudad esté desierta; no deja de ser hermosa, no por sus casas magníficas, sino porque no hay ninguna fea. En general, todas están construídas de ladrillo y habitadas por gatos azules; por lo menos, eso fué lo único que vimos en las ventanas.

El palacio de los duques, donde habita el Legado, es un gran edificio, compuesto de altas torres cuadradas, rodeadas por un foso lleno de agua, aunque está en medio de la ciudad. El patio está pintado al fresco, casi borrado. Allí es donde una compañía de arlequines, es decir, de soldados del Papa, vestidos de verde, amarillo y rojo de pies a cabeza, montan la guardia.

La plaza es el sitio más poblado de la ciudad; la adornan dos estatuas de bronce de la casa de Este, en otros tiempos soberana de Ferrara.

La catedral da a la plaza; contra la costumbre, tiene un viejo y feo pórtico y un interior nuevo de

bastante buen estilo. La han reedificado por dentro, conservando solamente, no sé por qué, un fondo de coro de muy mal gusto. Lo más notable de ver es un *Martirio de San Lorenzo*, de Guerchin, y el epitafio del sabio Giraldis (Lilio Gregorio) (1), que, por las amargas quejas que contiene contra la fortuna, podría servir de suplemento al libro de Pierius Valerianus, *De Litteraturum infelicitate* (2).

La Cartuja merece también ser visitada. Su arquitectura es buena, aunque la falta de colaterales la perjudica. Hay en el refectorio un buen cuadro de las *Bodas de Caná*, por Bonone. El claustro es muy bonito, y las celdas de los religiosos más grandes y más agradables que todas las que he visto en otras partes; duermen en buenas y hermosas camas, y no, como en Francia, en armarios de pino. En lugar de las fuentes que tienen en todas partes en medio del claustro, estos frailes conservan allí las cenizas de Borso de Este, su fundador, metidas en un puchero.

Las otras iglesias dignas de ser vistas son la de los Benedictinos, donde está la tumba del Ariosto (3), con algunos cuadros pasables, y en el refectorio unas *Bodas de Caná*, de un buen ordenamiento. La tumba del Ariosto es de una forma bastante común; su busto está encima, con dos figuras en el frontispicio que me han parecido ser la Verdad

(1) Erudito y poeta latino del siglo XVI.

(2) Valeriano Bolzani.

(3) Se ve ahora en la biblioteca pública; los franceses lo transportaron allí el 6 de junio de 1801, aniversario de la muerte del Ariosto, en 1533.

y la Ficción, aparentemente, para significar que lo mismo ha sobresalido en las ciencias políticas que en las invenciones poéticas, y que no ha sido menos buen ciudadano que poeta.

Su epitafio:

D. O. M.

Ludovico Areosto,

Ter illi maximo atque ore omnium celeberrimo

Vati a Carolo Vº coronato,

Nobilitate generis atque animi claro,

In rebus publicis administrandis, in regendis populis,

In gravissimis ad summum pontificem legationibus,

Prudentia, consilio, eloquentia,

Præstantissimo,

Ludovicus Areostus pronepos.

Además, Santa María *in Vado*, bastante bien dispuesta en cuanto a arquitectura, donde se ven varias curiosas pinturas antiguas, por el Carpaccio, con un techo de Bonone, y, sobre todo, una fachada de capilla hecha en pórtico de iglesia de una arquitectura muy hermosa.

Hay en otros sitios varios cuadros de Guercchin, que he visto muy de prisa y de los que no he conservado memoria clara. Lo mismo me sucede con las casas particulares de la ciudad. Aunque bellas, no lo son bastante para dejarles sitio en este extensísimo diario, y hago salvedad, por merced especial, de un palacio todo en mármol blanco, tallado en punta de diamante, construído por un bastardo de la casa de Este. Mas no olvidaré una plaza muy grande, en medio de la cual hay una estatua de bronce de Alejandro VII, sobre una preciosa columna de mármol.

Partimos de Ferrara el 3. Todo el país está cubierto de árboles con exceso; de modo que desde lo alto no se descubre mas que una llanura verde formada por las cimas de los árboles. La campiña es fértil en los sitios cultivados, que no son tan numerosos como debieran serlo, sin la pereza de las gentes del país y sin los pantanos que forman los desbordamientos continuos del Po en esta comarca, la más baja de Italia. Atravesamos el Reno sobre una calzada a través de estos pantanos. No habíamos casi acabado de hacerlo cuando nos sucedió un segundo episodio, mucho más triste que el primero. El granuja del postillón hostigó imprudentemente a los caballos, sin tener cogidas las riendas, y estos caballos de posta, que son aquí tan vivos como los nuestros pacíficos, arrastraron el coche a lo largo del malecón y lo echaron a todos los diablos desde cincuenta pies de altura al fondo del valle de Marara. El bendito coche encontraba tanto gusto en ir rodando, que yo le veía deshacerse por momentos. En fin, los caballos, los arreos, el coche, las maletas, los portamantas, las alforjas, todo, al llegar al fondo, se encontró reducido a polvo impalpable. Sainte-Palaye, el más bilioso de todos los hombres, me enjaretó un lindo sermón sobre la moderación en los infortunios, con pretexto que mi cólera no remediaría la desgracia. No dejé de creerle después de quedarme ronco de tanto gritar. Loppin estuvo a pique de desolarme con su estoicismo; había encontrado en el fondo del valle cierta arena de su gusto y ocupó a los cria-

dos en limpiar las hebillas de sus zapatos. Le enseñé los restos de sus utensilios para el café ignominiosamente dispersados por la llanura, y se puso furioso. El pobre coche está tumbado por tierra y reducido al último extremo; tratan de arreglarlo, y espero que a fuerza de bálsamo de Fierabrás y de cequíes podremos salvarlo. En esta desgracia, los coches de los criados (porque aquí viajan éstos en coche) nos sirvieron de reconfortante. Llegamos a Bolonia (treinta y cinco millas de Ferrara) como Dios nos dió a entender; y lo dimos por bien empleado, porque es una excelente ciudad, la más bella en cuanto a lo material que hayamos encontrado después de Génova. Diden que tiene cinco millas de contorno; me cuesta trabajo creerlo. A la vista no parece mucho más grande que Dijón, que no tiene mas que dos y media; pero su forma, larga y puntiaguda por los dos extremos, como un huso, la hacen parecer mucho más grande cuando se está dentro, a causa de lo largo de las distancias.

No sé por qué, Génova es la ciudad de Italia más soberbia en monumentos, aunque su arquitectura sea menos buena que en otras muchas. Lo es, sin embargo, en efecto. El número de sus palacios, su extremada altura, y más que todo esto su magnífica situación, le habrán valido esta preeminencia, aunque, de considerar las cosas en detalle, lo que se ve en otras partes, como aquí, por ejemplo, valga mucho más. Recibiréis, sin duda, pronto una amplia descripción cuando haya visto Bolonia con todo el detenimiento que esta villa me parece merecer.

XX.—A M. DE NEUILLY

Memoria sobre Bolonia.

15 *septiembre.*

Bolonia está llena de hermosas iglesias y de bellos edificios particulares, de los cuales bien podré decir algo después de haberos dado una idea general de la ciudad. Está toda edificada, como Padua, con soportales, bajo los cuales las gentes se pasean a cubierto; pero en lugar de los infames soportales que hay en Padua, aquí son anchas y largas calles, lindadas por los dos lados de pórticos abovedados, de un bello relieve, sostenidos hasta donde alcanza la vista por columnas de toda clase de órdenes y por pilastras cuadradas. Aunque el gusto de estas columnas sea unas veces bueno y otras malo, el conjunto de esta uniformidad forma, para mi gusto, el más bello efecto y el mejor entendido que se puede figurar, tanto más cuanto estos pilares sostienen de ordinario casas muy hermosas, todas construídas de ladrillo, según costumbre del país.

La arquitectura es del mismo estilo. Se construye en Lombardía con poco coste, con ladrillos

de forma especial, recubiertos por encima de un cemento muy fino. Esto dura más de lo que se creería, pero infinitamente menos que la piedra, y, a la verdad, sería mejor no emplear semejantes materiales mas que en los lugares a cubierto de las injurias del tiempo. Los pórticos que os digo son muy anchos y están embaldosados; doce personas de frente pueden pasearse a cubierto y a gusto; pero como si no hubiera sido bastante hacerlos por toda la ciudad, han construído otro fuera, que, comenzando en una de las puertas, va subiendo hasta la cima de una montaña bastante alta, a terminar en una pequeña iglesia, muy frecuentada por la gente devota. Este dichoso pórtico no tiene menos de una legua de largo. En el sitio en que termina la llanura, para subir más suavemente a la montaña han tendido una especie de puente, que sostiene un bello peristilo cubierto por una bóveda y que salva muy artísticamente la irregularidad del terreno. Sería una obra digna de romanos si en vez de los feos pilares cuadrados, acoplados, que forman este pórtico, hubieran empleado en él columnas de buen gusto; pero tal como es no es menos sorprendente por su ejecución que por su motivo. El lugar en que termina encierra la verdadera *Madonna*, pintada, según me han dicho, por San Lucas. De éstas hay más de ciento en Italia; pero sostienen que ésta es la verdadera. La llevan solemnemente en procesión una vez al año a Bolonia. Misson pretende que si no la llevaran iría ella sola; me cuesta algún trabajo creerlo. Sin

embargo, bien porque las gentes del país no sean de mi parecer, ya que han construido este edificio para que pueda ir más cómodamente, bien que no hayan tenido en cuenta mas que la comodidad de la procesión, por una u otra de esas intenciones es por lo que han hecho este enorme gasto. Cuesta mucho trabajo conseguir ver a la *Madonna*. Hemos tenido que decir, para tener esa suerte, que habíamos venido en peregrinación ex profeso. Está cubierta por unos postigos guarnecidos de terciopelo, además de una cortina, a través de la cual, por un agujero provisto de un cristal, se la ve pintada en madera y, lo que es peor, detestablemente pintada y muy fea. Tengo demasiada devoción para creer que sea el verdadero retrato de la Virgen; si no me equivoco, habrían hecho mejor, en su obsequio y en el de San Lucas, de hacer honor a éste de una Virgen de Rafael; porque en esta de que se trata no he encontrado el más pequeño vestigio de esa sublimidad que el R. P. Labat exalta en cuarenta páginas. Pero no es éste el solo sitio en que podría tener ocasión de pillar los dedos a este narrador en este mi verídico relato, si no me sintiera inclinado a la indulgencia en su favor por la relación de charla sempiterna que hay entre él y yo.

Volvamos a la ciudad; era salir de ella demasiado pronto. El objeto más visible es la torre *degli Asinelli*, recta y delgada como un cirio. ¡Por mi fe que es otra cosa que la torre de Cremona! Se eleva hasta perderse de vista, y ahora sí que creo

que es la torre más alta o una de las más altas de Europa. Su poco espesor contribuye también a hacerla parecer más elevada, y la torre *Garisenda*, su vecina, a hacerla parecer más derecha. Esta, mucho más gruesa y dos terceras partes menos alta, tiene la ocurrencia de darse aires de inclinación; de suerte que, dejando caer la plomada desde el vértice, va a caer a más de nueve pies de la base. No sé si han hecho esto con intención para asustar a los transeuntes, que creen que va a ponérseles por montera, o si, como otros pretenden, son los restos de una torre, en otros tiempos muy elevada, que, habiendo tenido malos cimientos, se hundió por arriba, mientras que la parte inferior, que tuvo asiento firme, ha permanecido estable. Sea lo que quiera, se va desde allí, por una larga calle, a la plaza Principal, adornada con la más bella fuente de mármol y de bronce que yo haya visto nunca. Es un Neptuno colosal acompañado de cuatro amorcillos montados sobre otros tantos delfines, y más abajo, cuatro grandes figuras de mujeres que arrojan incesantemente agua fresca por los pezones del seno; pero los chorros de agua son tan pequeños y tan finos, que esta bella fuente queda desfigurada; es de dibujo de Juan de Bolonia. No lejos de allí hay otra fuente con las armas de los Médicis, de arquitectura en bajorrelieve. Está muy descuidada y no sé por qué, pues, para mi gusto, es una obra muy bonita, de que nadie ha hablado.

Las principales cosas de la plaza pública son:

1.º Unas montañas de cebollas blancas, ni más ni menos altas que los Pirineos. Hacen aquí de esto un gran comercio; pero no sé si puede igualarse al que se hace en Génova de las setas para España, que se eleva anualmente a 800.000 libras. Lo que os aseguro es que las cebollas de Bolonia son, por lo menos, las hermanas menores de las cebollas de Egipto. Pero hay que decir de paso que me he dejado engañar por mi glotonería al venir a Italia a comer fruta; no vale siquiera la de Francia, salvo las uvas, que son exquisitas. Me prometen que Florencia sostendrá la reputación de Italia en este respecto; eso es lo que habrá que ver.

2.º El palacio público, en que habita el cardinal Spínola, legado. Esta Eminencia es una de las más bellas figuras que yo haya visto; pretende ser Papa algún día, y si el Espíritu Santo fuese hembra, creo que sin dificultad le daría la preferencia. Es, además de esto, muy cumplido, y hemos tenido ocasión de quedar muy contentos de sus maneras en la visita que le hemos hecho. Su persona constituye el más bello ornato del palacio, que no tiene gran belleza, por lo demás. Es un gran edificio macizo, adornado en la fachada con algunas estatuas de bronce y bastante mediano en el exterior, excepto algunas curiosidades de que tendré ocasión de hablar en otra parte.

3.º El viejo palacio, edificado para servir de morada a Enzius, rey de Cerdeña, hijo natural del emperador Federico, que, acudiendo al socorro de los de Módena en tiempo de la célebre guerra mo-

tivada por un cubo de madera, fué hecho prisionero por los de Bolonia y permaneció preso durante veintidós años, hasta su muerte, después de la cual le hicieron, para consolarle, magníficas exequias y un precioso epitafio, que se ve en Santo Domingo. Sin embargo, ¡cuántas gentes consideran todo esto como fábula! En cuanto a mí, estoy seguro que el epitafio es muy moderno y que la arquitectura del palacio en cuestión no es, seguramente, de la época que citan; es cierto que puede haber sido añadido después para su mejor ornato.

4.º La célebre iglesia de San Petronio, edificio con una simple colateral, vasto, noble y sumamente elevado. Habían comenzado un pórtico gótico, que han tenido el buen acuerdo de no continuar. Pueden notarse en la parte de afuera algunas estatuas y bajorrelieves; en el interior, el baldaquino y varias estatuas. Pero lo más principal que hay es la famosa línea meridiana, trazada desde el suelo por Cassini, la cual servirá, mientras exista, de regla a los astrónomos del porvenir para medir la oblicuidad de la eclíptica. Está colocada habitualmente en el sentido de la mayor longitud de la iglesia, pasando oblicuamente entre dos pilastras. La longitud de esta línea corresponde a la seiscienmilésima parte de la circunferencia de la Tierra. Es de mármol, dividida en toda su longitud en dos partes iguales por una raya de color, que marca precisamente el meridiano, y sobre el mármol están grabadas todas las cosas que pueden tener relación con la obra para hacerla perfecta. El sitio de la

bóveda donde está el agujerito por donde la imagen del Sol va a colocarse, precisamente al mediodía, sobre la línea de cobre se había hundido un poco, y se vieron obligados hacia fines del siglo pasado a restaurar la obra. Pasa ahora por ser la más perfecta de todas las que hay de este género, y sus buenas cualidades están inscritas sobre una piedra incrustada en el muro. Me ha chocado ver que ponen los pies encima sin respeto alguno, lo cual borra mucho los caracteres.

Bolonia es el portaestandarte de la pintura de la escuela de Lombardía, como Venecia lo es de la escuela veneciana. Aquí es donde están todas las obras maestras de los Carrachos, del Guido, de Guerchin, del Albano, etc. Los pintores de Bolonia sobresalen, a mi juicio, en los frescos, aunque no haya aquí cuadros del mérito de dos o tres obras que hay en Venecia. En general, hay mayor número de buenos maestros y, por consiguiente, de buenas obras. Ponen su empeño, sobre todo, en dar, más aún que los venecianos, furiosos bofetones al restaurador de la pintura, Cimabué, y a su historiador, Vasari. Según ellos, el Cimabué es un botarate, y el Vasari, un ignorante. En su ciudad, y no en Venecia ni en Florencia, es donde se ha conservado el arte, y para probarlo muestran gran número de Madonas pintadas al fresco, horriblemente mal, sobre viejas paredes, y aseguran bajo fe de boloñeses que están pintadas antes del año 1000. Pero, a decir verdad, a fuerza de querer hacer buena su causa, lo echan a perder, mostran-

do tan enorme cantidad de cuadros de esa edad, que es imposible que los antiguos historiadores de la pintura hubiesen ignorado su existencia. Además de esto, hay algunos de estos cuadros demasiado bien pintados para ser de la época en cuestión (entre paréntesis, la *Madonna* de San Lucas, que han escogido entre estos lienzos sin valor para que haga milagros, no es de las que pecan a este respecto). Creo, pues, que la escuela lombarda, habiendo comenzado muy tarde a distinguirse, se trabajaba ya bastante bien en otras partes cuando aquí aun no se hacían mas que cosas míseras; y en cuanto a la antigüedad, el proceso de los venecianos es el que me parece fundado en datos más auténticos.

El motivo que tuve para pasar tan de prisa en mis notas sobre los cuadros de Venecia debería impedirme decir nada de los de Bolonia, ni de los de las demás ciudades, donde hay una inmensa cantidad. La supresión de las pinturas llevaría también a la de las estatuas y, por consiguiente, a la descripción de los edificios; pero no puedo decirme a hacer una San Barthelemi tan general. He aquí algunas cositas sobre los monumentos públicos y particulares y sobre los principales objetos de arte que encierran.

Los edificios públicos más notables, además de los de que ya os he hablado, son la Aduana, por Tibaldi; San Pedro, catedral nueva, por Magenta, de orden corintio magnífico; pero los arcos están desmesuradamente elevados y han querido conservar el fondo del coro, que está demasiado reba-

jado en relación con el resto; San Juan, al lado del cual hay un bello pórtico dórico y otro, mayor, jónico en la parte de adelante, cuyo diseño se continúa en la parte de adentro; el Salvador, la más bella iglesia de todas, aunque poco grande; su arquitectura corintia, por Mangenta, puede rivalizar con la antigua arquitectura griega y romana. He encontrado en esta iglesia una tumba y un epitafio de un Montmorency, barón de Nivelles, muerto en 1529. No sé si le conoce nuestro genealogista. San Pablo, buen pórtico, iglesia limpia, con pilastras corintias. La capilla de los Padres del Oratorio, obra admirable de Torregiani, donde los adornos están distribuidos con tanto gusto, que su gran cantidad no altera la sencillez del edificio. El Corpus Domini, otra capilla muy noble. Jesús y María, bonita pequeña iglesia de religiosas, donde hay excelentes estatuas de Brunelle. San Francisco, muy hermoso convento. Santo Domingo, que alaban mucho y que no me gusta apenas. Otro tanto digo de la capilla famosa donde reposa el cuerpo del santo fundador en una tumba de mármol blanco, acompañada de estatuas, una de ellas de Miguel Angel. Son precisos muchos más misterios para ver al buen padre jacobino que duerme allí dentro que para ver la *Madonna*; no le enseñan mas que en presencia del Senado reunido y de la guardia suiza formada. El convento de los dominicos es bello. Se hace un gran elogio de su biblioteca; el vestíbulo, en verdad, es magnífico; la nave, pasable; en cuanto a los

libros, que el diablo me lleve si he visto uno bueno. Tienen, dicen, un manuscrito de la propia mano de Esdras. Este mira al Evangelio de San Marcos, que ponderan los venecianos, como a un galán joven; pero le enseñan todavía menos que el cuerpo de Santo Domingo.

No sé por qué los conventos de Bolonia pasan por ser los más hermosos de Italia: es una injusticia manifiesta que se hace a los de Milán, que valen, por lo menos, tanto como éstos, excepto, no obstante, el de San Miguel de Bosco, fuera de la ciudad, del cual nunca se dirá todo lo bueno que es, aunque no fuera mas que por su admirable situación sobre la primera colina del Apenino. Desde lo alto de un terrado que sirve de entrada a la casa se divisa a vista de pájaro toda la ciudad, edificada al pie de la colina, y se descubre por un lado montañas cubiertas de bosque, y por el otro, las llanuras de Lombardía, unidas como el mar. El interior del convento está construído y decorado lo mejor posible, sobre todo por un patio en columnatas de una factura excelente, cuyos muros están todos pintados por mano de los Carrachos y del Guido. Desgraciadamente, estas pinturas se están echando a perder cada día más, hasta el punto que apenas si podrán durar más allá de cincuenta años. Me han llamado también la atención los claustros del huerto, el gran edificio donde hospedan a los extranjeros, la nave de la biblioteca, bella, bien decorada, acompañada de los magníficos salones y provista de buenos libros; y,

en fin, en la iglesia, sillas de coro de madera tallada, mejor trabajadas que ninguna de las que me han hecho admirar hasta ahora.

Esto es, creo, lo que hay mejor en edificios públicos, a lo cual no añadiré mas que una palabra sobre las escuelas públicas, que constituyen edificios bastante grandes, cuyo claustro está lleno de monumentos erigidos en honor de las gentes que se han distinguido en esta Universidad o que la han hecho algún beneficio. Todo ello muy pintarrajeado, unas veces bien y otras mal; pero hay dos cuadros de gran mérito, uno de ellos al fresco, imitación de un monumento de mármol blanco tan perfecto, que hay que pasar varias veces la mano para convencerse de que no está en relieve; el otro es de la señorita Muratori, para el decorado de la tumba de su padre. La parte más bella de las escuelas (*scuole*) es el teatro de Anatomía, de Antonio Levante; es una pieza soberbia, hecha en anfiteatro, donde se sientan los espectadores. Hay estatuas y bustos de madera de los anatomistas y de los más célebres físicos de Bolonia, entre los cuales reconocí con satisfacción a mi amigo Malpighi (1). Todo esto está muy bien, y los boloñeses tienen razón de mostrarse orgullosos.

En cuanto a las casas particulares, notad en el palacio Caprara un patio y una escalera bastante buena; pero sobre todo una galería, especie de pequeño arsenal, que es una verdadera alhaja,

(1) Célebre anatomista.

adornada con terciopelo verde, sobre el cual están puestos trofeos de toda clase de armaduras turcas, orientales o antiguas, dispuestas con toda la riqueza y todo el gusto posible. Unas vitrinas colocadas todo a lo largo de la galería, a uno y otro lado, contienen gran número de cachivaches curiosos, medallas, bronce, condecoraciones, monedas orientales, y principalmente los despojos de la tienda de campaña del general húngaro Tekeli, cuando fué derrotado por el mariscal Caprara, cuya estatua en bronce forma el fondo de la galería.

En el palacio Fantuzzi, una fachada magnífica, de orden dórico y jónico, y, lo que es peor, las columnas están todas talladas en especie de punta de diamante, lo que produce un efecto muy singular. Canali es el arquitecto, y creo que es un francés el que ha hecho la soberbia escalera de orden compuesto que hay en el interior.

El palacio Magnani, bello trabajo de Tibaldi. El palacete Malvezzi. Otro más bello, de Miguel Angel Buonarotti (ya veis que no os menciono efectos de contrabando), sin hablar de Ranuzzi, que alaba su escalera de Monti, que muestra el cordón azul de su tío..., de Aldrovandi..., del Ercolani..., del duque de Módena y de otros muchos que merecen ser vistos por un motivo o por otro.

He guardado para lo último la principal cosa que hay en la ciudad y una de las más curiosas que haya en Europa. Es el Instituto o Academia de las Ciencias, establecimiento formado hace poco por el célebre conde Fernando de Marsigli. Esto

merece mucho detalle, y lo tendréis. La misma cantidad de cosas que comprende creo es más admirable que el orden en el cual están dispuestas, y lo que es más sorprendente es que todo esto es obra de unos particulares, que acometieron la empresa hace unos veinte años. He aquí, pues, de una manera bastante sucinta el catálogo de lo que lo compone, después de haberos dicho que el edificio es, como es natural, muy vasto y de una bella arquitectura al estilo de Tibaldi.

Un pequeño salón lleno de inscripciones y de monumentos antiguos.—Una academia de dibujo del natural.—Salas conteniendo modelos y copias de estatuas antiguas.—Dos salas para la Academia de Arquitectura, llenas de modelos de la arquitectura antigua.—Habitaciones llenas con los premios alcanzados por los alumnos de arquitectura, dibujo y grabado, con las planchas de cobre.—Sala de química.—Sala de geografía y de marina, conteniendo todos los mapas terrestres y marítimos, los libros que de ello tratan y las diferentes especies de barcos, efectivamente fabricados en pequeño.—La biblioteca, que, aunque bastante numerosa, no está todavía suficientemente formada.—Sala donde todos los fenómenos, meteoros o sitios especiales de la tierra están pintados en pequeños cuadros.—Sala que contiene una serie universal de todas las plantas marinas conocidas, esponjas, corales, madréporas, y, en fin, originales de todo lo que el general Marsigli ha recogido en los trabajos inmensos que ha hecho durante tantos años en e

fondo del Mediterráneo.—Sala de los metales, con una serie completa de las piedras de minas, metales, minerales, imanes, marcasitas, arenas, guijarros, yeso, dendritas, sales, azufres, ámbares, betunes, alumbres y otros fósiles de toda especie.—Salas de los vegetales, con una completa colección de madera, hojas, flores, frutos, hierbas, raíces, cortezas, setas y otras tuberosidades, petrificaciones de vegetales y semillas de todas las especies imaginables.—Salas de los animales, con la serie completa de las conchas, perlas, peces de mar, orugas, mariposas, moscas, gusanos, escarabajos y otros insectos, tanto de Europa como de América; nidos de moscas, serpientes, lagartos, cocodrilos y toda especie de reptiles de Africa y de las Indias; huevos de pájaros y de serpientes; aves y plumas de toda especie; picos, cuernos, astas; cabezas de grandes animales; piedras engendradas en los animales; fetos de animales y de hombres; monstruos de los unos y de los otros; piedras efectivas tomadas por partes de animales o por petrificaciones reales de ellos. En este lugar es donde ha sido transportada la colección de la señorita de Merian, que contiene todos los insectos y reptiles que fué a buscar y a dibujar en Surinam.—Salas de las piedras, con una colección de piedras, mármoles, jaspes, ágatas, lapislázuli, ónices, amatistas, turquesas, ópalos, zafiros, esmeraldas, rubíes, diamantes, etc.

Por estos detalles podréis juzgar si la Historia Natural está bien completa en este lugar, y, en

verdad, todas las otras partes no llegan, ni con mucho, a estar tan perfectamente llenas como ésta, de lo cual no podía acabar de asombrarme. Todo esto está dispuesto en un orden perfecto en armarios de cristal, y no hay pieza; por pequeña que sea, que no tenga una etiqueta con el nombre y una corta descripción de la cosa, con la cita del libro donde se podrá encontrar la historia completa. ¡Oh mis buenos amigos, cuánto os divertiréis en curiosear en este sitio! En cuanto a mí, quería traer mis muebles y establecerme aquí.

Salas de anatomía, que contienen las diferentes clases de disecciones figuradas y contenidas en armarios de cristal.—Salas de antigüedades, estatuas, ídolos, medallas, pesos, urnas, lámparas, lacrimatorios, bronces.—Salas de física experimental, conteniendo los microscopios, máquinas neumáticas y toda la multitud de vasos e instrumentos necesarios para este objeto. Hay también una piedra imán bastante pequeña que levanta cuarenta y dos marcos.—Sala de fortificaciones, conteniendo planos en papel o en relieve, armaduras y máquinas de toda especie que sirven para la guerra.—Sala de mecánica, con los instrumentos de las diversas artes y oficios.—Salas de astronomía, en que se ven las esferas, globos, cuadrantes, mapas celestes europeos y chinos, etc. En fin, la torre del Observatorio, con sus telescopios.

Este Instituto tiene un buen número de profesores para las diferentes artes o ciencias. He trabado conocimiento con los mejores, que saben algo más

que su oficio, puesto que son gentes de sociedad y galantes con las damas; son Beccari, químico, y Zanotti, astrónomo (1).

No hay que olvidar a la señora Laura Bassi (2), profesora de Filosofía, la cual ha sido aprobada y ha conquistado la borla de doctor en plena Universidad. Así es que viste la toga y la hermida cuando va a dar lecciones públicas, lo que no sucede sino rara vez y en ciertos días solemnes únicamente, porque se ha estimado que no era decente que una mujer mostrarse así todos los días a cualquiera que llegue las cosas ocultas de la Naturaleza. En cambio, se celebran de vez en cuando en su casa conferencias filosóficas. Una tarde asistí yo, y tuve, como en Milán, que desenroñar mi viejo latín para disertar sobre el imán y sobre la atracción singular que tienen los cuerpos eléctricos. No vayáis por eso a creerme un doctor; no es necesario poseer mucha ciencia en semejantes ocasiones, donde no se trata mas que de poner de relieve la habilidad de vuestra interlocutora y no de demostrar la propia, lo que me hubiera sido muy difícil. La señora Bassi tiene ingenio, se expresa con facilidad; pero, con todo eso, no cambiaría por ella a la joven de Milán (3).

(1) Zanotti (Francisco María) era secretario del Instituto de Bolonia.

(2) Nacida en Bolonia en 1711, muerta en 1778. Se había casado con el médico Veratti.

(3) La señorita Agnesi.

XXI.—A M. DE BLANCEY

Continuación de la estancia en Bolonia.

18 *septiembre.*

¿No estáis aún cansados, mis queridos amigos, de las largas descripciones que os hacía el otro día? ¿No tendré nada más divertido para vosotros y para mí? ¿Nada más animado que deciros? Por ejemplo, hubiera debido, antes de entrar en detalles de lo que contiene la ciudad, daros una idea general de ella: deciros que es rica, comercial, bastante poblada; que el Papa no puede sacar de ella mas que tributos muy escasos; que se gobierna, en una especie de forma republicana, por senadores procedentes de la nobleza, a cuya cabeza está un primer magistrado, llamado Gonfalonero, que habita en el palacio público lo mismo que el Legado, y, lo que es más singular, que la ciudad tiene embajadores en Roma como un Estado extranjero. Pero hace mucho tiempo que habéis debido advertir que yo pertenezco al regimiento de Champaña, que no le importa nada el orden, y que hago como el amigo Plutarco, que relata algu-

nas veces la muerte de las gentes antes de haber hablado de su nacimiento.

No podréis figuraros cuánto abundan aquí los perros; no se ve otra cosa por las calles; tendréis una muestra. Es un gran perro, que liberalmente me ha tomado por su dueño; lo destino a madame de Blancey, como sucesor de ese bribonzuelo de Migret, que goza el honor de su caricias y de tantas otras preferencias mal empleadas. Le suplico, pues, que tenga cariño a esta ciudad, tanto a causa del buen perro y de los buenos salchichones, de los que como en abundancia gracias a él, como por el buen trato que recibimos de todo el mundo. No hemos encontrado todavía ciudad en que los extranjeros se encuentren tan agradablemente y donde el convivir de las gentes fuese tan cómodo.

La ciudad está dividida en dos facciones: la francesa y la alemana. El conde Rossi y su mujer, celosos partidarios del genio francés, nos han colmado de todas las atenciones imaginables y nos han hecho conocer a muchas damas muy simpáticas, en cuyas casas el acceso es fácil y la conversación agradable. Las mujeres son aquí excesivamente listas, pasablemente bonitas y mucho más que coquetas; espirituales, se saben de memoria sus buenos poetas italianos y casi todas hablan francés. Citan a Racine y a Molière, cantan aires de flautilla, juran por el diablo y no creen en él. Tienen una costumbre que me parece la mejor y la más cómoda del mundo: la de reunirse todas las

tardes en un local destinado a eso solo, y que no pertenece a nadie, puesto que nadie tiene el fastidio ni el trabajo de hacer los honores. Hay sólo ayudas de cámara a sueldo, que se cuidan de dar todo lo que es necesario. Allí se hace todo lo que agrada, ya sea conversar con el amante, o cantar, bailar, tomar café o jugar. La primera y la última de estas ocupaciones son las que he visto practicar más corrientemente; pero cuando han jugado y perdido, lo que oscila ordinariamente entre cincuenta sueldos y un escudo, es de mal tono pagar al que ha ganado. Los criados llevan el registro, y dos días después os presentan la cuenta de la antevíspera.

Cuando no vamos allí, vamos Sainte-Palaye y yo a pasar la velada mano a mano con el cardenal arzobispo Lambertini, hombre muy campechano, que nos cuenta anécdotas de muchachas alegres o de la corte de Roma. He tenido cuidado de retener algunas en mi memoria, que me servirán en ocasión oportuna. Le gusta sobre todo contar o aprender anécdotas referentes al señor Regente y a su confidente, el cardenal Dubois. Me dice algunas veces: *Parlate in poco di questo cardinalie del Bosco*. Le he referido todas las anécdotas que yo sabía de él, y he vaciado el fondo de las alforjas. Su conversación es muy agradable; es un hombre ingenioso, muy alegre y al corriente de la literatura. Tiene la costumbre de emplear en la construcción de sus frases ciertas partículas expletivas poco cardinalicias: se parece en esto, como en todo lo

demás, al difunto cardenal Le Camus (1), aunque, por lo demás, es hombre de excelentes costumbres, muy caritativo y muy asiduo en sus deberes de arzobispo.

El primero y el más esencial de todos los deberes es ir tres veces por semana a la Opera. No es aquí donde está esa Opera. Realmente no iría nadie; eso sería demasiado burgués; pero como está en un pueblo a cuatro leguas de Bolonia, es de buen tono no faltar. ¡Dios sabe si los petimetres y las petimetras dejan de enganchar cuatro caballos de posta a una berlina y de ir volando desde todas las ciudades vecinas como a una cita! Es casi la única Opera que hay ahora en Italia que no funcione apenas mas que en Carnaval. Para una ópera de pueblo es bastante pasable. No es que haya ni coros, ni bailes, ni poema soportable, ni actores; pero la música italiana tiene tal encanto, que cuando se escucha no desea uno otra cosa en el mundo. Sobre todo hay un bufón y una bufona que representan una farsa en los entreactos de una naturaleza y de una expresión cómica que no pueden ni

(1) Obispo de Grenoble, muerto en 1707 a la edad de setenta y cinco años. Llevó primero una vida escandalosa en la corte, donde era limosnero del rey (1670); luego vivió de una manera ejemplar en medio de su rebaño. Cuando este prelado fué nombrado Cardenal, puso sobre su cabeza el birrete rojo que el Papa le había enviado por un correo sin pedir autorización a Luis XIV. El rey se mostró muy irritado de este acto de independencía y no se lo perdonó. Nunca le permitió salir de su diócesis. Como alguien dijera al Cardenal: «Ahora vais a salir de vuestras hortalizas» (porque no se alimentaba mas que de legumbres desde su penitencia), contestó: «¿Mis queridas legumbres dejarlas? No, nunca; las debo demasiado», haciendo alusión a la dignidad de Cardenal, con la cual el Papa había querido recompensar su alta piedad.

pagarse ni imaginarse. No es verdad que se pueda morir de risa, porque de seguro que me habría muerto, a pesar del dolor que sentía, porque la dilatación de mi bazo me impedía sentir todo lo que hubiera querido la música celeste de esta farsa. Es de Pergoleso. He comprado, sobre el pupitre mismo, la partitura original, que voy a llevar a Francia.* Por lo demás, las escenas se colocan allí muy a gusto; conversan o, por mejor decir, gritan durante la representación desde un palco a otro; se ponen de pie, dan palmadas gritando: «¡Bravo!, ¡bravo!» Respecto de los hombres, son más moderados; cuando termina el acto y les ha gustado, se contentan con chillar hasta que vuelven a empezar. Después de lo cual, hacia las doce de la noche, cuando la ópera ha concluido, se vuelven a su casa en amor y compañía, a menos que prefieran cenar, antes de retirarse, en cualquier fonducho

Las linternas de los coches no se colocan como en nuestro país, sino en una venda en la frente de los caballos, lo que me parece más cómodo de todas maneras. Sin embargo, las obras piadosas no se echan en olvido, y he visto siempre a la señora de Marsigli ir a recoger limosnas a la Opera para las luminarias de la parroquia.

La Opera y el violinista Laurenti, célebre virtuoso, es todo lo que hemos visto en materia de música en Bolonia, aunque esta ciudad es el gran seminario de la música de Italia; pero no hemos llegado en buena ocasión. La Cazzoni está en Viena; la Pernozzi y Cafferello han ido a España a la

boda del infante, y Farinelli, el primer castrado del universo, vive en este país definitivamente. Tiene, ya del rey, ya de la corte, además de alimentado, bebido y llevado en carroza, más de 80.000 libras de renta; eso se llama vender sus efectos algo caro, sin contar con que el rey le ha dado carta de nobleza para él y *toda su posteridad*.

Se me olvidaba decirnos que al ir a la Opera nos desviamos un poco para ir a ver el famoso islote del riachuelo Lavinus, en el cual los triunviros permanecieron, en presencia de sus ejércitos, tres días y tres noches ocupados en repartir el universo. El río no representa bastarte dignamente haber merecido ser el teatro de una escena tan grande. Es un torrente de la fuerza de Suzon (1). No he podido juzgar de la grandeza de la isla, que ya no lo es, pues uno de los brazos del torrente está ahora completamente seco. Hay en la plaza un mal pedazo de pirámide con una inscripción moderna más mala todavía. Me senté allí gravemente, y, como otro Augusto, haciendo la partición del mundo, os cedí el Egipto, porque vuestras grandes narices os dan un parecido con Marco Antonio, a condición, no obstante, de dar una parte a Gehannin (2), que se parece a Marco Antonio por otra cosa bastante distinta de la nariz.

Según la buena costumbre que tienen los italianos de no ahorrar los pasos a los viajeros, nos han

(1) Pequeño río que atraviesa Dijón.

(2) Gehannin de Chamblanc, consejero en el Parlamento de Dijón, amigo de Piron.

enviado a algunas leguas de la ciudad a ver una casa de campo de los Albergati, llamada por excelencia Sala, a causa de un salón que hay y que, efectivamente, es digno de verse por su aire de grandeza y su construcción singular. Tiene el aspecto de un templo, y apenas si es menos elevado que una cúpula de iglesia. Cuatro filas de columnas jónicas, en tres pisos, uno sobre otro, cierran el cuadro, acompañadas de cuatro colaterales elípticas, de tres pisos igualmente, los dos últimos formando dos especies de tribunas o corredores. Cuatro grandes caballos en los ángulos sostienen un cintro abierto y recubierto de una cúpula que hace la techumbre. Estaría esto a maravilla si este lugar no fuera demasiado estrecho en proporción a su altura y demasiado obscuro, pues la luz no entra mas que por las colaterales, a través de pequeñas ventanas. El salón distribuye todas las habitaciones, que, aunque bastantes espaciosas, están completamente abrumadas por este gigantesco preámbulo. No faltan los frescos en los techos; hasta hay algunos dignos de llamar la atención. Se sube a los corredores de arriba por una escalera muy recta y muy estrecha. El arquitecto, para remediar este inconveniente, ha imaginado muy hábilmente construirla con escalones interrumpidos verticalmente por el centro. Es decir, que la mitad de la derecha del primer escalón es una vez más alta que la mitad de la izquierda, y así todos hasta arriba, mediante lo cual, teniendo cada piso, alternativamente, una mitad de delantera para pa-

sar al otro, no se nota apenas lo empinado de la escalera. De esta manera se sube bastante cómodamente; pero al bajar hay que tener mucho cuidado para no romperse la crisma. Encima de la cúpula hay un terrado exterior, desde donde se divisa muy a lo lejos largas avenidas de árboles en forma de juego de damas, recargados de viñas, que trepan por ellos. No puede verse nada más agradable. Las viñas que rodean a las ramas dan a los árboles un aspecto extraño muy curioso: se les tomaría por palmeras.

Me asombra mucho que las más hermosas ciudades que haya hasta ahora visto en este país no tengan paseos públicos que valgan los de nuestros más pequeños pueblos. El lugar donde se pasea aquí la gente es inferior; sin embargo, a falta de otro, es muy frecuentado todas las tardes. No puedo digerir esta manera de pasearse en coches que van en fila uno detrás de otro, sin adelantar ni retroceder. Los trenes son bastante numerosos en Bolonia, pero hay pocos de buen gusto, pues la mayor parte están fabricados en Italia o Alemania. En cambio, los caballos son buenos y muy maliciosos.

En cuanto a la manera de vestirse, las mujeres visten a la francesa y mejor que en ninguna otra parte. Las envían diariamente grandes muñecas vestidas de pies a cabeza, a la última moda, y no llevan adornos que no los hagan venir de París. Los burgueses llevan el jubón negro, la casaca lo mismo, un manto, un cuello de media vara de lar-

go y una peluca trenzada. Las mujeres del pueblo, cuando salen se envuelven de la cintura abajo en una pieza de tafetán negro, y de la cintura para arriba, incluso la cabeza, con un feo velo o banda de análoga tela, que les oculta el rostro. Es un verdadero populacho de fantasmas.

En fin, hemos tenido que abandonar esta bendita Bolonia; he dejado al marchar mi corazón y mis pensamientos a la marquesa Gozzadini, que tendrá cuidado, hasta mi vuelta, de conservarlo preciosamente para la querida dama, mi buena amiga, a la cual pertenece de derecho hace ya tanto tiempo.

XXII.—A M. DE QUINTIN

Observaciones sobre algunos cuadros de Bolonia.

Bolonia, 19 septiembre.

En casa Sampieri.—*Apoteosis de Hércules*, techo de una grandísima fuerza, figuras verticales; Luis Carrachio.

Danzas de niños, del Albano. Son amorcillos que se regocijan por el rapto de Proserpina. Invención agradable; cuadro delicado y de buen colorido.

Gigante herido por el rayo, de Aníbal Carrachio; fresco de un gran vigor.

La Santa Cecilia de Rafael, copiada por el Guido. Puede juzgarse qué adoraciones merece Rafael viendo una copia de mano de tan gran maestro y tan inferior al original.

San Pedro y San Pablo, por el Guido; superior a todo elogio por el dibujo y por el colorido.

Agar expulsada, por Guerchin. Anotad las excelentes expresiones, sobre todo la disposición y el aire de la cabeza de Sara.

En casa Zambecari.—*Cristo escarnecido*, de Guerchin; de su manera vigorosa.

Lot y sus hijas, del mismo; admirable.

Judith cortando la cabeza a Holofernes, por Miguel Angel de Caravachio; composición y expresión únicas. Anotad el horror y el espanto de Judit, las horribles contorsiones de Holofernes, la sangre fría y la maldad de la acompañante.

Muerte de Didon, fresco altanero y sabio de Aníbal Carrachio.

San Francisco, por el Dominiquino; obra maestra de verdad, de dibujo y de fealdad.

En casa Ganara.—*La Virgen dando de mamar al niño Jesús, Salomón con su amante*; milagros del arte uno y otro por la disposición y el colorido, por el Guido. El primero, noble y natural; el segundo, fino y rebuscado.

En casa Aldrovandi.—*El Amor durmiendo*, por el Guido; excelente.

Santa Familia, por Rafael; no hay más que decir.

Un combate, por Miguel Angel el de las batallas; es el tercer Miguel Angel; el cuarto es Miguel Angel el de las flores. No hablo de los otros dos, Buonarrotti y Caravage, que son bastante conocidos.

En los Padres del Oratorio.—*Una Virgen*, pintada, dicen, en 1300, *Si credere fas est*.

La Sagrada Familia y los ángeles, famoso cuadro del Albano y una de sus más hermosas obras. La figura del Niño es de una belleza acabada. En la capilla anotad el buen gusto de los ornamentos, cuya profusión no altera la sencillez del edificio.

Jesucristo mostrado al pueblo, de Luis Carrachio; fresco excelente por la belleza del dibujo y la habilidad del pincel.

En Jesús y María.—*La Circuncisión*, de Guerchin; perfectamente bello; además, pretenden que Guerchin pintó este cuadro en una sola noche, a la luz de las antorchas.

En Santiago el Mayor.—*El matrimonio de Santa Catalina en presencia de San José y de los dos Santos Juanes*, de Imola. Este cuadro, que tiene mucha reputación, no estaría muy por encima de lo mediocre sin la figura completamente rafaélica de San Juan.

En San Fabián.—*La Virgen con su Niño, la Magdalena y Santa Catalina*, del Albano. Es una de sus más bellas obras; la ha ejecutado con una gran factura, como no acostumbra, y que hubiera debido emplear siempre que tratase grandes asuntos.

En San Gregorio.—El famoso cuadro de *San Jorge combatiendo al dragón*, una de las obras maestras de Luis Carrachio. Se advierte que tiene algo de la factura de Rafael y de la del Parmesano.

En San Nicolás y en San Félix.—*Un Cristo en la cruz con San Petronio* y otros. Este cuadro es curioso, por ser la primera obra de Aníbal Carrachio. Es bueno, pero endeble, y está muy lejos, como es fácil creer, de la perfección y de la seguridad que Aníbal adquirió después.

En Santa Margarita.—*Santa Margarita y el dragón*, de Parmigianino. Este cuadro, la obra maestra del autor, merece un lugar de primera clase entre los cuadros de caballete. La perfección del dibujo, la expresión, la suavidad, la gracia, todo

es de un valor inestimable; es una manera rafaélica exquisita; Rafael mismo no lo habría hecho mejor.

En Santa Inés.—El martirio de Santa Inés, excelente obra del Dominiquino. Este cuadro es de primera clase; lo considero poco inferior al *San Jerónimo* del mismo autor, tan celebrado, con razón, por De Piles.

En San Antonio.—*Predicación de San Antonio a los eremitas*, de Luis Carrachio. Perfectamente bello, prodigiosamente fuerte y sabio. La figura del Santo es de una gran belleza, y el paisaje merece mucho elogio.

En San Pablo Mártir.—*La Transfiguración*, famoso cuadro de Luis Carrachio. Composición, actitudes, expresión verdaderamente sublimes; pero los trajes son rígidos y el color muy descuidado.

En San Juan del Monte.—Una *Madonna* pintada en la pared. Los boloñeses pretenden tener pruebas escritas de que esta pintura es anterior al siglo XI; si es verdad, sería excelente para ser de aquel tiempo; pero este hecho es poco verosímil.

En San Miguel del Bosque.—Anotad el bello claustro octogonal, de una insigne y noble arquitectura, por Fiorini. Luis Carrachio y sus discípulos han pintado al óleo, sobre la pared del claustro, la vida de San Benito y la de Santa Cecilia. El tiempo y la humedad arruinan casi por completo estas hermosas obras, cuya pérdida es verdaderamente sensible.

Anotad en el cuadro de *Los presentes ofrecidos a*

San Benito, por el Guido, las estatuas que sostienen las columnas y la cabeza de mujer cubierta por un turbante, tan bella y tan graciosa, conocida con el nombre de la *Turbantina*, del Guido, y de la cual se ven tantas copias por todas partes.

En los Cartujos.—*Predicación de San Juan Bautista en la orilla del Jordán*, de Luis Carrachio. Cuadro de primera clase, a mi parecer, y, de todos los de Carrachio, el que me ha causado más admiración. El atrevimiento y la facilidad del pincel, la belleza del color, la composición del paisaje, todo, en fin, es excelente.

En el Instituto.—Tibaldi y Dell'Abate han pintado el interior; el primero es excelente por el dibujo y las actitudes; el segundo, notable por la belleza de su color.

En los Mendicantes.—*San José pidiendo perdón a la Virgen por haber sospechado de su fidelidad*, por Tiarini. Me sorprende que este pintor no sea nada conocido en Francia y que ninguno de los escritores de vidas de pintores haya hecho mención de él. Alejandro Tiarini, boloñés, discípulo, así como el célebre Luis Carrachio, de Próspero Fontana, merece ser colocado en la tercera clase de los pintores. Tiene grandes defectos, es casi siempre seco y triste, su color es detestable, y su dibujo, aunque correcto, tiene rigidez y es algo bárbaro; pero sobresale en la invención, la composición y el ordenamiento. Es exacto en conservar la unidad de acción y traza sus caracteres de modo que la vista de sus cuadros causa siempre emoción a los espec-

tadores. Su *Milagro de Santo Domingo* es admirable en este respecto. En una palabra: ningún pintor tiene más espíritu que él en sus obras; pero abusa a veces, como en el cuadro de que se trata. Se ve en él a San José de rodillas, con aire conmovido, ante María, que está de pie y muy adelantada en su embarazo. Ella le habla con dulzura mostrándole con la mano el cielo, cuya voluntad suprema la ha elegido para contribuir a la salvación del género humano. Todo iba bien hasta aquí; pero cinco o seis angelitos que hay en la habitación detrás de San José se ríen y le señalan, mientras que otro ángel, mayorcito y más razonable, les hace señas de callarse, temiendo que San José lo advierta.

Comparad ahora este cuadro con el del *Milagro de Santo Domingo resucitando a un niño en la cuna*, Las figuras de este cuadro son Santo Domingo, otro fraile compañero suyo y otro asistente; el padre, la madre y el niño, que está echado sobre una mesa, en torno de la cual están colocados todos los personajes. El momento de la acción es aquel en que el niño, volviendo a la vida, comienza a moverse y a abrir los ojos. Santo Domingo no tiene otro carácter que el que podría tener el de un hábil cirujano que hace una operación ordinaria a la cual está acostumbrado. El fraile, su compañero, mira todo aquello con el aire de un hombre que está seguro de antemano del buen éxito por haber visto ya frecuentes ejemplos; el otro asistente parece estar embargado por una gran sorpresa; el

niño, al abrir los ojos, los ha vuelto hacia la madre. La ve, sonrío y comienza a tenderle los brazos. La alegría increíble que tiene la madre al ver a su hijo vuelto a la vida no deja sitio en su alma para ningún otro sentimiento; no piensa en el Santo ni en el milagro, y se arroja delirante sobre su hijo, mientras que el primer movimiento del padre, más prudente y reflexivo, es caer de rodillas ante Santo Domingo.

Tengo yo un cuadro de *Angélica y Medor grabando sus nombres en la corteza de un árbol*. El autor no me es conocido a punto fijo. Todos convinimos en que es de la escuela de Bolonia. Monsieur de Saint-Germain, gran conocedor de estas cosas, cree que es del Tiarini, con lo que no puedo estar conforme, aun cuando encuentro en él el aspecto y los aires de cabeza de Tiarini, pero no la sequedad de su dibujo y de su color. Mi cuadro es, por el contrario, muy blando y muy agradable en una y otra de estas partes. He sospechado que fuera del Cavedone, o acaso también de Luis Carrachio; pero hay que reconocer, en este último caso, que no sería una de sus mejores obras. Luis Carrachio es seguramente un pintor de gran mérito. Si se exceptúan Rafael y el Corregio, no conozco grandes maestros que le sean superiores ni que hayan reunido en el mismo grado más partes de su arte, ya se considere su dibujo y su color, ya se atienda a la cantidad de sus obras y a la variedad de su composición. Tiene más mérito por haber formado la escuela de Bolonia, la más agradable

de todas, a mi parecer, y la que ha producido el mayor número de famosos artistas: Aníbal y Agustín Carrachio, los dos Guido (Reni y Cagnacci), el Dominiquino, el Caravagio, Guerchin, el Albano, el Gessi, Cavedone, Sementi, etc. Luis Carrachio es menos célebre que Aníbal, porque no ha trabajado nunca fuera de su país; pero en Bolonia, donde todo está lleno de sus obras admirables, se le considera con razón como el jefe de toda la escuela de Bolonia. No es siempre fácil conocer su estilo; este Proteo de la pintura, buscando sin cesar de inventar algo nuevo, lo ha variado de cien maneras diferentes. Se juraría, por ejemplo, que su hermoso cuadro que hay en las Convertidas es una obra del Guido. Sin embargo, aunque sea una de sus mejores obras, el Guido le ha sobrepujado todavía en este estilo; pero no creo que ninguno mas que Rafael haya jamás superado a Luis Carrachio en el gran conocimiento del arte.

Job recobrando la posesión de sus bienes, una de las más bellas obras del Guido, de una gracia, de una dulzura, de una blandura de pincel que no puede expresarse. Hay, entre otras, la figura de un paje, exquisita y graciosa.

Santa Ana, a quien el Cielo revela la gloria de la Virgen María, de Cese. La parte alta del cuadro es mediocre; pero la figura de Santa Ana es de primer orden.

La *Santa Cecilia*, de Rafael. He aquí el famoso cuadro que ha formado toda la buena escuela de Bolonia. A fuerza de verlo y de estudiarlo es como

los Carrachio y sus discípulos llegaron a ser tan grandes maestros; admirable efecto de lo que puede producir sobre artistas de genio el ejemplo de un maestro perfecto en su arte. Hay seguramente en Bolonia cuadros superiores a éste, que, por muy bello que sea, no está en primera línea entre los de Rafael; sin embargo, he notado con sorpresa, entre varias copias que han sido hechas por los Carrachio y por el Guido, que no hay ninguna, aunque pintada en la mejor época de estos pintores, que no esté por completo por debajo del original. He oído contar que Rafael había hecho el cuadro a instancias de Francia, que se lo había pedido, y que Francia, que se creía buen pintor, se quedó tan admirado al ver esta obra, que murió poco después de pena. Es algo fuerte; pero, en honor y en conciencia, no podía hacer menos, dada la inmensa distancia de Rafael a él. Cuanto más se mira la *Santa Cecilia* de Rafael, más se le admira; hasta es preciso mirarla un buen rato para comprender todo su mérito; el pensamiento de este cuadro, que es excesivamente fino, no llama de pronto la atención; además, el ordenamiento de la parte inferior del cuadro no es muy bueno. Se ve en él a Santa Cecilia, San Juan, San Pablo, etc., colocados casi en una misma línea, y al pronto es una cosa desagradable ver juntos a personajes que, según la verdad de la historia, no podían hallarse reunidos. Los grandes pintores de Italia han tenido la desgracia de vivir en un siglo y en un país en que predominaba una devoción supersticiosa.

En vez de dejarles seguir su genio para tratar la historia sagrada y profana en hermosos asuntos que le ofrecían ocasión para desarrollar todo su talento, se les empleaba casi siempre para pintar santos en las iglesias, y hasta santos que no han podido nunca verse en ser conocido, porque era tal la devoción de las cofradías o de los beatos particulares que quieren tener a la vez, en el mismo tiempo, para sus capillas, a San Juan Bautista, San Pablo, San Agustín, San Carlos, San Francisco y todos aquellos por los que sentían devoción; de suerte que el pintor, en lugar de tener la libertad de representar en un cuadro una acción de la vida del Santo, se veía obligado a limitarse a pintar sencillamente cuatro o cinco figuras frías, que no tienen ni pueden tener ninguna relación una con otra. De esto se ven en todas las iglesias de Italia mil ejemplares desagradables, y es lo que ha sucedido con este cuadro de Rafael. Las figuras de este cuadro no tienen acción, están todas de pie, ocupadas en escuchar un concierto de ángeles que se verifica en el Cielo, en lo alto del cuadro. Santa Cecilia tiene diversos instrumentos y libros de música a sus pies; los ha dejado caer, y el concierto celeste que escucha la ha hecho en seguida perder el gusto de la música de aquí abajo. Este pensamiento es muy ingenioso, y todo el detalle de las figuras está tratado como sabe hacerlo este incomparable pintor.

XXIII.—A M. DE BLANCEY

Camino de Bolonia a Florencia.

3 octubre 1739.

Nos pusimos en camino el 19 de septiembre, recorrimos cincuenta y cinco millas y llegamos el mismo día a Florencia. Aunque ésta no sea mas que unas veintidós leguas, puede decirse que, a causa de lo difícil de los caminos, es una jornada de posta de las más pesadas. Hay que ir constantemente subiendo y bajando los Apeninos. Los superlativos italianos se habían agotado para hacernos del camino el más feo retrato; pero, en verdad, es una calumnia. Os aseguro que todos los que se encuentran mientras se camina por los Estados del Papa son unos buenos diablos de Apeninos, de muy fácil comercio. En verdad, los de Toscana son más exigentes. Al verlos de lejos tan elevados, los había creído más educación de la que tienen. Son rústicos y salvajes hasta lo imposible. La pequeña ciudad de Firenzuola, que se encuentra en el camino, se resiente en su compañía; es muy tristoná, y el valle donde está situada es seco y estéril.

Se pasa después por el lugar llamado Pietra-

mala, cuyas rocas, en fuerza de estar peladas o calcinadas, beben la luz del sol y producen una especie de fósforo; pero hay una exageración terrible cuando se dice, como Misson, que lanzan una llama alta y clara como un fuego de sarmientos. Después se encuentra el monte Giogio, el más alto de los Apeninos de este cantón. La bajada es larga y pendiente con exceso; es el peor sitio del camino, y, sin embargo, no es mas que un desfiladero para los que, como nosotros, han practicado las montañas de la costa de Génova. El valle de Scarpieria, que está en el fondo, da un gusto anticipado de las bellezas admirables del país de Toscana; pero se vuelve otra vez a apartarse por otra nueva montaña, desde lo alto de la cual comencé a divisar toda esta bella tierra de promisión, cuando la noche, el cansancio y el sueño me cerraron los ojos; de suerte que durmiendo a pierna suelta llegué a las puertas de Florencia, en donde, para reconfortarnos, nos hicieron esperar cerca de tres horas para abrirnos.

Me he desquitado ampliamente de lo que la noche me había robado subiendo a lo alto de la Torre del Giotto, desde donde he descubierto que los Apeninos, al llegar a Florencia, se dividen en dos ramas, y que la llanura forma una especie de golfo, en el fondo del cual está situada la ciudad. Esta llanura, que se extiende del lado de Livorna, está, como las costas del mar, cubierta y recubierta de una cantidad increíble de casas de recreo. Unase a esto la belleza natural de la campiña y el río

Arno, que lo atraviesa, y convendréis conmigo que esto no presenta un feo golpe de vista.

La ciudad, a simple vista, me pareció de unas dos leguas de contorno. Las calles son bastante anchas y están todas empedradas con piedras de talla y dispuestas irregularmente en todos sentidos, a la manera del empedrado de los antiguos caminos romanos, lo cual es incómodo para las gentes a pie, pero detestable para los caballos y para los que van en carroza, a causa del mal entretenimiento de este empedrado, que, no bien hecho un carril, ya está roto.

Hay en Florencia muchos palacios y muy ponderados; a pesar de esto, no me gustan mucho. Casi todos son de arquitectura rústica y como hechos de una pieza, y estoy tan acostumbrado a las columnas, que no puedo pasarme sin ellas, o por lo menos necesito unas pilastras. Así es que, bien pensado, prefiero Bolonia a Florencia. Todas las iglesias de importancia no tienen pórtico, excepto la de los Teatinos (1), cuya fachada, de orden compuesto, de un dibujo de Migetti, adornada de bellas estatuas, forma un pórtico de los más bellos y de los más nobles que yo haya visto; el gasto lo sufragó el cardenal Carlos de Médicis. El interior es de bastante buen gusto; he notado varios buenos bajorrelieves de mármol; un cuadro de la *Adoración de los Magos*, por Vanini; una *Natividad*, de Roselli, y una *Asunción*, de Pedro de Cortona.

(1) La iglesia de San Cayetano.

Noto esto porque he encontrado la pintura en Florencia muy por bajo de lo que esperaba. El Vasari se esfuerza en vano en manejar el incensario en honor de su país a este respecto; si es para hacerse valer él mismo, debería esconder sus cuadros, que no están muy por encima de lo mediocre. En una palabra: lo que hay más curioso aquí en este género es ver los primeros monumentos del arte, que han fabricado Cimabué, el Giotto, Gaddo Gaddi, Lippi, etc., muy malas obras en su mayor parte, pero que sirven, sin embargo, para hacer ver cómo el talento se ha desarrollado y perfeccionado poco a poco.

Pero si la pintura es aquí floja, en cambio triunfa la escultura. Es la ciudad de las estatuas por excelencia; están difundidas por todas partes en las plazuelas, lo mismo que las columnas de toda clase de jaspes y de ágatas. Entre las estatuas que contiene al aire libre se citará: en la plaza de la Anunciata, la estatua ecuestre de *Fernando de Médicis*, por Tacca, que ha hecho la del Puente Nuevo de París; *Hércules matando a Nessus*, excelente grupo de Juan de Bolonia, en la plaza del Viejo Palacio; el famoso *Rapto de las Sabinas*, por el mismo; el *David*, de Miguel Angel; *Hércules y Caco*, por Bandinelli, bastante malo; *Perseo matando a Medusa*, en bronce, admirable, de Benvenuto Cellini; *Judit y Holofernes*, por el Donatello; un feo y gordo *Neptuno* en medio de un gran estanque, de fuente, por Ammanato, y en las orillas del estanque una docena de lindas *Ninfas y tritones*, de

Juan de Bolonia; la estatua ecuestre del gran Cosme, por el mismo, y las *Cuatro Estaciones* en las cuatro esquinas del puente de la Santísima Trinidad.

Este puente, construído por Ammanato, es el más bello de los cuatro que ponen en comunicación las dos partes de la ciudad; es una obra muy atrevida, no estando, a pesar de su longitud, compuesta mas que de tres arcos, de los cuales el del medio es muy ancho y casi llano del todo.

Es una cosa increíble la magnificencia exagerada de los florentinos en trenes, muebles, libreas y vestiduras. Hemos visto aquí todas las noches reuniones o conversaciones en varias casas cuyas habitaciones son otros tantos laberintos. Estas asambleas se componen de cerca de trescientas damas cubiertas de diamantes y de quinientos hombres que llevan trajes que el duque de Richelieu se avergonzaría de ponerse. Me gustan bastante esta clase de asambleas de ochocientas personas; cuando hay más gente es una muchedumbre; burlas aparte, no sé cómo este estrépito enorme puede divertir a las gentes de este país. Esto, sin embargo, les gusta; pero no he esperado a hoy para reconocer que los italianos no saben divertirse. Por lo demás, me han advertido que estas ricas vestiduras no se muestran mas que en las ocasiones de importancia y duran toda la vida; que estas magnificencias, estos bailes, estas numerosas asambleas extraordinarias, estas conversaciones tan iluminadas, se celebraban con motivo de dos bodas distinguidas,

que habían reunido a toda la ciudad y cuyo ceremonial es muy largo en este país.

Estas *conversaciones* resultan caras para quien las da, tanto a causa de la cantidad de bujías como de la inmensa cantidad de helados y confituras que se distribuyen sin cesar. Se baila, se hace música. He oído por esta ocasión a los dos virtuosos del país; uno es Tagnani, pequeño violinista amanerado, cuyo modo de tocar está lleno de gentilezas algo sosas; ha inventado una llave para violines como las de las flautas, que se baja sobre las cuerdas empujando la barbilla y hace la sordina; ha añadido también, bajo el puente, siete pequeñas cuerdas de cobre y no sé cuántas otras travesuras; pero acompaña perfectamente: se le debe esta justicia. El otro es Varacini, el primero, o por lo menos uno de los primeros violinistas de Europa; su juego es preciso, noble, sabio y exacto, pero algo desprovisto de gracia. Tenía con él otro hombre, que tocaba el archilaúd o tiorba, y lo tocaba lo mejor posible; y por esto me ha convencido que estaba muy bien hecho haber abandonado esos instrumentos.

Las letras y las ciencias se cultivan aquí extraordinariamente, sea por las gentes del oficio, sea por las gentes de calidad, y hay que reconocer que no hay lugar donde se encuentren tan grandes ayudas, por la cantidad de monumentos antiguos de todo género, de bibliotecas y de manuscritos que los Médicis han reunido, así como lo han hecho muchos otros particulares, y entre otros los grie-

gos que se refugiaron en Florencia cuando la toma de Constantinopla y a los cuales Italia debió el renacimiento de las letras.

La biblioteca de Médicis, en San Lorenzo, es una gran galería, únicamente compuesta de manuscritos, colocados, no como de ordinario, sino sobre grandes pupitres, donde cada tomo está sujeto por una cadenilla de hierro, de suerte que no se les puede cambiar de sitio. Sería difícil encontrar nada más raro ni mejor dispuesto que esta biblioteca. Las principales piezas son un manuscrito único de la historia de Tácito, un Virgilio en letras mayúsculas de la primera antigüedad, que tiene el propósito de hacer grabar tal como es; proyecto bastante frívolo si no me equivoco... Determinados libros de medicina, muy raros, que no me he cuidado de mirar, y una colección de epigramas latinos en el gusto de Priapeas, que no ha sido nunca impreso y que me había dicho era antiguo. Tuve la paciencia de hojearle de cabo a rabo para ver si valía la pena de publicarlo, y todo el fruto que saqué fué saber que había hecho muy bien en dejarlo como estaba. Trabajan ahora en imprimir el catálogo y la noticia de esta biblioteca.

La de Magliabecchi es muy grande, muy bien provista de libros buenos y pasablemente rica en manuscritos. Hay también otras varias, de las que haré mención en otro tiempo y lugar, si me acuerdo. Mientras tanto podréis decir a Quintín que se consuele de la mala nueva que le había anunciado sobre la descripción del *Museum Florentinus*; fe-

lizmente para él, el abate Niccolini ha vuelto de Roma y ha puesto otra vez mano a la obra. He visto el cuarto volumen, que contiene las medallas, casi terminado por el grabador; sin embargo, no podré llevárselo a mi vuelta, como lo esperé al principio; no estará concluído hasta dentro de un año, y en seguida darán el quinto tomo, que contendrá los retratos de los pintores tan deseados por el dulcísimo Quintín.

¿Sabéis, puesto que de esto tratamos, que es cosa de reventar de risa ver cómo, valiéndose del título de académico que tiene Sainte-Palaye y de algunos viejos papelotes de manuscritos, sobre los cuales nos han visto resoplar en las bibliotecas, pasamos por personajes ultracientíficos? Lo que hay más curioso es que hemos llevado la impudicia hasta celebrar en nuestro hospedaje una *conversación*, a la cual los eruditos de todas cataduras han tenido la bondad de asistir. Los de la primera categoría, de los cuales hemos recibido toda clase de buenas atenciones, son el marqués Riccardi; monseñor Cerati, presidente de la Universidad de Pisa; el abate Buondelmonti, sobrino del gobernador de Roma; el conde Lorenzi; el abate Craon, primado de Lorena, y el abate Niccolini, cuyo hermano está casado con la sobrina del Papa. Es un hombre de raro mérito este abate Niccolini; todavía no he encontrado a nadie que posea tanta rectitud y simpatía en el espíritu, una memoria y una facilidad de palabra tan grandes, ni conocimientos tan extensos en toda clase de cosas imaginables,

desde la manera de ajustar un tornillo hasta el cálculo integral de Newton. Habría llegado a todo lo que hubiera querido si él mismo no se hubiese cortado la cabeza con propósito deliberado por su extremada libertad de lenguaje, que le ha hecho pasar por jansenista, en lo cual, sin duda, se han equivocado, porque no es nada de eso (1).

Aunque la reputación de los florentinos no sea buena en lo que respecta a las señoras, sin embargo, no hay que creer que las malas prácticas sean tan universalmente seguidas entre ellos que no se encuentra un justo en Israel. Sea que comiencen a reconocer el abuso del prejuicio, sea que el bello sexo se encuentra complaciente, noto que las damas son bastante cortejadas y, además, el amor antifísico no es tolerado como quizá os habéis imaginado, puesto que, sin hablar de la bula de Adriano, que ordena lo contrario, hay aquí una ley tativa que prohíbe lo otro, bajo pena de diez sueldos de multa a los que sean cogidos *in fraganti*, a menos, dice la ley, que lo haya hecho a causa de su salud. Pero dejemos este asunto, que, como dice muy bien el dulce objeto, *redolet haeresim*, para ocuparnos con Quintín de las curiosidades de la ciudad. Me parece que ha anticipado la Cuaresma y que no me será fácil dejarle contento.

(1) Niccolini viajó por los países extranjeros. Cuando, bajo el Ministerio Lorrain, recibió la orden de no volver a Toscana, Montesquieu, que había podido apreciarlo, exclamó al saber esta noticia: «¡Oh! Es preciso que mi amigo Niccolini haya dicho alguna verdad muy grande.»

XXIV.—A M. DE QUINTÍN

Memoria sobre Florencia.

4 octubre.

Había comenzado, mi querido Quintín, a trazar, como de costumbre, un principio de Memoria sobre las pinturas y las esculturas de Florencia; tenía el propósito, cuando hubiera llenado el papel, de meterlo bajo sobre y enviarlo a vuestra dirección; pero veo por vuestra carta que sois más difícil de contentar en este respecto de lo que yo había creído. Es preciso haceros una descripción detallada en toda regla. Pues bien: la tendréis, pero a mi manera y sin perjuicio de la Memoria que os será enviada, tan desaliñada como ésta, aparte lo demás. He aquí, pues, una descripción sucinta de Florencia, reducida a unas veinte páginas, «en atención a la discreción del prestador».

Rindamos los honores debidos a la jerarquía: a *tout seigneur, tout honneur*. Comencemos por la catedral, viejo, vasto y hermoso edificio, revestido por completo por fuera de mármoles en trozos, rojos, negros y blancos, dibujos de Arnolfo di Cambio (o di Lapo), discípulo de Cimabué. No tiene

pórtico, como es la costumbre; han pintarrajeado sobre la fachada una arquitectura al fresco (1); se espera otra cosa mejor. El interior es de una bella proporción y pavimentado con mármoles en trozos; pero el coro, sobre todo, es verdaderamente bello y singular en su construcción, formado en octógono por columnas jónicas acopladas. Está abierto por todos lados en arcadas y cerrado abajo por una balaustrada, en la parte interior de la cual hay muchos bajorrelieves. La cúpula es también octógona. Se la admira extraordinariamente como lo más antiguo y acaso lo más bello que se haya hecho. Brunelleschi fué el arquitecto. Dicen que a Miguel Angel le gustaba tanto esta cúpula, que al partir para ir a hacer la de San Pedro de Roma, fué a despedirse de ella y le dijo: «Adiós, amiga mía; voy a hacer tu parecida, pero no tu igual.»

He aquí un dicho de los florentinos: cada cual alaba su mercancía; pero no es necesario tener muy buenos ojos para reconocer que la cúpula de San Pedro no es ni semejante ni igual a ésta, sino tan superior, que no puede compararse.

El *Juicio final* está pintado al fresco por Federico Zuccheri, de un modo bastante raro, y la pequeña linterna, por el Vasari. Sobre el altar mayor, por delante, hay dos buenas estatuas de *Cristo muerto sostenido por un ángel* y un *Dios Padre* sentado, los tres de Bandinelli; detrás, otro grupo de *Cristo muerto sobre las rodillas de la Virgen*, por

(1) Esta pintura fué hecha con motivo del matrimonio de Fernando de Médicis con Violante de Baviera, en 1688.

Miguel Angel, que ha dejado imperfecto, porque el mármol era defectuoso. En esta iglesia es donde se celebró el concilio general para la reunión de los griegos (1). He visto, además de éste, en el mismo sitio, numerosos bustos y tumbas del Giotto, del Dante, de Angel Politinio, de Marsilio Ficino. Al lado está el campanile o campanario aislado, rico, elegante y excelente cuanto es posible, todo él incrustado, como la iglesia, de mármol blanco, negro y rojo. El dibujo es del Giotto; las estatuas que le acompañan son bastante bellas, sobre todo un viejo con la cabeza calva, de Donatello.

Frente por frente de la iglesia hay un viejo templo de Marte, de figura octógona, que han metamorfoseado en baptisterio contra la intención de los fundadores. Está abierto por tres puertas de bronce, sobre las cuales están moldeadas en pequeños cuadros las historias del Viejo Testamento. Se pretende también que Miguel Angel las juzgaba dignas de ser las puertas del Paraíso; pero no es ésta la única tontería que se le atribuye. Sea lo que quiera, si los que tanto las admiran hubieran visto las puertas del castillo de Maisons, cerca de Saint-Germain, creo que se quedarían con la boca abierta. Sobre cada una de estas tres puertas hay una estatua: *San Juan disputando con un doctor y un*

(1) Yo he visto muchos capítulos que para nada así se han celebrado; capítulos, no de ratones, sino capítulos de frailes y hasta capítulos de canónigos.

(La Fontaine: *Consejo celebrado por los ratones.*)

fariseo, bastante buena; la *Decapitación de San Juan*, bella; el *Bautismo de Jesucristo*, bastante malo. Siento que la haya hecho el Sansovino, porque es amigo mío.

El interior del edificio está sostenido por diez y seis columnas de granito y terminado por una cúpula pintada en mosaico, de fondo de oro, por Tafi, pintor muy antiguo. La obra es un poco menos mala que la cúpula de San Marcos, de Venecia; es decir, que no es mas que archidetestable. Encima del altar mayor hay un *San Juan llevado al cielo por los ángeles*, grupo bastante mediocre; pero los doce apóstoles que hay en la torre de la rotonda son de buena factura. Hay una *Magdalena*, en madera, por el Donatello, muy estimada, que es talmente seca, negra, destrozada y horrible, que me ha quitado para siempre el gusto de la penitencia.

Al otro extremo de la calle, frente por frente, se halla la pequeña iglesia de los Jesuítas, que tiene un bonito pórtico del estilo de Ammanato; es bastante propia en lo interior. He encontrado allí dos buenos cuadros: uno, la *Predicación de San Francisco Javier*; otro, la *Cananea*, por el Bronzino, cuya expresión es excelente, pero el color muy descuidado; defecto casi general en los pintores florentinos.

Para acabar en seguida con las iglesias, las principales, después de la cúpula, son la *Anunziata*, en la plaza, construída regularmente con pórticos de tres lados. Al entrar en el claustro que precede

a la iglesia se halla la tumba y el busto de Andrea del Sarto. Noto esto particularmente porque no es posible encontrar en ninguna otra parte una más bella fisonomía de hombre. Ha pintado al fresco uno de los claustros del convento, y la *Virgen sentada* encima de la puerta (la *Madonna del Sacco*) pasa por la mejor obra que haya hecho nunca; es, por decirlo de paso, de todos los pintores florentinos, el que me ha parecido mejor. El techo de la nave está muy dorado, y la bóveda del coro, admirablemente pintada por Franceschini Volterrano, que ha representado en ella la *Asunción de la Virgen al cielo*, y me ha llamado la atención que ha tenido cuidado de no poner en el cielo mas que a los santos que podían honestamente estar según la cronología.

Dejo todas las demás pinturas para no detenerme mas que en las de la rica capilla de la Anunziata, que fué hecha por milagro, mientras el pintor que trabajaba en ella se había quedado dormido. Las paredes de esta capilla, aunque todas de ágata y de calcedonia, están recubiertas de arriba abajo de brazos, de piernas y otros miembros de plata que han consagrado los que ha tenido la suerte de ser mutilados. En Francia nos contentamos con llevar en las procesiones cabezas sobre angarillas; en el resto de Italia llevar las *Madonnas*; pero aquí no se andan en reparos: llevan el altar mayor de la capilla con todos sus ornamentos.

San Marcos, de los Jacobinos, tiene un rico techo, un altar mayor muy ornamentado, una capi-

lla de San Antonio que no carece de mérito, una bastante bella tribuna de órganos, algunos cuadros de los mejores que haya aquí, por Santi Titi y Fra Bartolomeo; unas hermosas *Bodas de Caná* y una tumba de Pico de la Mirandola, cuyo epitafio es demasiado conocido para repetíroslo. A esta casa pertenecía el bueno de Savonarola,

Que hicieron cocer en fuego claro y bermejo,
de lo cual murió, por falta de aparato.

Hay aquí una grande y hermosa biblioteca, muy rica en manuscritos, sobre todo en manuscritos griegos muy antiguos, que proceden la mayor parte del célebre Nicolás Nicoli; además, una gran perfumería, donde se fabrican las quintaesencias de Florencia, valiéndose de las cuales los buenos frailes roban cuanto pueden a los extranjeros, todo *ad majorem Dei gloriam*.

Santa Cruz es un edificio antiguo bastante majestuoso, construído por el maestro Arnolfo di Lapo (o di Cambio). Dejo los cuadros, porque no me parecen mas que pasables y demasiado estropeados por las pinturas exquisitas de Venecia y de Bolonia, para no hablaros mas que de la tumba de Leonardo Bruni Aretino; de la de Miguel Angel, adornada con tres estatuas representando la *Pintura*, la *Arquitectura* y la *Escultura*, hechas por tres de sus discípulos, y de su busto, hecho por el mismo; y de la de Galileo, más hermosa que ninguna de las precedentes. La *Astronomía* y la *Geometría* a compañan un medallón que sostiene el re-

trato de este restaurador de la buena Filosofía, debajo del cual han bosquejado en oro, sobre lapislázuli, el planeta Júpiter, con los cuatro satélites que él descubrió. Un particular ha hecho construir últimamente este monumento para honrar la memoria de aquel grande hombre, y los gastos han sido sufragados con sumas de un legado que Viviani, discípulo de Galileo, había dejado para esto en su testamento.

No olvidéis ver en esta iglesia la admirable capilla de los Niccolini, muy sencilla, hecha enteramente con mármol de Carrara, sin más ornamentos que cinco estatuas del mismo material. No creeríais poder nunca encontrar nada más noble si no pasarais al claustro, donde se encuentra la capilla de los Pazzi, de orden corintio, que me parece que yo no cambiaría, con todo lo imperfecta que es, por el templo de Efeso. Podéis también, porque allí la tenéis al lado, dar un vistazo a la biblioteca, que no está mal compuésta.

San Lorenzo, de una bella arquitectura por dentro, no tiene, por lo demás, nada más considerable que la antigua sacristía y una tumba, de pórfido, de Juan y Pedro de Médicis, en la famosa capilla de los Médicis. La sacristía es toda ella de mano de Miguel Angel, lo mismo la arquitectura que la escultura; ya es lo bastante para elogiarla. A un lado está la tumba de Julián de Médicis, sobre la cual están yacentes estatuas perfectamente correctas y bien dibujadas, representando el *Día* y la *Noche*; encima, en un nicho, está la estatua

de Julián, sentado. La otra tumba, de Lorenzo de Médicis, es completamente parecida a la primera; las dos estatuas son el *Crepúsculo* y la *Aurora*. Todo esto es perfectamente bello y no tiene ninguna afectación, sino tan sólo mucho vigor; las dos estatuas de *Julián* y de *Lorenzo* me han parecido las más bellas. ¿Temía Miguel Angel que se dudase que era un gran dibujante y un sabio anatomista? Pone a sus mujeres unos músculos de Hércules y desdeña imitar el buen gusto de lo antiguo, al cual se ha acercado en su *Baco* de la galería, para demostrar, sin duda, que triunfaría en ese género si quisiera dedicarse a él. La otra capilla es la maravilla de Toscana, por lo menos en cuanto a las riquezas; es vasta como una iglesia, octógona, con bóveda, tan llena de piedras preciosas, trabajadas con tanto esmero y tan pulidas, que deslumbran la vista. Todas las paredes están recubiertas de arriba abajo; el jaspe sanguíneo es una de las cosas comunes de este revestimiento. El cielo de la bóveda, o por lo menos el friso, porque es lo único que está concluído, es de lapislázuli estrellado de oro. Cada ángulo tiene en su vértice una pilastra de alabastro con cornisa de bronce dorado, y cada frente un gran nicho de pederual, en el cual hay, alternativamente, una tumba de granito y otra de pórfido; sobre la tumba, una almohada de jaspe rojo, bordada de esmeraldas y diamantes; sobre la almohada, una corona de oro, y en lo alto del nicho una estatua de bronce de uno de los grandes duques de que esta capilla es la

sepultura. Todas estas riquezas están sobrepujadas por la increíble magnificencia del altar mayor. Con esto vais a imaginaros que los palacios de las hadas no tienen tantos remates como estas capillas, y os equivocáis de medio a medio. Con las sumas inmensas que se gastan aquí desde hace siglo y medio y el fasto que se ha derrochado, el conjunto no deja de ser bastante triste y de ningún modo agradable. La capilla de Niccolini, toda sencilla y blanca, me parece infinitamente preferible, y me confirmo en la opinión de que el buen gusto vale mucho más que la magnificencia. Esta rica capilla está muy lejos de estar concluída, y probablemente no lo estará nunca.

La pobre Florencia ha perdido lo indecible al perder a los Médicis, los padres de las ciencias y de las artes.

En la casa de San Lorenzo está la biblioteca de Médicis, de que os he hablado. El vestíbulo es de una construcción extravagante hasta el extremo; en lugar de poner las columnas fuera de las paredes, como de ordinario, han practicado unos nichos huecos para incrustarlos en ellas. Hay que creer que esto es admirable, puesto que es Miguel Angel quien lo ha hecho; en cuanto a mí, confieso mi ignorancia de que no veo dónde está lo bonito de esta disposición. La escalera, de tres rampas paralelas y con gradas contorneadas en redondo, en espiral, en cuadro, en resalto, no es de un efecto menos extraordinario; pero hay algo de rico y de magnífico. Toda la galería de los libros es también

dibujo de Miguel Angel, así como el pavimento. Los cristales están pintados en arabescos en el gusto de Wateau.

Debajo de la gran capilla hay otra, subterránea, que no tiene nada de curioso mas que un *Cristo en la cruz*, de Juan de Bolonia, que tiene a un lado una *Mater Dolorosa*, de Miguel Angel, y un *San Juan*, de uno de sus discípulos.

Al salir de San Lorenzo se encuentra, en la esquina de la plaza, una especie de gran pedestal, sobre el cual hay un bajorrelieve representando prisioneros de guerra transportados al gran Como; es una obra notable de Bandinelli.

Santa María Novella está toda incrustada por fuera, como la catedral, de mármol negro y blanco. Creo que es una de las mejores de Florencia por su grandeza y su bella proporción. Hay inmensas pinturas de la buena época, sean del Vasari, sean de Santi Titi o del Bronzino, la mejor de las cuales es la *Samaritana*, de este último.

Todos los pintores de aquí dibujan bastante correctamente; pero no tienen mas que un color duro y constante, sin ninguna armonía y muy mal ordenamiento. No hay que dejarse conquistar por todo lo que dice el Vasari en honor de su escuela florentina, la menos importante de todas, por lo menos a mi gusto. Dejo esto para ocuparme de los de la mala época, como más curiosos, y así os haré ver preferentemente la *Madonna*, de Cimabué, que es tal vez el primer cuadro pintado en la escuela florentina, y que no me parece indigno de un pin-

tor de juego de pelota. No hay dibujo, ni relieves, ni colorido en este cuadro que no pueda compararse mejor que con las pinturas de las pantallas de perra gorda. Es un simple trazo mal hecho y pintarrajeado con diversos colores. Las pinturas del Giotto, sucesor de Cimabué, son mucho mejores, aunque muy malas.

La capilla española, pintada por Gaddo Gaddi, donde ya comienza a haber color, pero no todavía la más leve sombra de dibujo. El claustro, de camafeo verde, por Paolo Uccello, que, aunque malo del todo, tiene expresiones que no disgustan. La *Vida de la Virgen y la de San Juan*, en el coro, de una factura más moderna y que comienza a ser buena, por Ghirlandajo (Domenico); pero sobre todo, un frontispicio de altar: el *Infierno*, el *Paraiso*, el *Purgatorio del Dante*, en la capilla Strozzi, por Orcagna, llamado Cione, que ha puesto su nombre y el año 1357. Hay allí ideas sumamente pintorescas, ardimiento, una composición atrevida y bella y buenas cabezas. Es lo mejor que he visto para ser de tan gran antigüedad. Hay que notar también la sacristía, que es muy propia y bien adornada.

Los Padres del Oratorio y los Benedictinos tienen bastantes buenas arquitecturas interiores. Estos últimos poseen una biblioteca, o más bien una colección de libros, pero muy bien escogidos, y numerosos buenos manuscritos.

Santa Felicidad, iglesia nueva y muy bonita, de orden corintio, en arquitebe, donde está la tumba de Guichardin.

San Miguel, muy adornado con estatuas por fuera, de las cuales la principal es el *San Jorge*, del Donatello.

El vasto templo del Espíritu Santo, excelente obra de Brunelleschi, todo en columnas corintias de piedras grises. El coro, que es como un pequeño templo en medio del grande; el baldaquino y el rico altar mayor, de piedras preciosas, no son el menor adorno, sin hablar de múltiples buenas estatuas y de pinturas que no mencionaré para no detenerme mas que en un solo cuadro del Giotto, poco menos malo que los de Cimabué. Los claustros de este convento son los más hermosos de la ciudad.

Basta ya de este capítulo. Suprimo el resto, o porque no me parece valer la pena de ser consignado, o porque no lo he visto. Una impertinente fiebre terciana, que ya me había molestado al partir de Venecia, quería renovar conocimiento conmigo y hacerme perder tiempo. La he despedido en poco tiempo con todo el aparato de *Clysterium donare, ensuite seignare, postea purgare*.

Entre los palacios, el de Strozzi merece, aunque no está terminado, ocupar el primer lugar por su admirable arquitectura, tanto exterior como interior. La obra es de Scamozzi y de Buontalenti. Después de éste, doy el premio a la casita Ugolini. Hay tantos otros palacios, que sería locura recorrerlos. Me ha parecido, cuando los he visto en las numerosas asambleas de que os he hablado, muy vastos y llenos de pinturas, que no pude examinar

a gusto. No me detendré mas que en el inmenso palacio Riccardi, en otros tiempos morada de los Médicis; pero el marqués Riccardi no lo ha encontrado, por lo visto, bastante grande para él, puesto que lo han agrandado. Está todo construído en rústico por Michelozzo, con cornisas sostenidas por columnas de dibujo de Miguel Angel. El patio es de columnatas, con un surtidor de agua en medio, y los muros están llenos de inscripciones antiguas bien alineadas; las habitaciones son aburridas a fuerza de ser grandes; están bastante bien provistas de hermosos cuadros. La galería está pintada por el Giordano; es la principal pieza de la casa, a causa de ciertos grandes armarios llenos de bronces y muebles antiguos y de una cantidad prodigiosa de admirables camafeos y piedras grabadas antiguas, entre las cuales está el famoso sello de Augusto, representando una esfinge; qu zá sea éste el sello de que habla Suetonio. Está condenado a perpetuidad en esta casa, y el testador ha dejado una cláusula prohibiendo cambiarle del sitio donde está guardado bajo pena de diez mil escudos de limosna. He visto en esta galería la más grande araña de cristal de roca de que tengo conocimiento; tiene por lo menos diez pies de altura. Allí cerca está la biblioteca, cuya nave está extremadamente decorada; no es muy grande, pero más de la mitad está compuesta de muy buenos manuscritos; entre otros, los dos Plinios, de una gran antigüedad. El bibliotecario, un señor Lami, es uno de los hombres más sabios de Italia.

La casa Niccolini tiene gran número de estatuas, bajorrelieves y bustos antiguos raros y una famosa colección de medallas.

Gherini tiene bellas y agradables habitaciones, adornadas a la francesa con chimeneas de espejo, lo cual es muy raro en Italia. Se encuentran allí porcelanas del viejo Japón, cuya magnitud es su principal mérito; una numerosa colección de cuadros bien escogidos y un gabinete revestido de espejos y de cuadros puestos sobre los espejos.

Gualtieri tiene una colección inmensa de conchas, de las cuales hace imprimir y grabar la serie.

La colección de Baillon, francés, no es menos importante; pero la supera todavía en la serie de plantas marinas, de marcasitas y de todas las piedras imaginables, desde la arena que pisamos hasta el diamante rosa. Todo esto está colocado en un orden muy propio para sorprender a la Naturaleza formando sus obras, y el libro de Química y Física que escribe allí mismo me parece instructivo y bien entendido. He guardado en mi memoria buenas lecciones de su manera de trabajar.

El barón de Stock, alemán, tiene una colección increíble, sobre todo en lo que concierne a la Geografía, la Arquitectura y los edificios antiguos y modernos, y, entre otras cosas, multitud de planos, levantados por las manos de Rafael, de monumentos antiguos y dibujos de arabescos copiados de su mano y desenterrados de los monumentos, donde estaban casi borrados, lo cual sirve para probar que es en lo antiguo en donde Rafael en-

contró todos los hermosos dibujos de este género que ejecutó después. Este Stock acaba de ser expulsado de Roma como espía del pretendiente; se ha refugiado aquí, donde querían hacer lo mismo con él, si el rey de Inglaterra no hubiera declarado que se opondría a ello por todas las vías imaginables. Esto no ha venido a disminuir las sospechas que se tenían. He aquí un pequeño sucedido, bastante cómico, que he oído contar de él en Francia. Hardion, nuestro colega, enseñaba la colección real de Versalles a varias personas, entre las cuales estaba este gentilhombre. De repente, cierta piedra que conocéis muy bien bajo el nombre de *sello de Miguel Angel* resultó que se había eclipsado. Buscáronlo con la más escrupulosa exactitud; se registró a los circunstantes hasta dejarlos desnudos. Todo fué en vano. Hardion le dijo: «Caballero: Conozco a todos los que me acompañan, con la sola excepción de usted; además, estoy preocupado por vuestra salud; me parece que tiene usted un color muy amarillo, que denota empacho. Creo que una pequeña dosis de emético, tomada ahora mismo, sería absolutamente necesaria.» El remedio, administrado en seguida, hizo un efecto maravilloso y curó a ese pobre hombre de la enfermedad de la piedra, que se había tragado.

Me he entretenido también en ver el circo de las fieras, muy lindamente construído, con palcos de piedras grises, con una pista o patio en el medio. Las jaulas de los animales están a un lado; hay una leona que recoge y lleva las cosas como un

buen perro; un tigre de una magnitud desmesurada y bello como un ángel, con dos pequeños tigritos que tienen el carácter más malo que puede uno figurarse.

Hay que ver también otra especie de casa de fieras: es la sala de la Academia de la Crusca, donde el asiento de las sillas de los académicos es un cesto y el respaldo una pala de horno; el director está elevado sobre un trono de piedras de molino; la mesa es una tabla de amasar; los roperos son sacos; se sacan los papeles de una tolva. El que los lee tiene la mitad del cuerpo metido en un cedazo, y otras cien simplezas más relativas al nombre de la Crusca, que significa *salvado de harina*, porque el objeto de la institución es cerner y volver a cerner la lengua italiana, para sacar lo que hay de más florido en el lenguaje, rechazando lo que es menos puro. Ya sabéis cuán célebre es esta Academia y que merece serlo; pero no seguramente por esta pueril alusión, que no debe imputársele, así como tampoco los nombres extravagantes que se han dado la mayor parte de las Academias de Italia, sino al mal gusto que estaba en boga cuando comenzó. Pero hasta ahora no hemos hecho más que pelotear. Vamos al Viejo Palacio, y pasemos por delante del Mercado Nuevo, construido en *hall*, con columnatas de buen gusto, delante del cual hay un jabalí de cobre que arroja agua. Es un joven gentilhomme muy bien formado.

Este Viejo Palacio no es otra cosa, por sí mismo, que una vieja Bastilla, sobre la cual hay un viejo

torreón. Es tan obscuro y macizo por dentro como por fuera, sostenido por gruesas y malas columnas, con estatuas por el estilo, en las cuales no hay que confundir una fuente que tiene un lindo niño de bronce estrangulando a un pez. Las habitaciones de abajo están pintadas por el Vasari, Salviati y Federico Zuccheri. La primera cosa que se encuentra al subir es un salón un poco más grande que una plaza pública; sirve para dar fiestas; el techo tiene treinta y cuatro compartimientos y está pintado por el Vasari, que ha representado en ellos las conquistas de los florentinos; en el fondo está el grupo de *Adán y Eva y la serpiente*, obra maestra de Bandinelli; frente por frente, sobre el estrado, las estatuas de *León X* y de *Clemente VII*, de *Juan*, de *Alejandro* y del gran *Cosme de Médicis*, todas del mismo Bandinelli; a los lados, la *Victoria y un prisionero*, grupo de Miguel Angel, y seis grupos más de *Hércules ahogando a Antea*, *sosteniendo el Cielo*, *matando al Centauro*, *derrotando a la reina de las Amazonas*, *llevando a cuestras el jabalí de Erymanto*, *arrojando a Diomedes al pie de los caballos*; todo ello de mano de Rossi; el último es el mejor. En lo alto están las colecciones, que contienen riquezas prodigiosas de toda clase, a saber: una veintena de grandísimos armarios llenos por completo de vasos de plata cincelados al uso, ya para capilla, ya para alcoba o ya para el comedor; un lecho de cuatro columnas, todo de lapislázuli, jaspe o ágata, montado en plata sobre-dorada; unos arreos de caballo, de los que la silla,

los estribos y las riendas están cubiertos de turquesas, y las gualdrapas, de perlas. Un altar de seis pies de largo, de oro macizo cincelado, con incrustaciones de rubíes. Es un voto de Cosme II, que está representado en esmalte, revestido de esmeraldas y de diamantes. Servicio de vajilla de oro. Otros armarios llenos de coronas, sables, puñales, vasos, escudos, copas, etc.; todo esto hecho o guarnecido con las diferentes pedrerías que sirven para las sortijas; y en fin, el famoso original del *Digesto*, conocido con el nombre de *Pandectas florentinas*. Es un manuscrito en dos tomos infolio, muy bien conservado, escrito en letras gruesas, no mayúsculas; lo creen de la época de Justiniano. Entre cada hoja han puesto, para conservarle, otra hoja de satén verde. Este libro es un presente que los pisanos hicieron a los florentinos, en agradecimiento por haberles conservado su ciudad durante una expedición que habían ido a hacer allende los mares y durante la cual encontraron este libro en Amalfi. Antes no lo enseñaban aquí mas que con grandes consideraciones, encendiendo cirios y poniéndose de rodillas, y hoy lo enseñan muy familiarmente, lo cual prueba cuánto pierde cada día su crédito la toga.

El Viejo Palacio comunica con la Colección del gran duque. ¡Ah! Ya estamos, pues, aquí. ¿Seré yo lo bastante atrevido para poner los pies en este abismo de verdaderas curiosidades? Pero si entro, decid adiós a vuestro pobre Brossetto; es un hombre confiscado, ahogado. Sin embargo, hay que

pasar por el aro, aunque no fuese mas que para que, cuando Quintín quiera adquirirlo, no vaya a comprar a ojos cerrados. Sabéis, pues, que lo que llaman la Colección del gran duque son los dos lados paralelos de una calle bastante larga, que se reúnen en uno de los extremos por un cuerpo de casa, horadado en la parte baja por tres arcadas, todo ello de orden dórico uniforme, tan bien ejecutado por el Vasari, que Miguel Angel no ha hecho nunca nada mejor, a mi parecer. Estas dos líneas de la calle forman dos galerías, que tienen, en su doble contorno, numerosos gabinetes o salones llenos de tantas cosas diversas, que no pretendo mas que deciros algunas palabras en conjunto, solamente para daros una noción.

Las galerías, que se comunican por el cuerpo de casa del fondo, contienen los bustos y las estatuas, alternativamente dos bustos y una estatua, con grandes grupos en los ángulos y en los rincones. Nada hay allí que no sea antiguo, y sólo dos estatuas modernas han merecido tener sitio: son los dos *Bacos*, obras maestras; uno, de Miguel Angel, y el otro, de Sansovino. Dicho esto, no voy a entretenerme en haceros el elogio de este pueblo de piedra; notaré sólo cuán por encima de los romanos he apreciado a los griegos por la comparación que la vecindad me ha permitido hacer. Los bustos son todavía más preciosos, no tanto por el trabajo, que es, sin embargo, excelente, como por formar una serie perfectamente completa de todas las cabezas de emperadores romanos, desde Julio

César hasta Alejandro Severo, sin omitir los usurpadores y los contrincantes; además de esto, hay una multitud de cabezas de mujeres o hijas de los emperadores. Siempre me he maravillado de ver cómo han podido reunir todas estas piezas, entre las cuales las hay que probablemente son únicas. Desde Alejandro hasta Constantino, la serie es continua, pero muy incompleta, y es una cosa bastante curiosa ver la decadencia del arte caminar paralelamente con la decadencia del imperio; de suerte que los últimos no valen casi nada. Los techos de estas galerías están pintados, en arabescos preciosos, por los discípulos de Rafael.

En el vestíbulo, multitud de inscripciones, de urnas y de bajorrelieves, con dos grandes perros griegos de la estatura del buen Sultán o, por mejor decir, Plutón.

En la primer colección, una columna alta, retorcida, con hendeduras, de alabastro oriental transparente; una serie de pequeños ídolos egipcios o asiáticos; otra serie de ídolos griegos o romanos; un surtido de los más hermosos bustos de bronce; gran cantidad de muebles antiguos de bronce; una grandísima araña de transparente ámbar amarillo, a través del cual se ve, en el interior, la genealogía de la casa de Brandeburgo, en ámbar blanco... Una colección de lapislázuli y una gran mesa de flores y de frutas representadas al natural, de piedras preciosas.

En la segunda habitación, tres soberbias colecciones bajo pabellones. La primera de marfil, con-

teniendo toda clase de obras infinitamente curiosas, sea en escultura, sea torneadas. La segunda, de ámbar, llena de trabajos del mismo género. La tercera, muy superior a las otras dos, es de alabastro con parecido surtido.

Otras dos colecciones o bastidores de espejos, que tienen por dentro el espectáculo horrible y repugnante, el uno, de una matanza; el otro, de una peste, ejecutadas en cera.

Dos mesas, una de jaspe ordinario formando un paisaje; la otra representando el plano de Livorna en piedras preciosas, con el mar en lapislázuli ondeando.

En la tercera habitación, una colección de ébano, donde el viejo Brenghol ha pintado el Antiguo y el Nuevo Testamento en pequeños cuadros, sobre piedras preciosas; dentro hay un *Descendimiento de la Cruz*, bajorrelieve en cera por Miguel Angel, y doce estatuas de ámbar bastante grandes. Una gran jofaina antigua de ámbar de ágata, y anatomías en cera.

En la cuarta habitación, una esfera armilar, prodigiosamente gruesa y toda dorada, según el sistema de Ptolomeo. Una piedra imán que atrae cuarenta libras, y numerosos instrumentos de astronomía o de matemáticas.

En la quinta habitación, la estatua griega llamada la *Hermafrodita*, hembra de la cintura para arriba y varón de la cintura para abajo. Un coloso griego representando un instrumento para forjar el género humano. ¡Por mi fe, esto merece de ve-

ras llamarse una bella máquina! Todas las otras tienen que bajar el pabellón ante ella; está montada sobre dos patas de león y ceñida por el medio con un collar, en el que están suspendidos toda clase de pájaros con cabezas que no son las que se llevan sobre los hombros; y en fin, para colmo de locura, tiene encasquetada la otra máquina su compañera ordinaria, tan pequeña y tan poco en relación con ella, que puede sacarse de allí la conclusión de que era preciso que los griegos conociesen ya en aquel tiempo el proverbio *Colla pazienza e collo sputo*, etc. Un *Términus* con todos sus atributos; un grupo de *Amores durmiendo unos sobre otros*; un *Eurípides* de mármol de Etiopía color de hierro; un manuscrito latino muy bien conservado, escrito a la romana sobre tabletas de madera encerada. Parece ser una relación de los sueldos que un Felipe, rey de Francia, daba a los oficiales que le acompañaban en su viaje; es casi imposible leerla. Creo que estas hojas pertenecen a un manuscrito completamente parecido a uno de los que he visto en la biblioteca de Génova, y que ha sido descifrado por el joven Cramer, hombre de mucho ingenio y gran matemático. Multitud de bronce; un gabinete en arquitectura de piedras preciosas, todas de una pieza, adornado con bajorrelieves de oro sobre un fondo de ágata. Otro pequeño gabinete para las medallas, conteniendo marcos sobre cada uno de los cuales hay cinco pequeños cuadros con franjas de plata. Esta colección la usaba el cardenal de Médicis, que la llevaba consigo en to-

dos sus viajes, y en un momento tenía su cuarto todo adornado con cuadros.

En la sexta habitación, unos ciento cuarenta retratos de pintores, hechos por ellos mismos. Faltan allí muchos retratos de pintores famosos que son conocidos en otras partes; pero no se ha querido colocar mas que los que han sido pintados por la persona misma que representan.

En la séptima habitación, que es el arsenal, toda clase de armaduras antiguas, modernas y orientales, de una riqueza y de una selección exquisita. Paso ligeramente sobre esto para no mencionar mas que el grueso mosquete con el cañón todo de oro.

En la octava habitación, cerca de cincuenta mil medallas de todas clases, magnitudes y metales, entre las cuales he visto dos Otones de cobre medio bronce. Item, varios millares de camafeos en relieve o de piedras grabadas de un trabajo acabado casi todas. Podéis juzgar por vosotros mismos: están reproducidas en vuestro *Museum Florentinum*.

En fin, en la novena habitación, que se llama la Tribuna octógona, han reunido lo que había de más precioso. La primera cosa que llama la atención, a la entrada, son las seis célebres estatuas griegas, a saber: *Los Luchadores*, el *Amolador que escucha la conjuración de Catilina*, la *Gran Venus*, el *Fauno bailando*, la *Urania* y la *Venus de Médicis*. Parece que estas seis obras acaban de salir de manos del obrero, tan bien conservadas y pulidas se encuentran; su belleza está por encima de toda expresión, sobre todo la del Fauno y de la Venus

de Médicis. Misson se ha equivocado al decir que la base no es mas que una sola pieza con la estatua y que las palabras griegas *Cleomenes*, etc., que están escritas debajo, indican el obrero. La base ha sido rota; el pedazo que está ha sido añadido, y Plinio, que habla de esta estatua, dice precisamente que era de Fidias. Los críticos más severos no podrían encontrar ningún reparo que hacer a la belleza y a las proporciones del cuerpo de esta mujer; el cuello es largo, la cabeza muy pequeña, y aunque bella, no es de una belleza que nos agrada-ría. Milord Sandwich, al que encontré una vez en la Tribuna, y que regresa de Grecia, me dice que todas las mujeres que ha visto allí y que pasaban por ser bellas tienen este mismo aire. A propósito de este inglés, tengo que decir que hay en un rincón de la galería un busto de *Bruto*, el matador de César, dejado imperfecto por Miguel Angel. Debajo están escritos estos dos versos, tan conocidos:

*Dum Bruti effigiem sculptor de marmore ducit,
In mentem sceleris venit, et obstupuit.*

No os los cito mas que para añadir que, mientras Mr. Sandwich y yo lo mirábamos, éste, extrañado porque se hubieran atrevido a censurar a aquel gran republicano, improvisó en el acto estos dos versos en contraposición:

*Brutum effecisset sculptor, sed mente recursat
Tanta viri virtus, sistit et obstupuit.*

Vuelvo a las principales cosas de la Tribuna. Otras ocho pequeñas estatuas, que desmerecen

poco de las primeras; quería yo encontrar entre éstas el *Cupido* de Praxiteles, de la cual se cuenta una historia que todo el mundo conoce y que pretendían hallarse aquí; pero me dicen que es una fábula. Otras varias pequeñas estatuas antiguas, de mármol y de piedras preciosas; entre las de mármol, las más notables son el joven *Britanicus*, el joven *Nerón*, el *Marco Aurelio niño* y el *Amor disparando flechas*; entre las de piedras preciosas, el *Listmaco*, de calcedonia; el *Canopus*, de ágata; el *Júpiter sin barba*, de cristal, y el *Tiberio*, de turquesa, y no el *César*, como dice Misson, ni el *Nerón*, como otros pretenden. Esta última pieza es una de las más preciosas de toda la galería, tanto por la dimensión y la belleza de la piedra como por la perfección del trabajo. Una mesa de flores figuradas, en piedras de talla, donde hay con qué entretenerse durante una semana. Un grandísimo gabinete, más soberbio que todos los anteriores, todo en columnas de jaspe y de lapislázuli, con las bases y las cornisas de oro; está lleno de las más raras porcelanas del viejo Japón, de trabajos exquisitos en cristal de roca, de grandes jofainas de lapislázuli, y, en fin, para terminar mi frase, el diamante, grueso como una nuez lombarda, muy aplastado, de una bella forma redonda, talladas las facetas, de un peso aproximado de ciento cuarenta quilates; es el más grueso que se conoce en Europa, pero sus aguas tiran a amarilla.

A pesar de todo el detalle que acabáis de leer, no he hecho mas que apuntar someramente las

cosas que más me han llamado la atención, pasando sobre una infinidad de otras. Por ejemplo, todos estos salones están guarnecidos de cuadros de los primeros maestros. En la Tribuna no hay nada que no sea exquisito y de una reputación clásica. Un solo Corregio, *La Virgen de rodillas ante su hijo*; pero ¡qué color!, ¡qué expresión!, ¡cuánta gracia y gentileza! Tiene demasiada quizá, porque casi tocan en los melindres. El *San Juan en el desierto*, por Rafael. Lo que es singular es que he visto este mismo cuadro en Bolonia, y que se me ha asegurado que el mismo estaba también en Roma, y que todos nosotros lo conocemos en la colección del señor duque de Orleáns, que lo compró al hijo del primer presidente de Harlay. De Piles (1), uno de los mejores conocedores que haya jamás habido en pintura, considera este cuadro del señor Regente como uno de los primeros que existen. Vasari dice de él, poco más o menos, lo mismo, y añade que está pintado en lienzo, circunstancia que quiere decir que el del gran duque es el verdadero entre los cuatro, puesto que los otros tres están pintados sobre madera. Sería muy singular que uno de los buenos conocedores que haya nunca habido hubiese colocado una copia en el primer sitio. Por lo demás, si el cuadro del señor

(1) Rogelio de Piles, pintor y literato, nacido en 1635, muerto en París en 1709. Sus obras sobre la pintura son todavía de gran autoridad, a pesar del ridículo que atrajo sobre él la invención de su balanza para pesar a los hombres de genio. Esta descabellada idea llamó la atención y dió origen a bastantes escritos, perfeccionados, rectificadlos, etc., etc., y hoy casi por completo ignorados.

Regente es una copia, seguramente es una copia de mano de Rafael mismo, puesto que los grandes maestros han copiado con frecuencia sus propias obras. Pero se pretende que estas copias no tienen de ordinario el fuego original del primer trabajo. Este cuadro, sea aquí, sea en el Palais Royal, es seguramente de una gran belleza; pero me costaría trabajo colocarle, como De Piles, en la primera clase. No tiene mas que una figura; es completamente triste y sin adornos (1). Es verdad que la composición es excelente y que no es posible expresar mejor el asunto *Vox clamantis in deserto*, muy difícil de por sí. El dibujo es de una corrección acabada; el paisaje conviene con el asunto; la figura, llena de fuego, y no había en el mundo otro que Rafael capaz de poner tanta vida y acción en una sola figura.

Para comunicar desde la galería con el palacio Pitti, donde habita el gran duque, y que está bastante alejado, han construído, por encima de las casas y por encima de los puentes, como han podido, unos larguísimos corredores. El palacio Pitti da a una plaza larga y estrecha, de la cual ocupa por completo uno de los grandes lados; así es que su fachada es enormemente larga, toda de una pieza y sin ornamentos, a menos que se quiera tomar por tales las masas de piedras rústicas y desiguales con que está enteramente construído. En cambio, el patio interior es de un dibujo muy her-

(1) El *San Juan* fué dibujado por Rafael sobre el modelo del cuerpo de un joven negro muy hermoso.

moso, compuesto de los tres órdenes, uno sobre otro; de los cuales todas las columnas son rústicas y con collar, como las de Luxemburgo, al cual este palacio se parece mucho; y en efecto, era la idea de María de Médicis hacer edificar en París su casa natal. El palacio de Florencia lo construyeron Brunelleschi y Ammanato. Si lo hubieran hecho enteramente sobre el dibujo que me han enseñado, sería una de las más bellas obras de Europa. El fondo del patio es una gran gruta adornada por dentro con estatuas y conteniendo un vivero de peces. La cubierta de la cúpula forma una fuente de mármol blanco con tres surtidores de agua.

Las habitaciones del interior no responden, ni por el mobiliario, ni siquiera por los cuadros, que hay en gran número, a lo que yo esperaba; pero hay que observar que la galería es un abismo que se ha tragado todo lo más bello y lo mejor.

Los mezzamines o entresuelos, rica y galanamente adornados, son lo que hay más agradable en las habitaciones.

Los jardines del palacio no tienen sentido común, y por esta razón me gustan infinitamente; no son sino montañas, valles, bosques, cerros, parterres y florestas, todo ello en desorden, sin dibujo ni continuidad, lo que les da un aire campestre muy agradable.

Aquí y allí hay algunas bellas estatuas, fuentes y grutas, una de las cuales tiene un techo al fresco de gran mérito. Crían en los jardines algunos animales exóticos, no feroces, como gacelas, almizcleros, etc.

XXV.—A M. DE NEUILLY

Continuación de la estancia en Florencia.

8 octubre.

He tenido noticias vuestras, mi querido Neuilly, por Malatesta y por Blancey, independientemente de la agradable carta que he recibido de vos en Venecia. Queríais venir a Italia, rey mío; era, pues, para hacer un segundo viaje, porque, a menos de haber estado ya, no se puede estar tan bien enterado de todo como lo estáis. ¡Cómo, diablos! Las islas Borromeas, las casas de Brenta, el detalle de Venecia y otras cien cosas, ¿las conocéis tan bien y me habláis de ellas como si precisamente las tuvierais ante vuestros ojos? ¡Cuánto desearía que esta visita fuera ahora efectiva y no ideal! Ahora, sobre todo, que me encuentro en medio de la colección del gran duque y de todas las obras maestras de ciencias, de curiosidades y de dulces cachivaches, que hacen de esto realmente las cosas más sorprendentes del mundo. Se me hace tan cuesta arriba no veros aquí cuando pienso cuánto esta clase de cosas convienen a vuestras maneras de ser y a vuestros gustos, que yo mismo no me en-

cuento aquí mas que a medias. No digo que no a la proposición que me hacéis de volver aquí con vos, si alguna vez tenéis ocasión de poder hacerlo cómodamente; pero ¿qué me decís de la buena idea que he tenido de enviaros el plano (1) de la galería de este gabinete, que contiene las estatuas según su orden y su disposición, aunque eso sea abultar mucho mi carta inútilmente? Pero he juzgado que no os disgustaría echar un vistazo sobre el bello ordenamiento de los bustos sobre todo, y admirar cómo se ha podido reunir esta serie de cabezas antiguas de emperadores romanos hasta Alejandro Severo, tan completa, que los mismos rivales del imperio no faltan en ella, como tampoco la mayoría de las mujeres o hijas de emperadores. Con todo esto, como nadie había todavía sacado el plano de la posición de cada cosa, y como no le han dado en el *Museum Florentinum*, me ha agradado mucho levantarlo, y os suplico que no lo perdáis. No os hablo de estas seis estatuas griegas tan conocidas, ni de la otra llamada el *Hermafrodita*; pero entre las que hay colocadas con los bustos, de dos en dos, hay algunas dignas de adoración, es decir, que se acercan mucho a la belleza de las seis primeras. Las estatuas griegas, sobre todo, sobrepujan a las romanas, y podéis juzgar del mérito de estas piezas al ver que no hay mas que una de Miguel Angel y una del Samborino que hayan sido estimadas dignas de figurar entre ellas.

(1) Este plano, muy minuciosamente establecido, hecho por M. De Brosses, está adjunto al manuscrito conservado por su familia.

Era la de los Médicis una familia muy recomendable, a mi juicio, por su amor a las buenas cosas. Nada hace mejor su elogio que ver cuánto, después de haber conseguido la soberanía de un pueblo libre, ha conseguido hacerse amar y sentir su pérdida. Realmente, Florencia ha experimentado una tremenda pérdida con su desaparición. Los toscanos están de tal modo persuadidos de esta verdad, que no hay apenas ninguno que no diera una tercera parte de sus bienes para verla revivir, y otra tercera parte para no tener a los loreneses. No creo que nada iguale al menosprecio que sienten por éstos, a no ser el odio que las gentes de Milán tienen por los piemonteses. En tiempo de la última guerra, los franceses eran recibidos con los brazos abiertos y los piemonteses excluidos en todas partes. Del mismo modo, en Florencia tenemos acceso en todas las casas, y los loreneses no entran en ninguna parte; en fin, he observado que los florentinos no viven mas que con la esperanza de tener al yerno del rey como gran duque (1), y hasta les sorprende mucho que el rey no haya hecho ya este regalo a su hija, sin preocuparse demasiado de la indemnización que podría darse al duque de Lorena, cuyos intereses no les llegan muy adentro. Es verdad que los Lorena han sido muy mal tratados y, lo que es peor, menospreciados. Monsieur de Raigecourt de Lorena, que tiene amplios poderes de su señor, es hombre

(1) El infante D. Felipe, luego duque de Parma, hijo del rey Felipe V.

de ingenio y tiene talento; todo el mundo lo reconoce; pero aseguro que no hace mucho caso de los buenos tratos, que hacen tomar gusto a un reinado nuevo. Se diría que los Lorena no consideran a la Toscana mas que como una tierra de paso, donde hay que apoderarse de todo lo que se pueda, sin cuidarse del porvenir.

Para un país que ha tenido sus soberanos propios, que distribuían a los nacionales las mercedes y las dignidades y que gastaban en el Estado mismo las rentas del Estado, no hay nada tan duro como convertirse en provincia extranjera. La preferencia predominante de la nación sería por un príncipe de la rama de España. Han visto a don Carlos presentarse en calidad de sucesor, repartir a manos llenas el dinero del Perú, que le suministraba madame Farnesio (1), y no pedir nada a nadie, porque entonces no estaba en situación de exigir nada. Este debut les ha dado alguna ilusión; pero si don Carlos se hubiese quedado en Toscana los súbditos habrían pagado a su vez, como era de esperar. Acaba de difundirse por aquí un rumor sin fundamento, y es que un gran cuerpo de tropas francesas estaba en marcha para atravesar los Alpes. Sobre esto, el marqués me ha preguntado qué me escribían de Francia y si estas tropas no estarían destinadas a asegurar la sucesión de los Médicis al infante don Felipe. Sin embargo, un hombre muy inteligente me decía el otro día que pre-

(1) Véase la nota de la carta XLII.

fería los Lorena a los españoles, «porque—dijo— los primeros me quitarán seguramente hasta la camisa, pero me dejarán la piel (es decir, mi libertad de pensar), que me arrancarán los otros sin dejarme lo demás. En general—añadió—cualquier amo hallará el secreto de dejarnos contentos, con tal que permanezca en Florencia, que proteja las ciencias y que tenga el gusto de las artes, porque es aquí un defecto capital carecer de él». El mismo sujeto me decía en otra ocasión que había estado mucho tiempo sin comprender lo que quería decir ese proverbio de la lengua francesa *Lorrain vilain* (Loreno villano); pero que hacía poco había tenido una amplia explicación. «Sin embargo—añadió—, nos tratan a nosotros mismos como villanos, porque no tenemos aquí la costumbre de tener mesa abierta.» Pero yo pregunté: «¿Cuál es más villano, el que no convida a comer, o el que quiere comer a expensas de otro?»

¿No hemos tenido también nosotros los franceses que romper una lanza contra los Lorena? Se acaba de recibir la noticia de la paz de Belgrado, pactada entre el Emperador y el Gran Señor por la intervención de M. De Villanueva, nuestro embajador en la Sublime Puerta. Esta paz no es útil ni honorable para el Emperador. Sobre todo, los partidarios del genio austriaco declaman contra nosotros, diciendo que esa es nuestra manera ordinaria de favorecer a la Puerta otomana, en perjuicio del Emperador. Los he tranquilamente hecho notar que M. De Villanueva no tenía la misión de

decidir si su señor podía escoger entre aceptar o rehusar las proposiciones; que si las había aceptado es que sin duda había sabiamente previsto que, de continuar la guerra en la situación en que se encontraba frente a los turcos, se exponía a no obtener de ellos sino otras peores condiciones. A lo cual el primado ha exclamado bruscamente: «Vuestra Francia es la que, después de haber aplastado a la Casa de Austria por el Tratado de Viena, la ha dejado a merced de sus enemigos.» «Por Dios os juro que no ha sido por culpa mía: yo no he hecho la paz de Viena, y si de mí hubiera dependido, no la habría hecho, o bien hubiera sacado de ella un partido decisivo para las guerras del porvenir, como parece que era la opinión de M. De Chauvelin. Que haya tenido o no los motivos particulares que sus enemigos le imputan, ¿qué nos importa, dado que el provecho general del Estado se encontraba de acuerdo con la manera de sentir?» Lo que pone a estos Lorena de mal humor contra el Tratado de Viena es el cambio de la Lorena por la Toscana. El trueque es, sin embargo, ventajoso para su señor. Por mucho que se alegue el efecto a la armonía patrimonial, unos cuantos millones más puestos en la balanza hace suficiente contrapeso.

El príncipe de Elbeuf, que tiene aquí rango de primer príncipe de sangre real, trata todo lo posible, por sus maneras corteses, de reparar los malos procederes de los Lorena, que es el primero en reconocer.

Representa a maravilla el papel de hombre de

bien y de afable, y, lo que me parece mejor, nos da muy bien de comer, sin ninguna afectación que recuerde al príncipe. Ya conocéis la cortesía innata de los príncipes de la Casa de Lorena; conocéis también la reputación del que os hablo: es el mismo que se ha casado en Nápoles, que ha representado papeles tan diversos en Europa y... que yo le perdono mientras me dé vino de Tokai de la bodega del gran duque. La princesa de Craon hace también los honores de una casa muy buena y muy cómoda para los extranjeros. Es una mujer que me agrada mucho por su aire y sus maneras; en verdad creo que, en caso necesario, y aunque sea abuela hace ya tiempo, no tendría inconveniente en representar todavía con ella el papel del duquesito de Lorena. Su marido ocupa aquí un alto rango, así como el marqués de Chatelet, gobernador de la ciudad. Todos éstos no están incluidos en el odio jurado a sus compatriotas por los nacionales. Se junta todo él contra los que se entrometen en el gobierno, en el cual éstos, a pesar de su nacimiento y de sus empleos, no tienen casi parte ninguna.

Nada nos convenía tanto como hallar un buen pretexto de salir de Florencia, porque las posadas son detestables hasta más no poder, y las he encontrado peor de lo que me habían pronosticado de las tabernas de Italia. De noche es todavía peor que de día. Unos malditos mosquitos (*petits cousins*), mil veces peores que los de Borgoña, se han empeñado en desolarme, y harán que tenga que

abandonar a Florencia sin ningún sentimiento, sea porque he estado enfermo, sea porque el mal tiempo que hace me haya prodigiosamente contrariado. La ciudad no me ha gustado en conjunto tanto como otras. Hay, sin embargo, más curiosidades de cierto género de las que se encuentran en otros sitios y, desde luego, más gente inteligente y de mérito. Ningún otro pueblo de Italia iguala a los florentinos en este respecto, y aun son ellos los que proveen las demás comarcas. Añadid a esto que he ganado en el juego unos cuantos cientos de luisas, los que debería hacerme estar de buen humor; pero la primera base de la alegría es la salud.

La literatura, la filosofía, las matemáticas y las artes son todavía hoy muy cultivadas en esta ciudad. La he encontrado llena de gentes ilustradas, sea entre las personas de calidad, sea entre los literatos de profesión. No solamente están al corriente del estado de la literatura en su propio país, sino que me ha parecido conocen la de Francia y la de Inglaterra. Aprecian sobre todo a las gentes cuyas investigaciones tienen por objeto alguna utilidad pública provechosa para toda la nación, y he visto que, entre nuestros sabios, de los que hablan con más estimación son del abad de Saint-Pierre, en cuanto a Moral, y de Reaumur, en cuanto a la Física y las artes. Hay que reconocer que los florentinos tienen más facilidad para el cultivo de las letras que ningún otro pueblo de Italia; tienen un buen pasar de fortuna; tienen tiempo libre; no tienen militarismo, ni intrigas, ni asuntos de Estado.

Todas sus ocupaciones tienen, pues, que reducirse al comercio o al estudio, y en este sublime respecto, los habitantes de Florencia no pueden dejar de sentir todas las comodidades que han reunido aquí ellos durante varios siglos, principalmente en monumentos de la antigüedad, bibliotecas y manuscritos. Estoy bastante ocupado en consultar el texto de Salustio en más de veinte manuscritos que se encuentran en la biblioteca de Médicis y en una docena de otros dispersos a un lado y a otro. Lo mismo haré en el Vaticano, después de lo cual podré creer tener el Salustio tan correcto como es posible. He encargado hacer lo mismo con los manuscritos de Suetonio, que lo necesitan mucho más, porque es indescifrable en muchos sitios. Trato también de recoger o adquirir noticia de todos los monumentos antiguos que tienen relación directa con uno u otro de estos autores. Con estatuas, bajorrelieves y medallas de la época es como se procuran buenas notas a los historiadores. Quiero sobre todo juntar, en cuanto sea posible, los retratos de los principales personajes; me parece que un lector se interese más por las gentes que conoce de vista.

 Pero ¿no va Malatesta a burlarse de mí, quizá no sin razón, si sabe que estoy lo bastante loco para ir a dar en las variantes? No las tendré en cuenta más de lo que es razonable; pero cuando se pretende dar una edición de un autor antiguo tan buena y tan completa como sea posible, me parece que se debe comenzar por no omitir nada para tener un texto perfectamente correcto y que no se

puede asegurar sin esto haber hecho una traducción perfectamente fiel. Me preocupan más mis notas, que son demasiado largas, aunque me he limitado estrictamente a lo histórico del asunto, sin tocar más de lo indispensable a lo árido e insípido de la parte gramatical; y aun se estimará acaso que me he ocupado de esto demasiado. Todo lo que es del resorte de la literatura no es apenas del gusto de nuestro siglo, en el cual parece que se quiere poner de moda la sola ciencia filosófica; de suerte que casi necesita uno excusarse cuando se le ocurre hacer algo en un género que estaba tan en boga hace doscientos años. En verdad, no tenemos ya hoy la misma necesidad de él; pero descuidando tanto como se hace los conocimientos literarios, ¿no es de temer que volvamos poco a poco a la barbarie de que sólo ellos nos han sacado? Si no me equivoco, ya hemos dado algunos pasos hacia ese lado.

En fuerza de análisis, de orden didáctico y de razonamientos muy juiciosos, cuando no se necesitaría mas que genio y sentimiento, hemos conseguido rectificar nuestro gusto en Francia, hasta el punto de substituir una fría precisión, una simetría pueril y frívolas sutilidades metafísicas al gran gusto natural de lo antiguo que reinaba en el siglo precedente.

Mil abrazos a nuestros amigos. ¿Qué me contáis de la aventura de Buffón? (1). Le he escrito desde

(1) Buffón fué nombrado intendente del Jardín del Rey (hoy Jardín de Plantas) en 1739, a la edad de treinta y dos años. Nacido en 1707, en Montbard, murió en 1788.

Venecia, y espero con impaciencia noticias tuyas. No sé haber tenido mayor alegría que la que me causa su buena fortuna cuando pienso en el placer que le produce el Jardín del Rey. ¡Cuánto hemos hablado de él! ¡Cuánto lo deseaba y cuán poco probable era que lo obtuviese a la edad que tenía Dufay! Escribidme con frecuencia y, desde ahora, siempre a Roma, a la lista de Correos. Adiós, mi buen amigo; si no supiera cuán sensible es vuestro corazón, no creería que pudieseis quererme tanto como yo os quiero.

XXVI.—A M. DE BLANCEY

Camino de Florencia a Livorna.

14 octubre.

Dejamos a Florencia el 9 de octubre por la tarde y encontramos la llanura entre dos ramas del Apennino; todo esto no es mas que una aldea y un jardín durante veinte millas hasta Pistoja, en donde hicimos noche. Esta ciudad antigua y desierta no me pareció tener nada notable mas que un baptisterio de una forma redonda, bastante elegante; es preciso que sepáis que en todas las ciudades de Toscana hay una iglesia o capilla donde se verifican todos los bautizos y dedicada a esto solamente. Enfrente está la catedral, que, a pesar de lo prodigado que está el mármol en ella, tiene todo el aspecto de una iglesia de pueblo. Empleé todo el tiempo de mi estancia en Pistoja en ir a caballo a las montañas vecinas a examinar un lugar llamado *Il piano di vaione*, donde pretenden que se dió la batalla entre Petreio y Catilina. A pesar de la lluvia, levanté en conjunto un plano del terreno e hice diversas observaciones relativas a mi asunto; pero sacaré mejor ayuda todavía de M. de Médicis,

governador de Prato y antes de Pistoja. Me ha prometido hacer levantar el plano de todas las montañas vecinas y enviarme todo lo que me sea necesario en geografía para aclarar este punto de historia en mi edición de Salustio.

Después de haber atravesado dos pueblecitos, Borgo a Bugiano y Pecia, nos encontramos en las fronteras exiguas del Estado de Lucca. Nunca me hubiera imaginado que en un Estado tan pequeño pudiera caer una lluvia tan grande; apenas hubimos puesto el pie en las tierras de esta república mirmidona, cuando empezó a caer agua con tanta violencia, que si lo leyera en un relato, seguramente no lo creería. En menos de media hora se caló la imperial de mi coche, y al mismo tiempo se caló también vuestro servidor, que llegó a Lucca, como el difunto Moisés, salvado de las aguas. La situación de Lucca es muy singular: está completamente rodeada por un círculo de montañas y situada en lo hondo, en medio de una pequeña llanura, como en el fondo de un tonel. Se da un aire a Génova, si se exceptúa el lago y el Ródano. La ciudad es tan grande; las fortificaciones se parecen mucho: son bellas, aunque menos que las de Génova. Su principal defecto es ser demasiado bajas; están poco cuidadas y el foso está casi cegado. Las trincheras, guarnecidas de numerosa artillería, están en forma de terrazas de cuatro gradas del lado de la ciudad, y en cada grada hay una hilera de árboles; de suerte que se puede dar por allí muy agradablemente la vuelta a la ciudad: es lo mejor

que hay en Lucca, que, entre nosotros, no merece la pena de desviarse del camino. El pavimento de la ciudad, todo de piedra partida, para la comodidad de las caballerías, es, sir embargo, el más bueno que puede encontrarse, y las calles no dejan de tener de trecho en trecho algunas hermosas casas. El palacio de la República sería muy vasto y de gran aspecto si no estuviera imperfecto mas que a medias. Pero también, si lo hubieran terminado, todo el Estado había cabido dentro. He aquí sumariamente lo demás: En San Martín, un pórtico gótico, curioso en fuerza de ser malo; otro todavía peor en la catedral; el interior de esta iglesia es obscuro como un horno; el pavimento, de pequeñas losas de mármol, merece ser notado. En la nave, a la izquierda, hay una capilla, o mejor un diminuto templo aislado, en medio del cual está el famoso crucifijo llamado el *Santo Volto* o *Volto Santo*, esculpido por los ángeles sobre el dibujo de Nicodemo, que era tan mal escultor como San Lucas mal pintor. El crucifijo está vestido como un caballero con una hermosa levita de terciopelo rojo y cubierto con una corona de pedrería. La *Vida de la Virgen* está pintada en la capilla, a la izquierda, por un buen artista. Los cuadros de la derecha no son tampoco malos; he notado una *Cena*, del Tintoreto, y otra, a la entrada, todavía mejor. En la Madona, ved un *San Pedro curando al cojo*, cuyo autor no he reconocido... En Santo Domingo, iglesia bastante adornada, el *Martirio de San Román*, del Guido; *Santo Tomás de Aquino*,

del Boni, bastante buen pintor boloñés, y otro cuadro de factura antigua, curioso... En San Frediano, la tumba de un pretendido San Ricardo, rey de Inglaterra, aunque seguramente no ha habido nunca santo de este nombre ni enterrado en Lucca... En Santa María, muchas columnas de mármol y dorados, que hacen un feo conjunto, y una capilla aislada hecha rasgo a rasgo sobre la de Loreto, con toda exactitud, según me han asegurado. Me ha agradado mucho, porque desde ahora ya doy por vista la santa casa y por hecho el viaje a Loreto. Item, allí o en otra parte, porque ya no me acuerdo, un *Cristo con San Román*, del Guido.

Se encuentran en el centro de la ciudad los restos informes de un anfiteatro de los romanos, en el cual han edificado unas malas cabañas, que acababan de desfigurarlo. Mejor han hecho derribando cerca de la catedral la casa de un noble que había conspirado, porque así ha quedado una plaza bastante bonita.

No quiero omitir decir que, habiendo ido por la noche al teatro, estaba todo lleno, hasta de damas; me sorprendió mucho ver que la catástrofe de la obra eran unos fuegos artificiales, distribuidos a lo largo de la sala, a través de las telas pintadas y de los palcos, sin que la ejecución de estos fuegos en un sitio tan peligroso, ni la lluvia inflamada que caía, asustaran a nadie más que a mí, que encontré, aparte de esto, los fuegos artificiales más bonitos que los que he visto nunca en Francia. Me llamó también la atención que los magistrados

de la República, para imitar a los antiguos romanos, tenían su sitio de preferencia en el teatro. Los jefes de estos magistrados son cuatro, de los cuales el primero, llamado Gonfalonero, se parece tanto más al Dogo cuanto que no sirve mas que para la representación, estando la autoridad en las manos de los otros tres, llamados Secretarios de Estado. Su poder dura un año, y el del Gonfalonero dos meses solamente. El Consejo está compuesto de sesenta nobles; no presumo que haya muchos asuntos, puesto que el Estado no contiene mas que la ciudad y once pueblos; pero, en cambio, este país está bien recogido.

La llanura redonda que forma el fondo del tonel de que os he hablado es fértil y cultivada como un jardín. Las casas de campo pasan por ser las más agradables y las más adornadas de toda Italia. No juzgamos a propósito aprovechar el buen tiempo para irnos de paseo. El aceite de Lucca, que, con los paños de seda, forma el principal comercio del Estado, es el mejor de Italia, donde, en general, es bastante malo. Notad que los jesuítas no han podido nunca introducirse en Lucca por mucho que lo han intentado; que los cuatro maceros o ujieres del Estado llevan una media blanca en una pierna y otra roja en la otra; que he visto en el palacio una guardia suiza que cuando pasa el Senado se pone en fila a un lado nada más, porque no es bastante numerosa para ocupar los dos lados; que nadie lleva espada, y que está prohibida a los extranjeros al cabo de tres días; que la República

(respetable, aunque lo tomo a broma, porque todo pequeño Estado que sabe mantenerse lo es siempre) está bajo la protección del Emperador, cuya efigie ponen unas veces en la moneda y otras veces la del Volto Santo; y que, en fin, en los Agustinos hay un pequeño agujero que llega hasta los infiernos, por donde fué tragado aquel miserable soldado que pegaba a la Virgen María, cuya historia ha contado Misson. Sondeé este agujero con un palo, para ver si el infierno estaba muy lejos, y no encontré mas que vara y media de profundidad. Muy sorprendido de verme tan cerca de esa fea morada, huí en línea recta hasta Pisa, a pesar de la tremenda tempestad que había entonces, y que, por los remolinos de agua que producía, nos obligó a dar un rodeo bastante largo. Recorrimos diez y seis millas, costeano casi siempre las estribaciones de las montañas y en algunos sitios las orillas del Serchio, muy-crecido por las lluvias.

La situación de Pisa, a pesar del mal tiempo, me pareció encantadora. El Arno, ancho y hermoso río, divide toda la ciudad por la mitad; las dos orillas están bordeadas por muelles, que se comunican por tres hermosos puentes. En una palabra, nada recuerda tanto el aspecto de París visto desde el Puente Real. El más hermoso de estos tres puentes es el del medio, todo construído en mármol blanco. Cerca de uno de los extremos del puente está Banchi o lonja de los mercaderes, de orden dórico, y cerca del otro extremo, el palacio Lanfreducchi, todo en mármol blanco. Notad, sin em-

bargo, el palacio Lanfranchi, más hermoso que éste, construído por Miguel Angel.

Aunque todos los viajeros pretenden que Pisa es una gran ciudad, no me lo ha parecido así, y eso que he visto muy bien toda su extensión: está mal poblada y casi únicamente en las orillas del río. La pérdida de su libertad y la vecindad de Livorna le ha perjudicado mucho. Deciros que el mármol es aquí tan común como el agua puede ser verdad casi todos los días del año; pero sería hoy ridículo, dada la enorme lluvia que cae ahora. No creo que haya ninguna parte donde pueda hallarse, en un tan pequeño espacio como es la plaza del Duomo, cuatro cosas tan bonitas como las que hay allí reunidas; lo son todas de pies a cabeza, es decir, desde los cimientos hasta los techos, incluso el pavimento de la plaza, de mármol de Carrara, más blanco y casi tan fino como el alabastro.

La primera de estas cuatro piezas es la catedral, una de las bellas y nobles iglesias que yo haya encontrado. El pórtico, que es lo menos, es gótico, con columnas muy bien trabajadas por Juan de Bolonia, mucho mejores que las tan apreciadas del baptisterio de Florencia. El interior está majestuosamente sostenido por sesenta y ocho columnas de granito, dispuestas en cuatro hileras; aquella en que está el púlpito del predicador es la más curiosa, a causa de dos rampas de escalera que le dan acceso; cada escalón está aislado, fijo en la columna y sostenido por una especie de consola. No puede imaginarse nada más esbelto ni más bonito.

El pavimento no desmerece del resto del edificio. De las dos capillas de los lados, una y otra construídas con bella arquitectura, la de la izquierda tiene, a guisa de tabernáculo, un templo de plata sobredorada sostenido por ángeles, todo esculpido con gran gusto; y detrás del altar, la *Tentación de Eva por la serpiente*, a la cual el escultor ha puesto, sin venir a qué, una cabeza de mujer, puesto que de todas las cabezas que pudo ponerle, esa era la menos capaz de tentar a Eva. En la capilla de la derecha, una tumba de un dibujo admirable, enriquecido en bronce dorado. Me hicieron notar, en el frontispicio de esta capilla, sobre las vetas del mármol, dos cabezas humanas que pretenden ser obra de la Naturaleza, pero demasiado correctamente dibujadas para no sospechar artificio. Las bóvedas de estas dos capillas, lo mismo que la del coro, están pintadas en mosaico con fondo de oro, en estilo muy antiguo, que es como si dijera muy mal. He notado en el coro, a la izquierda, una columna de pórfido, cuyo capitel es una linda danza de niños. Fuera de la iglesia, otra columna de granito, sobre la cual hay una preciosa urna antigua y la pretendida tumba de la hija de la condesa Matilde; la cual, en verdad, es una antigua tumba, sobre la cual está representada en bajorrelieve la caza del jabalí. Es uno de los bellos monumentos que quedan de la escultura antigua.

No puede haber nada mejor entendido que el baptisterio que está cerca de allí; la forma es en rotonda, cubierta por una linda cúpula en figura

de turbante; el interior está, como el de un templo pagano, completamente vacío y sin otra cosa que dos pisos de columnas. Cuando se habla allí dentro, la voz resuena durante varios segundos como el ruido de una gruesa campana, y el sonido va extinguiéndose poco a poco de una manera muy divertida. Hay allí también un cuadro hermoso de los *Hijos del Zebedeo*, por Andrea del Sarto.

El camposanto o cementerio es la tercera pieza, más singular que las dos precedentes. Es un gran claustro cuadrado, largo, que encierra un prado todo de tierra traída de Jerusalén, que, según pretenden, alegra más que ninguna otra los manes de los pobres difuntos.

El claustro es de arquitectura gótica bastante bonita, todo pavimentado de lápidas mortuorias de mármol, conteniendo casi todas algo notable. Han colocado a lo largo de las paredes un gran número de tumbas antiguas, que han dado lugar a la erudita obra del cardenal Noris, *Cenotaphium Pisanum*. Hay también algunas modernas, de las cuales las mejores son las del jurisconsulto Decius (1) y de Buoncompagni, tío del Papa Gregorio XIII. Las paredes están todas pintadas al fresco de mano del Giotto, de Orcagna, de Gozzoli Benozzo, etc., que han representado las historias de la Biblia de una manera muy estrambótica, muy ridícula, perfectamente mala y muy curiosa. Recuerdo un *Noé mostrando su desnudez*, al lado del

(1) Decio (Felipe).

cual hay una joven tapándose los ojos con la mano y separando los dedos todo lo posible para no verlo.

La cuarta es la célebre torre de Pisa, toda redonda y rodeada de ocho pisos de columnatas y toda hueca por dentro, de suerte que no es mas que una corteza; está tan inclinada, que una plomada echada desde arriba va a caer a más de doce pies de los cimientos. A examinar los síntomas aparentes de esta torre, parece que se haya tumbado toda ella de un lado. Sin embargo, parece difícil creer, dada la forma de su construcción, que haya podido dar semejante paso de baile sin estropearse el resto del cuerpo.

La iglesia de los caballeros de San Esteban, Orden del Gran Duque, está toda tapizada de estandartes tomados a los turcos. Es un hermoso trofeo; pero me gustaría saber si no hay alguno de los suyos en las mezquitas. El techo está muy dorado y pintado por el Bronzino, que ha representado la *Vida de Fernando de Médicis*. El altar mayor, todo de pórfido incrustado de calcedonia, es una pieza muy notable.

En medio de la plaza, que está delante de la iglesia, está la estatua del *gran Cosme*, fundador de la Orden, y todo alrededor, las casas de los caballeros.

Otra estatua de *Fernando dando limosna a una mujer y a dos niños...* Me parece que la capilla gótica, de mármol, edificada a expensas de un mendigo, no está lejos de allí (1). Notad todavía el

(1) Santa María della Spina.

grande y bello acueducto, de legua y media de largo, que trae desde los montes vecinos un agua excelente a la ciudad. El jardín de los simples, que no es grande, pero donde hay gran cantidad de plantas americanas curiosas. El vestíbulo del jardín es un cementerio, donde han reunido enormes y feos esqueletos de ballenas. Item, el claustro del Arzobispado; una fuente y una estatua de Moisés en medio; el arsenal donde se construyen las galeras del Gran Duque, que llevan después a Livorna por un canal practicado ex profeso. No es gran cosa este arsenal para quienes han visto los astilleros de Francia y de Venecia. En los Dominicos una tumba de Demetrio Cantacuzene, capitán de las tropas de Florencia en 1536. Ved si ha hablado de esto Ducanges.

Aunque mi costumbre sea extenderme principalmente sobre las ciudades de que han hablado poco los demás relatos y aunque hay todavía muchas otras cosas que notar en ésta, las suprime, dado que esta epístola comienza a parecerme menos corta que la San Pablo a los Corintios, que siempre me ha parecido demasiado larga, para una carta, bien entendido. Así, que no hablaré de una porción de cuadros de estilo florentino, probablemente buenos, dispersos aquí y allí en las iglesias. No anoto mas que un *San Francisco*, de Cimabué, en el capítulo de los Cordeleros, y un cuadro de altar en los Jacobinos, de un llamado Traini (Francisco), pintor muy antiguo, del cual no he visto el nombre mas que allí.

Fuí a pasar la velada con el P. Grandi, que tiene la reputación en Francia de ser el más sabio matemático de Italia. El buen hombre es muy viejo y apenas si conserva sus facultades; pero tiene un joven ayudante, llamado Fromond, de Besançon, que me pareció un mozo de mucho mérito.

El día siguiente, 13, fuimos a Livorna bastante temprano. El país que se atraviesa es todo llano y poco agradable. Pasamos por un bosque donde han establecido parques para búfalos y camellos. Todavía encontré otra singularidad: alcornoques, especies de encinas verdes, muy altas, con hojas espinosas; todos los años les quitan la corteza, que se reproduce como las hojas, y eso es el corcho.

Estamos aquí desde hace cerca de veinticuatro horas sin haber podido todavía asomar las narices a la calle, bajo pena de sumergirnos. La estación se pone furiosamente mala para viajar. Espero, sin embargo, estar en Roma dentro de cinco días, adonde me escribiréis a la lista de Correos.

¿Qué me decís de la galantería de nuestro Santo Padre, que ha tenido la amabilidad de morir para que nosotros podamos ver un conclave? No se tiene todavía noticia de su muerte, pero es lo mismo. He recibido en Florencia vuestra carta del 30 de agosto. Verdaderamente, las damas son muy amables de pelearse por mis cartas; puestas así las cosas, se pelearán seguramente más a mi regreso por el original; pero decidlas que soy capaz de ponerlas a todas de acuerdo.

XXVII.—A M. DE BLANCEY

Camino de Livorna a Roma.—Siena.

Roma, 21 octubre 1738.

Si bien recuerdo, mis queridos Blancey y Neuilly, me dejasteis últimamente en Livorna, echando pestes contra la lluvia. Viendo, pues, que se empeñaba en salir vistoriosa de mí, tomé con alma heroica la resolución de mojarme antes que continuar más tiempo prisionero.

Figuraos una pequeña ciudad de bolsillo nuevecita, bonita para ponerla en una tabaquera: ésa es Livorna. Principia a los ojos del viajero con fortificaciones, construídas y cuidadas con una propiedad exquisita; son de ladrillo, así como toda la ciudad. Los fosos, revestidos de lo mismo, están llenos de agua de mar. Se entra por una calle ancha y larga, tirada a cordel, a la cual van a parar las dos puertas de la ciudad. Casi todas las calles son lo mismo, alineadas; las casas, más altas en la parte izquierda de la ciudad, donde viven los judíos, pero las más agradables en la derecha, donde han construído canales llenos de agua de mar,

como en Venecia, y bordeados de muelles a uno y otro lado.

La calle principal está interrumpida por una plaza cuadrada, muy vasta, terminada por un extremo por la casa de un negociante, mucho más hermosa que el palacio del Gran Duque, allí vecino, y por el otro, por la principal iglesia católica. Esta iglesia tiene mejor aspecto que muchas catedrales que yo conozco, aunque no sea mas que por su rico techo pintado y dorado y por sus mármoles de vetas violetas.

La mayor parte de las casas de la ciudad estaban pintadas al fresco, lo que debió ser de un efecto muy bonito; pero la vecindad del mar, enemigo natural de toda pintura, las ha borrado casi por completo.

Decir por qué nación está habitada esta ciudad no sería cosa fácil de poner en claro; es más corto decir que lo está por toda clase de naciones de Europa y de Asia; así es que las calles parecen una verdadera feria de disfraces, y el idioma, el de la torre de Babel; sin embargo, la lengua francesa es la vulgar, o por lo menos tan común que pueda pasar como tal. La ciudad está súnamente poblada y es libre; cada nación tiene el ejercicio de su religión. No os hablo ni de la sinagoga, ni de la iglesia de los armenios, que no tiene nada singular mas que inscripciones de tumbas escritas de manera que el demonio que pueda leerlas; pero la iglesia griega tiene algo en su forma que merece detenerse. El coro está enteramente separado y

cerrado; no se le ve mas que a través de los ventanillos de las tres puertas. La nave está construída, no como las de nuestras iglesias, sino precisamente como un capítulo de frailes, sin altar, capillas ni cualquier otro ornamento mas que unas cuantas malas pinturas a la griega y una tribuna en lo alto.

Además de sus fortificaciones, Livorna tiene varios castillos, que dan unos al puerto, otros a la plaza; la cual, a pesar de esto, es, según pretenden, más fuerte en apariencia que en realidad.

El puerto está dividido en tres partes; las dos interiores, que llaman comúnmente la dársena, están, por decirlo así, escondidas en la tierra y separadas de la tercera por un largo malecón, sobre el cual están construídos los almacenes del Gran Duque. La primera de estas dos partes contiene las galeras; no vi allí mas que tres; sobre los bordes de la segunda es donde está la estatua de *Fernando de Medicis*, flanqueada por esas bellas estatuas de bronce que ya conocéis y que llaman *los cuatro esclavos*; la obra es de Pedro Tacca. La rada y el verdadero puerto estaban llenos por completo de buques mercantes. La entrada de este puerto me pareció demasiado ancha y muy expuesto a la tramontana. Está cerrado por un lado por el malecón y por el otro por una larga calzada, al cabo de la cual hay un fortín debajo de un fanal. Para romper las olas e impedir que estropeen la calzada han amontonado delante más pedazos de roca que los que lanzó nunca Briarée. En una palabra, este puerto y toda esta ciudad deben de haber costado

sumas inmensas. No me extraño que los toscanos echen tan de menos a sus Médicis; se encuentran a cada paso muestras de su magnificencia; pero haber hecho esta ciudad tal como es, desde la primera piedra, es, sin disputa, la más grande de todas y la que podría hacer honor a los más poderosos soberanos; así es que un clamor general en su favor se eleva por todo el Estado, cosa singular tratándose de una familia que ha arruinado la libertad de sus compatriotas. Hoy los toscanos no tienen ojos mas que para el infante don Felipe, y no les quitaríais de la cabeza que actualmente treinta mil franceses están en marcha para ponerle en posesión de la soberanía.

El comercio de Livorna no vale, en cuanto a mercancías de Levante, lo que yo había imaginado. Todo lo mejor que tiene viene de Francia o de Inglaterra.

Me volví a marchar la misma noche del 14, en que os escribí. Fué demasiado pronto; la ciudad merecía que me quedara más tiempo, no por sus bellezas o curiosidades particulares, sino por el conjunto, que es un espectáculo bello digno de verse y una administración digna de conocerse.

Volví a dormir a Pisa, donde en el corto intervalo la tempestad había hecho crecer el río Arno seis pies de altura. Pasé la velada trabando nuevos conocimientos, para dejarlos al día siguiente (pero es una pequeña desgracia, a la cual estoy habituado), y a examinar el excelente techo que acababan últimamente de pintar los hermanos Me-

lani; parece elevado quince pies lo menos por encima de la cornisa, y no lo está, sin embargo, más que dos pies y medio.

El 15 fuimos a hacer noche a Siena, a sesenta millas largas, caminata que no habríamos nunca acabado sin la intervención de un quídam de postillón que tenía una bota a guisa de zapatilla en un pie y una babucha en el otro. El camino es muy desigual, así como el país, tan pronto hermoso, tan pronto feo. Se encuentra en el camino Poggibonzi, pésimo pueblo, antaño famoso por su tabaco, del que creo ya no se hace uso.

Aunque Siena está edificado en una posición muy elevada, no lo parece así llegando de este lado, más alto todavía. Su hermoso aspecto es por el lado de Roma, desde donde se la divisa guarnecida de una porción de torres cuadradas de ladrillo. Cada familia de consideración tenía antaño una en su casa: era la marca distintiva en tiempos de la República. La villa es poco bonita y triste, como lo son todas las ciudades edificadas con ladrillos. Está también pavimentada de ladrillos y bastante mal; esto es cómodo para las caballerías y muy desagradable para andar a pie. Su situación sobre montañas de todas clases hace el terreno muy desigual y el recinto muy irregular. La plaza pública es de una forma particular; está casi hecha como una huevera o una taza. La llenan de agua cuando quieren, por medio de una grande y abundante fuente que hay en lo alto, y se puede entonces pasear por la plaza en pequeñas lanchas, mien-

tras que las carrozas pasean también, por su parte, sobre las orillas y alrededor de la taza. Son unas figuras de lobos las que echan el agua por la fuente; están en gran predicamento en Siena, a causa de la loba que amamantó a Rómulo y Remo, cuya efigie se encuentra en cada esquina de las calles, y, sobre todo, una bella columna de granito antiguo en la esquina del palacio público.

Este palacio es un viejo edificio que no tiene nada recomendable, o cuando menos curioso, sino unas cuantas pinturas más antiguas todavía y más feas.

La sala del Consejo es de Pietro y Ambrosio Lorenzetti, en 1328. La capilla, de Tadeo Bartoli, en 1407, excepto el retablo del altar, más moderno y de bastante buena factura, por el Sodoma, cuyo estilo es muy estimado en el país. La sala del fondo está bien adornada con numerosos retratos de Papas y de Cardenales sieneses; un techo representando diversas acciones republicanas de los romanos, por Beccaumi, y varios otros buenos cuadros; pero la más famosa pintura de la ciudad es la *Madonna* de los Dominicos, pintada en 1221 por Guido de Siena, y que hace oscilar furiosamente la prioridad concedida a Cimabué, puesto que esta Madona es anterior en veinte años al nacimiento de éste y está autenticada por títulos en forma, conservados en los archivos públicos; porque no vayáis a figuraros que esta clase de cosas son consideradas como bagatelas en este país. Buscamos Sainte-Palaye y yo todas las trampas posibles,

tanto en cuanto a la fecha como a la pintura, sin poder encontrar nada que operar. Así es que hubo que rendirse y conceder a los sieneses la preeminencia de fecha contra los florentinos, salvo el derecho de los venecianos. El estilo de esta pintura es el mismo que la de Cimabué, sin dibujo, sin amplitud, sin colorido, sosa y miserable de todo punto. He aquí el bello objeto que nos hizo aplicarnos más; tan verdad es que no hay especie de extravagancia, por insignificante que sea, de que no nos sintamos capaces.

Siena tiene la reputación de ser la ciudad de Italia más amable en cuanto al comercio de la sociedad y de la buena compañía. En efecto; en lo poco que hemos visto, las damas, sobre todo madame Bichi, nos han parecido por igual agradables, espirituales y amables. Allí es donde está el centro del bello lenguaje, tanto por el discurso como por la pronunciación; porque aunque los florentinos nos hablan con mucha pureza, pronuncian tan desagradablemente, no con la garganta, sino con el estómago, que me costaba mucho más trabajo entenderlos que entender el dialecto veneciano. Los extranjeros tienen aquí muchas facilidades para los carruajes, porque los cocheros de los particulares no tienen ningún escrúpulo en alquilar los coches de sus amos; no sé si es ésa la manera de pagarles sus sueldos, o *si es que al señor le dan alguna parte* (1).

(1) «Es verdad que al señor le daré alguna parte.» (Racine: *Los pleitistas*.)

No me perdonaréis que no os diga nada de la catedral; efectivamente, vale la pena de ser citada; su pórtico gótico es muy rico y agradable a la vista. Misson advierte muy juiciosamente que el edificio está concluído por completo. Tiene razón de hacer esta observación, porque no se puede decir otro tanto de ningún gran edificio de Italia. Las columnas y el interior, todo de mármol negro y blanco, dispuesto en fajas horizontales de igual anchura, ofrece un bonito golpe de vista; es la única vez que he visto salir bien este género de trabajo. El techo es de un azul ultramar muy vivo, sembrado de estrellas de oro; la cúpula, elegante, y el pavimento compite con el de Santa Justina de Padua; este último le supera por la sencillez, y aquél, por el trabajo; es una especie de camafeo hecho de mármol blanco, gris y negro, donde el Beccafumi ha representado las historias del *Génesis* con un trabajo y un gusto en el dibujo admirables. El *Sacrificio de Isaac* y el *Hendimiento de la roca* me han parecido las dos mejores piezas. En la capilla de Alejandro VII todo es notable; las bellas puertas y columnas de bronce, la bonita cúpula, la arquitectura de columnas de verde antiguo; la *Visitación* y la *Huida a Egipto*, por Carle Maratte; el *San Jerónimo*, estatua, por el Bernin; la *Niobe*, del mismo, que han puesto allí a guisa de Magdalena; la *Santa Catalina* y el *San Bernardino*, por uno de sus discípulos, casi igual al maestro, y, en fin, el gran mirador de lapislázuli que forma lo alto del altar y que, como podéis com-

prender, no es de una sola pieza. Frente a esta capilla está la de San Juan de Jerusalén, delante de la cual han puesto la tumba de Zondadari, penúltimo gran maestro de Malta. Un pedestal antiguo, recargado de bajorrelieves, sostiene una de las columnas de la puerta, y el interior de la capilla está pintado por el Perugino u otros mejores artistas. Anotad también la parte de atrás del altar mayor, pintado por Benafumi; a los dos lados, el *Maná del desierto* y la *Historia de Ester*, al fresco, por Salimbeni; en una de las capillas, la *Predicación de San Bernardino*, por el Calabrés; el baptisterio, sostenido por nueve columnas de granito, cuatro de ellas sostenidas por leones; doce bellas estatuas de los Apóstoles a lo largo de la nave, y encima de la cornisa, todos los bustos de los Papas. Entre éstos está el de la papisa Juana, que luego han quitado o desfigurado; pero puesto que ya os he enviado alguna nota sobre el asunto de esta princesa, añadiré aquí que no conozco más frívolo argumento de su existencia que el que fundan en este busto. Si todos estos bustos hubieran sido hechos sucesivamente bajo el reinado de cada Papa y sobre su figura efectiva, no había nada que objetar; pero no veo qué prueba puede sacarse de todas estas figuras ingratas, muy mal fabricadas todas por el mismo artista, colocadas sin orden y con gran ignorancia, en tiempos en que la fábula de la papisa era admitida.

El sitio más curioso de la catedral es la sacristía, a causa de la *Vida de Eneas Piccolomini*, pin-

tada al fresco por el Pinturicchio, sobre los dibujos de Rafael, muy joven entonces y muy lejos aún de la perfección a que llegó después. Aunque esta obra está muy por encima de todo lo que había hecho en aquella época en cuanto al ordenamiento y al dibujo, sobre todo el cuadro que representa la *Promoción de Eneas al cardenalato*, puede decirse que su principal mérito está en la viveza sorprendente de color. El pintor ha damasquinado las vestiduras de sus figuras de oro en relieve, lo que nunca se hace; sin embargo, esto produce buen efecto. El brillo de esta pintura es una cosa particular y que yo no había visto nunca. Su color no se parece ni a la riqueza del Veronés, ni a la verdad de Rubéns o del Ticiano, ni al fresco encantador del Corregio, ni a la suavidad del Caravaggio o del Guido, ni siquiera al esmalte brillante de los pintores flamencos, al cual se aproxima algo más, pero menos que al de los pintores de estilo antiguo, tales como Conegliano o Capanna. En una palabra, es muy singular y sorprendente; me he detenido por esta razón a describirlo más especialmente. En medio de la sacristía, en una gran pila de agua bendita, hay tres figuras antiguas de las Gracias desnudas que bailan en corro. Veo con gran placer en este mismo lugar las miniaturas excelentes de los libros de canto llano por D. Giulio Clovio y unos preciosos arabescos esculpidos en bajorrelieve sobre los montantes de las puertas.

Al salir de allí se ve la fachada estrambótica del arzobispado, en mármol blanco y negro, y la capi-

lla del hospital, en el fondo de la cual Conca, pintor que aun vive, ha pintado la *Piscina probática*, de muy hermoso ordenamiento.

Paso por alto el resto de las curiosidades de la ciudad, de menos valor que lo que os he dicho, excepto, sin embargo, en el convento de los Dominicos; el terreno, rodeado por una verja, en el cual antaño Santa Catalina de Siena «acostumbraba a pasearse con el niño Jesús, que la hacía el amor», como dice la leyenda; pero era con buena fe, puesto que sabéis que más tarde se casó con ella. Es la santa que tiene más crédito en el país; así es que la han hecho una bella capilla, pintada por el caballero Vanni y por el Sodoma. ¿No me equivoco al poner aquí a dos personas en vez de una? Vanni podría muy bien ser el mismo pintor, que hayan apodado el Sodoma (1).

El espectáculo más singular que hayamos visto durante nuestra estancia en Siena nos lo ha procurado el caballero Perfetti, improvisador de profesión. Ya sabéis cómo las gastan esos poetas, para quienes es cosa de juego componer en el acto un poema sobre un asunto *quolibetico* que se le propone. Dimos al Perfetti la aurora boreal. Se reconcentró con la cabeza baja durante más de medio cuarto de hora oyendo los acordes de un clave que preludiaba a medio tono. Luego se levantó, comenzando a declamar suavemente estrofa a estrofa en rimas octavas, siempre acompañado del clave, que

(1) Vanni y el Sodoma son dos pintores diferentes.

resonaba durante la declamación y volvía a preludear para no dejar vacíos los intervalos al cabo de cada estrofa. Se sucedían éstas al principio con bastante lentitud. Poco a poco el estro del poeta se animaba, y a medida que se iba animando, el sonido del clave se esforzaba también. Hacia el fin, este hombre extraordinario declamaba como un poeta lleno de entusiasmo. El acompañante y él marchaban al unísono con una rapidez sorprendente. Al acabar, Perfetti parecía fatigado; nos dijo que no le gustaba hacer con frecuencia semejantes ensayos, que le agotaban el cuerpo y el espíritu. Pasa por el más hábil improvisador de Italia. Su poema nos produjo gran placer; en esta declamación rápida me pareció sonoro, lleno de ideas y de imágenes. Era primero una linda pastorcita que se despierta herida por el brillo de la luz; se reprocha su pereza y va a despertar a sus compañeras, les muestra el horizonte ya dorado por los primeros rayos del día, les representa que habían ya debido llevar sus rebaños a las praderas esmaltadas de flores. Las pastoras se reúnen, el fenómeno aumenta, el rayo del dueño de los cielos se lanza por todas partes de un globo obscuro que amenaza a la Tierra; las ondas inflamadas se desbordan sobre las llanuras; el terror se apodera de todas las pastoras. En vano una de ellas, más instruída que las otras, pretende explicarles las causas físicas del fenómeno: todo huye, todo se dispersa, etc. Este esbozo, con giros poéticos, lleno de frases armoniosas, declamadas con rapidez, junto con la dificultad

singular de sujetarse a las estrofas en rimas octavas, no tarda en producir al auditorio verdadera admiración y se hace partícipe del entusiasmo del poeta. Podéis creer, sin embargo, que hay en todo eso muchas más palabras que cosas. Es imposible que la construcción no sea con frecuencia estropeada y el relleno compuesto de un pomposo galimatías. Creo que sucede con estos poemas como con las tragedias que improvisamos M. Pallu y yo, en las cuales hay tantas rimas y tan poco sentido común; así es que el caballero Perfetti no ha querido nunca escribir nada, y los trozos que le han robado mientras recitaba no han cumplido en la lectura lo que habían prometido en la declamación.

El 17 por la mañana comenzamos el descenso de la montaña y a tomar de verdad el camino de Roma. Pasé en San Quirico por delante del palacio Zondadari, del cual me guardaré muy bien deciros nada, porque el amo de la casa, por una inscripción colocada en la puerta, ha prohibido expresamente a los viandantes que hablen de ella en bien ni en mal, por la razón, dice, que no le importan nada las alabanzas ni las censuras le disgustan; sin esto, no dejaría de deciros que es un animal de marca mayor por haber hecho el gasto de una casa tan hermosa en un sitio tan feo.

Tengo malas noticias que daros del camino de Siena a Roma; es *cattif*, pero digo muy *cattif*, y más que suficiente para desolar a los viajeros por sí

mismo, sin hablar de las varas y ejes de los coches rotos, de los vuelcos y otras menudencias del viaje. La primera vez que volcamos no estaba yo todavía bien acostumbrado, y le di unos cuantos puntapiés en el trasero al postillón. Loppin, más prudente que yo, dejó tranquilamente que pusieran las cosas en buen estado; luego llamó al postillón, y con gran sangre fría, sin cólera, le dió de latigazos, como si fuera el corrector de los jesuitas. «Amigo mío—le dijo después—: os castigo sin incomodarme y sólo para que el ejemplo sirva de lección a los postillones de los siglos futuros; id y acordaos otra vez que el eje vertical de un coche debe formar un ángulo de más de 45° sobre el plano del horizonte.» No sé si los postillones del porvenir aprovecharán esta moral; pero lo seguro es que los del siglo presente no han hecho gran caso, puesto que volvimos a volcar dos veces al día siguiente. A todos estos menudos contratiempos vino a juntarse una lluvia horrible, que tuvimos que aguantar necesariamente *sub dio*, las montañas siendo tan escarpadas que teníamos casi siempre que ir a pie. Después de haber dejado a la derecha Montepulciano, famoso por sus buenos vinos; después de haber atravesado, no montañas, sino esqueletos, cementerios de rocas cubiertos de ruinas de montañas calcinadas, sin una sola mata de hierba, llegamos, cerrada la noche, mojados hasta los huesos y rendidos de cansancio, a Radicofani, feo poblacho plantado en la más alta cima de los Apeninos. El Radicofani, más funesto que nunca lo fuera el

Croupignac (1), tiene fama entre los viajeros de ser el más detestable albergue de Italia.

Un momento antes que nosotros había llegado el príncipe de Sajonia, hijo mayor del rey de Polonia, que corría en posta con cincuenta caballos, circunstancia interesante para gentes que corrían en postas de diez. La mayor desgracia no fué saber que había comprometido todos los caballos y todos los de la posta además, que habían puesto a su disposición en los relevos; tuvimos aún que pasar por el dolor de oír que ocupaba para él y para todo su cortejo todos los alojamientos de este feo agujero y, lo que es peor, que había acaparado todos los víveres sin dejar una miga de pan. Henos aquí, pues, durante una media hora en mitad de la calle, sin poder avanzar ni retroceder, en el estado lamentable que podéis figuraros. Nuestra suerte no podía ser más deplorable; la fortuna nos había puesto debajo de la rueda, y, por la vicisitud de las cosas humanas, nuestra situación no podía sino ser mejor, y, en efecto, pronto lo fué. El primer astro que brilló ante nuestros ojos en esta tempestad fué un hermano capuchino, que, conmovido por nuestras miserias, nos ofreció poner unos colchones para que durmiéramos en su celda; luego llegó un campesino que nos dijo que le quedaba una cueva, donde podría hacer fuego para secarnos;

(1) El Croupignac es muy funesto; porque el Croupignac es un lugar donde seis moribundos era lo que quedaba de cinco o seiscientos que la peste, etcétera, etc.

(Chapelle.)

pero todos estos flacos lenitivos no apaciguaban los gritos de mi estómago. Tomé, pues, la resolución de subir a la posada donde cenaba el príncipe, para preguntarle si sería capaz de tener la crueldad de dejarme morir de hambre mientras él comía tan excelentemente. Arriba de la escalera me encontré a un lacayo, o más bien a un ángel tutelar, al cual le dije que yo era un pobre gentilhomme saboyano que no había comido hacía ocho días y que si podía proporcionarme los restos del festín le guardaría un reconocimiento eterno. Diciendo esto, le deslizaba medio luis en la mano. Mi hombre salió escapado; le seguí con el rabillo del ojo hasta la mesa. No había visto nunca un lacayo tan presuroso en quitar los platos de la mesa ni tan oficioso con el jefe del comedor. Le vi volver hacia mí cargado con un principio excelente y casi entero, cuatro panecillos y una gran botella; todo ello fué transportado incontinenti a nuestra cueva, adonde el buen lacayo hizo otros seis viajes, siempre llevando un nuevo plato. Cenamos como un rey; para colmo de buena suerte, vinieron al final a advertirnos que los cocineros de monseñor, que debían hacer la comida para el día siguiente, acababan de levantarse y marcharse, y que, si queríamos sus camas, el sitio estaba todavía caliente. No esperamos que nos lo dijeran dos veces; el capuchino se quedó con sus preparativos y nos fuimos a esperar tranquilamente que los caballos estuviesen en estado de continuar el viaje.

El 18 descendimos de la montaña; creí que no se

acababa nunca y que descendía hasta los antípodas; creo que el mal camino y las rocas desiertas contribuían mucho a hacerme encontrar tan larga la bajada. En fin, después de haber atravesado en el fondo del valle un ancho torrente, abandonamos los Estados del Gran Duque para entrar en los del Papa, y nos despedimos por mucho tiempo de aquellas feas montañas peladas. Puedo asegurar que no hay hombre en el mundo que esté peor de Apeninos que el Gran Duque. Parece que esto le haya tocado en suerte, puesto que en cuanto hubimos atravesado el torrente volvimos a encontrarnos las montañas cargadas de árboles y verdura; en cuanto a los caminos, es lo mismo: tan malos son en su Estado como en otro. No cabe nada más detestable ni más fatigoso que el camino desde Siena hasta el lago de Bolsena. Es una indignidad que haya soberanos que tengan los caminos en semejante estado; pero lo que me pareció más original con respecto a nosotros es que en cada posta adonde llegábamos, molidos y baqueteados, nos hacían pagar peaje para tener con qué arreglarlas en el porvenir. No tenemos la intención de sacar nunca interés ninguno a nuestro dinero; al contrario, nuestro propósito a la vuelta es pasar por la Marca de Ancona, para evitar este pésimo camino y ver un nuevo país. Esto alargará el camino en unas cuantas leguas; pero es una bagatela en una etapa como la nuestra. Continuemos nuestro camino por este lado.

Subimos por una escala a la pequeña ciudad de

Acquapendente; desde allí nos dirigimos hacia el hermoso lago de Bolsena, y en cuanto hubimos llegado encontramos bonitos paisajes y caminos muy nuevos.

Nada os diré de la ciudad de Bolsena ni de la de Montefiascone. Esta última tiene una linda situación, sobre una altura rodeada de viñas, que producen célebres vinos blancos. No entré en la ciudad y seguí hasta Viterbo (treinta y dos millas), que tampoco hice mas que entrever, habiendo llegado tarde y partiendo temprano; por lo poco que vi, la villa me pareció bien edificada y adornada con hermosas fuentes.

No nos faltaba mas que cuarenta y dos millas hasta Roma. Las empezamos al día siguiente, subiendo la montaña de Viterbo; fué larga, pero no aburrida. Esto nos llevó casi hasta Rociglione, pueblecito que hermostean las casas de campo de los romanos, y luego he aquí la verdadera campiña de Roma, que hace su aparición. ¿Sabéis lo que es esta campiña famosa? Es una cantidad prodigiosa y continua de pequeñas colinas estériles, incul-tas, absolutamente desiertas, tristes y horribles a más no poder. Era preciso que Rómulo estuviese borracho cuando se le ocurrió edificar una ciudad en un terreno tan feo. En verdad, a dos mil millas en torno de las murallas de la villa la campiña está mejor cuidada; pero hasta allí no se encuentra mas que la cabaña donde está la posta.

Llegamos, pues, por fin a esta ciudad tan deseada; atravesamos el Tíber por el Ponte Molle y

entramos por la puerta del Popolo, habiendo recorrido desde Venecia hasta aquí cuatrocientas trece millas, que son cerca de ciento sesenta y cinco leguas.

Corrimos a San Pedro como al fuego, y podéis contar que el 19 de octubre, a las cuatro de la tarde, estaba yo en la cátedra de San Pedro lanzando los rayos del Vaticano contra los que hablan mal de mi diario. Avisadme si no han enflaquecido desde ese día.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

| | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| I. — A M. de Blancey. — <i>Camino de Dijón a Avignón.</i> | 7 |
| II. — A M. de Blancey. — <i>Memoria sobre Avignón.</i> | 19 |
| III. — A M. de Blancey. — <i>Camino de Avignón a Marsella.</i> | 32 |
| IV. — A M. de Blancey. — <i>Camino de Marsella a Génova.</i> | 50 |
| V. — A M. de Blancey. — <i>Estancia en Génova.</i> | 65 |
| VI. — A M. de Quintin. — <i>Memoria sobre Génova.</i> | 77 |
| VII. — A M. de Neuilly. — <i>Camino de Génova a Milán-Pavía.</i> | 89 |
| VIII. — A M. de Neuilly. — <i>Memoria sobre Milán.</i> | 101 |
| IX. — A M. de Blancey. — <i>Estancia en Milán. — Excursión a las islas Borromeas.</i> | 118 |
| X. — Al señor presidente Bouhier. — <i>Milán.</i> | 127 |
| XI. — A M. de Blancey. — <i>Camino de Milán a Verona. Mantua.</i> | 135 |
| XII. — A M. de Blancey. — <i>Verona. — Vicenza.</i> | 148 |
| XIII. — A M. de Neuilly. — <i>Memoria sobre Padua.</i> | 167 |
| XIV. — A M. de Blancey. — <i>Estancia en Venecia.</i> | 176 |
| XV. — A M. de Neuilly. — <i>Continuación de la estancia en Venecia.</i> | 195 |
| XVI. — A M. de Quintin. — <i>Continuación de la estancia en Venecia.</i> | 208 |
| XVII. — A M. de Quintin. — <i>Observaciones sobre algunos cuadros de Venecia.</i> | 221 |
| XVIII. — A M. de Blancey. — <i>Continuación de la estancia en Venecia.</i> | 227 |

| | |
|--|-----|
| XIX.—A M. de Malatesta.— <i>Camino de Venecia a Bolognia</i> | 238 |
| XX.—A M. de Neuilly.— <i>Memoria sobre Bolognia</i> | 248 |
| XXI.—A M. de Blancey.— <i>Continuación de la estancia en Bolognia</i> | 264 |
| XXII.—A M. de Quintin.— <i>Observaciones sobre algunos cuadros de Bolognia</i> | 273 |
| XXIII.—A M. de Blancey.— <i>Camino de Bolognia a Florencia</i> | 283 |
| XXIV.—A M. de Quintin.— <i>Memoria sobre Florencia</i> . . . | 292 |
| XXV.—A M. de Neuilly.— <i>Continuación de la estancia en Florencia</i> | 320 |
| XXVI.—A M. de Blancey.— <i>Camino de Florencia a Livorna</i> | 331 |
| XXVII.—A M. de Blancey.— <i>Camino de Livorna a Roma. Siena</i> | 343 |

LOS GRANDES VIAJES MODERNOS

OBRAS PUBLICADAS POR CALPE:

Ansorge: Bajo el sol africano. Un tomo de 432 páginas, con 123 grabados, 14 láminas fuera de texto y portada a varios colores, 20 pesetas.

Charcot: El «Pourquoi-pas?» en el Antártico. Un tomo de 478 páginas, con 121 grabados, 43 láminas y tres mapas, cubiertas a varios colores, 20 pesetas.

Sverdrup: Cuatro años en los hielos del Polo. Dos tomos, con 908 páginas, 35 láminas, 104 grabados y cinco mapas en colores. Cada tomo, 20 pesetas.

Haviland: De la «taiga» y de la «tundra». (La vida en el Bajo Yenisei.) Un volumen de 320 páginas, con numerosos grabados, 15 pesetas.

Alexander: Del Níger al Nilo. Dos tomos. El tomo I consta de 436 páginas, con 27 láminas y 99 figuras. El tomo II tiene 460 páginas, con 24 láminas, 98 figuras y un mapa. Cada tomo, 20 pesetas.

Orjan Olsen: Los soyotos. Nómadas pastores de renos. Un volumen de 240 páginas, con 49 figuras, 8 láminas y un mapa, 14 pesetas.

EN PRENSA

Algot Lange: El Bajo Amazonas.

Erland Nordenskjöld: Exploraciones y aventuras en la América del Sur.

Sven Hedin: Transhimalaya.

COLECCION CONTEMPORANEA

Los mejores novelistas modernos

Obras escogidas entre los más selecto de la producción literaria de nuestros días y publicadas por CALPE:

Marcelo Proust.—**Por el camino de Swan.**— Dos tomos. Cada uno, encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Miguel de Unamuno.—**Tres novelas ejemplares y un prólogo.**— Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Tomás Mann.—**La muerte en Venecia, y Tristán.**— Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Antón Chejov.—**El jardín de los cerezos, y Cuentos.**— Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Leonardo Coimbra.—**La Alegría, el Dolor y la Gracia.**— Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Enrique Mann.—**Las diosas.**— Tomo I.— **Diana.** Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

Ana Vivanti.—**Los devoradores.**— Dos tomos. Cada uno, encuadernado, 5,50 pesetas; en rústica, 4,50.

Juan Giraudoux.—**La escuela de los indiferentes.**— Encuadernado, 5,50 pesetas; en rústica, 4,50.

Alejandro Arnoux.—**El cabaret.**— Encuadernado, 5,50 pesetas; en rústica, 4,50.

Escipión Sighele.—Eva moderna.—Encuadernado, 6 pesetas; en rústica, 5.

— **La mujer y el amor.—**Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.

Tomás Hardy.—La bien amada.—Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.

Francis Jammes.—Rosario al sol.—Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.

Emilio Clermont.—Laura.—Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.

Israel Zangwill.—Los hijos del Ghetto.—Dos tomos. Cada uno, encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.

Valery-Larbaud.—Fermina Márquez.—Encuadernado, 4,50 pesetas; en rústica, 3,50.

Eugenio d'Ors.—Oceanografía del tedio, e Historias de Las Esparragueras.—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Arturo Schnitzler.—Anatol, y “A la cacaatúa verde”.—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Raul Brandão.—La farsa.—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Lafcadio Hearn.—El romance de la Vía Láctea.—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

— **Kwaidan.—**Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Julián Benda.—La ordenación.—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Jeromo y Juan Tharaud.—Un reino de Dios.—Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

OBRAS DE J. H. FABRE

EDITADAS POR CALPE

Cinco volúmenes en 8.º, de unas 300 páginas
cada uno.

LA VIDA Y COSTUMBRES MARAVILLOSAS DE
LOS INSECTOS APARECEN EN ESTAS OBRAS
NARRADAS CON AMENIDAD ENCANTADORA

TITULO DE CADA VOLUMEN

Maravillas del instinto en los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Costumbres de los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

La vida de los insectos, con grabados y 11 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los destructores. Lecturas acerca de los animales perjudiciales a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los auxiliares. Lecturas acerca de los animales útiles a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.